

EDUARDO DIESTE

BUSCON POETA

RECORRIDO ESPIRITUAL Y NOVELESCO
DEL MUNDO



EMECÉ EDITORES

1 9 4 2

EDUARDO DIESTE
BUSCÓN POETA

EMECÉ - EDITORES - BUENOS AIRES

Pastor.



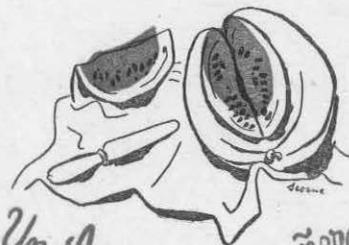
EDUARDO DIESTE

Grabado de A. Pastor

EDUARDO DIESTE
BUSCON POETA

RECORRIDO ESPIRITUAL Y NOVELESCO
DEL MUNDO

CALA



*Un Adán sin compañera.
Promesa del viejo y de la doncella.
Buscón Rey Lubolo.*

EMECÉ - EDITORES - BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que
previene la ley núm. 11.723

Copyright Emecé Editores

Buenos Aires, 1942

A
MIREYA
DIESTE DE BALTAR
EN PAGO DE
LOS CIELOS DE BACH
DE SU MANO
SOBRE LOS CAMINOS DE
BUSCÓN

BUSCÓN

NACIÓ con ojos musicales
buscando orquesta en el azar
de los caminos del monte y del mar.

*En tempestades y breñales
buscó el órfico signo
que en los acordes siderales
halló el antiguo.*

*Por descubrir batuta
en el desorden aparente
quebró su propia ruta:
—el ardid es patente.*

*Y así su vida de busconería
tuvo los quiebros más insólitos.
Y del órfico amor que en su alma había
reveses de fortuna eran acólitos.*

*En lo cimero de su vida,
cuando el hombre hace siega
de maduras mieses
y amurallado el ánimo sosiega,
Buscón aceleró disloques y reveses
por saber dónde anida
el ave inmortal del mito
que hace de consunción
fogoso rito
de Resurrección.*

*Ahora, aunque lo ves con faz perpleja
perderse en la neblina
de norteña ciudad,
no creas que está vieja
su incorruptible terquedad.*

*Cuando se encienda la divina
llama de mundos que se van,
veréis saltando a Buscón niño
en las hogueras de San Juan
—la greña en desaliño
y en el puño el pan.*

RAFAEL DIESTE.

INICIACION

EN el rincón más frondoso de la huerta, pues hallábanse allí agrupados sin concierto muchos árboles, tales como naranjos, limoneros y magnolias, cuyo sombrío verdor se mezclaba con el más alegre verdor de los pámpanos que venían de una vid, saltaba la corriente de un río, al entrar por cauce de guijarros en una pila rústica, y a porfía con su algazara cantaba Rosa, doncella de gran hermosura, que tenía en el rostro los colores de las frutas y en los negros ojos un abismo de malicias.

Fuera de allí, el Sol invadía las mieses y arrancaba destellos multicolores de los trozos de vidrio clavados en la cima del muro, teniendo en forzosa soledad el paraje, ya que a todos los vivientes habíalos condenado a dormir, y si algún pájaro cruzaba en huída la llama del cielo, volaba silencioso y con el pico abierto por la fatiga.

Alzabase la voz fresca de Rosa entre los murmullos del agua, y su canto animaba el sopor estival de una suave dulzura. Afanoso el río hacía saltar las ondas en tropel de júbilo, y de esta suerte érale imposible recoger completa, según era su deseo, la imagen de la bella criatura, pintándose tan sólo en él, movibles y confusos, el tono amapola de su cara y el rosado nácar de las otras partes que se veían de su cuerpo. Tenía los brazos desnudos, brazos de un contorno admirable, pero todavía más bellos por el rubor de salud que los calentaba, y las piernas introducíanse hasta la mitad en el agua, cogido entre los vigorosos muslos el vuelo de la falda; medio abierta por causa del calor la chambra de alegre percal, asomaban los redondos senos que las trenzas acariciaban al caer por un lado de la húmeda garganta. Entre la verdura de los árboles, el oro del Sol y las

espumas del agua ofrecíase con el esplendor de un mito la gracia de Rosa.

Detrás de la espesura, en el dominio del Sol, vióse una mariposa blanca volar en giros de burla, parándose a cada instante sobre las matas para dar ánimos al rapaz que la perseguía, el cual se acercaba muy despacito con el sombrero en alto y en los brillantes ojos el empeño tenaz de seguirla hasta el fin del mundo; pero al dar con Rosa por un hueco del follaje, quedó inmóvil, mirándola con ojos que parecían de susto, y por más que la mariposa daba, para excitarle, muchas vueltas a su alrededor, permaneció tan sólo atento a contemplar en Rosa —que sin advertir su presencia seguía cantando mientras lavaba— el milagro de una visión turbadora que cogía de nuevas a su alma obscura, tan ligera y cándida como la mariposa que giraba otra vez en torno suyo para arrancarlo de allí.

Un poderoso anhelo habíale ensanchado el alma y barrido sus ideas, de igual modo que en la pasión del éxtasis; angustiaba su pecho la falta de aire, un ardor extraño aturdió su cabeza, y los ojos, cediendo al impulso de recónditas energías, se agrandaban ganosos de saciar una curiosidad suprema.

Al recoger Rosa las trenzas sobre la nuca, vió cómo el rapaz la miraba entontecido por entre las hojas, y fingiendo extrañarse, le preguntó con la risa en los labios:

—¿Qué haces ahí, Juanito?

Un pellizco no hubiera causado en Juanito igual efecto que esta pregunta. Volvió en sí de repente, y enrojeciendo como la grana huyó por entre los sembrados.

Rosa rompió entonces en una carcajada indefinible, y toda la tarde conservó una sonrisa en el bello rostro.

Cuando por la noche quiso desnudar a Juanito, cosa que hasta entonces había sido siempre necesaria, éste protestó con todas sus fuerzas y se desnudó sin el auxilio de persona alguna, lo cual hubo de agrandar mucho a su madre, que ya no se burló más de él llamándole majadero, niño sin vergüenza y zango-lotino.

SUEÑOS

El niño estaba fatigado por aquella larga clausura en el lecho. La tibieza de las sábanas le irritaba, lo mismo que aquella semioscuridad que todo el día se conservaba rigurosamente en el cuarto.

El silencio se aumenta desde que las campanas, con su voz grave que se esparce quejosamente por el aire en una leve agonía, llaman a la oración.

La quieta soledad permite arribar al cuarto la greguería ruidosa de sus camaradas entregados al juego y la disputa en la calle, y esto produce al niño una codicia tan grande como la fruta y la miel cuando estaba sano y alegre.

Los juguetes dispersos tienen posturas de un triste abandono y esperan resignados a que los amortaje el polvo, porque el niño, su alma de vida se muere; lo saben por el aire, que los envuelve como un aliento pestilencioso de droga y de fiebre, y por el reposo dilatado que padecen, tan distinto de aquel otro, animado por la esperanza, en las vitrinas resplandecientes del bazar. Pronto han de yacer en el desván oscuro entre ratones y arañas, en compañía de muebles mutilados, cubiertos de polvo y penetrados por la humedad que rezuman las tejas; luego la polilla los roerá con lenta crueldad muchos años, muchos años, quizá siempre...

Encima de la mesa de noche, junto a un cordel revuelto como una firma descansa el trompo, que ya no volverá a lucir su doble corona de rojo y azul, tan hermosa cuando se dormía en la voluptuosidad de la danza después de hincar victoriosamente su aguijón de acero en el trompo castigado. ¡Qué hábil era su dulce amito! Gracias o esto sólo tiene dos señales de estigma en su parte baja que apenas se ven.

La pelota de brillantes colores dispuestos en cascos azules, amarillos, rojos y verdes se esconde en los pliegues de la colcha y ostenta, no sé por qué, una hinchazón optimista que con su pintura de Arlequín da la idea de una carcajada pronta a estallar; aun hoy la acariciaron las manos cálidas del enfermo.

Un arco de radios de alambre con cascabeles dorados cuelga

del cuello de un borrico de cartón que mira con aire estúpido hacia la cama y que de un momento a otro va a prorrumpir en un lamento ruidoso y doliente.

Se arrastra la penumbra por los rincones. Cada vez se percibe más claro la bulla de la calle, y el capricho da un salto con fuerza de ilusiones en el corazón del enfermo. Quiere dejar la cama al instante y salir a jugar con sus amigos. Se destapa y llora.

Su hermanita mayor le reconviene con dulzura:

—Vamos —le dice—, no seas tontín. Espera que estés bueno, que pronto será... ¡Qué frío hace!... ¡Uf! ¡Qué frío!...

Le arropa bien, y el niño se engruñía a la idea del frío.

La hermana se estremece de nuevo para dar a entender que le tiene mucha envidia por estar en la cama.

—Así, calentito... ¡Qué bien estás! ¡Uf! ¡Qué frío!

—Cuéntame un cuento —dice el niño con vocecilla exigente.

—Sí, hombre, sí... Verás... Una vez...

Y el enfermo abre mucho los ojos, porque de los labios de la hermana van a brotar maravillas. La hermana mayor es una maga que sabe el porqué de todas las cosas y extrañas historias de príncipes que luchan con dragones para robarles tesoros de pedrería y de oro, cuando no doncellas sujetas a encantamiento y bajo la custodia de maliciosos gnomos deformes; todo ello en regiones ideales, con palacios de coral y de diamantes, escalinatas de jaspe, jardines de flores doradas por el sol cuando es de día, y por la noche iluminados misteriosa y dulcemente por millones de estrellas...

Le habló de la luna, que se veía detrás de los vidrios, plantada como un cuerno de oro en la cima de sinuosa montaña.

—¿Parece pequeña, verdad? Pues es muy grande, mil veces mayor que este pueblo. Con los telescopios se le ve así, muy grande, y todo lo que pasa dentro. Es un globo inmenso de luz muy blanca, y por el cielo, entre nubes de plata y púrpura, corren coches preciosos de brillantes y de nácar tirados por yeguas blancas, y en ellos van mujeres de grandes ojos y dulce sonrisa, que nunca se desprende de sus labios; todo el traje azul y blanco, y la cabellera rubia, flotando al viento. Cuando bajan al suelo acuden muchos pájaros de pintado plumaje y

cantan a porfía entre las frondas. Las arpas y las cítaras llenan el aire de armonías, y sobre alfombras de flores, que despiden exquisito perfume, danzan en círculo las divinas mujeres y hermosos mancebos, entrelazadas las manos. Sí, sí; también hay niños, mejor dicho, ángeles que nunca están enfermos y no hacen otra cosa que jugar a las batallas con flores y reír como locos, porque bellos animalitos de piel de armiño retozan con ellos en la hierba y los pájaros les hurtan por broma las golosinas... Corren también a caballo por los bosques hasta que se les enciende el rostro por la fatiga, y entonces se acuestan rendidos a la sombra de copudos árboles y meriendan manjares muy sabrosos, que les sirven las mujeres rubias que siempre están sonriendo. Se bañan con los cisnes en los lagos y se divierten con gran algazara de risas, levantando espuma, que se arrojan unos a otros. No hay escuela nunca, y siempre las campanas repican alegremente a fiesta. No hay duendes ni fantasmas, y los sueños son amables...

El niño cerraba los ojos dulcemente. Las últimas palabras de la hermanita resonaban en sus oídos como los ecos de una música lejana. Rozó su frente un beso y apagóse la luz de sus sentidos.

La hermanita se fué a la habitación inmediata, que estaba casi a oscuras. La soledad era grande. Destapó el piano, y sus dedos tejieron una fantasía de la triste dicha humana. Las notas de suave pesadumbre, se deslizaban unas sobre otras para reunirse en explosiones de júbilo y de llanto. Había perdido la hermana su alma de rosa, pero después de narrar la quimera de la felicidad en tonos tan brillantes quedósele endulzada la boca.

Se extinguió el crepúsculo, y la melodía corrió perezosa y triste como el hilo de agua que cae de una teja...

El niño se fué aquella noche a la luna.

PRIMERA MALICIA

Me parece que Juanito creía muy a duras penas en los Reyes Magos y en su liberalidad tradicional para con los niños,

siendo parte a sostenerle en estas dudas el poco escrúpulo de aquéllos en cumplir los encargos que se les hacían, pues siempre llegaban rebajados en más de la mitad de su valor, no obstante ir siempre hechos en una forma cortés en extremo y escritas de la mejor letra y ortografía posibles, porque así correspondía dirigirse a soberanos en solicitud de mercedes, y también porque nunca estorba ser claro en los negocios. Con todo, la noche que los Reyes, muy envueltos en los mantos de armiño, visitan los balcones de todas las ciudades, Juanito no conseguía juntar un momento los párpados y daba mil vueltas entre las sábanas, atormentado por la lentitud de las horas en acercarse al día. En cambio, su hermanito Luis, después de batallar con el sueño, evocando los preciosos juguetes que le traerían los buenos reyes de barba blanca y luenga, cuyo guía desde un país de nieves era una estrella, quedóse dormido profundamente, y en sus labios palpitaba de cuando en cuando una sonrisa de ventura inmensa, y es que su almita era muy tierna todavía para resistir prolongadas tensiones de anhelo.

En su impaciencia, Juan apuntaba todos los ruidos de la noche que llegaban hasta él, y así notó que los pavos se ríen de una manera estúpida, y cómo los gallos no son los relojes del alba, según había oído referir, pues toda la noche oyó sus gritos en una sucesión casi regular, que se iniciaba en el patio de su casa y allá lejos moría en cadencia muy débil.

Por fin, el reloj de una iglesia vecina dió seis campanadas con pereza que hizo desesperar a Juan, cuyos labios las contaban, no obstante haber hecho lo mismo en la hora anterior, y no bien hubo terminado saltó de la cama y se puso a caminar entre las sombras sin hacer ruido y tentando las paredes como un ladrónzuelo. Su corazón daba sacudidas como un preso que trata de romper las ligaduras, y cuando alcanzó a ver los juguetes por detrás de los vidrios, tales olas de gozo le invadieron que no podía moverse. Abrió mucho las manos, como si fuese a encerrar en ellas de una vez el violín, el caballo, el carricoche y los dulces que le habían traído los Reyes, y apretándolos contra el pecho para que no se le cayesen, fué presuroso a decir a Luis la nueva, no sin lanzar antes una mirada de desdén a los car-

bones con que le había obsequiado el Rey Negro. Zarandeó a su hermanillo, y éste refunfuñó sin abrir los ojos:

—¡Que han venido los Reyes! —le gritó Juan.

Esto era realizarse lo que soñaba, o, cuando menos, superior a las dulzuras del lecho, y alzó Luis con viveza el busto y resistió sin hacer un guiño tan siquiera el chorro de luz que le daba de pleno en la cara.

—¿Y a mí qué me han traído? —preguntó, abarcando en una mirada de asombro los juguetes de Juan.

—No sé... Un trompo de música... No reparé bien... Éstos son los míos, ¿ves? Aquí está la tarjeta que dice: "Para Juan"

Y se salió de allí todo alegre, haciéndole sonar al violín lo mismo que un asno.

Cuando llegaron al balcón, Juan, cuyo ánimo había caído ya en el reposo de la curiosidad satisfecha, exclamó de súbito, hinchando un carrillo con una gran almendra que revolvía en la boca:

—Luis, no hay Reyes Magos.

Luis clavó en él unos ojos de pasmo, y sin saber qué decir acariciaba el pelaje blanco de un conejillo que, apretándole el vientre, chillaba como si fuese de veras.

—O, si no, vamos a ver, tú ¿qué les encargaste?

—Un automóvil, y un reloj de oro, y un fonógrafo, y...

—¿Los ves, los ves? De todo eso, nada, ni a mí tampoco, de cuanto les pedí.

—Porque no tendrían ya...

—No seas tonto. ¡En los comercios hay todo eso, y los Reyes podían comprarlo...!

—Será porque somos malos...

Juan se calló, un poco desconcertado por estas palabras del hermanillo, y púsose a pasear de un extremo al otro del balcón. De pronto le llamó con apresuramiento:

—¡Mira, mira, los zapatos de Antonio, el hijo del escribano!

—¡Pobre Antonio, están vacíos!

—Pues Antonio parece tonto, de tan bueno que es... Ya sabes que todos los niños le hacen burla y le pegan, y él nada más que llora, y quiere ser cura y todo...

Juan quedó pensativo un momento, y en seguida empezó a dar

brincos y a reír en tal abundancia que necesitaba sujetarse con ambas manos el vientre para no reventar del acceso de júbilo.

—¡Una idea, una idea!

Y sin decir la menor palabra a su hermanito, lleno de asombro por tales transportes, recogió los trozos de carbón que le habían traído los Reyes con el regalo, y uno a uno fué tirándolos, con pulso que hacía nervioso el contento, sobre los zapatos vacíos de su camarada, el pobre niño que de tan bueno parecía tonto, escondiéndose luego —al notar que se abrían las vidrieras— detrás de los cubos con plantas, mareado, húmedas las pupilas de placer, a punto de rompersele con estruendo el corazón por un golpe de delirio.

En el umbral del balcón apareció entonces el niño bueno, todavía revuelta su cabeza de rizos por un sueño angustioso de incertidumbre. En su frente de ángel brillaba una luz.

Una curiosidad insana detuvo en la garganta de Juan la palabra que pugnaba por salirle, no sabía cuál, pero de un calor suave, capaz de hacerle dichoso muchas horas.

El niño bueno se inclinó para registrar los zapatos, mas al percibir los carbones esparcidos a su alrededor, el rostro se le tornó pálido, vacilaron sus piernas y cayó de hinojos. Al poco tiempo agitábase con las convulsiones del llanto su cuerpo, un llorar silencioso y profundo, mientras de todos los balcones se alzaba, junto con el despertar de la población, una fuerte algarabía de tambores, cornetas y gritos infantiles de entusiasmo.

Dijo Luis, con gesto de pesar, apartándose de su hermano:

—Voy a decírselo a la abuela...

Juan contempló un momento, indeciso, a su víctima, y se alejó taciturno. Todo el día se mantuvo reflexivo y triste, sin oponerse ni con un mal gesto a los reproches de su abuela y de sus padres, y cuando por la noche vino el médico a jugar la acostumbrada partida de tresillo, se acogió a su protección venerable, yendo a reposar en su regazo la cabeza, con ansia de recibir las caricias que aquél hacía siempre a todos los niños.

—No le quiera usted —dijo al doctor la abuela, y le contó el sucedido, y su congoja por si revelase malos sentimientos.

Y el doctor, sonriendo entre su barba blanca de mago, clavó los dedos en la cabellera del niño y respondió:

—Amiga mía, no deduzcáis presagios de este suceso, ni de otro alguno, que ya sabéis cómo en la vida juega un papel muy importante la paradoja...

Y mirando muy adentro en los ojillos de Juan, añadió en el mismo tono risueño y bondadoso:

—¡De fijo, este muchacho será con el tiempo un gran humorista!...

PRIMERA PESADUMBRE

Había llegado al pueblo una compañía de títeres, y la noticia revolucionó a la sociedad infantil, la que tributa más aplauso a estos vagabundos artistas. No quiero decir con esto que la gente sería no exprese el regocijo más ruidoso en el curso del espectáculo: a punto estuvieron de morir algunas viejas de tanto como las divertía el payaso con su torpeza incorregible —no obstante las sonoras bofetadas con que se le castigaba—, sus visajes, cabriolas, trancos, remedos y chistes de toda especie.

Fuó para Juanito gran tormento permanecer en la escuela desde que se oyó al cornetín destemplado embarullar escalas grotescas entre rudos golpes de bombo y platillos. Nunca el maestro consiguió, con toda su autoridad y la fama de malo que tenía, un silencio mayor; cesó el canto monótono de los números, la lectura en alta voz, el recitado cansino de las lecciones de memoria, y nada más el cronómetro marcó sarcásticamente el vaivén perezoso de la péndola, en oposición al tumulto alegre, histrionesco, delirante, que venía de afuera: ¡Todavía las cuatro!

Llególes, en fin, a los rapaces la hora de libertad, y sin hacer cuenta de los consejos de medida que les dirigió el maestro, se abalanzaron a la puerta, dándose empujones y codazos para salir todos a una vez.

Juan quedó solo, el corazón oprimido por la tristeza y la envidia. Él tenía aún que estudiar la lección. El maestro dedicaba a su educación mayor esmero que a la de los demás niños; por algo le regalaba la madre de Juan con jaleas, buenos licores y bacalao genuinamente escocés en la época de Navidad.

Dió su lección y no la supo.

—¡Hoy no saldrá mientras no la sepa usted al dedillo!

Juan se retiró mohino a su banco. Le fué imposible fijar en el libro la atención. La plaza del pueblo, lugar escogido por los saltimbanquis para sus representaciones, distaba muy poco de la escuela, y de cuando en cuando un rumor de risa y aplausos hacía irrupción en la sala. Tampoco se salía del pensamiento de Juan la imagen de su amigo Farfarín, el pequeño gimnasta de la cuadrilla, que llamaba mucho la atención del público por los temerarios ejercicios que ejecutaba en el trapecio en compañía de un mocetón membrudo, ágil como una culebra. ¡Qué dichoso y extraordinario era Farfarín! ¡Se lo representaba con su traje róseo, que ceñía el cuerpo de graciosa esbeltez, adornado con tonelete de seda azul y cuello del mismo color con lentejuelas y flocadura de oro! Farfarín recibía los aplausos del concurso con dulce sonrisa radiante de gloria. Juan le profesaba profunda admiración, rayana de la envidia, y trató de ser su amigo, creyendo que así participaría también de su fama. ¡Quién le diera ser como Farfarín, tan dichoso, tan extraordinario!

Ya iba a ser casi de noche y aún no sabía su lección. El maestro mirando a la calle por detrás de los vidrios, silbaba despacito un aire melancólico. Dominaba la soledad el ritmo de la péndola, triste, retardado como el pulso de un viejo. Los objetos empezaban a perder sus contornos en la sombra creciente, albeaba en su baldaquino rojo la desnudez marfileña del Cristo; era cada vez más fría la congoja que flotaba en la quietud de la sala, quietud muy semejante a la de un templo fuera de las horas de culto. El pobre niño no pudo resistir más a tanta amargura como invadía su alma y rompió a llorar con fuertes sollozos. El maestro, conmovido, le acarició con afecto de padre, y después de aconsejarle que fuese más aplicado le dejó marchar.

El frío de la tarde secó las lágrimas que bañaban sus mejillas, y al divisar hacia la plaza las antorchas prendidas en los palos del trapecio se disiparon todos sus dolores. Allí estaría Farfarín luciendo su elegante figurilla, risueño, sobreexcitado por los aplausos y los vítores. ¡Él se llegaría junto a Farfarín y le hablaría para que todos viesan que era su amigo!

Trabajo le costó atravesar por entre la multitud que valla-deaba el improvisado circo, pero todo se lo merecía el honor de ser acogido con sonrisa y saludo afectuoso de camarada por parte de Farfarín, que en el momento de llegar él se frotaba las manos con polvo de tiza para gatear la cuerda del trapecio.

Juan le admiró como siempre, y tuvo el corazón oprimido por la angustia viéndole voltear en el vacío, mientras el cornetín acompañado de la sonoridad lúgubre del bombo, farfullaba un vals ramplón y triste. A veces los gimnastas se arrojaban al espacio, deslizándose el uno por el otro hasta quedar el mayor prendido por los pies en la barra del trapecio, y entonces Juanito sentía nublársele los ojos y un estremecimiento de espanto a flor de la piel; pero la explosión de aplausos y el murmullo del gentío devolvían el vigor a sus piernas, y dominado por el entusiasmo vitoreaba a Farfarín, que, ya en la pista, glorioso el rostro, excelso, saludaba al público alzando con gracia los brazos; y el oro, y la seda, y la sonrisa fulguraban alegres, y el vals del cornetín ya no era lúgubre, sino triunfal en medio de las aclamaciones, las risotadas, las volteretas del payaso. ¡Quién fuera como Farfarín, tan glorioso!

Terminaba siempre el espectáculo con una pantomima en la que solían intervenir, por no tener la compañía personal suficiente, algunos chicos reclutados aquí y allá por el payaso. Juanito indicó a Farfarín su deseo de figurar en la comedia, y éste, por complacerle, despachó a uno de los ya elegidos, que se marchó refunfuñando.

Mucho se rió la gente en el curso de la farsa, y Juan se imaginó que toda la risa y todo el aplauso habían sido a causa de su donaire y de sus picardías. El corazón le saltaba de gozo, y excitado por el triunfo, rayó en los límites de lo grotesco, más allá de la infinita gracia del payaso. Al terminarse la función tuteaba a Farfarín con más desenvoltura.

Ebrio de orgullo marchó a su casa, saboreando de antemano los plácemes de la familia. ¡Glorioso, tan glorioso como Farfarín!

Radiante de felicidad abrió la puerta. Su madre, que medía detrás del mostrador una pieza de tela, le salió al encuentro como para besarle. Él le ofreció los labios como un pajarillo;

pero su madre, la que había de besar al conquistador de la gloria, le descargó dos golpes en las mejillas, a la par que gritaba: ¡Cómo los pillos, eh? ¡Como los pillos!...

Juan apenas si lloró. Confuso, avergonzado, se retiró a un rincón de la tienda, y allí hubo de permanecer toda la tarde, con gesto sombrío que pondría miedo en la cara de un hombre.

NIÑOS

En el silencio sofocante de la siesta, grupos de mal pergeñadas mujeres distraen el tedio haciendo red, o bien revisándose las unas a las otras el cabello áspero y sucio, sin cesar un instante en el comentario maligno de las vidas ajenas.

En la playa, sujetas al destartado malecón por gruesos calabotes guarnecidos de verde sargazo, las embarcaciones parecen dormir tumbadas en la caliente arena, y torbellinos de moscas, bruñidas por el fuerte sol, revolotean sobre las breosas tablas libando los desperdicios de la pesca.

Alguna mujerota crasa y uno que otro vejete de cara enrojecida por el aguardiente no han podido vencer el hálito bochornoso del sol, que siembra el mar de reverberaciones de fuego, y duermen con placidez bestial, recogidos a la sombra de aquella rinconada de miserables casuchas en la costa gallega. Hay en una de éstas un rótulo amarillo del cual pende un gran ramo de laurel nuevo, y toda la fachada reluce por efecto del enjalbegado reciente. A la puerta descansa el tabernero de sus trabajos de aseo doméstico, y divierte a las mozas con dichos desvergonzados y la gesticulación de su rostro, brutalmente sano. Suspenden las hembras la perezosa labor y miran boquiabiertas al bárbaro, en espera de la palabra maliciosa que hará brotar de sus gargantas la risa fresca y loca; debe ser un placer rudo el que experimentan sus almas oscuras, como el de las carnes virginales apresadas de antuvión en la umbría del bosque por las uñas de un sátiro.

Despiertan los viejos sobresaltados por la bulla, y vuelven a cerrar con calma los ojos al percibir entre la turbación del sue-

ño un reflejo de la mocedad desencantada en sus corazones añosos.

Ahora el tabernero atrae hacia sí a un rapaz que se entretiene haciendo tortas de barro que colocaba fuera de la sombra para que las endureciese el sol. Grita y hace esguinces para librarse del hombracho; pero éste lo encierra entre las piernas y une los pies a manera de broche. Ofrécele después una moneda de cinco céntimos, que a cada rato aparta de su alcance para excitarle más la codicia, si dice a Manuela esto y a Juana estotro.

Las mujeres ríen con estrépito y amenazan al niño con romperle un hueso como diga tales palabras, si bien desean todo lo contrario, ya sea por oírlas y gozar del contraste que harán con la boca diminuta, ya por el gusto de cumplir sus amenazas sembrándole de chichones la frente. Vacila el niño entre la tentación de los cinco céntimos y el miedo a las dudosas amenazas.

—¡No lo digas, Farruco! ¡Ay, como lo digas! —gritaban en medio de provocadoras carcajadas.

Entonces ocurrió un suceso que atrajo la atención de aquella gente ociosa, y fué que un marranillo que pasaba corriendo paró en seco y alzó los ojos al aire como si hubiese olvidado alguna cosa. Así dijo el tabernero y levantó un tumulto de risas.

El animalito quiso echar a correr de nuevo; mas entrenzáronse torpemente sus patas y cayó muerto.

—¡Murió como un puerco! —exclamó con dolor el tabernero, y otra vez la risa estalló a su alrededor.

—¿De quién es?

—Es de tu madre, Farruco.

—¿Dónde está Farruco?

—¡Farruco!

Una turba de rapaces apareció por ensalmo, como si hubiesen brotado del suelo, igual que las hormigas después de la lluvia, y con ávidos ojos formaron cerco alrededor del cadáver. La actitud de todos ellos revelaba la existencia de un mismo anhelo en sus almas. Había en su miradas el brillo de las

inspiraciones perversas y en sus ademanes el temblor de la maldad.

Pronto llegaron Farruco y su madre, la cual se acercó al grupo, y apoyando la barbilla en una mano contempló silenciosa al pobre animal. Dióle con el pie varias veces, se convenció bien de que no tenía compostura y, siempre silenciosa, marchó de allí seguida de su hijo.

A poca distancia, presa de furor repentino, empezó a golpear a Farruco, el cual huía profiriendo tales palabras que al mismo tabernero escandalizaban. Las mujeres corrieron a defenderle, diciendo a su madre, y esto era verdad, que Farruco no tenía la culpa de que hubiese muerto el marranillo.

Los otros rapaces, valiéndose de una cuerda, arrastráronlo al mar. Los miembros flojos del animalito agitábanse grotescamente al chocar en las desigualdades del camino, y de cuando en cuando resonaba su vientre al golpe de sañudas pedradas.

Cuando era mayor la furia en el escarnio presentóse con el báculo en alto ante la chusma un viejo encorvado y de rostro bueno.

Esparramáronse los rapaces; mas al volverse el anciano, una piedra le arrebató la gorra y puso un borrón de sangre sobre la triste blancura de sus cabellos.

—¡Ah, malditos! ¡Qué crianza os dan vuestros padres! ¡Ah, demonios!

BUSCON POETA EN COMPOSTELA

QUIENES hayan gozado por más o menos tiempo la vida universitaria siempre la comentan —y esto se hace de mejor grado cuanto más ha encanecido, a par con las pesadumbres, nuestra barba— en torno a dos o tres figuras, cuyos nombres ya bullen en medio del júbilo, ya los dilata la melancolía; reviven de un fervor de sentimiento sólo comparable al de veteranos de las armas, dispuestos a contarle a todo gato qué rigor de las peleas, qué denuedo en llevarlas, qué transportes en la victoria, y el brío, la bizarría y el genio de sus generales. La figura de Buscón tiene así el favor del centro en las evocaciones de sus contemporáneos. De haberse limitado mi conocimiento de su persona y hechos a la época feliz de que hablo ahora, no bien lo encontrase a mi hombre a la vuelta de una esquina o frente por frente en medio del gentío de una gran población, se hincharían de risa mis carrillos para soltarla en torrente, después de la pantomima de un asombro jovial, sobre sus barbas, aunque lo fuesen de una muy triste figura; y a compás de las rudas caricias, tal borbotón de exclamaciones insensatas:

—¿Pero es posible? ¡Tú, tú, tú! ¡Quién lo dijera! ¡Tú, tú, tú!

Del brazo hendiríamos despóticamente la muchedumbre desorientada y trivial que ajetrea en las calles, de tal modo parecería que sólo nosotros llevábamos objeto fijo y de importancia y perentorio que satisfacer; y cuando ya la tierra hubiese girado tres o cuatro veces sobre su eje, los dos en la cárcel por desorden en la vía pública, recién la melancolía de la remembranza, daríale un tono pausado a la conversación, inagota-

ble, substituyéndose nada más a la glotonería de las preguntas la fruición de rumia que marcan las admiraciones, el silencio con los ojos entornados y el suspiro y la dilatada sonrisa de quien sueña despierto.

—¡Qué risa! ¡Recuerdas la noche que diste un gran alarido en medio de una velada teatral en honor de Santo Tomás, bajo la presidencia del Cardenal e ilustres calvas universitarias y edilicias? ¡El estupor de la distinguida concurrencia, los nervios de las señoras y aquel gozo, mal disimulado de contrariedad, de la señorita, ya jamona, Esther Varela, que a la sazón transformaba en hipo de asno los gorgoritos de *Luccia*? ¡Y todo porque un buen señor, al pasar buscando su asiento, de puntillas para no despertar a nadie y muy colorado por creerse blanco de todas las miradas, tuvo la desdicha de pisarte un callo! ¡Y nuestro periódico, redactado en el mármol de una mesa del café Suizo, cuyo dueño nos dispensaba de pagar las consumaciones en gracia a la gracia de la novedad y del aumento de parroquianos obtenido con ella! ¡Y la vez que suplantaste al venerable P. Timoteo en su confesonario de la Catedral? ¡Los pecaditos de aquella doña Clara —y bien clara— que dieron contigo en la cárcel! “Señora, no me confunda con el padre Timoteo... ¿En qué puedo servirla...?” ¡Qué risa! ¡Qué escándalo! ¡Y el Sindicato de la Aguja, de tu época de socialista? ¡Qué partido entre las alegres modistillas! ¡Aquella jira campestre, cuando la romería de Santa Lucía, cuyos ecos aún llenan mis oídos!... A la vuelta, en la noche primaveral llena de estrellas y del canto de las cigarras y de aroma de margaritas, mentas e hinojos, al son de los panderos y las tonadas, las mozas languidecían; mas no a punto que olvidasen espantar con los ramos de olivo y de romero, devotamente frotados por la santa, las moscas de los pellizcos y los besos. ¡Qué sabrosos los besos en la piel que se refresca poco a poco del hervor del jolgorio en la solana! Nunca se creyó posible que tú y la morena Lola hubieseis equivocado el camino, como aseguraste siempre. ¿Sabes que a raíz de tú marchar te la dió con aquel estudiantón Cebreira, que llevaba no sé cuántos años estudiando anatomía sin examinarse

jamás? ¡Y tú, que hablabas de reparar como Dios manda el desdoro que a la moza le advino del suceso! ¡Todavía eres tan meticuloso en amores?... ¿Y las tunas? ¡Recuerdas la primera vez que fuimos a Portugal y tú quedaste allí un tiempo, enamorado de la reina Amelia? ¡Qué romántico eras! ¿Aún...? ¡Oh...! ¡En aquella población, donde lo más del año llovía y llovía a través de la melancolía de las campanas y la bruma de las mansiones religiosas, las tunas eran los únicos días de sol, coloridos, resonantes y plenos de la vida risueña y gentil de la mocedad enamorada; una estela de armonía entre llover de violetas, nardos y rosas, bulle, rumorea y perdura con poesía de noche clara, noche de soñar, en pos de los manteos airosos; la cortesía de abatirlos a las breves plantas de la hermosura, y el gallardo ademán de lanzarlos en busca de besos y un adorno de cintas al balcón donde sonríen los apetecidos frutos y aplauden las manos de la ternura y de los primores; los efluvios de una canción acordada con vihuelas y flautas, percibidos desde el lecho en que reposan el corazón y la fantasía de tanto anhelar, de tanto desvariar; la partida y el regreso de los tunos, ornada la enseña con trofeos galantes, en el rostro las huellas de haber amado mucho y bebido mucho más; todo este desborde juvenil que hace añorar dulcemente a los viejos y a las viejas, encandila con más dulce gozo a las doncellas y emboba los rapaces, tiene un pintoresco encanto muy sutil, de gaya romancería, de cuento de rosa y azul, de gracia viva, con el ritmo ascendente, inquieto, de la pasión, no la fría euritmia que nuestros desabridos profesores de buen gusto atribuían a los helenos; de la vida noble, amena, excelsa, por la cual se retuerce, aúlla y suspira el pesimismo de la Filosofía y del Arte y la esperanza de las religiones —aunque parezcan reñirse la metafísica y este bullicio festero—, en fin, del ser inenarrable que se nos ofrece al pensamiento íntimo, libre de sujeción a clase alguna de normas, si entornamos los ojos para ver la dicha, modo raro del éxtasis cuando la dicha irradia sobre los años idos! ¡Ay, mi vida...! ¡Oh, sapientísimo Cebreira, bien está que prefieras a doctorado prosaico ser barbudo estudiantón!

Y luego de la suave melancolía y los ímpetus oratorios y el filosofar de barato, nuevamente la incoherencia de los recuerdos joviales, cuyo cuento sería el de nunca acabar y morirse de risa, aún pasados por alto los baladíes y comunes a toda relación de truhanería y ateniéndonos a los más singulares. Uno, por donde comenzó a cobrar celebridad nuestro amigo, ríe a carcajadas ahora en mi memoria, y merece contarse igual que antaño lo hizo él, y en capítulo aparte. Doblád, pues, la hoja y no dejéis para mañana el saborearlo:

UN ADAM SIN COMPAÑERA

Cierta noche de invierno, al calor de un renegrido café irri-
tado de algo más que gotas de aguardiente de bagazo, ha-
ciendo la sobremesa de un Arcipreste de la Mahía, mi camarada
trajo a cuento éste de primavera:

En lugares de aquí, señor abade, sucedió esta mi aventura desventurada, en que vine a vivir cuatro días con sus noches la dura edad de piedra. Y por que sea ejemplar mi relato y no sólo de pasatiempo, bien será explicar la causa remota del peregrino lance, mejor para recordado que para vivido, y es la confusión tan usada entre hombres de tener por livianas a todas las mujeres, salvo la madre de cada uno y las santas de leño de los altares. Y en mi asunto añádase otra idea, también errónea, muy extendida en las urbes, donde yo padecí su contagio, y es la forjada respecto a un campo todo florecido en orégano y a la espera siempre de hidalgüelos enamorados por frescas e ingenuas zagalas de égloga. Y, sin más, voy al caso de la verídica historia:

Como hubiese acontecido el milagro de recibirme con mérito de Bachiller en Ciencias y Letras, mis padres, no cabiendo en sí de júbilo ante lo inaudito de mi hazaña, pusiéronse a la orden de mis menores caprichos, entre los cuales destacó el de venirme a la caza y matar el tiempo a una parte de esta comarca, muy abundante, según me habían dicho, en lindas mozas de corazón de manteca, liebres cansadas de vivir, perdices alicaídas y otras piezas de sabroso gusto y fáciles de cobrar que ni el oro en las bancas del sueño; y sin más de menester que un traje de cazador, alarde muy propio de quien no lo es, y una doble canana, y sendos bolsos de red, y un cinto de gar-

fios, y una carabina de dos caños, y tres sabuesos, y botas herradas, y ánimo esforzado, emprendí mi viaje a la casona de cierta familia noble, cuyos hijos me tenían mucha estima y afición y casi respeto, debido a serles un arcano mi entendimiento, que sin esfuerzo alguno, estudiando en libros prestados y mientras pasaba lista el profesor, ganaba la delantera en todas las aulas y al final de los cursos.

En ella me instalé a cuerpo de rey, y pronto la buena vida y las acres emanaciones de la montaña pusieron de manifiesto mi natural rijoso, en tal grado que bastaba el flúido de mis ojos a dejar sin aliento las mozas con quienes topaba, tornándoles de pudor la grana saludable de sus mejillas y de timidez la dulce fisonomía, si bien las volviese más apetecibles el trastorno de su manera de ser, dado que la malicia es la sal de amar.

Así embaucado, a lo cual contribuían no poco los embelesos dedicados a mi gallardo porte de cazador, cierto día determiné con otros de mi calaña caer por Buján a la fiesta del patrón, que lo es de la rabia, San Eleuterio, y para no dejar de lado mis queridas galas pretexté que sería lo bueno irnos de monte unas horas y, anochecido, llegar cabe la romería, pues nunca más fácil se catan las mozas que cuando están fatigadas y a la sombra o ceguera del sol y del párroco, dos grandes enemigos del juego de cosquillas y del baile agarrado. Las mozas, muy ordenadas en ringlas de una policromía reluciente, cantan con honestos modos en los intervalos que deja el gaitero, y los mozos, junto a los carros de los toneles, ya pueden desmedirse algo en las coplas, en los dichos y en el paloteo; porque no era propiamente romería, sino fiesta de los del lugar, y de esta suerte la falta de concurso bullicioso hace imposible otra conducta en tanto no comienza la noche.

Descendimos, pues, la montaña cuando ya obscurecía la floresta y en el cielo destacábase vigorosamente la cara boba de la luna. De lejos, el malicioso hilado senil de la gaita nos hacía hormiguar la piel con los halagos de un mareo de amores, de vino y rebullicio. Llegamos al anteatrío de la iglesia en ocasión de un gran silencio, causado por la presencia del señor cura, quien advertíale al gaitero que no bien sonasen las diez de la noche se fuese de allí con el fol desinflado a la espalda.

Algunos mozos que habían estado en América hicieron mohines desdeñosos, murmurando que tales abusos tan sólo se veían en España; pero los más acogieron resignados el discurso del párroco, tocante a la buena compostura y al rigor de madrugar con el alba. Entonces, una voz fresca y regocijada entonó esta copla, repetida luego en coro y al son de los panderos por las demás mozas:

Viva el cura y la justicia
que nos dejan divertir.
Una noche es una noche,
¡bien se pasa sin dormir!

El cura sonrió, y dadas familiarmente las buenas noches entróse a la rectoral.

Yo bendije la placidez ingenua de la pobre gente, y con la decisión de un gavilán me fuí adonde retozaban las avecillas cantoras, y, súbito, me quedé fuera de mí, sin armas ni cartuchos, al recibir contra el rostro tanto sol como desparramaba la doncella que había copleado al abade. ¡Válame Dios, y cuánta reverencia se debe al santo de las tentaciones si las de una simple aldeana turban así el seso de un mundano!... Ven, decíanme sus ojos brillantes y profundos, muerde la fruta en sazón de mis labios y haciendo brazada de rosas y de nardos en mi cuerpo embriágate de aromas y de mieles y alcémonos a la lumbré del cielo, donde, convertidos a chispas de oro... ¡Ay! Seguir punto a punto los de aquel desvarío me haría enfermar y, por ende, olvidar lo mejor del cuento, lo malo de mi aventura. Sin que yo barruntase la sorna, se complació tanto de mi aderezo que parecía deseármelo para sí, e dióme tales miradas, sonrisas, contactos distraídos y ocasiones de hurtarle besos que, inflamado ya de este frotamiento de ortigas, vine a implorar con timidez impropia de un hombre de mi orgullo y bríos:

—Ata los canes a medianoche, Mari Juana, que tengo de hablarte muchas cosas al claror de la luna.

A mi propuesta contestó un silencio y una sonrisa que significaban algo más que otorgar, y llamada de su madre se fué la moza, quedándome yo alelado unos minutos y a punto de caer

desvaído, si no muerto, a los golpes de la ventura contra mi pecho.

Mientras avanzó la hora yo divagaba en la quietud deste claror musical, donde bullen, con la sonora labor de los insectos y el murmurio de los árboles y las palpitaciones del universo, el placer, la esperanza, el pensamiento y los sueños de los humanos, recogidos en sus moradas a pretexto de reposar. Y en la compañía destes seres impalpables, y de mis ilusiones, pasaba mejor la noche al descubierto que soñando entre sábanas de Holanda.

Me llegué, por fin, a la casita blanca entre frescas pámpanas donde vivía mi dulce suplicio, y al cabo de minutos eternos sentí un rumor de haldas en la sombra del cobertizo y una voz que pronunciaba mi nombre con suavidad de arrullo. Al dirigirme allí se turbaron de tal modo mis sentidos que arrollé tremendo abrazo a un poste del corral y con traspiés de beodo vine a caer —si bien lo encubrí de rendimiento a lo cortesano— casi encima de Mari Juana, cuyas manos leves, albas, olorosas y, más que nada, enérgicas me alzaron de la nuca y orejas como a marranillo, y sin darme tiempo a excusas desvaneció las nubes de mi bochorno a fuerza de sonrisas y mohines de la mayor gracia y seducción que pueda imaginarse. Animado por sus zalamerías recobré mi audacia y la devoré a besos y estrujones, que más enardecían que desahogaban mi anhelo; y como la sintiese a ella demudada, estremecida, presa, en fin, del paroxismo de Safo, resolví no retardar ni un segundo la consumación de la voluptuosidad suprema. Entonces dijo la moza, en voz limpia de trémolo ni almíbares:

—¡Téngase mi amigo, que yo gusto de hacer las cosas como Dios manda!

Me atribulé creyendo que aludiese a la bendición previa del cura, más cual no sería mi asombro y regocijo al sentir que tiraba de mí hacia el establo, y ya en lo obscuro del mismo, que saturaba un sopor cálido y acre —sin que la vaca y el buey alterasen el ritmo de su rumia, sí una cabra y dos cabritillos mirándonos de reojo, según expresión de Virgilio—, dió la moza en apremiarme porque obviásemos la molestia de los vestidos, y comenzó a desceñir la pañoleta floreada,

aportando el manjar primero del festín de amor —son aperitivos las guindas o besos— unos panes o bolluelos candiales gramados con leche y lirios y jugos hechiceros. No bien yo acababa de mudarme por completo en Adam, albeó en la penumbra, con desvanecida luz de mujer soñada, el cuerpo venusto de mi doncella, que si hubiese sido tan acabado el que salió de manos del Supremo Hacedor antes la guardara para sí que la diese al primer hombre de compañera; y dicho esto ya no cabe añadir que los Ticianos, los Rubens, los Goya (acostúmbrase decir *los*), y otros creadores de la belleza desnuda, no pasaron de ser unos ilusos pintamonas. Y tamaña hipérbole os dará, sobre todo, la medida de mi ofuscación, tal que, cuando quise acordar, yéndome al bulto de la mesma, no palpé sino las tinieblas entre mis brazos, habiéndose, al parecer, cambiado en fugaz visión de sueño la más hermosa figura de carne y hueso que podría soñarse ciertamente. Pero en la sospecha de que su recato la hubiese resuelto a tomar de antemano el mullido lecho de forraje, anduve a tientas en derredor, sin topar más de sensible que la vaharada y pegujones de las chivas; y entonces me sobrevino un helado estupor, después un corrimiento asfixiante y, al fin, comprobada también la desaparición mágica de mis ropas, una rabia como jamás la hubo asistido San Eleuterio, saliéndome a ladrarle a la luna en estos desaforados términos: “¡Ah, endina, villana, hidetal, cabra, fementida, ladrona! ¡Mal hayas de víboras, de cuervos, de canes; te rabies, te mueras, te pudras... y Dios arroje tu ánima en los infiernos y Satán no la quiera recibir y andes en pena todos los aires del mundo, y de todas las generaciones infamada y maldecida, y...! ¡¡Aaah, perra!!”. A mis ladridos contestaron otros más atroces de los canes de Mari Juana, sucedieron los de mis sabuesos —que habíanse venido a la zaga de su pobre amo—, los de la huerta vecina, los de acá, los de más allá, y en seguida todos los canes del lugar y de una legua en redondo levantaron tamaña gritería que de unas ventanas en otras, abiertas con estrépito, cundían ya luces, voces, denuestos y preguntas sobre qué pasaba, oído lo cual, asustado, no sé si medroso, agarré la carabina hallada al azar debajo del cobertizo, y me dí a una fuga de alma que lleva el

diablo o de perro con morcillas hurtadas —ya que de perros se trata—, aumentando mi aturdimiento y el asombro quizá supersticioso del vecindario dos horribles disparos de arma de fuego, procedentes, a buen seguro, de la insegura que yo apretaba entre mis manos.

Lo poco de la noche que restaba se me pasó entre sacudir los miembros exangües y enfriados del acceso de ira en todas las entrañas, del sudor de mis carnes y del sudor de la atmósfera, e imprecicar, gemir y ansiar no la luz del día, sino el calor del sol, ocurriéndome al ver lo imposible desto una pesadumbre absurda que me indujo a desear la muerte y a ponerle tachas a la obra de Dios tan desacorde con mis necesidades del momento. ¡Ah, y la zorra cómo se reiría entre las coberturas! Algún consuelo veníame de pensar que riéndose toda la noche andaría molesta del sueño todo el día, y así la maldije de insomnio por mientras viviese; pero la idea de si habría dormido a pierna suelta, por la fatiga misma del júbilo, cambiaba mi maldición a desearle tanto sueño que no se saliese más dél. ¡Ah, si se pudiese matar con el pensamiento! ¡Recorredé aquí el entrecejo de Jove y anhelaba un haz de rayos que fulminar contra la vil criatura! En este punto de mi desdicha el rubicundo Apolo asomó, tras la comba de un monte, su faz, que a mí se me antojó radiante de pullas, y porque no soy hombre de tolerarlas y mis carnes temblaban de frío, decidí apartarme a un repajo donde yaciese calentado por mis lebreles. Volví el rostro para sonreírles a cuenta del favor que esperaba dellos, y púdeles ver detenidos a un buen espacio de mí con la cabeza en alto y la cola en vaivén de péndulo. Avancé a buscarles y mostráronme los dientes iracundos y el lomo erizado; reforcé la voz y alcé la diestra en son de castigarles y, con gran calma o desprecio, giraron sobre sus patas y partieron a un trote pausado hacia el caserío. Sin duda por la noche me seguían al olido, y ya en la luz, no obstante presentármeles más verdadero que nunca, no podían reconocerme, si no fuesen también lastimados en su dignidad de servidores por la mengua de su amo, al desnudo y con aires de loco; pero, ¿y lo que se dice del instinto y lealtad destos animales? Lo único cierto era que de todo mi aparato de ca-

zador sólo me restaba la carabina, y cariacontecido y armas al hombro me fui, porque ya se oía el despertar de la madrugadora gente aldeana, en busca de un rincón ameno y tapado a reposar y entretener las horas contándome los lunares del cuerpo y cuantas menudencias hubiese ante mis tristes ojos. Mas no hube menester deste pasatiempo ni de otro, porque no bien me hallé en el seno de un matorral de retamas, laureles y zarzas, aumentaron de tal suerte mis melancolías y anhelos de dormir que sin darme cuenta vine a quedar sumergido en la más profunda nada. No obstante, bastó a sustraerme deste letargo una como paseata de hormigas en las partes más sensibles de mi desnudez; abrí los ojos perezosamente y topé, no con los de cualquier ninfa solaz de Pan o Sileno, sino los engarzados en lagaña, nublos y manantiales de una vieja quintañona que dentre las bravías ramas alongaba el gañote husmeando mis carnes cual si hubiese perdido sobre dellas aguja o cuenta de rosario, así era de atento su examen. Resortes del pudor y de repugnancia me irguieron tan súbito que la bruja, dando ayes de can descuadrillado, rodó por los pedruscos del atillo, y luego la vi juntarse de varias labradoras en el llano y disparar todas a la voz de ¡el rajador! ¡el rajador! Fuera de mí, viéndome así ofendido, les mostraba los puños y estas flores de vocabulario: ¡Ah, la vieja malina, descarnada, zullencia! ¡Jergón mugre, trasto tirado, peste, plaga de sequía! ¡Más quisieras tú, yegua horra, que sátiros o rajadores de a pares en cada pingo del refajo!

A todo esto el sol declinaba, y con él me retiré yo también a un refugio distinto del que tenía, temeroso de que acudiesen labriegos armados de horquillas y legoñas en busca del sátiro. Excuso decir que ningún estado sublime de la natura emocionaba entonces mi alma en lo más mínimo, y sólo me placía denostar su indiferencia implacable y sonreírme de las prédicas ingenuas o cobardes de algunos filósofos, encaminadas a someternos a ella; en cambio, mis errores de autodidacta absorbían mi espíritu, conmovían mi corazón y tornaban mi frente de abatida en orgullosa representándome la grandeza de la civilización a que había pertenecido; y en llorar mi destierro de la mesma y la suerte de los primeros hombres y la de mis

congéneres de Groenlandia, Oceanía y otras regiones infelices, entreteve mi ocio al amparo de unas rocas mientras se apagaba la rojez hierática del sol, se adormía la tierra y resonaba el misterio azulado y argénteo de las noches encantadas. Sin que fuese capaz a extasiarme belleza tanta, padecí por muchas horas un estupor general, si bien algunas ideas que habían quedado expeditas juntáronse muy en orden para decirme que todo aquello era música celestial y ganas de comer, mas al pedido que les hice sobre la manera de aprovechar la segunda novedad, se dispersaron dejándome a obscuras, en ayunas y con ganas de morir. ¡Ni uno puede tener misericordia consigo mesmo!

La insensible natura fué luego piadosa conmigo, pues refrescándome la piel hizo que sintiese necesidad de moverme y, poco a poco, a impulsos de la querencia vine a verme dentro de poblado, y allí, el prurito de volver a los lugares do fuera escarnecido me arrastró al corral de la infame, donde aproveché para dormir la compañía de las cabras, por no fiar de la mansedumbre de los cornudos mayores y así mesmo creer que me despertarían de continuo las convulsiones de sus vientres. Cuando más bien dormía rasgaron el alba los agrios clarines del gallinero y, presa de temor, dispúseme a huir camino del monte. Al desperezarme abrí la boca, y esto me trujo a pensar que por ella nada se había entrado en dos soles que no fuese aire o lágrimas, y lo bueno que sería proveerse de alguna cosilla de más sustancia antes de hundirse de nuevo en la soledad y aspereza de las breñas. Un resplandor de alegría cegóme los ojos al ver cerca de mí a una gorda gallina que picoteaba sobre un montón de basura, y del pensamiento a la obra de agarrarla del pescuezo, no fué ni un segundo, habiéndole tirado tan bien los garfios y apresado tan fuerte que la cogí muerta del suelo, sin dejarle tiempo de cacarear ni el más breve adiós a la familia. Feliz hasta el delirio e inundada la boca de succulencias me partí con la preciosa carga derecho a la covacha últimamente escogida, y casi bendecía la ocasión que se me presentaba por primera vez, de saber si era en efecto el hambre la más buena salsa del mundo. Libre ya de temores y bien oculto, a penas reposé de la fatiga de la carrera púseme a desplu-

mar en seco mi gallina, estremecido a ratos de una cruel fruición porque imaginase arrancarle así a pellizcos la piel de Mari Juana. Cuando estaba más ufano en mi tarea, riéndome de hallarle alguna semejanza conmigo al ave conforme la despojaba de su traje de plumas, una gran congoja estrujó mi corazón, destiló de la cabeza el sudor frío de los desmayos y la inocente víctima pudo resucitar e irse tranquilamente si le hubiese venido en gana, que yo no podría retenerla; y fué la causa deste desvanecimiento pensar que mi robo y asesinato eran inútiles, dado que me faltaba lo más indispensable a mi objeto, la lumbre, o al menos un arbitrio para crearla o suplirla. Pasado el primer desaliento acudió la esperanza o hambre a persuadirme de buscar algunos medios con que salir del apuro, y pronto sonreí ante uno que me pareció de facilidad y eficacia extremas, reducido a imitar la manera que tienen ciertos salvajes de asar las viandas con sólo exponerlas al calor del cielo; ¡mas luego caí en la cuenta que para tal milagro se necesitaría de un sol ecuatorial, y también del paladar desos bárbaros, capaces de nutrirse de alimañas podres cuanto más de gallina morna! Otra idea feliz me ocurrió en seguida y fué la de asarle a tiros aunque sólo fuese una pechuguita, y así, recabé la escopeta y la disparé a bocajarro encima del cadáver, que se quedó tan fresco, porque la descarga no había de que hacerla, según se recordará; con lo cual llegó mi desesperación a su colmo y más al oírme de mi propia boca estas lamentaciones: ¡Ay de mí, perro, sandio, más que buey, menos que gallina, criatura infelice! ¡Y por qué no trujiste huevos y no gallina! ¡Y a qué la mataste que de no, pondría huevos! ¡Y por qué no has mamado en las ubres que te sirvieron de almohada! ¡Ahora date muerte, pues no sabes vivir, desventurado!

Destá suerte plañía la mala de mi vida cuando no muy lejos divisé a un nubarrón de horquillones, mayales, rastrillos y paños que amenazaba descargar sobre mi cabeza, si mis cálculos no iban errados, y de que no iban tal me confirmó la voz de ofenderme dada por tres o cuatro arpías delanteras, entre las cuales reconocí a la vieja inmunda que días atrás había sulevado mi honestidad en el bosque: ¡el rajador! ¡el rajador! ¡¡a él, a él!!

Olvidada mi firme resolución de morir de hacía unos momentos, eché a correr por la montaña, y aquí me caigo, allá me levanto, heridos los pies de los guijarros, y destos y de las zarzas, tojos y carrascas lo demás del cuerpo, falto ya de fuerzas me dejé rodar desde la cima de una vertiente que a los pobres ojos míos pareciera corta y sin tropiezos, recibiendo tantos mojicones, mordiscos y puñaladas en mi viaje sin fin por la noche del vértigo que, al asentar sobre una mullida y fresca grama, de donde resolví no levantarme sucediese lo que sucediese, pensaba: ¡Verdaderamente, yo estoy muerto y hecho pedazos, y el buen Dios saca mi ánima del purgatorio a este reposo y suavidad y frescura de la bienaventuranza!

A pesar mío, un gran bullaje me hizo abrir los ojos y percibir en rededor una masa confusa de cabezas y brazos y brincos de demonios, acabándome de tornar a la realidad de mi desgracia la presión de los horcones en el cuello y ambos muslos, y la voz rabiosa de los que me tenían así espetado: “¡Vas a morir, cabrón, desgraciado!”

Medio muerto ahora de veras, gemí con voz lejana: “¡Señores míos, yo no soy cabrón ni rajador ni cosa mala! ¡Desgraciado, sí, muy desgraciado! ¡¡Ay de mí!!...”

Volvieron a gritarme con más furia: “¡Pues qué sois, sino, criatura dañina y dejada de la mano de Dios! ¿Se usa en cuevos la gente honrada?”

Ante el apremio y rigor de tales demandas, mi entendimiento apretado se salió por este desatino: “¡Nada soy de cuanto decís, gente honrada! ¡Soy... un pobre náufrago, eso, un pobre náufrago!”

“¡Qué náufrago —rugieron—, si en muchas leguas no hay mares ni ríos de navegar! ¡Acuerda el credo, bellaco, que ahora te matamos!”

Así hubiera sido, a fe mía, si en menos de un credo no apareciese montado en soberbio alazán mi salvador, y era el párroco de aquella feligresía, según pude ver muy pronto y albriciarme, alzando los ojos por la calle de respeto que sola su presencia formó entre la turba feroz que me atosigaba; mas no las hube todas conmigo de advertir cierto aire de exorcista en su faz venerable, y no fuí equivocado, pues no bien cerré los párpados

haciéndome del muerto, ya que cualquier gesto, ademán o razones me traían recelos y malandanzas, le oí exclamar: “¡Yo te conjuro...!”

En voz moribunda le atajé diciendo: “No me conjure a nada, señor, que yo le haré confesión cristiana de todos mis pecados, y más que paréceme que voy a morir, y así le suplico de hacer un lugar en su montura y llevarme adonde pueda hacer entrambas cosas bien, santa y cómodamente, y agradecersele hé lo poco de vida que me resta y aun por siempre jamás amén si resucito en la gloria de Dios”.

Conmovido el clérigo accedió a mi petición, y después de ofrecermé enteros los manteos para cubrir la desnudez —en lo cual mejoró aquella caridad de San Martín de darle media capa a otro menesteroso— mor de mi quebrantamiento guió a paso de procesión la cabalgadura, camino de la rectoral, donde, luego de haberme valido con abundantes y sabrosos manjares le hice la prometida confesión, cuyas peripecias le dieron tal regocijo, que tengo para mí que desde aquel día no dice misa, ni reza horas, ni predica sermón sin parecer bobo de reír fuera de tiempo ni motivos aparentes, al recordarlas.

Y quiero ahora decir de final que su risa y la vuestra no están del todo en razón y compostura de virtud, que de estarlo hubiérais dicho una vez siquiera, mal pecado, mal pecado, y sumido alguna lágrima en las mangas, pues si mi relato parece donoso el suceso en sí lo fué de grandes tribulaciones, sin que valga argüir que tomase origen de mis culpas, ya que a fin de cuentas el vicio, la veleidad o la inorancia son asimesmo las causas de las desdichas de los hombres en general.

Y no se rían más, que la noche va muy avanzada y quiero irme antes del día, no sea que alguno o alguna destos contornos me vea y me señale y me corra.

LA VENUS MANCA

DE la vida propiamente universitaria de aquella época es también el caso que sigue, cuyo éxito entre la estudiantada le valió a nuestro amigo malquerencias de varios profesores res-

petables, y fué de haber respondido al problema de arqueología que por amenidad se dilucidaba cierto sábado en clase:

A mí paréceme de nacimiento manca la Venus de Milo.

Las numerosas conjeturas que se han hecho sobre la actitud de sus perdidos brazos, no pueden satisfacer a quienes hayan contemplado mucho tiempo el semblante de la diosa; más aún, la sospecha de ser manquedad de origen la suya, es muy fácil de insinuar en cualquiera que disfrute de un sentido perfecto de eurytmia.

Un mohín como de pesadumbre, tenuísimo, se inicia en el rostro excelso, y constituye un signo claro de la soberanía ideal de su ser; esta misma huella de dulzura un tanto melancólica sobresale del aspecto de inmortalidad ofrecido, sólo en la muerte, por el rostro humano.

En lo restante de su fisonomía ostenta la Venus una calma solemne, augusta, más propia de un espíritu puro que del amor de la deidad pagana, y, desde luego, no se aviene con ademán alguno de los ya ideados para sus brazos, ni se avendrá con cualesquiera de los aún imaginables.

Pueril la suposición de que tuviese un niño en el brazo izquierdo; o en ambas manos la oferta de coronas de laurel; o aliñándose con la mano derecha el cabello mientras la izquierda sostenía un espejillo cerca del rostro; o alta la izquierda, con una poma, y la derecha sujetando la veste que cae de la cintura, y aunque más acorde con el aire arrogante de la Venus la idea de que sostuviese un escudo u otro atributo guerrero, fundada, quizá, en los amores de la diosa con Marte, no responde tampoco a la idealidad sublime de su total expresión.

Su cuerpo armónico, en noble apostura, no es propicio a las múltiples actitudes posibles con los brazos dentro de la mímica humana, y en esto se revela también su naturaleza divina, libre de las necesidades anexas a nuestros órganos, al punto de requerir la gracia plena de su figura la falta de los más principales en el trabajo, ley penosa del vivir terreno.

Plásticamente no se han representado aún coordinadas la expresión deste bello que decimos y la actitud más o menos erecta del cuerpo, y cuesta imaginar siquiera tal modelo sin

el desgarbo de una fantasma o de un pingüino; y sería de reír que los bolsillos y los bastones, los manguitos y las sombrillas, y todos los demás apoyos o entretenimientos de las manos —ya que no saber donde ponerlas va contra elegancia—, se originase también del mismo imposible absoluto.

Ahora bien, dado que la disparidad en las hipótesis de cómo tendría los brazos la Venus de Milo demostrara ser vano empeño por dotarla de partes que repugnan al sentido estético, ¿no pudieron atormentarle al autor de la divina escultura iguales dudas al hacerla que a nosotros al reconstruirla?

Yo así lo creo. Y como desesperase de no dar con solución alguna satisfactoria, de varios golpes de mazo nos dejó a la Venus manca. Seguramente.

EL PRIMER BESO

Supimos destes amores del amigo merced a la transformación notada en su aderezo, que si había sido y continuó siendo humilde por fuerza, pues los dineros enviados por la pobre madre lugareña daban poco de sí, de pronto apareció pulcro y de un atildamiento extraordinario en él, cuya pasión de las cosas interiores hacía descuidar más de la cuenta las del exterior; y mi sorpresa fué tan grande al verle un día vestirse de pies a cabeza prolijamente, donde antes usaba un solo botón de camisola, el de cerrarla con el cuello, y de cinto una corbata, y alfileres en la pretina, y fiudos y dobladillos y otras artes ocultas propias de los desastrados, que no pude menos de preguntarle si algún tío indiano le apareciera, o si pensaba cambiar de soñador a pisaverde; a lo cual me respondió, mientras se hacía una lazada pizpireta delante de un trozo de espejo parado sobre unos libros:

—Te veo venir, querido, y te salgo al encuentro para que abracés en mí al más feliz de los hombres. Sí, el amor fué la causa dese milagro que te asombra... ¡Qué sabes tú! En tanto me visto, puedes leer mis apuntes, aún calentitos, acerca del primer beso, que, no obstante las novelas eróticas leídas y tu propia experiencia, no conocerás muy bien sus deliciosos por-

menores, nimios y fugaces como para ser olvidados en seguida, y este beso es la célula, el átomo, el primo elemento de la excelsa ternura...; y no te rías de mis expresiones, porque debe serse compasivo de los enamorados. Me pareció mi gran ventura de tal gracia, novedad y trascendencia que a raíz de ella, si bien no gusto de profanar las emociones desviándolas un punto a literarias, tracé al vuelo esas líneas, cuyo final de melancolía empañó, sin razón, la primera candidez de mi alma. Y digo sin razón porque vislumbres la deste lema que ahora voy a ponerle de comienzo:

El constante amor sería otro fruto de
nuestra voluntad.

Él posó una mano en las de Pura, leves y tibias, que iniciaron el temblor de volar.

Acariciábalas con la delicia muy atenta con que se acaricia un satén o las plumas de un ave cándida y mimosa.

Las manos de uno y otro se revolvieron luego suavemente buscando aliarse, mas la impotencia de las presiones tenaces dispersó los dedos en huérfanas vibradoras, alocadas, eléctricas, a flor de la piel de los brazos; y este hálito de las bocamangas les ofuscó a hincarse con rigor de martirio la pulpa, mientras los ojos chocaban con tanto ímpetu que parecían exorbitarse al frío éxtasis de la ceguera.

—¿Sí...? —dijo él.

—¿El qué...? —dijo ella, y bajó la vista.

Y luego de una breve pausa se miraron y se rieron.

Otra vez los dedos entrenzáronse, a par que las fisonomías manifestaban una quietud misteriosa y grave.

—¿Me quieres, Pura?

—Mucho.

—¿Mucho, mucho?

—Mucho, mucho, mucho —mimoseó ella, desfalleciendo la presión de sus manitas.

Él bajó la cabeza, fatigado de anhelar, y, sin querer, dióle un beso breve en el brazo desnudo, que acentuó el temblor de vuelo; mas como no le alzase cobró alientos la boca osada y

cubrió de besos la dulce porción de gloria conquistada tan difícilmente.

Levantó los ojos tímidos y ella los recibió con una sonrisa ruborosa.

—¿Sí?

—¿El qué?

Como quien no quiere la cosa, o naturalmente, pasó los dedos por la crencha de Pura, que, un poco seria, esquivó sin brusquedad la caricia.

—No —dijo él—; quiero despejarte de sombra el rostro.

Y con este pretexto le acariciaba una y otra vez las bandas de menudo rizo.

—¿Me quieres?

—Sí, sí, sí, sí sí, sí, síííí... —entonó ella con mimo gracioso, y acentuaba las sílabas sacudiendo el broche de las manos, que al fin se apretó intensa y prolongadamente con las últimas fes.

Después del frenesí de las manos aliadas, el coraje y el desmayo en las pupilas, se hicieron atrás fatigados.

—¿Qué linda estás!

Naturalmente volvió a pasar la mano por los finos cabellos rizosos. La esquivez della fué menor. Trajo él de súbito a sí el rostro de Pura y lo besó, un solo beso, tan leve que apenas fué abrir los labios en las mejillas de raso y rosa, estremecidas y cálidas.

Alzó ella el rostro, serio; mas no claro si de enojo, si de sorpresa o pesadumbre.

Y él se desconcertó un poco y la miró con sonrisa insegura, fea, de vanidad herida o algo así.

—¿Te incomodaste? —dijo luego.

—Sí...

—¿Sí...?

—Sí, sí —repitió ella con enojo infantil.

—¿Entonces no me quieres!

Ella calló y siguió enojada.

Y él pareció enojarse también y se respaldó. Y al mirar de soslayo, como encontrase los ojos de Pura también avizores y saliéndose del enojo, volvió a decirle:

—No te incomodaste, ¿verdad?

—Sí..., pero no debías...

—¡Entonces no me quieres...!

—Sí, pero no...

Se miraron y se rieron.

Decidido, audaz, y a pretexto ahora de castigarle tantos mimos y lindeza tanta, atrajo a sí con fuerza el busto de la novia y doblándolo atrás entre sus brazos le aplastó un beso lento en plena boca, conmoviéndose de un espasmo divino al sentir en la profundidad de su ser la reptación de la caricia devuelta.

Cuando empezaba la noche se apartó de su amada, y al llegar dentro del bullicio y las músicas de la ciudad anduvo arrobado y a tropezones con la gente dominguera, pareciéndole todo resonancia y destellos de la fiesta de su corazón. Un grupo de amigos le salió al paso, y después de los saludos y decires de risa con que solían celebrar de antemano su amena compañía se lo llevaron en medio. Insensiblemente se deslizó fuera de sí mismo a los halagos de la plática y de los rumores y las galas y el esplendor de la fiesta, y ya despierto y ágil, de sentir la tentación de las miradas y sonrisas femeninas, como un pájaro cae sobre un ramo de cerezas y a todas picotea, deseaba él con avidez besar cuantos labios lindos veía. De pronto se quedó suspeso. Detrás de su alegría se apagaba una luz melancólicamente, y un nombre le salió a la boca: ¡Pura!

Entonces se apartó de la fiesta y fuese a pasear meditabundo y triste a las afueras de la ciudad.

BUSCON POETA EN MADRID

Poseía nuestro héroe espíritu ambicioso, y en el trance de tener que dedicarse a cultivarle unilateralmente para satisfacer a la necesidad práctica de asumir una determinada profesión en la vida, sintió, junto a un gran pesar, la inquietud y rebeldía de alzar el vuelo, yéndose a un medio en que pudiese desenvolver amplia y armónicamente las facultades todas; e

imaginando que los estudios de filosofía y letras, por sus tendencias universales, respondían a este anhelo de perfección integral, decidió pasar de la Universidad de Compostela, donde no podían cursarse sino algunas materias del ramo, a la Central de Madrid, contra el gusto de la familia, que deseaba el verle graduado en algún oficio con nombre, ya que, por desgracia, no había querido ser de la Iglesia, fuese abogado, que mucha fama y oro adquirirían haciendo lo blanco negro, y viceversa; fuese médico u boticario, que también cobran sahumado el beneficio de la salud y el agua que la natura danos de balde; fuese, aunque más no fuese, algo desto, productivo y útil: procurador, notario, sacamuelas, albéitar, curandero, picapleitos, concejal, que sin otra filosofía ni otras letras que la ignorancia de los demás, ni otros quebraderos de cabeza que los de la ajena, viven regalados y entretenidos y dejan para resposos, y aun les lloran más de la mujer y los hijos, porque no se hace a vivir sin pulgas el can, del gusto que da rascarse la comezón, y porque metidos en la tierra todos somos buenos. Mas el buscón, por lo de poeta, no se paró ni un minuto a considerar tan cuerdas razones, y atenido a sus fuerzas, las de su ánimo, se partió a los confines de la vida soñada por su alma, con sólo el aliento y la bendición de su madre, siempre ingenua y devota del genio deste hijo, cuyas informalidades y contratiempos antes acrecían que amenguaban el cariño y embeleso della, como si al venir al mundo le hubiese desgarrado las entrañas más que los otros. ¡Cuánto lloró él de oírle prometer a la pobre vieja entre besos y lágrimas que hablale de mandar por medio seguro los ahorrillos que pudiese!

A los pocos meses de haber caído en la Corte comenzó a desalentarse de ver qué lejos se hallaban aquellos estudios superiores del orden y comprensión expresados en el plan académico, principalmente por limitación de tiempo; y convenido ya de que a la cátedra sólo se podía ir en busca de simples orientaciones, se acostumbró poco a poco a no cederle más días que los sobrantes a su labor individual de cultura —intensa y variada, como lo reclamaba su sed de verdad y de conocimiento— y a los goces de la vida, pedidos con igual premura de su complexión fuerte y refinada, sobreviniéndole una gran

pesadumbre al tropezar con la impotencia de satisfacer a este doble imperativo de su personalidad en la forma libre, acabada y noble que deseara. Pero sus quejas no llevaban aparejada contrición alguna de haber procedido en la forma que lo había hecho, ni tampoco reconocimiento de la sensatez logrera que diputaba demente su ideal de poner bajo la bóveda del cráneo al universo mundo para orientar las fatigas de los hombres a la excelsitud de los dioses; y se me ofrece coyuntura de recordar cierto pasaje de una de las obras notables del siglo, con el fin de aclarar sencilla y amenamente la índole y los quilates desta ufanía que se llama romanticismo, quijotismo, neurosismo y con otros nombres más o menos fundados en idiotismo, pancismo y científicismo. Contesta Maeterlinck al aserto de sir John Lubbock de una mayor inteligencia de las moscas en comparación de las abejas, porque metidas unas y otras en un botellón las primeras dan con el gollete de salida y no así las últimas: "Esta conclusión no me parece irrefutable. Volved alternativamente hacia la claridad veinte veces seguidas si queréis, ora el fondo, ora el gollete de la esfera transparente, y las veinte veces seguidas las abejas se volverán al mismo tiempo, para dar frente a la luz. Lo que las pierde en el experimento del sabio inglés es su amor a la luz y su misma razón. Evidentemente se imaginan que en toda cárcel la salvación está del lado de la claridad más viva, obran en consecuencia y se obstinan en obrar con demasiada lógica. Nunca han tenido conocimiento del misterio sobrenatural que para ellas debe constituir el vidrio, esa atmósfera repentinamente impenetrable que no existe en la naturaleza, y el obstáculo y el misterio deben ser tanto más inadmisibles, tanto más incomprensibles, cuanto más inteligentes sean. Mientras que las moscas sin seso, desdeñando la lógica, el llamado de la luz, el enigma del cristal, revolotean al azar en el globo, y dando con la suerte de los tontos, que a veces se salvan donde perecen los más cuerdos, acaban necesariamente por hallar al paso el buen gollete que las liberta". Aclarado este punto, añadiré al que tratábamos de la tortura espiritual del poeta, que la falta de recursos y la dificultad de buscarlos válido sólo de sus aptitudes generales y en las horas robadas a su ocio idealista, le

imposibilitó de todo cultivo serio del ser, y así, en ésta y en las otras partes del vivir fué siempre hombre de meras iniciaciones, aunque decía sonriendo: "En verdad, todavía puedo llegar a persona de mérito y gananciosa, y acaso tener estatua después de muerto; podré ser periodista, diputado, etc.; torero, actor, fraile, etc.; podría ser monarca, podría derrochar millones, etc.; y, desde luego, soy una gran cosa, que los más no pueden o no quieren ser: soy un hombre, quiero ser un hombre.

No obstante su existencia obscura y retraída se le nombraba mucho entre artistas, desde literatos y pintores a bailarinas de cinematógrafo, asimilándole al Chasagnol de los Goncourt, o al maestro ex hombre de Gorki, o a un caballero del Greco, o a un monje de Zurbarán y a otros tipos de traza más genérica que sirviesen a evocar la unción de Jesús, la risa de Voltaire y el dolor de Heine. Porque su carácter desigual se había acentuado en las partes de melancolía y escepticismo, y si se salía de su habitual silencio de atención, de abstraimiento o de estupor sólo era para sonreír, y desto a la buena risa va gran espacio, según puede verse por las dos chácharas de café que siguen y el cuento rústico metido en medio, que si proceden las tres concepciones de la misma época del poeta, el cuento refleja un sol fuerte del pasado:

TODOS LOCOS

Una mariposa que hace giros en torno de una llama termina por quemarse las alas. A nuestro espíritu le acontece lo propio cuando, a fin de calmar sus ansias de infinito, de buscar la verdad, se lanza en el misterio que envuelve la vida. Sacude la cabellera, rabia y llora, pasa la furia de un grano de arena en el seno de un torbellino que avanza con violentas contorsiones por el desierto; estalla en el trueno, espumajea en la mar, clama en los huracanes, lucha con dioses, ríe con demonios, cohabita con saurios y con brujas, se extasía en la luna, languidece, muere. Entonces enjégase con el desencanto, viste otra vez la camisa de nervios y la ropilla de carne y hueso,

malparadas por la inmersión, y reaparece con una mueca honda en el rostro que hace decir a los otros mortales que siempre han vivido bajo el sol dorado y caliente: "Ahí va un santo. Ahí va un poeta". Pero en verdad os digo yo vi arribar a la orilla del misterio un nauta que abandonó en la playa la camiseta de nervios y semidesnudo se paseó entre las gentes; y me dije: "Ahí va un burlón".

El acceso a la burla marca el grado máximo de la evolución humana dentro de los horizontes por ahora visibles de la biología. No sé si más adelante asentará nuestro espíritu en cimas de más firmeza y dignidad. Por hoy, no. La ecuanimidad, producto de lo que se llama un buen conocimiento de la vida, o del corazón humano, que es lo mismo; del sondeo en las sombras que nos sustentan, hasta el punto de adquirir un temple estoico merced al cual nada nos coja de nuevas y nos solicite con peligro de quebrarse la paz a mucha costa reconquistada; sí, reconquistada, pues viene bien aquí aplicar a nuestra vida el suceso primordial de la tradición mosaica, esto es, vivimos cuando infantes la paz del Paraíso, cuyo sol basta a nuestra alegría, y sus bellas plantas, cuyos nombres comunes y los de todas las cosas los hemos aprendido en el regazo de las abuelas; colma nuestros anhelos una fruta sabrosa —una manzana es para el niño un tesoro—, no se conoce la ferocidad de los brutos y se les ama —yo he visto a un pequeñín meter decididamente sus dedos en los ojos de un perrazo, de fijo porque ignoraba que fuesen esferillas sensibles—, los elementos nos admiran —¿quién no se quemó alguna vez, de chico, por querer agarrar la llama de una bujía?—; en fin, poco basta en la edad de rosa para complacer la mentalidad y emotismo que le son propios. ¡Ah, pero bien pronto brota el deseo de tener veinte años, y con pretextos bien inocentes, por cierto: las más veces por no usar ya del traje marinero, y sí el de hombre, cuyos pormenores nos turban, como después de alcanzados los veinte añitos la vista de una moza espléndida; la americana, el chápíro, la corbata pizpireta y, sobre todo, el pantalón con bolsillos!... ¡Oh!

Llega la hora de subirse a las ramas del árbol del bien y del mal. Muchos caen dél y se espachurran; esto van ganando.

Muchos caídos tienen valor para volver de nuevo, mas llegan a sentir náuseas luego de varias frutas que prueban y descenden otra vez al plano primitivo de la vida. Otros, los malditos, persisten hasta gustar de todos los frutos, y bajan, al fin, convencidos de su insaciabilidad y el gáznate calloso en disposición de pasar ruedas de molino como si fuesen granos de anís; han padecido todos los dolores del conocimiento, sus bascas, alucinaciones y desencantos; desde entonces se conforman con todo, con lo lógico y con lo absurdo, con lo nimio y con lo grande, con lo bueno y con lo malo, ramas que se confunden allá en la copa del árbol donde se dieron a la glotonería más voraz sus almas; juran no abismarse más, sino convivir ya entre el resto de los mortales, bajo el sol dorado y caliente; son buenos, porque saben perdonarlo todo; sonríen a todo; son optimistas, porque saben del infinito sin márgenes; discuten por amabilidad; ceden por gallardía; su trato es una fiesta para sus amigos. He aquí, pues, que han reconquistado la paz. ¿Que tiene un subsuelo de amargura esta paz? Lo saben, y por eso jamás lo remueven, ni con la punta del bastón, como hacen los melancólicos. Más aún: hacen por que su ser recobre de día en día el tono humano; estimulan en sí mismos el resurgimiento de las pasiones, que desde ahora se desenvolverán sin dudas ni pesadumbres, bajo el imperio de un espíritu sabio de todos los valores. Ved al hombre perfecto posible, hoy por hoy: es el burlón.

Y el espíritu que ha vivido en todas las zonas del misterio torna frente a la luz con un himno en los labios para la Naturaleza y una sonrisa de amor para todas las criaturas y sus manifestaciones. Sabe que la realidad tiene leyes con que justificar sus acontecimientos, independientemente de los planes metafísicos urdidos por el pobre intelecto humano, a quien, si le es dado conocer los fenómenos, conocimiento que le pone en posesión de múltiples recursos con que mejorar la vida sobre la tierra, estánle vedadas las esencias, y la pertinacia en escrutarlas cuesta perder la paz, la fuerza de acción, la dicha posible en esta vida... y aun la del cielo en la otra.

Dice un personaje de Pío Baroja: "Hay que vivir apoyados en algo, en verdades o en mentiras, en principios aceptados porque

sí, por la fuerza de la raza, o en convicciones, porque si uno se desprende de todas las preocupaciones heredadas llega un momento en que se queda uno sin amparo, azotado por todos los vientos." Así es. Y un hombre razonador con exceso se pierde irremisiblemente en la vida. Permanecerá inmóvil, sin saber qué camino seguir de los muchos abiertos por su análisis para resolver la más trivial de las coyunturas; y corre peligro de ser arrollado por la muchedumbre que, indiferente, gira en torno suyo y avanzará sobre él para colmar una pasión, una necesidad o, simplemente, un anhelo superfluo, un capricho. Sólo queda un refugio a su atonía: el yermo. Mas ¿no habrá quien disponga de los impulsos rotundos, simples, necesarios para la vida, sin rehusar la perfección humana, cuyo proceso trae consigo inevitablemente una mayor complejidad espiritual? Sí, el burlón. ¿Quién sabe si la decantada euritmia o *sofrosine* del espíritu griego no provenía de haber arribado a las cimas de la burla! ¿Indicios, conforme al proceso de tortura explicado? Esta raza superior creó la filosofía y la tragedia más grandes que han conocido los siglos.

Suele salirse del paso en esta forma cuando se nos ofrecen maravillas creadas por un cerebro superior al nuestro: es locura, decimos, o bien: ¡es broma! Esto se halla en el conocimiento de todos: casi no hay innovador que no haya sido tildado de loco o de bromista. Si no otra cosa, desta vulgaridad podría deducirse la escasa confianza que de ordinario merece la razón humana. Pero donde tal desconfianza tiene una confirmación plena, muy cómica, es precisamente en el campo de la ciencia. ¿Quién no se creyó alguna vez con señales de locura si oyó expresarse a un frenópata?

Tuve yo un amigo, de genio sumamente original, que era muy dado a toda clase de estudios, sobre todo a los de psiquiatría, quizá por ser los que más se amoldaban a la índole sombría de su alma, en la cual tenía constantemente aplicado el oído. Su biblioteca era en este orden abundantísima. Del tiempo, ya lejano, de mi amistad con él empecé a familiarizarme con los nombres de Charcot, Lombroso, Ferrero, Laschi, Douglas, Krafft, Ebbing, Tardieu, Hammond y otros muchos con que de continuo me mareaba, casi siempre al objeto de fundamentar de modo

contundente para mi total ignorancia de tales cosas —que ni aun podría resistir al hechizo de tantos nombres bárbaros e ilustres como me disparaba—, su sospecha de haber observado en sí mismo las huellas de tal o cual psicosis.

Un día era *parálisis general* que le amagaba. "Chico —me decía—, no es que yo me crea papa, rey y emperador a la vez, ni generalísimo de los ejércitos de tierra, de mar y submarinos, ni que mi hacienda se multiplique por millones en mi fantasía y me dé por escribir cifras seguidas de ceros que llenen resmas de papel, no; en mí, por lo de ahora, no reviste la ambición —forma la más ordinaria del desvarío— estos caracteres; pero, claro está, en ello influyen notablemente, a mi juicio, los hábitos del sujeto, así que la manía de grandeza consiste para mí en la gloria —perdóneme la inmodestia, ya que hablamos en la intimidad—, una gloria excelsa, formidable, que las trompas de la fama resultarían afónicas para extenderla por el mundo; al igual de Horacio, aspiro, y no en metáfora, a tocar los astros con la frente. Por otra parte, mi memoria se empaña, el sentido moral se debilita, sí, el sentido moral... (Ya te convencerás desto cuando sepas de algunas ideas mías.) ¡Ah, mírame bien a los ojos! ¿Observas que mis pupilas casi no se ven, son cagadas de mosca? ¡Síntoma culminante! Y ¿qué tal me expreso?" "Divinamente —díjele—, parece que hablas de otro loco y no de ti mismo". Luego de un buen espacio solía exclamar: "Sin embargo..., casi no habría genio en la historia que no fuese un loco. ¡Ah, ah, he aquí otra señal de que mi trastorno es verdadero! Y es que no hay cosa más de enajenados que ésta de disculpar su locura, de querer convencerse a sí mismo y a los demás de que poseen la razón más sólida que Dios pudiese regalar a mortal alguno". "No, hombre —respondí con la mayor sencillez que pude afectar—, probablemente serás un genio". Balbuceaba, se ruborizaba como una doncella y en sus pupilas, del grandor de ochavos —no de cagarrutas de mosca—, lucía involuntariamente la gratitud y la modestia escandalizada.

Otras veces creía ver en la explicación que siempre daba de su mala pata —que, por cierto, la tenía malísima— de ser efecto de la influencia de un hado maligno, un síntoma de *delirio crónico*, acompañado de alucinaciones sensitivas y todo, como las

de ver y tocar a cada momento las resultas de su suerte desastrosa, que no eran desgracias excepcionales sino merced al pesimismo con que las juzgaba. Y también era síntoma de lo mismo su temor constante a que le robasen las ideas, cosa que, en realidad, habíale acontecido ya varias veces a causa de su espontaneidad en comunicarlas a cualquiera.

Como habréis observado, mi amigo tenía un gran ingenio para urdir sofismas, tanto, que su delirio persecutorio podría comprobarlo, más que nada, este afán suyo de ir por todos los medios posibles contra su propia tranquilidad.

Como síntomas de *epilepsia* estimaba también sus accesos de melancolía, sus ideas de grandeza, su misticismo, su tendencia erótica y, por último, su afición desmedida por los paseos, que acusaba pedantemente de *automatismo ambulatorio*.

Un día vínome diciendo que estaba segurísimo de ser un *degenerado superior*... Yo le felicité, lleno de risa, pues, al fin, siempre resultaba un ser superior. Él me respondió, con el vishaje más atribulado que pueda imaginarse:

—Sí, no deja de ser un consuelo pertenecer a una aristocracia de imbéciles... Escucha —y leyó con voz temblona en un librote que sacó de las faltriqueras—: “Las *obsesiones* son muy comunes en los degenerados. Sin causa apreciable brotan en su espíritu una imagen, un pensamiento que se instalan, arraigan con fuerza y motivan un deseo ardiente de acción. Algunos sujetos (*onomatomanía*) están obsesionados por una palabra que repiten hasta la saciedad, a veces sólo mentalmente”. (¡Cáspita, efectivamente, aquí estoy yo!) “Algunos evitan la pronunciación de ciertas palabras”. (¡Lagarto, lagarto, aquí estoy yo!). “En otros la obsesión consiste en buscar alguna sin tregua ni reposo hasta dar con ella. Obedecen otros fiel y puntualmente precauciones, reglas y ritos cuyo motivo desconocen, cuando no los diputan absurdos, por ejemplo, subir escaleras siempre con el pie derecho, contar los pasos pronunciando solamente las cifras múltiplos de un mismo número, de 2, de 3, de 5, o dar en la flor de contar en voz queda, pero inteligible, las mismas cantidades, por ejemplo: dos y dos cuatro, y cuatro ocho, y ocho dieciséis, y ocho veinticuatro, y llevo dos; enumerar cuidadosamente, durante el paseo, las personas, los objetos de

una misma clase, árboles, perros, coches, ventanas, adoquines, etcétera”. (¡Cabal, cabal! Aquí de mi aversión por el número... que sigue al doce, y mi acatamiento a la estupidez aquella: Día martes..., etc.; y mis cábalas en los juegos de azar...).

—¡Hombre —le interrumpí—, parece mentira que con el talento que tienes...!

—¡Tate! —contestó—. ¡Por eso me clasifiqué de degenerado superior!... ¡Oh, mira este capítulo acerca del *delirio general, delirio melancólico o depresivo*!... ¡Mi pasión por las puestas de sol! ¡Sabes? Pues un *crepuscular*, soy un *crepuscular*... Pero ¡y las *filias*, qué me dices de las *filias*? Dice el doctor Marti: “Hay que considerar a la *filia* como un estado psicoafectivo constitucional, congénito o adquirido, como modalidad físico-psicológica de la personalidad, y al impulso como trastorno patológico accidental. La *filia* es una modalidad afectiva natural con el individuo, no repugna a su personalidad, es anexa a la conciencia actual, no determina angustia, se la satisface con complacencia, no es paroxística, sino constante; el individuo la califica de cosa naturalísima, le admira que todos no la sientan como él; es, en una palabra, una manifestación espontánea, regular y normal de la personalidad. Son *filicos*: el coleccionista, el borracho, el *snob*, el misonéista, el vegetalista, el protector sistemático de los animales, el antiviviseccionista, el jugador, el gastrónomo, el onanista, el sodomita, el sadista, el masoquista, el vanidoso, el filarmónico, el fetichista...; en resumen, cuantos sistematizan el goce de vivir a fines limitados, cuantos *anestésicos* a la acción de las actividades que originan placer en la especie sólo lo experimentan por casualidades especialísimas”. En fin, amigo, para mayor colmo, esto de la *locura razonadora* parece hecho expresamente para mí. Más de una vez, tú mismo me has llamado espíritu de contradicción por mi tendencia incoercible a ejercer aduana sobre cuantos razonadores se ponen a mi alcance, desarmados en seguida por los ímpetus de mi lógica. ¡Loco, loco, loco! —añadió; y se fué con aire de parecerlo en verdad, sin que yo pudiese detenerle.

Desde entonces no he vuelto a ver a este pobre amigo. Supe algún tiempo después que había entrado por su propio pie en

una casa de salud, de igual suerte que muchos criminales entrérganse voluntariamente a la justicia. Y, como no podía menos de suceder en caso de tan manifiesta *vocación* por la locura, él mismo auxilió eficazmente en el diagnóstico al director del establecimiento, siendo tanta su conformidad con el nuevo estado que acababa de abrazar que desde los médicos al postrer mozo de vara no se oía sino decir: "¡A fe, loco más razonable no ha pisado jamás la casa!"

EL POBRE QUE NO TENÍA NADA

EL sol derramado por los cielos clarea la masa de los pinares, de los maizales, de los parrales, volviéndola de un verdor fuerte absoluto, y así nos parecíamos los hombres a gusanillos que se mueven dentro de una col; semejan desolladuras en vivo las tierras de arcilla y los tejados nuevos de las casas y hórreos; llamas de horno las vidrieras; se interrumpe a trechos la verdura y hiere los ojos la reverberación del mar, chispas o alas de oro, de plata, de piedras preciosas; y bajo esta lumbrarada se desfallece la vida en prolongado sopor de lujuria.

Por el camino blanco, blanco, blanco que pasa la floresta, sube de lado las montañas, ocúltase, aparece y sigue leguas y leguas, marchan los romeros engalanados, las mujeres más vistosamente, a refrescar la fe y el paladar a la fiesta del patrón de Bealo, San Ramón Nonato; y aunque todos van alegres, no cantan, sino entretienen la fatiga del camino y espolean el afán de llegar con decires y risas y anda que te andarás. En lo de todos alegres habría reparo de cuantas mujeres iban a pedirle a San Ramón ayuda, si el mal de muchos no fuese un mal llevadero —dado que sea mala cosa ésta que tratamos de la procuradoría del santo mal nacido—, y hasta viejas habían sacado la barriga de mal año e iban de la comparsa muy gallardas o echadas atrás, efecto de la pefiez y de orgullo.

A medida que avanzaba el pomposo raudal de maternidad era saludado con voces pordioseras de los cojos, mancos, llagados, tullidos y ciegos apostados en las orillas del sendero:

—¡El Nonato le ayude a vaciar con suerte...! ¡*Ave María, llena eres... Amén!*

—Si es varón, que tenga buenas manos para tocar, buenos pies para correrla, buena vista para curioso... *Padre nuestro... Amén.*

—Si fuese mujer, que sea tan buena como su madre... ¡Gloria Patri... Amén!

—¡Que sea un sol!... ¡Padre nuestro!...

—¡Una manzana colorada!... ¡Ave María!...

—¡Un ramo de flores!... ¡Gloria Patri... Amén!

Un mocetón flaco, vestido hasta los pies de un redingote que había sido azul y militar, deshilachado y lustroso por la mugre, traía de la vara a un ciego tañedor de zanfona, la cual, terciada bajo la capa de batán parduzco, le redoblaba la vejez y la bellaquería fingiéndole una grotesca joroba. El rostro rasurado y cetrino del ciego era socarrón, taimado y de los que ríen hasta dormidos.

—Vea, mi tío, qué buen agosto haremos...

—¿Puedo yo ver, badulaque?

—Una migaja...

El viejo hincó la vara en la cintura del lazarillo.

—Non se incomode, mi padre, si non vanle a guiar sus propios ojos en la jornada. Si non ve, acierta demasiado con la vara, y eso non me gusta. Quise decir, malos demonios le lleven, que oliese cuánto gentío se viene con nosotros al San Ramón... ¡Nunca vi tantas preñadas juntas!

—Eso huelo, y también que tú eres mal criado y desagradado y...

Unos mozos le interrumpieron a estos gritos:

—¡Eh, eh! ¡Va el viejo al San Ramón porque lleva el niño del revés, a la espalda!

Murmuró el viejo entre dientes: —¡A tu madre!...— y contestó jovial:

—Non mamará, nin llorará, nin hará este niño al nacer más cosas feas que darvos contento de música...

—¡Venga una copla, cieguiño!...

—Llegados a la romería os daré coplas, y a la compañía también...

—¿Y ese mozo que llevades con vos o que ides con él, también canta?

—¡Es mi nieto, probiño, más probe que yo y que todos los probes que habedes topado en el camino! ¡El sí que non tien nada!

—¡El tien mocedad y buenos brazos con que os pudiera dar vida más descansada y honrosa de la que llevades!

—¡Nada tien! ¡Probe nieto mío, más probe non le hay!

—¿Ello va de burla?

—¡Non a fe, ojalá fuese! Ahí donde le vedes ayudándome a arrastrar la miseria, otro tiempo ayudó a las necesidades de la patria, que diz que son las de todos, con la propia sangre y con algo de más peso y que hasta a los muertos le sobra... ¡Tal pensarían quizá los filibusteros de Cuba, que teniéndole por difunto, después de una batalla, se lo desarraigaron del cuerpo!

Entonces el ciego movió a uno y otro lado la cara, igual que hacen las personas que ven, cuando quieren comedirse ante niños o mujeres (allí abundaban, unidos en la misma carne), y habló de secreto un buen espacio con los acompañantes próximos, quienes, compadecidos y maravillados, transmitieron litúrgicamente a los demás, sin apartar los ojos del lazarillo:

—¡Probe! ¡Non tien nada!

—¡Probe! ¡Non tien nada!

—¡Probe! ¡Non tien nada!

Y como una brisa ondula extensamente las mieses, avanzó aquella lamentación a los últimos grupos de romeros, y cuanto más se apagaba su razón de origen tanto más aumentaba el atractivo del enigma, llegando a tomar de pronto una forma de adivinanza: “¿Qué probe habrá tan probe que non tenga nada?” Y aunque alguna vieja sutil, irritada por no tener de qué pedirle al Nonato ayuda y hacer así en el concurso un papel desairado contestase mordiendo las palabras, lo cual valía también por subrayarlas: “¡El que non tien vergüenza!”, subsistía el misterio y ganaba rápidamente la curiosidad general.

Una tronada de pólvora cubrió el aire, dispersándose después torrencialmente los sonos robustos de la murga, en torno al bombo —que parece una persona mayor cuando transige con locuras de la mocedad, si el vinillo no es malo, y... porque un día es un día—, chillidos, rebuznos, risadas, pompón, pompón, discordancias de un delirio grotesco y bárbaro que la gaita, viejecilla hilandera de malicias, parecía excitar mediante cosquillas o una comezón sabrosa; y un cuarto de hora más de camino surgió ante los ojos de los romeros, bañada en luz pleni-

solar, la realidad, alegre, abigarrada y bulliciosa de la fiesta. Si el bombo, perdido el juicio, elevaba su resonancia grave y bonachona sobre toda la algazara, también las redondas mujerucas eran las que, a simple vista, producían la plétora del gentío. ¡Era, sí, fiesta gorda!

El ciego de la zanfona y su lazarillo, el pobre que nada tenía, ya calamocanos, iban de un grupo a otro de mozas esparciendo la hilaridad de sus cantares pícaros.

El son gangoso de la zanfona teje cautelas de tarántula entre los versos:

Caldo con la gordura
que hoy tien San Ramón,
a más de agua y verdura
cocha tien y tien cabrón.

—¡Miren al cieguiño! ¡Malos demonios lo lleven! —clamoreaban las mujeres con risas. Y el viejo proseguía, para detener las alarmas injustificadas, tal diálogo con su lazarillo:

—Caldo es de fiesta,
caldo bicoco,
¡non es pra mí!
—¡Pra mí tampoco!

—Otra copliña:

—Contrabando a vista de ojos
seguro es también de mí,
que non veo, que mal toco;
y, pese a malos antojos...,
¡yo non fuí!
—¡Yo tampoco!

—Otra copliña:

—Es grande consuelo ver
tan lejos la fin del mundo;
pero es un dolor profundo,
hijos míos..., ¡non tener!

—¡Demonio de viejo! ¡Raposo! ¡Ojalá te cargasen dese contrabando! ¡Cabrón!

—¡Santos, aquí
todos invoco
tal... yo non fuí!
—¡Nin yo tampoco!

—Otra copliña:

—A San Ramón una vieja
buen suceso le pidió;
el santo alargó la mano
y díjole sin recato:
¡¡Si dese yo fuese hermano
bien que non era Nonato!!

—¡Viejo endiablado! ¡Pecadento! ¡Hijo de loba, padre de piojos...!

—Voime de aquí,
pero retoco:
¡tal... yo non fuí!
—¡Nin yo tampoco!

Cuando más rebosaba el numen chocarrero de la zanfona, suspendió la risa de todos una mujer gruesa que arremetió contra ciego y lazarillo a desatinar desta suerte:

—¡Ah, malvado, agora non escaparás de mí que non descubre la maldad tuya debajo del sol! ¡Ah, infame, ladrón de mi honra!...

Pensó el ciego que le daban el pie de una copla y zongueó con la zanfona:

—¡Yo non fuí...!

El lazarillo le advirtió:

—¡Nin yo tampoco..., mas cállese mi amo que parecen veras!

La mujer proseguía desesperada, y ya dirigiéndose al gentío que avanzaba en oleadas hacia la escena:

—¡Este mozo fué...! ¡Indino! ¡Atestiguade lo que voy a decir! ¡Ay, de mí!... En noche de lluvia y tronada golpearon mi

puerta, pidieron, rogaron: por Dios, por la Virgen, por lo más sagrado... Y yo, cristiana, les di albergue junto a las vacas, pues más non podía... ¡Y mi marido allá en América!... Este mozo en la sombra fué a mi lecho... y... ¡ay de mí! ¡Y mi marido allá en América! ¡Encomendada me dejó al abade...! ¡Qué será de mí cuando torne...! ¡Ladrón de mi honra, infame, traidor, confiesa tu pecado...! ¡Ay, de mí...!

Zumbó de nuevo la zanfona:

—Yo non fuí...

Súbite, en medio del general estupor, hízose atrás airadamente el lazarillo y abrió de un tirón el capote, demostrando su falta de vergüenza:

—¡Nin yo tampoco!

No hechas a tal falta, las mujeres regularon velándose con las manos abiertas el rostro, y un rumor de letanía pasaba de grupo en grupo:

—¡Non tien nada!

—¡Non tien nada!

—¡Non tien nada!

Los hombres reían procazmente, y la zanfona zongueaba:

—¡Bien dije aquí
e non destoco;
non, yo non fuí
nin él tampoco!

La cuitada se había fundido en humo de magia que galgos no le darían alcance ni de olfato.

De retorno a los hogares cantaban los romeros:

Si dejas a tu mujer
bajo la guarda del cura,
cura, cura y precura
un probe cura escoger...

Caldo es de fiesta,
caldo bicoco,
—mas non pra mí,
—¡pra mí tampoco!

En el silencio de la luna y de los pinares hufan los ecos de la risa de los sátiros:

Probiño, probe del todo,
probe que non tenga nada...
Yo non fuí...
Yo tampoco!

ENMIENDA A LA DOCTRINA DE MALTHUS

ESCUCHAD ahora, amigos míos, una disertación perfectamente razonable y ridículamente horrorosa, que autorizaría el sabio capricho de Goya: "Los sueños de la razón engendran monstruos".

Empecemos a la manera de los catedráticos: Desde muy antiguo fué observado el conflicto que nace del desequilibrio entre la población y los medios de subsistencia. "Los egipcios profesaban la doctrina de la limitación forzosa de la población, como ciertos discípulos de la escuela Malthusiana; así es que mandaban degollar los niños recién nacidos en la cantidad que se juzgase necesaria". El mismo Malthus asegura en el prólogo de la segunda edición de su obra celeberrima, que "la miseria y la desgracia ocasionadas por un crecimiento demasiado rápido de la población, habían sido ya distintamente apreciadas en tiempos de Platón y de Aristóteles".

Sí, el conflicto es muy antiguo, y con el tiempo será más antiguo todavía. Concretó Malthus dicho problema económico en la fórmula tan conocida: La población se desarrolla en progresión geométrica; y las subsistencias en progresión aritmética. Pero ni sus antecesores, que los tuvo en Italia, en Inglaterra y hasta en España, según el Sr. Cánovas del Castillo, que en su colección de estudios históricos nos da a conocer una obra castellana del siglo XVII sobre la materia; ni sus discípulos, ni los modernos economistas que se han preocupado por el indudable fenómeno barruntaron remedio alguno de traza definitiva. Y no obstante, la solución es facilísima, casi

más fácil que la ideada por Colón para poner un huevo de pie. Antes de soltarla divaguemos un poco, no ya para conseguir efectazo, que bien podría perdonárseme tal vanidad en pago de la invención que voy a servir, sino por vía de premisas que la tornen a ésta incommovible luego de asentada.

Cuantos revuelven el asunto no le ven otra salida que la de la limitación, voluntaria o forzosa, de la población, y así encarecen, principalmente, el celibato o la muerte como recurso de urgencia en las sociedades aquejadas por el mal.

Sin salirse uno de estos medios restrictivos sería fácil hallar una forma de corregir su esterilidad y que a la vez no se opusiese tan violentamente a los instintos fundamentales de conservación y de reproducción. Sobre todo este último. El celibatismo, cuando no está escudado por leyes religiosas, y la regulación artificial de la prole, que sin la anuencia de los Estados se practica ya mucho con el fin, muy razonable, de sujetarla a los medios económicos de la familia, abren ancho margen a la degeneración de las razas impulsándolas a la cloaca de todos los delirios eróticos. La preocupación individual de preferir la muerte a la pérdida del honor, ¿por qué no hacerla extensiva a las sociedades? ¡Antes el diluvio de fuego que abrasó a Sodoma y Gomorra que sus torpes vicios! Ya no el odio sacro a la mancilla, sino instintos primordiales de vitalidad debieran de inspirar arbitrajes a fin de aniquilar con Scheneiders —ya que no está en mano de los hombres el fuego de Jehová— a los pueblos de médula corrompida.

Leyes de Licurgo, leyes como las romanas Julia y Popea, enaltecedoras del matrimonio, es preciso promulgarlas en nuestros tiempos de relajación venérea, fuente de cretinismo y de escrófala. ¿Que aumentaría excesivamente la comunidad humana? Sonreíd con el arrobamiento de un labrador cuando sus trojes revientan del mucho grano que le dió la cosecha. ¿El peligro tan grave de que las subsistencias queden muy por debajo del nivel de la población? ¡Bah! ¡Una futesa! ¿Cómo iguala un panadero dos panes? Pesa los trozos de masa, y añade al más pequeño lo que al mayor le sobra; ¿es así? Pues bien, parte de la población, dado que sea excesiva, pasa a convertirse en

subsistencias, y es evidente que el pavoroso conflicto se habría solucionado con esto.

Y estoy en guardia para cuantas objeciones puedan hacerse-me. ¿Hay repugnancia específica de parte nuestra en cuanto a la adopción de este sistema? No, es cuestión de gusto, baladí, obvia. Conocida cosa es de todos que la antropofagia constituye el régimen alimenticio de muchos de nuestros semejantes — así tenemos que llamarle a los caníbales y esquimales, mal que nos pese—, quienes prefieren a cualquier otra la carne humana, que dicen ser un alimento noble, mientras que la de los animales es un alimento vil. Yo, por presentimiento, suscribo esta apreciación de los salvajes. Si muchas bestias no han ganado la categoría de comestibles por el estado doméstico, indudablemente la mejoraron, sin detenernos a considerar ahora en especial los prodigios de la zootecnia; y el rey de la creación, el constructor de sociedades donde la fatiga disminuye porque el bienestar es objetivo de todas las acciones, también ha de ser en este punto de la ceiba muy superior a los irracionales. ¿Quiérese un testimonio de más consideración que el de los salvajes, un testimonio casi europeo? ¿Quién no leyó alguna vez en cualquiera de esas revistas que nos cuentan cosas extraordinarias de Nueva York y de Marte, comentado el suceso de tal o cual pastelero que trajo de cabeza toda una población, delirante por sus pasteles sabrosísimos, que a la postre resultaban ser de carne humana? Sí, amigos, ni siquiera es cuestión de gusto, nada, la prevención que tienen algunos a los caracoles, a la carne de gato y aun a las riquísimas ancas de rana.

Ahora sí, podría explicarme una repugnancia actual, sobre todo en los países civilizados, por las taras patológicas que han degenerado la especie. Conveniente sería que pasasen varias generaciones a dieta de vicios antes del primer ensayo, o por lo menos habría que tener muy en cuenta el linaje fisiológico de las víctimas. Y aun después, debería preferirse la magra de infante, por razones gastronómicas y de derecho. De las primeras no hablaré, porque son del alcance de cualquier inteligencia o, mejor dicho, de cualquier paladar. Del segundo orden son muchas las consideraciones que se me ofrecen, pero

basta solamente recordar que los infantes poseen una conciencia rudimentaria, y, por lo tanto, juzgo que no deben tenerse como sujetos de derecho; y por la misma razón, creo que no se les infiere mal mayor con hacerles abandonar —por los medios suavísimos de que dispone la ciencia— una vida que no conocen, que acaso desde el cielo juzguen una lotería haberla perdido. Tan es así que, luego de caer en la cuenta, quizá sobrevendrían graves disturbios con objeto de conseguir para los hijos el privilegio del matadero.

¿Qué otras sinrazones pueden lanzarse contra mi teoría? ¿La inmoralidad horrorosa del infanticidio? Mucho habría también que decir acerca del particular, mas no quiero salirme del comedimiento hasta ahora empleado en mi discurso. Baste con la pregunta: ¿cuántos gérmenes de vida no ahoga el vicio todos los días? A este propósito viene de molde aquello del célebre satírico Marcial: "*Ipsam cede tibi naturam dicere rerum: Istud quod digitis, Pontice, perdis, homo est*".

En fin, ¿será decoroso que cuando sea un hecho la profecía de Berthelot, de condensarse en algunas drogas todo el sustento necesario para la vida de un hombre, cuando llegue la humanidad al pleno uso de la razón, cuando cuelgue sus viviendas de los astros, ponga este epitafio sobre nuestro planeta seco: *Aquí murieron de hambre y de vicios nuestros antepasados?*

PRIMERA RISTRA DE SUCESOS INCREÍBLES, REALES Y VERDADEROS

BUSCON POETA EN BARCELONA

HASTA aquí alcanzaban los sucesos y teorías más notables que yo conocía de mi amigo, cuando su aislamiento se prolongó tan desmedidamente que temí no le hubiese dado la genialidad por matarse o profesar de cartujo, soluciones ambas muy conformes a la índole de ese humorismo paradójico de nuestros días, en el cual le habían puesto impulsos propios, fatales, de su evolución psíquica. Desesperaba ya de volverle a ver y completar, por lo tanto, con algunos capítulos más la biografía de su primera juventud —pues confieso que los motivos afectuosos de mi empeño eran menos fuertes que los de curiosidad— y un día, hojeando con desgano cierta revista científico-literaria redactada por elementos jóvenes del Ateneo, di un salto de alegría sorpresa como viese al pie de una de sus colaboraciones la firma de mi amigo. Enterado que se había recibido por mediación de una ilustre escritora que a mí honrábame con deferente amistad y a él, según lenguas charlatanas, con afección más tierna y envidiable, corrí luego a visitarla, díjele de mis propósitos y obtuve de su gentileza permiso para reproducir, vedados algunos pasajes con puntos suspensivos, un ameno epistolario debido a la pluma de mi héroe, cuyo espíritu, si bien se aparece todavía encrespado y melancólico, anuncia caracteres de afirmación, relativos a un futuro posible o tolerantes ya con muchas formas de la realidad histórica. A la par que estas observaciones comuniqué a tan amable señora mi sorpresa de que aquel cuento, recibido por ella con la primera serie de cartas, fuese trasunto de aventuras o, más bien, desventuras de nuestro común amigo, a lo cual me respondió:

“Nada sé cierto, pero no me parece mal de la suposición de usted, aparte las simples razones que sugiere la lectura de estas páginas, por las razones que él acostumbraba exponer respecto a los planes de novelar, pareciéndole solamente apto y aun el único posible para conseguir impresiones de vida real el subjetivismo, aunque deba prescindirse de su forma directa, la autobiográfica, a fin de asegurar en la propia conciencia del autor y de los lectores un constante efecto de sinceridad...”

En fin, sea verdad o ficción, cosa es de mi biografiado, y no de las menos edificantes, y a tal razón me atengo para darle cabida en la parte que, según parece, le corresponde cronológicamente:

Montevideo, junio de 1912.

Después de todo lo dicho, señora mía, querréis conocer el motivo de mi escapada. Probablemente obedeció a más que deseos de andar mundo. Habré pensado: Pobre aquí o allá, es casi lo mismo. Y otras varias razones habré tenido que no quiero indagar ahora.

Decidme: los poetas, los filósofos y los santos que viven dentro de los límites de una ciudad, de su cabeza o del claustro, ¿pueden hablar con la certeza que lo hacen de los dolores del mundo? Horacio, para recurrir a uno de vuestros poetas favoritos, dice que la brevedad de la vida nos impide abrigar una larga esperanza. Sí, es una queja muy razonable, pero con decir de un vinillo, “sabe a poco”, antes enaltecemos que rebajamos su excelencia. Y si alguien superase a Horacio diciendo que tal pájaro verde, la esperanza, es un loro charlatán y estúpido, también sería sinrazón, pues sí reluce y habla un animalito, ¿qué más ha de pedírsele? Y despreciar la existencia por sí misma o por sus dificultades, no es decoroso. Un alto espíritu se atiene o a privarse della, o a mejorarla o sobrellevarla en silencio. Yo, señora mía, sufro y callo y tengo también algunas alegrías: amar, comer con apetito, desfacer entuertos... y aun

podría darle un sentido absoluto a mi satisfacción del vivir, ya que Musset puso la más apetecible del suyo en los llantos: “*Le seul bien qui me reste au monde, est d'avoir quelquefois pleuré*”. Y mi vejez, al cabo de accidentada vida, no en línea recta, que es la distancia más corta entre dos puntos —según los matemáticos y los poetas—, tendrá unas grandes barbas de plata muy amables, raudal valeroso en que mis nietos beberán sin saciarse la voluntad de vivir... (¿Estaré muy seguro de cuanto digo? ¿Sentiré muy hondo tan bellas razones? ¿No será un eco de la esperanza levantada por muchos poetas y filósofos del día, que no son loros precisamente? Por lo menos, hallo bien tal manera de sentir, quiero sentir muy hondo belleza tanta, se hace lo que se puede y... algo es algo).

Rehusó a daros una relación precisa y completa de mis aventuras en los tres años que hace que nos separamos. No me sería posible sin echar mano de los recursos propios del fabulista, y ahora no se trata de eso. En mi memoria, no sé si en la suya también, se produce una como reducción de términos semejantes que me imposibilita de reconstruir circunstancialmente y uno por uno los sucesos pasados; así, a través de la espuma del champañía sólo percibo haber comido bien o mal, si no he guardado el menú; y al otro día de una fiesta distingo apenas de su esplendor si me divertí o aturdí como una mariposa, mientras no me lo diga por la mañana cualquier periódico... Exagero un poco, lo sé, mas opongo mi exageración a la del atomismo en todos los órdenes de la vida moderna, ciencia, arte, política y costumbres, como si ya no fuesen biológicamente necesarias las percepciones sintéticas. El reportero, el fotógrafo, el parlanchín y el solitario son los tipos dominantes de nuestro siglo... No se le agüe la boca, señora mía, que no voy a hablarle de los dichosos griegos. Y aunque pudiera ser otra candidez de nuestro corazón esperar del superhombre una era de armonía celestial, no puede negarse que la creación de Prometeo progresa irremisiblemente y el tipo humano acrece su capacidad para nuevas y más amplias síntesis... Ya un bachiller de hoy sabe lo que Aristóteles... Pero ¿dónde estoy? ¿Cuánto dislate y palabrería sólo para deciros que mi flaco entendimiento y el temor de cansaros con una relación monótona

me determinaron a disponer por montoncitos —sin rigor de historia— algunas impresiones de ese pasado mío que os interesa conocer! Perdón, y empiezo:

EN EL AIRE

Cuando llegué a Barcelona tenía sólo tres pesetas en el bolsillo. (Los demás pobres acostumbran hacer portamonedas en la punta del pañuelo. Yo tampoco llevaba pañuelos conmigo. En la precipitación del viaje se me habían quedado, sin duda, en el baúl, y éste yacería en la estación mientras no mejorasen los tiempos, si bien lucía entonces un cielo magnífico; ¿adónde iba yo a dejarlo sino en la estación? Si tuviese ruedas mi baúl, ¿me consentirían llevarlo a mi zaga, de un cordel? Pero ya os hablaré de mi baúl, señora, en el capítulo correspondiente). Poseía, digo, tres pesetas. Otro pobre hubiera calculado: tres pesetas, a real por día, cuatro por tres doce, doce días ganados a la miseria; un panecillo de desayuno, cinco céntimos; de comida, un panecillo y un arenque, diez céntimos; cena, un panecillo y habas cocidas, diez céntimos; total, veinticinco céntimos. Podría suprimir el desayuno y algún panecillo, y entonces restarían diez céntimos para imprevistos, frecuentar de noche alguna buñolería y de cuando en cuando hacer bailar a una mona, porque no sólo de pan vive el hombre..., aunque bien pensado, los cinco céntimos diarios de la mona, ya que divertirse no constituye una necesidad vital, podrían acumularse con el fin de asegurar la existencia por algunos días más de los calculados al primer golpe de vista como necesarios para conseguir trabajo, porque no ha de fiarse mucho de los primeros golpes de vista. Pues bien, señora mía, os autorizo a ponerme de improvisador, de necio y vicioso hasta donde os plazca: ¡Todo mi caudal se fundió aquel mismo día!

En la hora de mi arribo a la ciudad condal, la muchedumbre circulaba con el orden y ufanía de un hormiguero. Influido, por esta manera especial de caminar, tan distinta de la que usábamos en la corte, fuíme también derechamente y muy de prisa no sabía adónde, y después de fatigarme por calles y plazas a punto de vomitar los bofes, un altísimo señor me detuvo en

la desatinada marcha: “¿Adónde va usted?” Lo sucedido, en realidad, fué que habiendo llegado al claro de gentío y de ruedas que se hace al fin de las ramblas, frente al puerto, en cuyo sitio se alza hasta las nubes la columna de un Colón gallardo e imperioso, me detuve a tomar aliento y preguntarme: “¿Adónde voy yo?”

No lejos de mí, en la acera del hotel Ambos Mundos, a la sombra de un toldo a listas blancas y azules, y entre plantas elegantes, kentias, bambúes y helechos, unas mesitas de mármol ante comodones asientos de enea invitábanme a un fresco reposo. Acepté. Casi encima de Colón ardía el sol. Era, pues, la hora de los aperitivos. Pedí un *vermouth* y aceitunas. Lo mismo que en los andenes de la estación, me atormentaba entonces también la inquietud de no descubrir semejantes de mi traza, *sendo* gabán, *senda* corbata, *sendos* cabellos... Ya en el centro de la población, cuando hendía el tumulto agresivo, pues personas y ruedas parecían tener singular empeño en atropellarme, sobrecogió mi ánimo igual pesadumbre, y más de una vez me había dicho a mí mismo con aire receloso: “¡Ahora no más te llevan a la cárcel por poeta!” Hasta las narices del mozo, contraídas cual si oliesen chamusca, parecían comprobar mis temores. Fué acaso por esto que le ordené con altanería importuna: “¡Tráigame también cigarrillos... *Elegantes*, y fósforos de *a diez!*”. Y un tanto calmado, efecto de la soda y de la esmerada cortesía del camarero, me recosté indolentemente, y a través del humillo azul de un *Elegante* púseme a considerar el tropel del puerto. Aquí también observaba cohibido que la aparente batahola regíase por leyes como las invisibles del Cosmos o de un mecanismo de relojería o de un hormiguero. Un bosque de mástiles cubría el mar; numerosas vagonetas, cruzando raffles aéreos, volcaban con gran estrépito y humareda el carbón en los diques; las grúas, con ritmo pausado y semi-circular, suspendían enormes fardos; camiones, carretas iban y venían, sin tropezar, rebosantes de carga; rodaban toneles por las planchas de los buques; chirriar de engranajes, tronar de tablas y hierros, rodaduras veloces, pitadas estridentes, armoniosos lamentos de sirenas, hervor de trabajo continuo, metódico, funambulesco y de una resonancia ensordecedora. Yo sentí

de una manera nueva mi soledad. Mi persona, sin función actual ni probable en este concierto, veíase lanzada en los aires por los volantes de una máquina potentísima. Sentí el frío, el pavor del no ser. Quise huir de tan siniestro espectáculo y llamé al mozo. Con gesto refinadamente señorial, sin asomos de orgullo, detuve su ademán de quererme devolver quince o veinte céntimos de la peseta que le había entregado. ¡Para que aprendiese a no juzgar de las personas por las apariencias! Señal de haberle llegado a tiempo esta lección de puntos fué, sin duda, la correcta inclinación con que agradeció la dádiva, produciéndome un dulce bienestar de seguridad en mí mismo que a mi vez le agradecí mediante un saludo afectuosamente protector.

Cuando me aparté de allí el tumulto de la gran urbe se apaciguaba. Esto, el sol cenital y una voz interior me cercioraron de ser llegada la hora de comer, y al azar, por una de las calles afluentes a las ramblas, no sé si la del Conde del Asalto, púsemme a olfatear cocinas de bodegón. De ninguna muestra pendía el tranquilizador ramo de laurel, antes al contrario, me imponían respeto los títulos franceses o ingleses en letras de bulto aplicados sobre amplios vidrios de escarcha o esmeril, y aunque vislumburé detrás de muchos mostradores a tipos mofletudos y en mangas de camisa, dignos de las hosterías clásicas, no quise pasarme adentro temeroso de quedarme sin blanca y con más hambre de la que tenía. Por fin, a poco de andar en el pintoresco barrio del Paralelo encaré con una humilde casa de comidas, cuya puerta, de vidrios rotos y visillos de papel verde, me recordó la taberna de la calle Ancha, de Madrid, en que servían por sólo cincuenta miserables céntimos una pimentada sopa, un abundante *piri* o puchero, y vino; de la cual eran asiduos parroquianos, entre otros gentiles hombres, yo, el ciego Simarro, que de levita y chistera solía tocar la guitarra junto a la iglesia de las Calatravas, ofendiendo la religiosidad de las altas damas con los carteles de versos y sentencias anarquistas enhiestos en el clavijero; otro poeta, hoy celebrado (poeta al carbón: chápiro negro, barba —siempre de dos semanas— negra, cejas y bigotes negros, corbata negra, traje negro, uñas negras y humor negro), de quien era la frase

famosa: “En Madrid se come siempre, sólo se retrasa la hora de comer”; un profesor de estética de la Universidad, cuyo rostro era una maraña de pelos rubios en que se colgaban los fi-deos y las iras de su señora, razón esta última que usaba para explicarnos el desdoro de venir a comer en aquel tugurio de chusma; en fin, los comensales más ilustres y de apetito más bueno que pueda pedirse. Pero vamos a mi cuento de ahora. Casa de comidas del Paralelo. Empujé la puerta y se ofreció a mis ojos un cuadro en que pudieron haber colaborado Teniers y Caravaggio. El fogón obscurecía casi todo el recinto; al fondo, tinieblas por las que brincaban, encendiéndose y diluyéndose rápidos, entre las oscilaciones de la lumbre, destellos de los tachos, lozas y vidrios; y adelante, los manteles y la cal de los muros mitigaban su claridad en una penumbra grasienda y tibia. Junto a una de las mesas de la entrada el fortacho patrón alzaba sobre su faz una espita de vino rojo. A la patrona tembláble de risa las carnes en el asiento, y sus brazos desmayados buscaban apoyo en la espalda del marido, al ver la graciosa cadena que formaban su hija moza prendida a las faldetas de un hermanillo arrapiezo y éste a la cola del gato manso, que se estiraba queriendo huir. Desde otra mesa viejos y mozos obreros, vestidos con blusas azules, descuidaban la reluciente ensalada de lechuga, pepinos y rábanos o detenían alto el tenedor cerca de la fuente, para volver el rostro risueño a la escena. Mi entrada descompuso el cuadro. Pero no fué de lamentar, porque la realidad es un museo inagotable, y pronto apareció sobre aquel mismo fondo el que formaban mi principal figura, mi apetito y la fresca moza que hacía eslabón primero en la cadena del holgorio. ¡Qué cuadro! ¡Qué apetito! ¡Qué buena moza! Más de una vez temí al fortacho patrón, que me parecía dispuesto a romper tal cuadro por la figura principal, cuya hambre se extendía a más de las monchetas, butifarra y pepinos a las formas rubensianas de su hija. Aboné por mi festín setenta y cinco céntimos y salí afuera. Después de comer bien cualquiera se siente señor, así que no pudiendo soportar la gente de poco pelo que pulula en aquel barrio (de las personas que vi, ninguna lo llevaba tan largo como el mío), fuíme al centro a soñar repantigado en algún muelle diván del Con-

tinental o del Lion D'Or. Desde entonces, las miradas de los curiosos no volvieron a inquietarme, sino difundían por todo mi cuerpo un calor dulce y confortable, el sentimiento de ser casi una persona ilustrísima. Pisé firme y miré a todas partes con aire de pontentado y (¿habráse visto vanidad igual?...) ¡de extranjero! Y ¡a cuánta costa restauraba mi sentimiento de aplomo y dignidad! ¡Mis caudales para doce o más días habían quedado reducidos, luego de mi visita al café, a ochenta y cinco céntimos! ¡Si tuve hasta el cinismo de fumarme un puro de quince! Ya en la pendiente de la disipación, no pude contenerme. Por la noche, después de una cena opípara en el bodegón de la buena moza del Paralelo, gasté lo que restaba de mi hacienda en una entrada para el Palacio de la Ilusión. ¡Pero qué día de príncipe! ¡Oh, si yo tuviese tres pesetas diarias!

(No podréis quejaros de falta de pormenores. ¡Céntimo por céntimo! ¡Y al cabo de tres años! Nunca hubiera creído tan fuerte mi memoria).

AL SERENO

Llega una hora de la noche, o mejor dicho, del amanecer, en que la revista de los menudos sucesos callejeros con que distrae la soledad el vagabundo, languidece. En el Paralelo se ha cerrado la entrada libre a los salones de subastas, propicios al pasatiempo de reírse alguna vez, dormitar, discutir ilusoria o temerariamente las puestas y rascarse las pulgas que son de todos; entonces, cuando en la campiña entonan suave nocturno la clara luna y las cigarras, en las calles desiertas adquieren una importancia imprevista las hileras de los focos y las sombras de los policías y el silencio de las moradas; la Natura ensueña por la noche, la ciudad duerme y vigila. El vagabundo novato envidia la suerte de los colegas, hechos a dormir de un tirón toda la noche, aún cobijados por nieves, lluvias, cierzos, o rocío. No bien se recoge sobre un banco o en el umbral de una puerta, el frío se cuele por los brazos, por las piernas, por la garganta, lo envuelve y despierta de minuto en minuto, haciéndole fracasar las más ingeniosas posturas y la más de-

cidida resolución de dormir, pese a Dios y a la flaqueza de la carne. ¡Si pudiese hacer la rosca del can, puestas la boca y las narices en medio de sí, ya podría dormir calentado! Lo intenta, mas no pudiendo salir de la Z u otro garabato inútil, vuelve a los palotes, al recurso de andar y andar, que cuando sea día y el sol brille y ensordezca el tumulto de la población, caerá profundamente dormido en cualquier parte, fulminado por la fatiga. Y las horas son eternas. Y la noche no se acaba nunca. Anda, anda, sin tino, aprisa, despacio, y siempre que intenta no pasar dos veces por la misma calle, no sea que los guardias recelen de él, tropieza seguido con los mostachos terribles déste, la nariz vigilante dése y los ojos aviesos de aquél, hasta solicitar de cada uno, haciéndose el desorientado y con acento extranjero: "Muy buenas noches, señor. ¿Tendría usted la amabilidad de indicarme dónde queda el Hotel Oriental?" Tanta cortesía desarma al guardia, que le contesta risueño: "Aquí mismo, señor; delante de usted: Hotel Oriental". Bien sospechaba él que no podría menos de haber un Hotel Oriental en aquella urbe, pero a la burla del acaso haciéndole surgir mágicamente a su vista no bien terminó de evocarle, estupefacto, provee con cualquier astuta sandez. "Sí, señor; sí, señor; ya sé, ya sé... Yo quería saber si cae precisamente al oriente, como indica su nombre". Y ante los ojos atónitos del guardia, no se atreve a esperar respuesta y casi huye, sintiendo ya pasos detrás y que de un instante a otro van a prenderle del vuelo del gabán. O bien, el guardia que le pareció más temible dícele cortésmente: "Tenga la bondad de seguirme, caballero, y le dejaré a la misma puerta..." Y sin remedio hará el ridículo, esforzándose por no parecer un guasón: "¡Ca, de ninguna manera, no puedo consentirlo! ¡No faltaba más! ¡Muchas gracias, querido guardia!..." Y a las protestas aún más corteses del guardián: "¡Nunca, nunca... Su deber es permanecer ahí!..." Y señala con imperio a las plantas del policía, quien acaba por cuadrarse, dudando si aquel tipo será cualquier jefe de incógnito. De nuevo huye, y extenuado a causa de las calles y de los peligros que acaba de correr, trata de reposar y dormir en el primer banco que encuentra. ¡Imposible hacer la rosca del can! Y ahora, al insomnio y al hambre, redoblada por el ejer-

cicio, se junta el apetito carnal, que le puebla la fantasía con las mujeres entrevistadas en la animación de las primeras horas de la noche: la rubia que al subir al carruaje ciñe las curvas desde las caderas al tobillo, y descubre la media suave y mórbida; la morena que ondula con fluidez vigorosa, y sus ojos quemán; el cromo que amusga los ojos y ríe, ríe, ríe, y abandona el cuerpo en actitudes procaces; esta mujer, la otra, cuatro, veinte, se multiplican y al fin se funden las imágenes en la generalidad del desnudo; el diablo Cojuelo alza los tejados y amplía esta rosada y dulce abstracción, arden los sesos entonces y rugen las entrañas del miserable. Pero aún tiene frío. Deja el asiento, blande las piernas, y la casualidad viene a sugerirle, próxima el alba, la ocurrencia de entrar en alguna estación de ferrocarril a recrearse con el maravilloso calorcillo de la estufa, so pretexto de esperar la hora de un tren que sale... para el extranjero...

VUELVA USTED MAÑANA

Todos los días leía la sección de anuncios de *El Diluvio* y, por cruel prurito de medir mi poca suerte, marcaba con lápiz las demandas de trabajo ya inútilmente exploradas, que ascendían a unas veinte y tantas al fin de dos semanas vividas de milagro. (Esto de vivir de milagro, es una manera de hablar. Díjelo, porque subsistía sin trabajo útil y sin robar y sin pedir limosna). ¡Oh, era un miserable honrado y altivo, un perfecto miserable! Husmeaba con los canes sin dueño en las inmundicias de las plazas de abastos y de los muelles. Todo se come. ¿Os daréis cuenta, señora, del conflicto en que me ponía la necesidad de sopesar mis aptitudes? Excepto para comer y soñar, no me creía capacitado para oficio alguno. No obstante —¡bueno estaba yo para escrúpulos e indecisiones!—, me declaré capaz de todo, y aún llegué a creerlo muchas veces. Cuando flaqueaban esta decisión y creencia, echaba mano de una audacia genialmente cínica o me resarcía con burlarme de los dispensadores de trabajo.

La última palabra en procedimientos de oferta personal de trabajo es la forma yankee. Da también resultados alguna vez

en la escena periodística, donde campea, hoy por hoy, la falsedad en todas sus formas, principalmente la de improvisación y *sensacionalismo*. “Señor, soy un joven tremendo... Soy capaz de conquistar por mí mismo las más altas cumbres... Nada me asusta... La vida..., ¡psst! La muerte..., ¡psst! Sirvo para todo..., pruebe usted...” Si el señor que os recibe no quiere probar, será que no habéis desempeñado bien el papel de *chico despierto, de carácter, de personalidad*; quizá os haya hecho traición algún asomo importuno de la nobleza que yace en el fondo de los corazones más extraviados; quizá el señor *conozca el juego*; quizá el señor sea una persona de bien e ilustrada, que las hay en el periodismo...

De todas suertes, causa muy poca gracia que le despidan a uno con la cantilena del “Vuelva mañana... Lo siento mucho... Parece usted un muchacho interesante... Usted llegará... ¡Tenemos tanto personal de sobra...! No obstante... vuelva usted mañana...”. Puede uno desquitarse de la propia desazón produciéndole a él la de no apartar los ojos ni un momento de las tijerazas que destacan sobre la mesa de trabajo... ¡Se me había puesto en la cabeza que así les daba mucha rabia!... ¡Habría mentecato!...

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

Paseaba un día por los diques del puerto —cuya algazara no me producía ya el frío del no ser, antes bien, llegó a constituir el refugio más amado por mi andar errabundo y el bestial estupor de mi conciencia—, en la hora que substituye al humo de las máquinas el humo de las cocinas marineras.

Que a mí se me ofreciesen de un sutil convite aquellos vahos, nada significaría en abono de la sublimidad con que anunciaban el misterio de las ollas, pero más de una vez les oí exclamar a señores muy bien portados, con el sello elegante de la dispepsia en el rostro, retrayendo las narices ávidamente: “¿Qué manjar divino anuncian estos aromas?”

¡Y qué hambre hacía! Hasta el sol manifestaba un apetito voraz cuando marcó el mediodía, lamiéndome sin compasión la poca grasa de mis carnes!

Sin perjuicio de tornarme, una y otra vez, arrobado frente a los incensados lares, púseme a discurrir infantilmente acerca de cuanto me rodeaba. ¡Los barcos! Me gustaban, sobre todo, los de vela, asociados en lo vago de mi fantasía a no sé qué brumas de leyendas nórdicas... ¿Por qué los buques a vapor tienen palos y aún velas? ¿Será una reminiscencia?... Empezaba a torturarme la consideración de mi gran ignorancia y pedertería, cuando saltó a mis ojos de entre las jarcias de los bergantines, fragatas, pailebotes y las otras marañas de mi discurso, un corpulento alano que, suavemente oprimido en las fauces y aun humeante, se traía resuelto el más trascendental de los problemas humanos, y era el hurto de un trozo de carne tan dorada y jugosa y bienoliente que turbaba los sentidos. Temblé de emoción. Sorpresa, miedo, júbilo. De tanta agua como se me hizo en la boca y en los ojos creí que me diluía. "Esto es providencial", díjeme, recordando a penitentes que también recibían así los manjares caídos del cielo, y como los propios ángeles hube de sonreírle al divino proveedor, quien gruñó sordamente: "¡Ah! ¿Con que no te manda Dios? ¡Pues te aseguro que no comerás en paz!"

Miré a todos lados y, súbito, fuíme al perro, que posó la vian-da entre las patas, encarándome los colmillos y los ojos fieramente. Mi corazón se detuvo espantado, pero mis piernas, mis brazos, movidos por fuerza de vértigo, de alucinación temeraria, se trabaron con la ruda bestia por los suelos. ¿De dónde sacaba mi hambre aquel valor? ¡Vaya una pregunta que a sí misma se contesta! Nunca, ni por descargas eléctricas, traspasó mis carnes un vigor de tamaña energía, en palpitaciones bruscas, de resorte, o en presión lenta, de montaña, sin poder distinguir, después de los primeros momentos, en cuál de los dos cuerpos se producía cada explosión de violencia, confundidos la bestia y el hombre en una masa de músculos en torsión, cuya voluntad inicial de lucha se había despersonalizado, convertido a ciegas oposiciones de la fuerza bruta... Y tan fué así que supe de ajeno testimonio que me había vencido el can. Desperté del desmayo a bordo de uno de aquellos buques de velas que tanto me hacían soñar, observado por los ojos azules de unos marineros que fumaban pipas y hablaban de un modo

estrafalario, que, no sé por qué, me recordó este nombre conocido, que yo nunca pude leer: Boernstjerne Bjoernson. Los buenos hombres me sonreían con afecto, sin duda; pero me hablaron inútilmente mientras no les ocurrió la feliz idea de revelarme aquel misterio sacrosanto de las ollas. ¡Y no habían mentido las arrobadoras nubecillas! ¡Era, sí, un manjar de los dioses! No recuerdo haber gozado jamás una felicidad mayor que la de vaciar por mi gáznate la profunda escudilla que me sirvieron, de patatas y sardinas ahogadas en salsa rabiosa de pimienta y sal. El testimonio de mi fracaso túvelo al fin del divino banquete. Un marinero, a la par que decía no sé qué disparates, señalaba con la suya derecha una de mis manos, envuelta en trapos y del grandor de la cabeza de un niño, y sólo entonces noté la molestia de su tumefacción pesada y ardiente. Pregunté con despecho: "¿Y no le habéis molido a palos?"

Mi gabán también había sufrido graves desperfectos, y a propósito: ¡Qué tema escultórico habían echado a perder los irrisorios vestidos!

Ya me despedía, muy agradecido, cuando un recio mozo se adelantó para entregarme un tibio envoltorio. Era la carne. Con ademán significativo blandí la presa por encima de mi chápиро, y un hurra jovial de los marineros añadió a mi alegría de haber comido la satisfacción de la victoria.

VAGABUNDO SOLITARIO

Esta misma noche, hace pocas horas, interpretaba mi novia la página musical de Grieg que lleva tal nombre.

¿Podrán tener los vagabundos un corazón acerbamente melancólico?

Junto a las rosas de la verja blanqueó la barba del viejo. Los niños suben la escalinata con tanta prisa que fué un torbellino de colores y destellos el sobresalto de los pavos reales. "Mamá, un pobre". Cesa la gavota del piano. Vuelven los ni-

ños al jardín y danle al viejo un trozo de pan y dos monedas. El vagabundo besa el pan, sonríe a los niños hermosos, a la hermosura del jardín, a un viejo sueño dorado, y sobre su báculo marcha lentamente.  Qu  ojos grandes ponían los niños! Se me antoja que han pensado: " Por qué será pobre un señor tan bueno?" Vuelven pronto a sus juegos entre las flores que alegra el sol.

No puedo imaginarme al dolor sin barbas de viejo.

Anda, anda el viejo encorvado y triste, una tristeza suave, de todos los días. Aquélla fué la última de las mansiones señoriales encontradas fuera de la ciudad. Ahora se arrastra por la llanura sin fin, polvo y lumbre. Es la vida el sol, pero alarga los caminos del pobre. Corre por su frente y por sus barbas un sudor copioso, el llanto de la fatiga. Con todo, en la mirada que dirige al cielo de llamas que le cubre y envuelve hay más congoja de los quebrantos del corazón que de los del cuerpo. Ni del sol ni de los hombres quiere clemencia. Si le preguntan qué ha hecho de su vida, calla, se aparta, por no responder como Job a los *consoladores molestos*: " Hasta cuándo angustiar is mi alma y me moler is con palabras?" Le abate a tierra el cansancio. Lloro, más de compasión de sí mismo, de habersele agriado la melancolía, normalmente quieta y dulce como los ojos de un buey o el cielo de un ocaso, lágrimas de los nervios o lágrimas porque s , que alguna vez ha de salirse afuera este humor de la carne. Y esta agua con sal, bastante amarga, le ha refrescado la sangre. Sonríe.

Anda, anda, anda. Se avista la montaa hospitalaria y amenaza: grutas de sombra, raudales cantores y episodios de los hormigueros y de los rebaos; de noche, miles de estrellas para contar, y un gran silencio donde cabr  holgada su pesadumbre.

Pero sucede que, atardecido, un labrador que gua un carro de heno se conmueve de la traza venerable del triste y le ofrece un plato en su mesa y dormir tranquilo junto a los bueyes. Y sólo por complacer de algún modo a la bondad del campesino, acepta, sin pesar ni alegría. Y fué así que, tanto como el sol del camino, le acongoj  la templanza del hogar. Satisfecho

estaba el huésped de practicar la caridad, de comer con apetito después de las rudas faenas, y de ser padre de muchos hijos. Cinco se han casado y le dieron ya nietos, cuatro ayudan la casa, y los aún rapaces la alegran. Bendito sea Dios. El vagabundo apenas come. Sonríe a los niños y a la paz del hogar. Pretextos que aprovechar  la frescura de la noche para irse al pueblo vecino, bendice la dicha de tan buena gente y sale a vagar por sus queridas estrellas.

La complacencia en el bien ajeno puede ser dolor del mal propio.

Anda, anda, anda, que dicen los cuentos de las abuelas...  l tuvo infancia, y tuvo mocedad y sueos dorados... Todo lo ha perdido. Un día la muerte le atajar  el camino desde un barranco, y repartirá su carne a los cuervos.

GUIGNOL

"Se necesita un muchacho para pintar juguetes. Presentarse calle de Fernando VII, núm. 33; de ocho a doce de la maana".

No me pareció de muchas dificultades el oficio, y aunque mi barba de veinte días me declaraba fuera de concurso, decidí presentarme a las ocho cabales en el número 33 de la calle de Fernando VII, diciéndome, sin venir al caso, ciertamente: "Dios proveerá". Y todavía mi corazón, dado a expresiones simbólicas y a cábalas, me alentó por la noche con petulancias muy propias de todo miserable solitario un poco intelectual: "Entre muercos aprenderás a conocer a los hombres". "Del polvo de la tierra hizo Dios, a su imagen y semejanza, al hombre, y éste ennobleci  su imagen y la de Dios reproduciéndola artísticamente". "Ama el filósofo a su perro más que a su prójimo; así t , artista, amar s a tus muercos más que a tu prójimo. Un muercito jamás tiene hambre". "Un muercito es divino". "Yo quiero ser muercito..."

Así prevenido, no es raro que sufriese desilusión cuando vi que mi fabricante de juguetes no era, ni con mucho, un Copelius, si bien mi fantasía pudo crearlo a su gusto sin que

desmereciese gran cosa del de Hoffman; interpreté así la figura del buen señor Fleitas: "Tiene una jovialidad perversa, sonríe o chirría como un gallo de campanario; su cabeza gorda es grosera y cruel, de cerdo; sin cesar se limpia el sudor del rostro con el pañuelo, a causa de la tortura en idear mecanismos endiablados. Este señor Fleitas, jovial, rechoncho y ufano, es, además, inquietante. ¡Ojo!"

Como viese al señor Fleitas perplejo en considerar mi talla, vestimenta y pelos, creí llegada la hora de descargarle un golpe de audacia de doble filo para interesar la candidez o la presunta tenebrosidad de su carácter:

—Vea, señor, que sólo accidentes de fortuna me han decidido a pretender cargo tan modesto en una rama de la industria que conozco al pormenor... He trabajado en fábricas de juguetes de Alemania, de Francia, de... Inglaterra, de...

El señor Fleitas, fatigado de asombro, se limpió el sudor.

—¿Entonces habla usted en alemán, y en francés, y en inglés?...

—Es verdad, y aun poseo algunas lenguas muertas... —respondí decidido, concretando mi audacia al don de lenguas, cuyo efecto no había previsto ciertamente, sino que pensaba convencerle, primero, de mi práctica en el oficio y de mi diablesca inventiva después.

A no dudarlo, el señor Fleitas decía con el pánico en sus pupilas y el sudor del pestorejo: "¡Qué bárbaro...! ¡Hasta lenguas muertas!" Pero mi suspicacia novelera interpretó entonces aquel gesto de un modo más interesante: "¡Ojo! ¡Verás maravillas! ¡El duende imagina fabricar muñecos políglotas, y le vienes como anillo al dedo!" Y resolví en mi fuero interno aprender cuantas lenguas pudiese, o hacer del señor Fleitas, para mayor comodidad mía, un apasionado esperantista. El señor Fleitas acabó de trastornarme, diciendo:

—¡Hablar tantas lenguas, y yo no poder pagarle más de ocho reales por la tarea que le ofrezco!... Mas el negocio marcha bien, se ampliará, fabricaremos para la exportación, y entonces dirigirá usted el escritorio y ganará un buen sueldo... Sí, señor, le acepto con mil amores... Ya le subo a diez reales por día... Todo irá bien... ¡Pienso llenar de muñecos el mundo! Y estoqué mi vientre con el dedo índice, y se puso a reír en

abundancia. Me sacudió la emoción. ¡Quiere poblar con muñecos el mundo! ¡Qué risa más horrible!

Y, en efecto, mi afán de retorcer la vida real mediante amenazas y trascendentes interpretaciones también me hubiera servido en aquella época las acostumbradas hieles si la cabeza gorda del señor Fleitas no se opusiese a mis desvaríos con una obstinación que aun ahora, no curado por completo de mi manía, me empeño en juzgar providencial, ya porque haya ángeles celosos de nuestra guarda o bien fuerzas de la vida animadas de una misión análoga. ¡Qué peligro no hubiera corrido, si no, de ser el señor Fleitas alienista, clérigo, o simplemente concejal cuando le provocaban el sudor salidas más como ésta:

—Observe usted, señor Fleitas, a ese gran muñeco tumbado... ¡Silencio! ¡Impréguese bien del misterio deste rincón, y dígame después si no es cierto que un muñeco tumbado produce una sensación de reposo absoluto, espeluznante, aterradora que ni un muerto!

Un día noté que el señor Fleitas sudaba más que de costumbre, y aun acentuaba su impaciencia con resoplidos y arañazos en el lucio cogote, viniendo a cada rato a inspeccionar la tarea de mis pinceles. Por fin, me dijo sigilosamente:

—Venga usted a mi despacho, que necesito hablarle.

Se anudaron mis pulmones y me sentí palidecer: "Ahora se franqueará conmigo el brujo". "¡Vamos a poblar de muñecos la tierra!" El señor Fleitas se pasó repetidas veces el pañuelo por toda la faz y exclamó de repente:

—Mire usted, quería decirle... y perdone... Pinta usted las muñecas de un modo que no me gusta... En los mofletes, en los labios, en los ojos... no hay viveza, no relucen los colores, qué sé yo...

Interrumpí atónito y un tanto irreverente:

—¡Cómo! ¡Si no les falta sino hablar para dar la ilusión de ser de carne y hueso! Ya sabe usted, imitar la realidad es el fin supremo del Arte... Desde Aristóteles a Taine, y los grandes maestros de la pintura...

El señor Fleitas sudaba copiosamente, y advertí además en su rostro aquel desconcierto que solían producirle mis audaces discursos. Hizo un gran esfuerzo y prorrumpió atolondrado:

—Sí, podrán ustedes tener la razón, habla usted muy bien; pero, vamos, los ojos que pinta, y los mofletes, y los labios, no relucen, vamos...; no se pintan así las muñecas, eso es, las muñecas son muñecas, y los niños son niños y... ¿comprende? —interrogó suplicante.

Mi cruel racionalismo no quería o no podía comprender.

—Vamos por partes... Los ojos, alma de la fisonomía, ¿pueden reducirse a un circulito negro dentro de un circulito blanco? ¡Es absurdo!... La esclerótica...

El señor Fleitas detuvo con la mano mi alada frase:

—¿La es... qué...?

—La esclerótica, lo blanco del ojo...

—Espere usted... —volvió a decirme, y sacando un cuadernito y un lápiz y la punta de la lengua escribió, a mi dictado y sílaba por sílaba, la preciosa palabra, ejercitándose un momento en su pronunciación—: La es... la escler..., la escler... ótica, lo blanco del ojo... Siga usted. Gracias.

—Continué:

—Decía que lo blanco del ojo no es blanco... La esclerótica es azulina, distintamente matizada según los reflejos del iris, más o menos sombreada por las pestañas, la abertura de los párpados, la posición del rostro; modificada también por la naturaleza que se mira, sea un lago, que a su vez retrata el cielo, sereno o anubarrado; sean relucientes pájaros o frutas, y, sobre todo, por la expresión del sentimiento, el alma...

Presa de un súbito desencanto al notar que el señor Fleitas había depuesto su actitud contradictoria, escuchándome con visible delicia y sin sudar gota, interrumpí mi discurso. Asimismo constaba este silencio de una vacilación que se había operado, mientras hablaba sin tino, en mis galanas convicciones, resentidas por la carcoma deste soniquete metido en mis adentros por la simple testarudez del señor Fleitas: "Las muñecas son muñecas". El señor Fleitas, con gesto solemne, rompió mi abstraimiento:

—¡Bien me lo pareciera!... ¡Es usted un sabio!

Pero en mi cráneo danzaba y gritaba, con burla de mis vanas ideologías, una verdad que no había por dónde agarrarla

y hacerla enmudecer y estarse quieta: "¡Las muñecas son muñecas, las muñecas son muñecas!" Y a empuje de mi consubstancial honradez filosófica, no sin cierto pesar de las ilusiones perdidas, exclamé con arrebató que dilató desmesuradamente las pupilas y los poros y todo el ser del señor Fleitas:

—Yo soy un mentecato. Usted, señor Fleitas, sí es un sabio. ¡Las muñecas son muñecas! ¡Y claro...! ¡Una luz de alba viene a despertarme desde mi niñez, al conjuro de su tan profunda sentencia!... ¡Cómo, en efecto, relucían vivamente mis juguetes, de colores fuertes, sin las gradaciones variadas y armoniosas de la carne viva!... ¡Oh, fulleros, que habéis derramado el son de lamentadoras chirimías porque tengan los muñecos alma de virutas! Y su corazón perenne, que les hace tan amables, de luz, de sol, frutas, flores, mariposas, ¿cómo le tendrían si fuesen muñecos expresivos o animados? La gracia del juguete se funda en eso: en la manera candorosa de imitar seres tan graves e inescrutables como las personas, los caballos, los trenes... ¿Y el niño qué sabe ni le importa de lo que tiene dentro de sí mismo? Él se cree compacto, nacido para brillar perennemente... ¡Edad de rosa! ¿Por qué le llamamos así?... ¡Colores vivos y relucientes de los muñecos de mi infancia!... ¡Oh, señor Fleitas, venga esa mano! ¡Desde ahora pintaré muñecos reales y verdaderos!

El señor Fleitas desenroscó su encogimiento místico para oprimirme la mano con efusión:

—Sí, señor; sí, señor, y así le tendré siempre conmigo y me predicará de cuando en cuando... ¿Verdad? ¡Oh, Dios mío, qué bien habla! ¡Bien me lo pareciera: usted es un sabio! Cosas de la vida, ya comprendo, ya comprendo... ¡Ya le subo a tres pesetas diarias desde hoy!... ¡Y llenaremos de muñecos el mundo!

Debido a la maleabilidad de los símbolos y a las tres estrellas de plata que lucieron sobre mi horizonte, pude repetir complacido, sin tergiversar las nuevas intenciones de mi indomable espíritu poético:

—Sí, sí, poblaremos de muñecos la tierra. —Y añadí—: Usted, señor Fleitas, se me ofrece como el Jesús o el Mahoma de nuevas enseñanzas que han de redimir a los hombres de las amargas causadas por su rimbombante pedantería... (Dibujé

en el aire un etcétera capaz de contener todo el porvenir de las nuevas enseñanzas). Usted, señor Fleitas, es un sabio y un filántropo...

Con asombro mío, el señor Fleitas no sacó el cuaderno para inscribir la palabrita, antes bien la saludó al pasar con la amabilidad que a un viejo conocido.

—Un sabio, no, que me faltan letras; filántropo... se hace lo que se puede...

Y del tenue avance que hizo su busto noté recién la rosita de beneficencia que le adornaba una solapa. Continuó:

—En cambio, usted sí que habla bien... Yo quisiera que usted me acompañase a la *Casa del Pueblo*...

Le interrumpí:

—¿Usted es republicano?

Y pensé al notar la pícara o bendita sonrisa que me dió por toda contestación: "Yo, para establecer en mi conciencia ese régimen, he sufrido verdaderas revoluciones cerebrales, y el señor Fleitas casi nació republicano. ¡Es maravilloso!" Y todavía añadió con una facilidad de lenguaje extraordinaria:

—Le presentaré a mis correligionarios, y con sus dotes oratorias pronto se abrirá campo en la política... Usted ha nacido para dirigir masas...

Le oía estupefacto. ¡Yo, un soñador, un charlatán o, si se quiere, un sabio, que recién acababa de comprender la esencia de los muñecos, había nacido, según el sesudo señor Fleitas, para dirigir hombres! Pero ¿en qué mundo confuso vivimos? ¡Oh!

EL BAUL MUNDO

Las primeras pesetas que tuve las empleé en alquilar un cuarto donde durmiese por la noche, las terribles noches de frío y eternidad, y en sacar mi baúl de la estación. ¡El baúl mundo! ¡Arca misteriosa, hogar del viajero, su madre, su providencia, su montaña tranquila, casi el mejor de los mundos posibles... Ciertamente que la respetabilidad de los símbolos decae de día en día. ¡Ya pasó la época del baúl, aun lleno de morralla, pasaporte de la persona de pro y de solvencia! Pero merced

al progreso desigual de las cosas, todavía es dado topar con algún hostelero guardador de tan dignas tradiciones, y así no ha de irse por esos mundos sin uno de aquéllos, grande, pesado y vistoso.

Siempre que por cualquier circunstancia tuve que alejarme de mi hermoso mundo, ya no la necesidad, sino también el mal de ausencia en su índole más amorosa, entenebrecía mi espíritu: "¿Qué será de mi pobre mundo?... ¿Le tratarán bien? ¡Si no volviese a verle!". Por sus funciones útiles se me representaba como un suplicio de Tántalo en cada uno de los pasos de mi miseria: "¡Oh, en mi baúl tengo yo calcetines a tirar! ¡En mi baúl tengo camisas blancas y de mucho abrigo! ¡En mi baúl tengo trajecitos decentes! ¡En mi baúl tendré cosas de comer: salchichón, conservas y frutas que han puesto en los rincones, a guisa de cuñas, mi abuela... o mi patrona, porque mi abuela ya irá para seis años que abandonó su mundo! ¡Oh mi baúl!..." Y con los suspiros afirmaba una y otra vez mi propósito de llegarme cuanto antes a este mundo de cosas o Jauja de promisión.

Y llegado el caso de recuperarle, viene también lo extraordinario del mismo; y fué que, no obstante haberme acontecido ya varias veces el desengaño, me llenó de zozobra y enojo comprobar que las bellezas de mi viejo mundo eran tan ilusorias como las del real en que vivimos. Abierto el baúl, con toda la ansiedad fácil de suponer, tan sólo hallé amontonados en su profundo misterio algunas piezas de ropa interior descabaladas, libros y más libros, papeles y más papeles y un tufillo ascético de tumba o de casa vacía, la desolación del *Sic transit gloria mundi*, ¡la nada pavorosa!

No se os debe ocurrir, ni a mí se me ocurrió las veces que observé tal fenómeno, la idea de que le hubiesen saqueado. Este mundo de ilusiones tenía cerraduras inviolables y, en efecto, no presentaba jamás el menor vestigio de haber sido franqueado por manos ladronas durante nuestros amargos desvíos. ¿Entonces...? ¡Misterio!... Si no fuese porque mi abuela se había muerto hacía muchos años... Nada sé cierto, fuera de lo referido.

UN FANTASMA DE LA MISERIA

Mi primera patrona o huésped se llamaba Jesusa. Era zaragozana. Sola y pobre había recorrido casi toda España. Vía entonces con un buen muchacho, que parecía ser su marido, en un tercer piso de la calle del Pino. Era una mujer pequeña, linda, inteligente y valerosa. Si entrase en mis propósitos, pudiera contaros algunas confidencias tuyas extraordinarias. Quería mucho a su marido porque era bueno y la adoraba; pero me confesó que le tenía gran asco porque era insaciable y muy velloso. Desde el primer momento me cobró viva simpatía, pero a mis insinuaciones idílicas respondió siempre con dulce y franco desviamiento que acabó por convencerme de que su corazón buscaba nada más el calor fraterno del mío, y me dispuse a dárselo sin otro interés también que el de satisfacer mis ansias de un trato intensamente afectuoso. ¡Llevaba yo tanto tiempo de soledad a cuestras! ¡Y ahora, al hablar de mi amiga con más largueza de lo que hace al caso, sólo cedo a una efusión de ternura fraternal que ha despertado en mi alma su recuerdo!

En aquella casa conocí a un fantasma de la miseria, del que necesito hablaros por ver si le conjuro a que deje ya de pasearse a lo largo de mis pesadillas, si duermo, y frente de mi piedad, si estoy despierto. Un día me llamó Jesusa urgentemente desde la habitación de un nuevo huésped, del cual yo apenas si conservaba una idea sombría esbozada la noche antes al cruzar la antesala en que ambos ultimaban sus tratos: sobre de un talle alto la mitad del rostro, ancho y lívido; lo demás de su figura se fundía en los lutos del atardecer; estropajeaba español con acento francés. Jesusa mostrábase con ira y sarcasmo el lecho del fantasma, quien había dejado en las niveas sábanas una sombra larga y de distintas gradaciones que se movía con lentitud. A pesar de mi repugnancia, yo examinaba con una especie de curiosidad científica el fenómeno, mientras Jesusa decía:

—¡Ah, puerco, ruin, miserable! ¡Yo que le había puesto sábanas de ayer, limpias y frescas! ¡Esta misma noche le despido!

—¡Pobre hombre! —díjeme—; habrá dormido en algún fondocho anteanoche y...

—No, no —interrumpió la huésped—, es miseria que trae consigo hace mucho tiempo, sin duda. Vea usted que hay piojos abuelos, piojos padres y liendres, y de ahí los distintos grados en la sombra de la manada...

Yo la miré con asombro de su sagacidad, casi científica también, y estuve a punto de exclamar: "Si tan bien conocéis los tonos de la miseria, ¿cómo no sois más piadosa?" Pero comprendí que mis palabras, a más de ineficaces, habían de parecerle injustas, y me retiré silencioso a mi cuarto para tenderme sobre la cama y pensar tristemente.

Poco tiempo después, habiendo observado una como desazón de celos en el hombre de la casa, tuve a bien retirarme espontáneamente, yéndome a vivir a un cuarto piso en la calle del Carmen, de manera que, a la par que ascendía sobre la desdichada tierra, aumentaba mi economía en unos reales. Varias veces di en el Paralelo con aquel fantasma sombrío. Vestía siempre su largo abrigo oscuro, y tampoco pude verle nunca la faz entera, hundida contra el pecho entre las barbas y bajo las alas de un vasto sombrero. Precedía su andar lento un can magro y melancólico. Su presencia despertaba en mi pecho un malestar de compasión y de zozobra, pero llegó a serme tan habitual que no sufrí espanto alguno la noche que adiviné sus pasos detrás de los míos y al fin le sentí subir calmamente la escalera de mi casa cuando apenas acababa de abrir la puerta del cuarto piso. Si no había estremecido mi piel la frialdad con que se acerca una puñalada, ni anudándose mi garganta de temer la opresión de unas manos perversas, ya en cama, al sentir por el techo de mi alcoba las pisadas del fantasma y del can, pisadas de trapo, sordas y arañantes, mi corazón se nubló de una gran congoja que bien pudiera provenir de la traza fatídica, espectral con que tales visiones acostumbra presentarse al propio infortunio. Desde aquella noche nunca pude prender en el sueño sin antes haber sentido sobre mi cabeza la llegada bronca de mi sombra. Así, durante dos semanas que dejó de retemblar el piso a la hora de costumbre, despertaba de continuo sobresaltado y ponfame a escuchar atenta-

mente, a través de la obscuridad unas pisadas imaginarias. Y una mañana alegre de verano acabó de desprenderse el sueño de mis sienes, como del soplo de un fresco de rosas, al tropezar, saliendo de mi habitáculo, un tropel de comadres que, azoradas y parlanchinas, subían y bajaban desde la calle hasta los últimos rellanos de la escalera. Tapábanse las narices con los dedos o con la punta de los delantales, y respondían a los ojos preguntones de las advenedizas, cada vez en mayor número, en esta forma trivial, que aumentaba el funambulismo de sus andadas y gesticulaciones: "Un francés podrido". Y otra rectificaba: "Con su perro". Y otra, más complaciente, añadía: "La justicia echó abajo la puerta, cerrada por dentro... Le habrá dado algún mal, sin tiempo a pedir auxilios... El perro estaba junto a la puerta... ¡Cómo hieden!" Pero en mi confusión se alojó preferentemente la pirueta macabra de los primeros dichos: "Un francés podrido". "Con su perro". Y nauseabunda melancolía invadió mi ser. Vinieron varios agentes de la Asistencia Pública, y a empellones echaron a las comadres escalera abajo. Yo permanecía inmóvil a la puerta de mi alcoba. Cuando menos lo esperaba pasó por mi lado, asfixiándose de pestilencia, el cajón donde habían volcado al francés podrido y a su perro. Bajo la cobertura de trapo asomaban los pies bamboleantes del uno y la cabeza del otro. Sería una abstracción decir: "Un hombre podrido". No. Tenía patria, madre, familia... Su vida, su muerte, fermentos imperceptibles de la vastísima substancia del mundo. Su alma, sus afecciones, alimentaban a un perro. Nada. Este pavor del sepulcro me trajo angustiado mucho tiempo a la manera de un Francisco de Borja o de un Raimundo Lulio... ¡Sí, la vida es bella!

OTRO AGUAFUERTE

En una de aquellas noches pasadas en el bullicio de la calle a fin de atontar la noticia de mi total miseria, la pena de mi soledad, la compasión por las desdichas de los otros, las ilusiones del recuerdo, las de soñar lo porvenir, cuando amanecía de un tinte violado sobre las frondas muelles, regocijadas por los

pájaros, frescas de rocío, ungidas de suave fragancia, floridas, vi de lejos una figura en abandono sobre un asiento del jardín, la figura de un pelele o la figura de un borracho, o la figura de un muerto. Me acerqué. Sí era de pelele su relajación corporal, simulaban heces las manchas sangrientas de su rostro, y aquel sueño parecía el de la muerte. En rigor, atendido a su aspecto, solo podría definirle así: "Un pelele trágicamente beodo". Me reí, porque también reía la mañana en torno mío. ¡Era tan fresco, tan colorido, tan confortable el amanecer! Movido de un sentimiento de curiosidad muy generalizado, apliqué mi oído al tórax del buen difunto. El tic-tac de su reloj desorientaba mi auscultación inexperta. De pronto sentí bien a las claras en toda la oreja una fuerte noción de vida. Mis ojos se dilataron enormemente. Miré a todos lados. El sol doraba la escena. Un surtidor chispeaba en el aire. Unas rosas se mecían sonrientes. No había cuidado. Con una pericia que no esperaba de mis manos, sin que el suicida sintiese lo más mínimo, sustraje del bolsillo interior de su americana una panzuda cartera de olorosa piel, muy fina al tacto, muy rica. Un irreprimible contento agitó mi ser. No obstante, hubo un lugar para ideas humanitarias: "Si la Iglesia pudiese interceder por las ánimas de los suicidas, ten seguro que algo de tus dineros pararía en responsos... ¿Por qué te mataste? Yo te lo agradezco, pero es demasiado altruismo, hermano... ¿Qué podré hacer por ti? Del sepelio no te preocupes. Creo que la municipalidad no encontrará lo suficientemente decorativa y salubre tu catástrofe como para dejarte sin la consabida paz del sepulcro...". Yo comprendía cuán de mal gusto eran tales humoradas, pero tanto sol, tanto himno de la vida penetrándome la sangre, tanto dinero en mis manos, hízome perder la chaveta, y sin poderme contener más salí dando brincos de júbilo hacia el centro de la urbe, ya despierta, risueña y activa. ¡Qué bella es la vida!... ¿Por qué se habría matado aquel tipo?...

LOS BOUCOYRAN

¡Dejad que se acerquen a mí los niños!... ¡Cómo se conoce que el Divino Maestro jamás lo fué de colegiales! ¡De los tor-

mentos que sufrí siendo pasante y ayo en algunos colegios no os haré mención, señora, por dos motivos: por no ofender vuestros sentimientos de madre y porque nada podría yo añadir, fuera de ciertas observaciones indiferentes al tema de mis desventuras, que no hayáis leído sobre las de mi colega *Petite Chose* en el relato del admirable Daudet. ¡Oh, Boucoyrán, Boucoyrán, jamás te perdonaré todo el mal que me has hecho!

ZARATUSTRA Y FANFARLO

No sé cómo, ni cuándo, ni por qué, un día me hallé rodeado de prestigio en la Casa del Pueblo, y a poco redactor de primera fila en uno de los diarios más radicales de la Ciudad Condal.

El epígrafe destas líneas no se refiere, ciertamente, a los principales sucesos de mi vida en aquel período; mas el que indica le hago sobresalir de entre mis añoranzas porque conozcáis otro de los fraudes inferidos por la realidad a mi buscona fantasía, esta fuente de donde manaron los dolores, vaciedades e impurezas de todo mi existir... (¡Oh, si volviese a nacer! ¡Si pudiese, al menos, tomar sayo de penitencia o, lo que sería mejor, corregir mi temperamento con las enseñanzas de tantos descarríos!) No obstante, señora mía, cumpliré mi promesa de hablaros de las cosas pasadas en la forma dicha, por montoncitos de impresiones dispuestos sin rigor de historia, y para vos no ha de ser tampoco de mucha cuenta la tal posposición de lo principal a lo accesorio, que, de otra parte, responde a la imperfección de mi conciencia, en que aparecen de ordinario subvertidas, alocadas en danza furiosa, o quietas en difusión de niebla, lógicas o ilógicas, las nociones de lo real y de lo subjetivo.

Como gracias a la diversidad o renovación de las gentes, los ardides más vulgares conservan siempre toda su eficacia, el por mí empleado para atraerme las simpatías de Fanfarló, reducido a encomiar una y otra vez en la sección teatral del diario los encantos de su figura y el arte de sus danzas, obtuvo el éxito más inesperado, sin necesidad de exagerar, porque

muchos eran, en verdad, sus encantos y muchos más los deseos de amar que atormentaban a mi sangre moza y a mi corazón solitario. Fuimos amantes. ¡Cuánto me hizo padecer la superflua danzarina! ¡Y por lo que menos hubiera creído capaz de impresionar a mi espíritu libre y generoso: por su volubilidad o coquetería, que alarmaban el decoro y la seguridad de mi dominio, dejando apenas entre mis ansias la ilusión de sus vuelos cambiantes y reidores! Una pasión sin consistencia, profanada siempre, hasta en los momentos más álgidos, por las preocupaciones de la exhibición, las galanterías de los elegantes y el culto exclusivista e irreprimible de la propia hermosura. Enemigos que se multiplicaron una vez que, merced a mis loas en diarios y revistas, se la disputaban a porfía las empresas de los más famosos escenarios del género. He de confesároslo secretamente, a veces, punzada en alto grado mi vanidad viril, amagué descargar sobre tan preciosa figulina la tormenta de una cólera villana; pero ni a esta delicia me dejaron llegar jamás la mole de mi ánimo filosófico ni la fluidez de sus esguinces, mimos y burlas, destellos súbitos de una chispa de agua o de los tornasoles de su traje sutil de gasas y oropeles. "Quiero un dios que sepa bailar". ¡Oh, espléndido Zaratustra, parece que no sabías cuán difícil se torna para la gravedad divina esta labor graciosa y leve de las danzas! Cegado por la pasión más anonadante cedí la dirección de mi vida, en alma y cuerpo, a las veleidades imperiosas, urgentes, histéricas de la frívola criatura, y aun puse de mi parte aquel prurito de lanzarme con audacia voluptuosamente mortificadora en pos de lo que me parecían aventuras gentiles, sin igual, puerta de las imprevisas emociones de peligro y de placer contadas en los libros de amena literatura. Entonces me pareció de perlas acompañar a mi danzante aventurera por todos los escenarios del mundo, que de todos habría de ser solicitada una estrella de su magnitud y brillo; y sin más reflexión, no obstante saber mucho de filosofías y de golpes, me puse al empeño de alcanzar los favores de Terpsícore. ¡Cómo se reía Fanfarló de la torpeza de mis pasos y ademanés, de mi faz grave y triste de hombre pensativo, de la majestad, en fin, del ser divino dislocado por las contorsiones del *cake-walk*

y de la *machicha!* Pero cuando empezaba a ponerse interesante la humorada, paró en seco de la manera más insípida que pueda imaginarse, como indico al comienzo destas líneas, si bien os daré un desquite a la defraudada curiosidad con el relato de algunos sucesos de la revolución de julio, en medio de los cuales terminaron aquellos triviales e innobles ejercicios de un filósofo andariego y tarambana.

..... (1).

Sí, mi genial aventura terminó de un modo harto imbécil, y para que os deis cuenta de ello lo narraré tal como ha sucedido, esto es, sucintamente. Cierta noche de aquella triste semana caminaba yo hacia casa, precedido del pavor de la atmósfera o llevándole a cuestras mías; no recuerdo bien, porque no era sin duda ocasión de ponerse a fijar parsimoniosamente las impresiones en el magín. (Asimismo figuraos ahora que, ajustándome a técnica realista, insistiese en estos antecedentes al tratar de novelar el caso; ¿no resultaría el parto ridículo de los montes, de que habla Horacio, aun dado que nuestro gusto actual sea de una amplísima tolerancia o del mejor buen pasar posible?...) Llego a casa. En el centro de mi habitación, rodeado por varias personas silenciosas, compungidas, yacía

(1) Mi amigo desenvuelve aquí una relación de lo que se ha llamado *semana trágica de Barcelona* y la comenta muy atinadamente, si bien hace esto último, las más veces, con los puntos de vista *hiperbóreos* que le son tan queridos, sin duda porque le va en ello la propia desgracia y el reír de la gente sana que aun resta en el mundo. Complacido transcribiría por completo este pasaje si no fuese de los vedados por la ilustre amiga que me proporcionó este ameno epistolario. No obstante, se me permite reproducir los siguientes postulados, a mi juicio, de más valor que las anécdotas para poder aproximarnos a la comprensión de la personalidad presentada en esta biografía:

“En fin, de mi estudio en vivo del fenómeno revolucionario, sobre todo en los últimos motines de Barcelona y Portugal, se derivó la afirmación de mis ideas tácticas; ya deducidas lógicamente en el campo de la historia.

“He llamado *pactismo*, no a la ilusión retrospectiva de Rousseau —a quien podría aplicársele un argumento parecido al de los anabaptistas, de que no puede haber catecúmenos en pañales—, sino a la intención teórica del filósofo, que tiene proyecciones, si bien restringidas, en todo lo que va del progreso social humano, ya sean producto de un *determinismo orgánico* (Spencer), ya de una forma conciliatoria o mixta de *organismo contractual*

el cadáver de Fanfarlío. Su curiosidad, una bala perdida puso fin a los días de mi preciosa muñeca y a los lances de nuestra genial aventura, tontamente. Yo no recuerdo más, ni pasó más, lo juro. ¿Que esto no tiene sentido?... Las balas perdidas, tampoco.

LA RIBERA DE LA MUERTE

Una mañana fresca y de gran bullicio callejero fué llevado el vagabundo en un coche de la Municipalidad al Gran Hospital de Lisboa. Después de agotar sus recursos, los de sus amigos, en resistir cuanto fué posible aquel hospedaje, no hubo más remedio que decidirse a trasponer los temerosos umbrales en busca de una riña postrera con la muerte; bien que no fuese la vida, triste y desencantada para el poeta, la causa principal de aquella resolución, sino el deseo de poner fin de cualquier modo y de una vez a los dolores de la enfermedad, y también por complacer la compasión de los amigos, por abulia, y también, forzoso era confesárselo, cediendo a energías que allá en los fondos del ser pugnaban por la vanagloria de la subsistencia. Él pensaba todo esto dejando errar los ojos por las gentes lozanas que iban y venían a entrambos lados del

(Fouillée). Y entre los elementos *volitivos* (mejor sería decir marcadamente activos) de la evolución social, aparecen predominantes la *Ley* y la *Contra-ley*. Ahora bien, una de las causas porque la *Contra-ley* o *factor* revolucionario no alcanza una eficacia más definitiva que la de imprimir débiles correcciones a la *estabilidad legal* y a la conciencia pública, eficacia de los pequeños avances, *evolución crepitante*, consiste sin duda en su dificultad para organizar o comunicar el movimiento de oposición a una masa heterogénea, extensísima y necesitada, cuya función ordinaria no se especializa en previsión de la lucha (Pueblo), mientras que la *Ley* dispone en cualquier momento de un organismo uniforme, sin necesidades y normalmente combativo (Ejército). El factor revolucionario en su forma típica de *masa* produce también la desventaja común de considerables crisis en todo orden de actividades fundamentales de una sociedad, la miseria, la detención de nobles y positivos progresos y la ocasión de las restauraciones *legales*, aunque traigan éstas menos rigor arbitrario a vuelta de cada conflicto. Y bien, la *Contra-ley* acabará por obviar su defecto de fuerzas militares de un modo sumamente práctico y científico, mediante la *adopción de una táctica terrorista individual apoyada en las incontrastables fuerzas de la química*”.

coche, cuyos brincos sobre los adoquines le preocupaban más que todo, la vida y la muerte y el mundo y el infierno, debido a sus efectos en la región adolorida por la apendicitis, y así trataba de suspenderse entre los brazos ahincados en el asiento y retorció más y más el garabato que de hacía ocho días conformaba su cuerpo; merced a lo cual y quejarse rítmicamente atenuaba el rigor de la tortura y aún podía darse a considerar lo triste de la situación suya, lejos de toda familia y frente a un destino seguro de muerte o de miseria.

No bien llegó al hospital, dos médicos, vestidos de un blanco nada tranquilizador, le tendieron sin parsimonia sobre un lecho de finas patas metálicas, angosto pero muelle, y cubierto de un refrigerante hule que así valdría para sestear en verano como para desvanecer los ardores febriles de un enfermo. En suma, le pareció no haberse acostado jamás entre mejores halagos, y asimismo resolvió encontrar muy en razón los modales, de una severidad casi brutal, con que los señores médicos se esforzaban en desenroscar aquel garabato de su cuerpo, la única forma de alivio, pese a cataplasmas y menjurjes, que le pareciera eficaz desde los primeros ataques del mal; de ahí que hubiese resuelto, acaso por gratitud, no abandonarla un punto a no ser que pares de bueyes uncidos a cada extremo del tronco le relajasen la enconada tensión de la musculatura; y en aquel momento le sorprendía no haberse necesitado de otros bueyes ni arreos que la voz y las manos bruscas de dos hombres nada corpulentos, uno calvo y otro con anteojos, los dos vestidos de blanco y los dos unos vejetes misérrimos. Preciso era convenir, pues, que la voz fosca y la destreza fría del médico persuade más y lastima menos que los mimos y las tiernas manos de la madre.

Ya en la cama número 36 que le correspondió en la sala de S. João Baptista, sintióse igualmente cómodo y aliviado en mucho de la dolencia con sólo estirarse por completo bajo las fresquísimas coberturas, aguantar las bolsas de hielo sobre el vientre y verse confuso, asustado en medio de aquel lugar donde todo, salvo la piel de los pacientes, era blanco y frío y duro como un amanecer de invierno. Blancas las paredes, sin imágenes de clase alguna; blancas las camas, blancas las blusas

de los enfermeros; duras las manos que vendaban y curaban sin lastimar, con destreza, pero sin amor; fríos y crueles todos los útiles quirúrgicos; blancas, frías y duras las horas de insomnio y de monotonía. Sí, allí faltaba calor de hogar, calor de caridad y calor de vida. ¡Y de allí salía también todo esto! ¡Verdaderamente la ciencia no había de verse ofendida con tales quejumbres, pues ella parece ajustarse mejor que nadie al socorrido adagio: ¡Haz bien y no mires a quién! Por otra parte, calor tenía de sobra el poeta para no rehusar las frialdades de la ciencia. Y estas palabras no llevan equívoco significado, aunque lo parezca.

Al principio lograron distraerlo un poco, y molestarle más, las preguntas de los cojos, mancos y lisiados, muchos de un aspecto repulsivo, que habían acudido a su lado, y no es donaire, en son de bienvenida. Los enfermeros reían unos con otros al clasificar las ropas del poeta, sus mejores y únicas galas, porque no tenía otras, si bien él fantaseaba que por haberle quedado en el baúl, y éste, a causa de un exceso de peso no previsto al tomar billete, hacía meses que se apolillaba en el depósito de la estación española donde comenzó viaje. Y no era sin razón la risa de los buenos portugueses: la planta interior de los botines, aunque rotos y sudados, permitía leer del cuño de fábrica: Barcelona; en la corbata: Madrid; en el chápíro: Roma; en la chaqueta: Coruña; en la camisa: Porto; las demás prendas no tenían procedencia consignada. Uno de los burlones se le acercó para preguntarle muy en serio, quizá con el fin piadoso de alegrarle y darle ánimos: “¿Su excelencia viaja todo el mundo y ahora viene a recrearse aquí entre nosotros?”

Los primeros días se le hizo un horror esperar la salud en aquel antro de melancolía y podredumbre aseada. Tanto podía pensarse que aquellos desgraciados eran salidos de la vida combatiente y ruidosa e iluminada, como de las transformaciones hediondas y oscuras de la muerte, fantasmas que luchan por desprenderse del pavor, de la tiranía, de agrias voluptuosidades en las entrañas corrompidas del mundo amorfo, sueños del cosmos, pesadillas macabras. A su lado, el 35, un niño leproso, se quejaba isócronamente con esta palabra, inin-

teligible para todos, cuyo son álgido de íes aparecía querer simular la tortura del prurito: “¡Aloivaiiiiiivermeay! ¡Aloivaiiiiiivermeay!” El poeta sólo una vez se atrevió a mirarlo de frente, en el momento de la cura, para retraer súbito la vista lleno de repugnancia. Toda la faz del niño era una impura llama cuyo pringue y palpitations recordaban la voracidad de unas fauces bestiales. Y sobre la podredumbre cruel se abría con suavidades de cielo, de alma, la luz de un ojo único, bellísimo, adonde parecía converger la suma de vitalidad que animaba la corrupción del miserable cuerpo. Y también, cosa que hizo sonreír al poeta, se reflejaba en este suave azul vana satisfacción del muchacho por ser compadecido, admirado, al parecer, de los enfermos que observaban la cura contrayendo el rostro y resoplando cual si fuesen lastimados en la propia carne con los tirones de las vendas pegadas a la llaga estremecida y sangrante; y aun el gesto y la palabra de los curiosos aparecía de una cierta piedad adulatoria insospechada, seguramente, por ellos mismos y por el lacerado. Transformada la cabeza en vellón cándido y fresco, por la envoltura de las gasas y algodones, atraía el mirar celeste y dulce del niño un afecto más cordial, menos mortificante; pero ni entonces pasaba el poeta de otra relación con él que la de contestarle a medias, y vuelto de espaldas, a sus pedidos. Alguna vez despertó de noche, rehusando con bruscos ademanes y voces el acercamiento soñado del rostro leproso en busca de las caricias paternas o de simple afectuosidad que suelen complacer a los niños. Y ya despierto, añadíase a la repugnancia el dolor de creerla impía, el dolor del pobre muchacho a causa de sus desdenes y aun el dolor de la madre que alimenta de sus pechos a un tal monstruo: “Si ahora no puedo ser piadoso —pensaba—, ¿cuándo lo seré? ¿La virtud está en amar las rosas y en humillarse al rayo?”

Frente a su cama, la del 8, era fatal, según habían observado ya todos los números; pocos días la calentaba una misma dolencia. Entonces la ocupaba un vejete a quien le habían abierto un píloro artificial. En los primeros días después de la operación prometía el milagro de salvarse. Luego empeoró, no articuló más palabra, sino de cuando en cuando un sonido

baboso, de borracho, moviéndose con esa lentitud del gusano que aplastó nuestra bota; muchas veces caía de la cama y continuaba en el suelo este retorcimiento de agonía perezosa, insensible a todo. Los médicos pasaban de largo, no sin mover la cabeza con esta expresión: “Caso perdido. Estaba descontado. Lástima de experimento”. Y los números de la sala: “Este vejete resiste, pero en vano. Mañana muere”. Y una mañana, sin que nadie lo hubiese notado, murió del todo. Casi de noche, un murmullo de sorpresa corrió por la sala: “¡Ha muerto el 8!”. Le ataron de un pie una cartulina con la indicación del mal, hora aproximada del fallecimiento y otros datos, y fué conducido al depósito. El 36 notó que los demás números no tocaban entonces el pan ni el tabaco del 8, habiéndolo hecho siempre sin el menor reparo mientras vivía o agonizaba.

Aquella misma noche le substituyó un quemado, sobre quien batió las fatídicas alas aquel rumor burlesco de todos los números cuando llegaba un 8 decidido a morirse. Y, en efecto, de poco sirvió el prolijo arte de los enfermeros en algodónarle desde la coronilla hasta los talones dándole buen parecido a un explorador polar que refrescaba y encantaba el verle; a los tres días y en menos de un minuto dispuso así la grave cosa de morirse: se levantó de la cama, y con toda la prisa que le permitieron sus atavíos polares huyó hacia la puerta; convertido al catre por los demás enfermos, quienes solían dar de la vulgar ocurrencia una explicación bellamente misteriosa resumida en la frase *huir de la muerte*, intentó de nuevo levantarse, y entre los brazos de los circunstantes emocionados, trémulos, muy poseídos de su papel de servidores de la muerte, después de blanquear las órbitas de un modo espantoso, un grito recio, de protesta, de cólera, y el que antes era fornido mozo redujose de un golpe a la molicie de su envoltura de algodones. Según se dijo, murió autointoxicado, por defecto de respiración cutánea. Y decididos a morirse vinieron sucesivamente a llamarse número 8, en tres días, un perniquebrado, un herido de arma blanca en el vientre, dos contusos graves y un suicida, siendo así en efecto, aquella cama un foco perenne de ayes y pavor de muerte.

Angustia infinita llenaba todo el ser del poeta. Cada vez más

prendía en su espíritu la consideración respetuosa de las ideas de renuncia peculiares de las religiones. Antes, desencantado en sus elucubraciones filosóficas y herido cruelmente por los guijarros y espinas de los caminos de la vida, desahogaba su escepticismo en la jocosidad cínica, el reto a los poderes ocultos del mundo, en propósitos de audacia brutal, zambulliduras en los fangos del vicio, devaneos y peregrinaciones que la soberbia de la salud aconseja y permite a los mozos en contra de la sabiduría y tutela de las barbas canas. El sentimiento filial también le acongojó de un modo extraño entre aquellas agonías pavorosas, quejumbres, miseria y soledad que le rodeaban sin dejarle dormir, ni menos soñar, ahuyentándole toda esperanza, y la manaza férrea del dolor abatiéndole al polvo humildísimo del arrepentimiento y de la plegaria: "¡Si mi buena madre supiese destas malandanzas de su hijo, cuánto sufriría la pobre!", pensaba, sin poder impedir que las lágrimas le nublasen los ojos; mas luego discurría que tal debilidad, que pudiera ser demasiada compasión de sí mismo, era un tanto graciosa, y esforzándose por creerlo así cambiaba en sonrisa, decaimiento del corazón, el pesar del rostro.

Su fiebre y su melancolía explayaban alrededor de los grupos de plantas de la sala, que después supo que eran de trapo, risueñas ilusiones de vida: en verano, un amanecer que apresura las palpitations del júbilo antes que arda el mediodía, pasear entre las claras, pomposas hortensias; despertar lentamente, sentir desatarse con languidez los nudos del sueño y cómo la diafanidad y la frescura y los aromas del aire, estremecido al son de alguna campana o de cantares pastoriles, penetra en nosotros, ensancha los pulmones, alivia el peso corporal, satura de una excelsa delicia el ser; no puede resistirse al impulso de ascender la montaña con la preciosa compañera toda vestida de blanco, la cual se aparta alegre, huye como una desbandada de palomas, por desafiarle a correr más o darle temor, y él se cansa o teme algún paso inseguro de la locuela y, haciendo bocina de las manos, dilata su nombre, más breve que un beso, por los ámbitos de la sierra. O bien, si ya el fuego de mediodía sumió en sopor la Naturaleza, junto al brocal de un pozo, a la sombra de los verdes naranjos y de

la vid, aspirar el hálito del agua profunda y decirle malicias a la moza de sanos colores, en sazón de amar, que ha venido con el cántaro para darle de beber al sediento, según la santa doctrina le ha enseñado; y nada refresca más en estío que los ardores de una boca de grana y la fatiga siguiente a los idilios.

Pero las imágenes coloridas y húmedas eran las de más nitidez, las que más le confortaban, no significándose las de amor sino en el sentido accidental de la hermosura y como circunstancia que no puede faltar de cuadro alguno de la vida; si Venus andaba en tan ameno soñar era con pasos amortiguados, y no tenía más influjo que las hortensias, los naranjos y el claror matutino en las demandas de agua que constantemente, aun dormido, hacía el enfermo. Él mismo solía extrañarse muchas veces, con náuseas iguales que por la irrupción de las calderas de rancho en la sala, del vaho de lujuria que, unido al de la muerte, al del morbo y al de las drogas exhalaban de noche los cobertores, empinados por las rodillas, y de día las pláticas, los mimos a un púber pálido, sin bozo, el 3, cuyo tumor blanco en el olécrano no le impedía ir muy servicial, sonriendo y jugando con visible coquetería, de unas camas en otras; las palabrotas, los ademanes simiescos, el circular continuo entre risas y tapujos de un libro, viscoso por la mugre, con los versos bestiales de un tal Bocage, y los dulces *fados* de la Severa o del Conde Vimioso, modulados a media voz lo mismo que preces devotas, vibraban también de igual furor de lubricidad contenida. El poeta no comprendía esto, languidecido, agobiado por la inapetencia total de su organismo. En torno a las flores reverdecía la esperanza de un bienestar inefable. ¡Cuánto les agradeció sus consuelos! Casi estaba por juzgar muy puesto en razón que los jacobinos hubiesen apartado la imagen sangrienta del Crucifijo a los ojos de los enfermos para sustituirla con risueñas plantas, si no fuese que muchos, en la angustia suprema de morir, no alzasen ávidamente la mirada en busca de los brazos abiertos de la misericordia cristiana, cuyas flores purpúreas acaso entibiarían también el rigor de aquella atmósfera de invierno. Más juicio hubiera sido quedarse con arrojar, no a Jesús de entre sus predilectos, los que sufren, sino a los impostores y mercaderes

de todas las Iglesias fundadas en su nombre, sórdidas, capciosas, vanas.

Llególe al poeta la hora en que los médicos juzgaron oportuno el operarle. La noche anterior al día señalado para ello consideró la posibilidad de la muerte bajo sus más trascendentes puntos de vista: le consolaba, sobre todo, estar seguro de que su madre no sabría el mal suceso; resolvió pedirle a su amigo inmediato, el 37, que no se apartase de su cama en el momento de morir, para caer en las sombras envuelto por la dulzura de unos ojos compasivos; y, por último, alejó dignamente de su conciencia la turbación religiosa: "Dios no ha determinado relacionarse con mi vida, si no hubiese influido en ella de un modo tan patente como el sol, el pan, el agua y los hombres. Si existe, o seremos indiferentes el uno al otro, o seremos amigos si es sabio y justo, o seremos enemigos si es inferior a mí, necio y cruel".

Después de haber mirado así por su ánimo, sonrió dulcemente y dispúsose a dormir bien toda la noche. Y así fué. Tanto que a la mañana siguiente no acababa de despertar ni comprender al sentir las palmadas y los dichos amables de dos enfermeros que se inclinaban sobre su cama: "¡Ea, buen amigo, ánimo!" Y aunque tembló aceleradamente su corazón, le refrenó con energía en el acto de abrir por completo los ojos, dando, sí, muestras inequívocas de un gran ánimo y de una mayor conformidad.

Ya en la sala de operaciones, cuya blanquez, asoleada por amplias vidrieras sobre los jardines del edificio, le pareció casi tan confortable como una de las mañanas de verano soñadas, y merced a las frases alentadoras de los médicos y a la fuerza de la propia decisión, pidió, antes de tenderse desnudo en la mesa, que no le atasen el cuerpo, que no se opondría en modo alguno al adormecimiento del cloroformo. Y, en verdad, casi lo aspiró con gusto al principio, y aun después, cuando impregnada la cabeza y el pecho por las vagas emanaciones temió una delicia demasiado intensa, que a fuer de tal parecía desatarle poco a poco las trabazones de los nervios, diluir los puntos sólidos de la conciencia, no se opuso —porque la resolución hecha de antemano persistiese con energía velada, pero

fuerte, o ésta resultase de simple acuerdo orgánico— a ser anulado, como los últimos hilos de luz mental le permitían discernir, por los hálitos sutiles, insidiosos, del anestésico. Bien que tal deliquio, comparable al supremo de amor si la parte baja del tronco fuese afectada por él, no era para menospreciado de quien había sufrido siempre más amarguras que deleites en los días de su vida. De pronto, los halagos difusos del flúido corrieron a reunirse y endurecerse igual que la fría punta de una daga contra el núcleo, la cumbre del cerebro, dándole una sensación placentera y cruel semejante a la buscada por término, aunque vaya en ello la vida, en el frenesí de la voluptuosidad; pero el instinto, que en el delirio de amar refrena los ímpetus con la queja, produjo en el enfermo, no obstante las citadas energías de resignación, el movimiento defensivo de intentar la fuga; entonces vió entre las nieblas medio alzarse a su propio fantasma, que manos invisibles, de algodón, reducían sin esfuerzo, dulcemente, a proseguir tendido; y ya menos, percibió a otras formas blancas inclinadas en torno suyo y como atentas a un juego de naipes con habichuelas; desde muy lejos llegó aún a sus oídos rumor triturante de maquinitas, borbollones, palabras ininteligibles, pero sin timbre trágico alguno: las que oímos debajo de la ventana, en la calle, adormilados en una siesta; y no sintió más, dejó de existir.

Cuando volvió a la vida topó con el rostro amigo de un estudiante que practicaba en el hospital y que, después de haberle asistido en la operación, venía por simple impulso de petulancia juvenil (no sería dudoso que algún acompañante, profano a la medicina y sus misterios, le esperase a la puerta) a saber de su enfermo, de su operado: "Y, amigo, ¿cómo fué la cosa?" "¿Qué? ¿Me han operado ya?" "¡Y hubo faena! ¡Media hora! Muchas adherencias... Un apéndice temeroso, enorme... ¡Una gran merienda para el gato, como dijo el doctor!..." "Sí, me pareció haber sentido risas...". "¿Qué? ¿Sintió algo?" "No... Brumas..., fantasmas..., rumores... Después, nada," "¿Dolor?" "Dolor, no. Vea una observación curiosa que me ocurre... Tengo una idea confusa, pero cierta, de haber visto a mí persona, íntegra, sí —como la de usted ahora, que está fuera de mí—,

alzándose lenta entre las brumas... Diga, ¿no sería una exteriorización fantasmal del *yo*, de que habla el espiritismo? ¿No sería por tal causa que no sentí los hierros en mi carne?" "¡Oh, qué locuras!... ¡Aun no despertó bien del todo, me parece!... No hable, no se fatigue..." "No, no es molestia... A buen seguro no hay tales misterios... Pudo ser una imagen construída sobre alguna sensación de movimiento... Y ya se sabe, la fantasía aloja el mundo en la cajita del cráneo..." "¡Pero qué hablador está! ¡No hable, no se mueva, no tome agua... si quiere evitar las náuseas..." Dicho esto, el galeno en fáfara se fué, con la satisfacción del deber cumplido, y el enfermo, dócil como un niño, trató de ajustarse a sus recomendaciones para evitar las náuseas, que siempre había temido más que la misma operación y aun que la posibilidad de la muerte.

Pero todo fué bien. No hubo náuseas, ni fiebre, ni muerte. A medida que avanzaba en la convalecencia se disipaban las sombras de su frente, la sonrisa era móvil, brillante, y el rubor de la sangre viva y pura se esparcía en puntos y en rosetas por toda la tez demudada y triste. Ya la presencia de la salud le permitía entrever un porvenir exuberante de apetecibles frutos, amenas excursiones por la vida, y tenía muchas veces que llamar en su ayuda toda la fuerza del buen sentido para refrenar los galopes de la fantasía, que hacían palpitar con exceso los tejidos aun tiernos de sus vísceras.

Ahora no estaba sino de tránsito, por curiosidad, en aquellas regiones de pesadilla, y podía entretener las horas haciendo curiosas observaciones acerca del dolor, de la muerte y aun de su modo de refr, que también se ríe al otro lado de la dicha y de la salud. En aquellos días, por razón de ciertos arreglos que se hacían en la sala de operaciones, pudo observar, aunque sólo de oído y en los efectos colectivos, algunas de éstas, entre otras la de su amigo inmediato, el 37, verificada en vivo, sin cloroformo, a causa de no permitirlo la constitución del paciente y la índole de su mal. A través del biombo con que se ocultó el cruento espectáculo a los demás enfermos, oía el 36 algunos rumores que recordaba de su pasado de bruma, la trituración ávida e impaciente de las maquinitas, los borbollos apremiantes de lavatorios y trasiegos y, de cuando en

cuando, la orden breve o las palabras triviales y risueñas de los doctores. Pero lo principal, como portillo único dejado a la observación del 36, eran los ayes de la víctima, y trataba de comprender el alcance expresivo de los mismos en los tonos, acentos y matices de la inusitada melodía que formaban. Había momentos en que los fillos de la quejumbre le suspendían la respiración en la garganta, y esperaba, con ojos abiertos, un fracaso detrás del biombo, tumulto, voces apresuradas y luego ver salir a los operadores, el semblante decaído y desafiándose gravemente las blusas salpicadas de sangre; la queja decaía grado por grado hasta los tonos de un rugido, de un gruñido, de un sordo resuello; resaltaban los rumores normales de la maniobra quirúrgica más acelerados, y otra vez, como si hubiese descendido a tomar bríos, alzabase casi de un golpe, recorriendo, involucrando en la fugaz elasticidad del salto, la gama de todos los gritos bestiales —del tierno balar de los rebaños en el atardecer a los aullidos y la rabia de una carnicería de lobos— para llegar a un son culminante, detenerse allí en el vaivén apenas perceptible de unas alas negras en el cenit, de donde caerán fulminadas por la bala mortífera, hechas trazo, o en la vibración álgida que amaga la ruptura, el estallido seco del frágil cristal, de la cuerda tensa, del corazón ahito de pena o de alegría. Más en este instante supremo se oía la voz fuera de tono, plácida, inalterable, del doctor: "Vamos, no es para tanto; ya va a estar". Y, en efecto, amenguaba otra vez la intensidad del grito, y aquel diablo no acababa de morir. O el dolor es impotente contra el hombre o éste, en su instinto vital, dispone de variadísimos recursos de defensa, entre los cuales podía contarse aquel de gritar más de lo adecuado, ya fuese para aturdir la propia conciencia o para mover a piedad a los mortificadores de la carne. Se comprende la indiferencia, que a veces toma caracteres crueles y aun perversos, de los médicos ante los dolores de sus pacientes. El mismo 36 había adquirido, sin duda por costumbre y porque renacía en él la salud, una dureza de entrañas de que nunca se hubiera creído capaz; ya no le impregnaban de pavor ni de piedad torturante las agonías y ayes de sus compañeros: observaba, estudiaba, se entretenía. Por otra parte, no dejó de

observar que allí cada uno se quejaba y se dolía del propio mal, y se divertía como podía, sobre todo los que, como él, habían adquirido la esperanza o la certeza de un feliz restablecimiento, y los que moraban de hacía tiempo entre aquellas paredes. Estos últimos abundaban, y más los morosos o ratas de hospital. Quién, ya sano o fuera de cuidado por completo, aunque tuviese una pierna o un brazo de menos, como aquel que, igual a un niño de pocos meses, se arrastraba de continuo por la sala sobre las manos y los muñones y solía detenerse a los pies del doctor mirándole de metro y medio de profundidad, en actitud de rana y riéndose también a lo rana, de oreja a oreja, para repetir, siempre con éxito entre los colegas: "¡A mí ya no es posible darme alta!" Quién, corregida ya la dislocación de su pie, hacía un año que disfrutaba de la pensión hospitalaria a fuerza de mostrarse servicial, enrollando vendas y puliendo los útiles de cirugía. Otro, un badulaque, tamaño mocetón que lloraba siempre que le curaban las contusiones de un brazo, recibidas de su mujer, las exasperaba todas las noches, para comer lo más posible de la sopa boba; seis u ocho escudillas diarias, sin exagerar, hasta que un día el mayordomo ordenó que le sirviesen toda una caldera para que se hartase y reventase de una vez, por lo cual, picado en su dignidad, armó pelotera, se obstinó en irse y lo consiguió más fácilmente de lo que esperaba, saliéndose con el brazo en cabestrillo sólo para acreditar las malas lenguas que haría de todo el personal y servicio de aquel pésimo y ruin hotel. Otro, afectado en lo inferior del vientre, en las mismas agraderas del diablo, de un gran hulto, al cabo de quince días se le propuso librarle de tal molestia y protestó con todas sus fuerzas, diciendo que con ello le quitarían también la manera de ganarse la vida, y que, a lo sumo, se comprometía a tolerar tal despojo luego de lastimar la bolsa de los compasivos labradores mostrando el milagro de su vientre en la próxima feria de Aldeagalega. Otro estaba la tercera época, de seis meses cada una de las dos pasadas, por la fractura de la misma pierna en tres partes distintas, y pedía que le compusiesen de una vez para siempre la fragilidad de sus huesos, o mejor que le declarasen morador vitalicio en aquella Jauja... Y, por fin,

tampoco el vagabundo poeta dejaba de reconocer que le había venido muy a pelo, casi de perilla, el mal de su vientre y las dietas del Gran Hospital cuando no tenía o no sabía qué hacerse y cuando ya no el apéndice, sino también los demás resortes y vueltas del vil aparato empezaban a parecerle de sobra en la total economía de su persona.

Todo esto, junto al advenimiento de su fiel esposa la hambre, sentía y chanceaba el poeta, extrañándose de no haberlo sentido y chanceado antes. Las evocaciones despertadas por las flores adquirieron igualmente relieves, tonos y amabilidades imprevistas, de sentir ahora su fantasía la espolada de la salud azuzándole de nuevo a la vida intrépida y gozosa. Fué un sábado que recibió una bella limosna de manos de la mujer más linda que pueda soñarse. Bajo la copia de frutas y verdes hojas, en medio de una amplia aureola tejida con cabellos de Ceres, sol de oro claro, esplendía un reír de ardiente púrpura refrescado en torno por la honda mirada y el sombrío frondaje de los rizos. Inclínabase a los enfermos para infundirles el soplo primaveral de su hermosura y donarles aquella otra gracia, divina si proviene del corazón: la caridad. Al pasar junto al poeta vaciló, sintiéndose atraída de vértigo al dar con los ojos duros y suaves, melancólicos y ávidos, de insondable y temerosa profundidad de pasión, de vida; el rostro, la hidalga compostura de aquel enfermo, tan distinto a los demás, eran también parte a detener su ademán caritativo, hasta que el poeta, que acababa de hacerse por millonésima vez en su vida el propósito de ser sincero, fuerte y aun humilde, incorporándose en el lecho tendió las manos señoriles a la limosna. La joven depositó en ellas tímidamente una moneda de plata y se fué. Urdía el poeta, siguiéndola con los ojos: "En memoria del beneficio que recibí mi alma de una tan espléndida visión de vida, conservaré hasta morir la primera plata de limosna que humilló mis manos".

Unos días más y, a su pedido, se le dió de baja. Vistió a escape sus ropas, no sin echarles varias miradas de lástima a causa del estado lamentable de arrugas y desteñimiento en que las había puesto la estufa de desinfección, y se salió a la calle, a la libertad, a la vida, luego de estrechar las manos de

algunos compañeros y prometerles, muy someramente, que volvería por allí en seguida, todos los días, siempre, a charlar con ellos y servirles en cuanto pudiese. Al recibir sobre sí el día espacioso, lleno de luz, de ruido y formas ágiles y coloridas, se detuvo a refregarse los párpados y contener los violentos latidos en su pecho. A cada instante, faltas de vigor las piernas, se apoyaba en las paredes, apartado de la circulación de la muchedumbre y de los vehículos, que medio le pasmaba como a un campesino. Al divisar cerca una barbería se fué a que le rapasen las barbas prietas y adustas, monacales o pordioseras, que habían nutrido los aires de la pesadumbre y la pestilencia y los humores del morbo. Libertado ya de los vestigios que más podían recordarle aquella pesadilla de la muerte, de la soledad y tristeza, absorbía sin tregua y a todo pulmón el aire iluminado y fresco, posaba la vista curiosa en los más nimios pormenores del ambiente y no acertaba a coordinar sus ideas ni los saltos de su sangre para cantar como se debía la gloria única, la gloria divina de vivir sano, fuerte y libre. Sólo esto sabía decir: "¡Qué bella es la vida! ¡Cuánto me alegro ahora de haber estado a punto de perderla!" Luego borraba de un golpe todo lo que había escrito en su alma el dolor: "¡Fué un mal sueño...; toda mi vida fué un mal sueño!"

En su vagar llegó frente a una fonda, guiado quizá por la máquina intestina que, por lo visto, no echaba de menos para sus orientaciones ni el apéndice ni el timón del raciocinio. El poeta sondeó sus faltriqueras. Al topar con la primera plata de limosna que había humillado sus manos, con la cual tenía pensado hacerse un dije, se quedó risueñamente perplejo. Mas debido a su facilidad para urdir motivos sentimentales, dió pronto con una solución oportunísima que a un tiempo salvaba los fueros del decoro, de la poesía y de la hambre: "Entremos —dijo—. Así cumpliré mi juramento de conservar para siempre conmigo esta piadosa moneda, que de otro modo podría perderse, por mi demasiada incuria o por el demasiado aviso de un ratero... Voy a convertirla en carne de mi carne, vida, salud..."

Y sin acabar el giro más que con risa, entróse a la seductora morada.

EL CAMINO INEVITABLE

En atención a su amable pedido, señora mía, me había propuesto contaros al vuelo algunas impresiones sobre mi vida en los tres años seguidos a nuestra separación, por las cuales pudierais haceros idea, no de su amenidad o importancia, que ninguno de los dos caracteres podrán tener las andanzas del que sueña más que obra, sino de los cambios en mi ser moral, que han sido nulos o poco menos, porque a pesar de burlas y dolores del mundo mi alma, noble o vil, persiste igual a sí misma sobre las veleidades de las horas y de los nervios. Se me alcanza que puede haber algo de orgullo y ligereza en tales apreciaciones; pero, de un modo general, parécenme seguras... Y en este postrer montoncito de mi cuento seré aún más avaro, dada la índole de su término culminante, América, un grave complejo que no gusto de tratar en la forma sumaria que impuse a mis vanos días, entre otras razones por la suprema de no venirme en gana.

Brevemente, pues. Hallándome un día en el puerto de Lisboa vi aparecer entre la niebla el trasatlántico *Asturias*, de la *Mala Real Inglesa*, que por la noche tomaría el camino de América. Una idea fija, la de irme a descubrir el Nuevo Mundo, se añadió a mi falta de dineros para impedirme comer, soñar ni dar pie con bola en todo el día; y como las ideas fijas acaban siempre por vencerme, aquella tardecita, valido de las sombras y de la confusión de a bordo: unos que subían, otros que bajaban, la carga y descarga, y varios motivos más de batahola que no hace al caso enumerar, me colé, con mi fantástico baúl a cuestas, en las entrañas del buque. Así, *de polizón*, hice mi viaje a proa del *Asturias*, sin otras molestias que las del maltrato en el comer, dormir y los groseros criados (porque los vapores de esta Compañía deben ser de lo más malo conocido), hasta Pernambuco, pasado el cual, no borrada en mí todavía la impresión candorosa recibida con ver tantos loros, negritos y palmeras del raro país, fuí descubierto de mi fraude a la Empresa y me obligaron a ir con varios marineros, bajo un sol de fuego y a media ración, colgado sobre las olas para reponer la pintura en las planchas del buque. Y no bien arriba-

mos a Río Janeiro, como si no trajesen otra cosa en la memoria, me arrojaron del flotante palacio. En vano protesté que había pagado bastante con embadurnar la panza del buque; imploré y dije de mi admiración por Shakespeare..., Byron..., Asquith... Nada. Los ingleses nada entendieron. Yo tampoco sus disparates, aunque me olieron a insolencias, pero sí me convencí de que pisaba por vez primera suelo de América al sentirme caer de unas recias manos en cualquier sitio de la gran Avenida de Botafogo. Suspiré. Volví a suspirar. De pronto sentí una dolorosa punzada en el corazón: "¡Mi baúl, mi baúl!" Suspiré otra vez. Luego me consolé un tanto al ver pasar cerca de mí, gallardo, casi sublime, a uno de los inmigrantes, andaluz por las trazas, de cuyo brazo derecho pendía por todo equipaje... ¡una guitarra!

EL ENCUENTRO

EN crucero de placer viajaba yo con mi familia en barco inglés que se dirigía al Mediterráneo. Al fondear en Cherburgo vino a nosotros un vaporcillo agabarrado, lleno de gente emigrante, que dejaríamos en puerto español con destino a las Américas. En el fondo roqueño de fortalezas y tajamares de amarillo muerto, saltaba la esperanza irreductible de aquella gente de vestido heterogéneo y gritos y ademanes elásticos y distendidos naturalmente por la fuerza animal segura, ya en el negro, ya en el claro espacio del destino incalculable. Acodados en el barandal, sentían los pasajeros de primera, hechos a la certidumbre del vivir y a la economía del riesgo, un tónico de viento salvaje, y sonreían embargados en meditaciones de una cordialidad espontánea en que se mezclaban la angustia y los perfumes libres de la montaña y del mar. Al pie de la escalerilla, una última requisa de documentos enredaba la confusión y las voces del gentío en fila ascendente, cuyas maletas y envoltorios, movidos en el aire, acentuaban la impresión de catástrofe, fuga o salvamento de infortunados a quienes corría el fuego, los derrumbes de un terremoto o el vandalismo de la guerra. Pero eran emigrantes. Una mujer fuerte, con dos niños en brazos, un envoltorio a la espalda, cacerolas en una mano y un pinico en otra, no podía entregar los documentos. A su lado, un hombre grave, de pipa en ese, le tomó un niño y el pinico, y la mujer pudo sacar del seno los papeles para satisfacer la terquedad inspectora. Un haz de sol honraba el bacinillo, que resplandecía ridículamente, y su tenedor tranquilo ¡era Buscón! Bajé a esperarle al portalón de la borda,

y nos abrazamos con veinte años de ausencia por en medio. Como siempre, iba sin ruta y aceptó ir conmigo hasta un puerito italiano, animado del propósito de ver a Trotsky en Turquía, pasando por los pueblos en desorden o en demasía de orden del sur de Europa. Los panoramas del crucero cambiaron para mí desde aquel día en que, a través de conversaciones inagotables, remonté la vida siempre joven de mi héroe. Muchos relatos me dió ya escritos y otros brotaban líquidamente de cada risco de su alma, en tanta profusión que temo no alcanzar a reproducir en este libro de su vida y obras con la vivacidad de su fuente.

Buscón.—Cuando se discute acerca de la originalidad de la cultura se olvida el principal aspecto que hace forzosamente original una cultura, que es la necesidad de crear historia. Poco importa que por la transfusión de ideas los países nuevos parezcan repetir ciclos conocidos, porque las condiciones negativas del medio físico y social producirán una vibración del hombre completamente auténtica y extraña. Unas veces un período culminante de cultura europea, por ejemplo, el Renacimiento, no se produce en América, que empieza visiblemente a respirar con la Revolución francesa; y cuando se esperaba que allí germinasen libremente sus últimas consecuencias sociales, notamos que el contagio, si se realiza, partirá de Rusia y de Europa con la resistencia ilógica de Francia. La emulación política se retrasa también de un modo notable, como en el caso de Prusia, que a mediados del siglo XVIII se entrega a un proceso de traza medieval que da de sí la Alemania del Imperio; o quédase adámica la especie en tierras africanas o adormecida en el vasto Oriente, o se suprimen totales hemisferios de historia en el período precolombiano. La manía gramatical del espíritu llévanos a buscar leyes de profecía donde no hay más de ver que revoltijo y vuelcos de cubilete contra la redondez del mundo. O, mejor, la mecánica del discurso lógico va triturando en sus engranajes la vida y arroja formas de ley, o en un momento giran desplazadas sus ruedas en el aire dando silbidos burlescos, y la muerte y la vida salen de la misma fuerza gloriosamente. Si hay gramática histórica, no es la nuestra. Vengo a decir que un europeo que hace un siglo lle-

vase a América los instrumentos de un progreso refinado, casi no sabría qué hacer con ellos, y al insistir en su adaptación varias generaciones, someterían al hombre a estados físicos y de conciencia de un desorden alucinante; con una teoría sucede lo mismo; la de Malthus no pudo ser tomada en serio por Henry George a la vista de las soledades de América, que entonces se abría al exceso de población de Europa.

DIESTE.—Alomar dice que tu enmienda a la doctrina de Malthus se parece a la humorada de Swift: "Modesta proposición para que los niños pobres de Irlanda dejen de ser una carga convirtiéndolos en artículos de alimentación".

BUSCÓN.—Es evidente el parecido, lo que prueba que ambas humoradas han tenido una fuente común, que es la misma fórmula de Malthus y algún escrito extraviado adrede por el celo puritano... Porque lo extraño es que Malthus no viese que los conejos y los pollos pueden crecer en la más vertiginosa de las progresiones...

DIESTE.—Verdaderamente, ¿por qué hay hambre si puede haber cuatro veces más pollos que bocas?

BUSCÓN.—Es una pregunta de americano. Pero a veces el entendimiento fresco también se queda preso en la red de las teorías... De tu país, amigo Dieste, conservo el más hondo de los recuerdos. Amo sus colinas verdes en la amplia esfera del cielo; el habla gentil de sus paisanos y su lealtad; en el Uruguay he tenido amigos y enemigos nobles, y en su luz quiero ver y oír su muchedumbre de estrellas después que descansen bajo tierra en Galicia unas pocas noches de muerte reparadora. Te haré resumen, ya que lo deseas, y mientras dure la travesía de dos semanas que haremos juntos, de mis afanes en ese tiempo. No sé qué solaz puedes tener con relatos de una vida que no es novelesca en modo alguno: de un solitario que echa a andar y se olvida de dar vuelta. Decía que en tu patria, que es la de la luz, luché yo al lado de Batlle, un héroe que al morir produjo el abatimiento de los pendones hostiles, y una voz de dolor salió de cada pecho hidalgo; su fuerza daba sentido a todas las fuerzas contrarias, llevándolas al equilibrio de una nave en marcha, que es el único equilibrio aceptable como resultado de una vida civil despierta en los últimos rincones de

la República. Con todo, después de encauzar al país, que hasta entonces se había debatido en sangrientas revoluciones por el logro del Poder, en las luchas de la vida constitucional por medio de un sistema electoral perfecto y garantizado; después de substituir el régimen de monarquía disfrazada que implicaba el presidencialismo, causa del mal endémico de guerras civiles inocuas, por el de una forma republicana más pura sobre el modelo de la que funciona sin tropiezo en la Confederación helvética, su genio práctico y generoso no pudo limitarse a creaciones formales de política, y al darles un contenido verdaderamente social, alterando las relaciones clásicas del egoísmo económico por medio de leyes obreras, nacionalización de industrias y proyectos dirigidos a quebrantar el latifundio que se opone a una mayor población y rendimiento nacionales, creció la pugna de los partidos conservadores y maniobró con tanta eficacia que el barco de la Reforma, sin arriar velamen ni deponer bríos, rodeado de fuego, no pudo avanzar más. ¿Debió en este momento Batlle sumarse a los partidos de carácter social recién nacidos en el país, y ya enemigos, el socialista y el comunista? Moldeada la fuerza del batllismo en uno de los dos grandes partidos tradicionales, quedaría reducido por la escisión a una cuarta parte, y el triunfo de la masa conservadora derrumbaría todas las conquistas alcanzadas con tanto esfuerzo. Batlle persistió en organizar la propaganda y la acción parlamentaria del partido a la espera de vientos favorables...

DIESTE.—¿Pueden esperarse esos vientos o han de salir de la acción revolucionaria de un partido lesionado en sus fibras más vitales?

BUSCÓN.—La revolución se convertiría inmediatamente en una de tantas guerras civiles dejadas atrás, de tendencia exclusivamente política o lucha por el Poder entre blancos y colorados. Y los vientos favorables vienen a veces de un cambio de atmósfera en las regiones más apartadas del mundo. Y en comprobación voy a resumir en una forma sorprendente lo dicho: la política de Batlle fracasó porque no tenía objeto.

DIESTE.—¿Eh?

BUSCÓN.—Te voy a leer primero dos o tres articulillos míos de combate, publicados por el año de mil novecientos dieciséis,

para que midas bien el alcance de nuestras ilusiones; y en un poco más de conversación quedarás convencido, pese a tu fresco espíritu de americano, del rigor objetivo de mi aserto.

EL DERECHO AL TRABAJO

Se ha dicho en nuestro Parlamento, por una de sus voces más autorizadas, que la Revolución francesa tan sólo proclamó la igualdad civil y política, y que ni siquiera tentó establecer la igualdad económica. Esto no es exacto. La Revolución francesa consta de varias revoluciones. Las dos últimas a las cuales debe Francia y gran parte de Europa y toda América la consolidación del régimen democrático, se distinguen también, y principalmente, por la tendencia expresa de cambiar el régimen económico. La monarquía restaurada en 1830 cae al empuje de un partido cuyo programa se contenía en el libro de Louis Blanc *La organización del trabajo*. En 1848, Luis Felipe fué derrocado asimismo por la nueva fuerza revolucionaria, entre cuyos componentes figuran Marx y Engels, quienes habían dos años antes lanzado en París el famoso *Manifiesto al Partido Comunista*. Desde esa fecha, salvo la breve reacción bonapartista, la república es el gobierno de Francia. El derecho al trabajo fué inscrito en la Constitución de la segunda República. La revolución económica, paralela con la revolución política —según demuestra la historia—, todavía no encontró su término.

Los constituyentes del 91, es cierto, decretaron la libertad industrial, pero fué porque no atinaron con una organización industrial mejor que la de los tiempos feudales.

El cambio en las condiciones de la industria y de los mercados causó la crisis —que aún dura— del acuerdo relativo entre los factores de la producción. En la misma época de la Revolución francesa, la hidráulica y el vapor complicaban la industria y las comunicaciones dilataban los mercados, exacerbándose en proporciones épicas las luchas de la competencia.

La aptitud de los artesanos, comprobada por largos aprendizajes y hasta refinada por la herencia, perdió su valor al ser

compartida con la habilidad de los agentes mecánicos y al trocarse por la aptitud media, que ocasionó la división del trabajo. Los progresos y métodos industriales llevaron al límite la generalización de la mano de obra, comprendiendo a viejos, a niños, a adultos y a mujeres, y la redujeron también al límite de instrumento auxiliar o complementario, casi de fuerza bruta. Parecía claro que la cotización del trabajo bajase a la par que su significación técnica. El acicate de la concurrencia mercantil inclinaba el pensamiento de los economistas y el apetito de los hombres de negocios hacia idéntico resultado. Pero molestaba un poco el régimen legal de las corporaciones, que, no obstante su inadaptación a las nuevas formas de la industria y de la vida, tenía la ventaja de asegurar al obrero la estabilidad en el trabajo y la regulación del salario. Las manufacturas consiguieron del Estado privilegios que las eximían de las obligaciones impuestas contractualmente por los gremios o por las autoridades locales. Finalmente, los legisladores de la Revolución decretan con carácter común la libertad industrial, que significaba la negación del Derecho al Trabajo.

Protestaban los obreros, que presentían los horrores del libre contrato entre partes contratantes desiguales. Comprendían las deficiencias del régimen repudiado, pero no comprendían por qué no se trataba de acordarlo en lo que tuviese de justo y posible con las nuevas realidades económicas; por qué no se respetaban sus derechos cuando se promulgaban con tanta pompa los derechos del hombre; no podían creer que habían dejado de ser hombres para convertirse en piezas de máquina.

Los financistas más ilustres de la época esperaban, aseguraban que se produciría de un modo espontáneo —igualmente que el orden natural de los gases según sus densidades— la armonía de la riqueza circulante. Después de más de un siglo de liberalismo económico, el oído menos exigente no ha percibido sino estridencias caóticas, y casi no tenemos reparo en sospechar que la libertad es una mala directora de orquesta. Para dirigir conciertos de hombres preferimos la razón y el sentimiento, pues la libertad de la naturaleza está encrespada de catástrofes.

ANARQUISMO PRIVILEGIADO

No obstante la apariencia de radicalismo con que una defectuosa nomenclatura política de las ideas y de los hechos nos ofrece siempre cualquier reforma en materia económica, en el fondo es todo lo contrario: revolucionaria de la peor especie la resistencia de los llamados conservadores, y de pura y simple conservación el espíritu de los llamados revolucionarios.

La situación de hecho planteada por el capitalismo es terminante. Las más eximias definiciones de la cátedra concuerdan con las de los industriales y sus actitudes en ser perfectas declaratorias de guerra. Ya Turgót decía que en todo género de trabajo debe suceder, y sucede, que el salario se limite a lo necesario para la subsistencia. Smith, Ricardo, J. B. Say y Malthus, con rigor frío, convienen asimismo en que los salarios bastarán tan sólo a mantener la clase obrera en el número de que se tenga necesidad. Conocida es la fórmula dada por un fabricante a la encuesta de la Comisión belga de Trabajo en 1886: "No se pierda de vista que la ciencia industrial consiste en obtener de un ser humano la mayor suma de trabajo posible útil, remunerándole al más bajo precio". Y es célebre también la contestación de un fabricante inglés a los que le preguntaban por la suerte de varios obreros despedidos: "Las leyes naturales decidirán".

A tono con esta rigidez de conciencia terminó por manifestarse —después de un nuevo período casi estéril de apostolado ético— la economía contraria, resumida en la vigorosa ley de bronce de Lassalle, que atribuye idéntico fatalismo a las relaciones del capital y del trabajo: De la manera que el precio de las demás mercancías, el precio de la mano de obra está determinado por la oferta y la demanda, o sea, en último análisis, por los gastos de su producción.

La lucha quedaba aceptada por uno y otro partido en igual plano de doctrina y hasta de acción. Muchos sindicalistas, al modo de George Sorel, rechazan la intervención conciliatoria de entidades ajenas a los bandos combatientes. La violencia, dicen con ironía vengativa, debe considerarse uno de los ele-

mentos naturales de cuyo libre juego resultará la armonía económica profetizada por los liberales.

Pero éstos, más avisados, no apuran la lógica de su sistema si la intervención del Estado es para proteger sus intereses con tarifas o con represiones manchesterianas. Conducta que, a más de ilógica, responde, como todo egoísmo, a un mal entendido instinto de conservación. ¿Qué ventajas puede tener para una industria el empleo de maquinaria susceptible de alterarse todos los días, cuya es la condición del obrero desatendido en las justas reclamaciones? ¿Podrá componérsele mediante la acción penal? Es tan amarga la represalia y tan poco reparadora y tan difícil de aplicar a la "delincuencia" colectiva, que todas las guerras civiles acaban con amnistía.

Los verdaderos conservadores deseamos una más digna y positiva intervención del Estado, expresada en lo que constituye su principio esencial, su única razón de ser: regular el bien común mediante el acuerdo pacífico de las leyes.

MUERA LA LIBERTAD

De igual modo que los malos artistas de variedades suelen reanimar a la muchedumbre desplegando en el momento oportuno, cuando se insinúa la silbatina, varias banderolas nacionales, de una parte acá los opositores desenfundan el símbolo de la libertad para combatir iniciativas marcadas con el sello indudable de las reivindicaciones populares. Aquí debe de haber prestidigitación, o la señora Libertad nos ha sido infiel, quién sabe si deslumbrada por la cadena de oro de sus nuevos galanteadores o engañada ingenuamente por apariencias de razón y de justicia. Sea lo que fuere, hay de cierto que la política de reformas sociales iniciada por Batlle empieza a moverse en un medio de ideas paradójal y peligroso.

Se trata de regular la jornada y el salario del obrero, teniendo en cuenta razones de humanidad y de producción, y entonces los opositores protestan diciendo que tal conducta del Estado es atentatoria contra la libertad del trabajo, de la contratación privada, de las iniciativas del capital...

Se trata de reprimir la venta de los venenos alcohólicos, azote de la salud y de la hacienda de las clases humildes, y los opositores protestan otra vez en nombre de la libertad, pisoteada por el Estado en la numerosa clase de los comerciantes laboriosos y honestos.

Se trata de prevenir la usura al estatuir el préstamo agrario sobre prenda ficticia, y nuevamente la oposición brega por los fueros de la libertad sofocada por tan enojoso tutelaje del Estado...

No hay prestidigitación, no. Está de bulto, y a gritos la libertad querida de los conservadores. Liberalismo y conservantismo son compatibles cuando se trata del bien propio, del bien de una clase y no del bien público. Es una libertad egoísta, destripadora, capaz de alzar nuevas horcas feudales para ir a morir otra vez a la guillotina... Esta libertad es peligrosa como un loco suelto... No faltan libertarios también que, discutiendo con mayor lógica sobre el derecho de propiedad y sus derivaciones, desean retrotraerlo al concurso bárbaro del primer ocupante... Según unos y otros, a puñaladas nacería el buen derecho.

Una realización moral, benéfica y progresiva del Estado debe condenar a muerte a esa libertad desafortada e indigna.

POLITICA SIN OBJETO

BUSCÓN.—A este diapasón se acomodaban los discursos en las asambleas, los carteles en las paredes y las votaciones en el sector batllista de la Cámara Popular. Y los adversarios, que ya eran mayoría coaligados, preguntaban con una buena fe que parecía mala fe: ¿Pero de dónde ha surgido esta cuestión social de un día para otro en un país que todavía necesita inmi-gración obrera?

DIESTE.—Pues había paro forzoso y de táctica, frecuentemente...

BUSCÓN.—Batlle fomentaba la discordia, y ahí está su grandeza. Aunque no hubiese más de cien obreros en el país, y hay miles —decía—, ya estaría justificada una legislación firme

que trata de amparar su dignidad de hombres y de ciudadanos imponiendo una remuneración justa de su trabajo, compensaciones en su defecto y riesgos, descanso de placer vital y posibilidades de educación técnica, universitaria o artística, enfermedad atendida y una vejez segura que sea don de consejo y no una carga para sus familiares... No hay conciencia honrada posible que tolere la falta de estos bienes en unos hombres mientras abundan en otros que los adquieren, a veces, y los disipan siempre inicualemente...

DIESTE.—¡Todo eso me parece muy bien!...

BUSCÓN.—A mí también. Pero no tenía objeto... Millares de obreros apoyaban con sus votos a los partidos contrarios. Recuerdo una visita en el tiempo que fuí profesor de Historia en el Liceo de Guazunambí —orejas de venado, en guaraní, por la forma de su cerro largo en lejanía— a la estancia de José Viarasa, en extremos del Departamento. Partimos en un cochecillo desde Santa Clara de Olimar yo y un sobrino del rico hacendado, y nos tomó la noche a sesgo de su campo de nueve leguas. Pulmón y ojos enloquecían del aire vivaz en una redondez de espacio inagotable de nubes y verdes. El pasto nuevo se ajustaba a las cuchillas con lustres y palpitaciones de piel viva. Un tala de contorno apretado nos envió un saludo de pájaros... Derecho a las piedras que flanqueaban un canelón, escapó del camino una mulita; bajé y le di caza, venciendo fácilmente la cucaña de Aquiles... El paisano que guiaba el coche dijo al ver mi asombro del tatú: "La carne es muy güena asada, pero da pena cuando lá degüellan, que junta las manos pidiendo perdón". "No la degollaré", contesté. "Su carne es muy güena, de juro", reiteró el paisano antes de seguir su silencio. No me olvidaré de uno de los rasgos de aquella campiña que más podrían admirar a un inglés, y era ver con frecuencia inmóviles en los postes o en vuelos de trapos, y en mediodía, las lechuzas, que habían trocado —ejemplo digno de imitarse— el romanticismo de las ruinas por la vida al aire libre propia destas regiones. Los gritos de los teros, gaviotas de la vasta pradera marina, fingían estímulo salobre a la avidez de nuestro goce. Anochecido fuimos arrebatados a proseguir nuestro viaje por el Camino de Santiago en el cielo, y la metálica al-

garabía de los grillos y de las ranas desbordaba de las estrellas. Antes que mis compañeros, anuncié la llegada a las casas por dos álamos erectos que vislumbré en la lejanía. "Había sido baquiano pa ver", dijo el paisano, y yo me amosqué e hice tos, mudando a ofrecer cigarrillos, porque súbito conocí que desde el hondo del coche había confundido por álamos en perspectiva las orejas de uno de los caballos. Una hora después los perros certificaron de modo inconfundible nuestra llegada. Punto y aparte. Fumemos.

La estancia era de piedra, en planta cuadrada, y sus habitaciones abrían a un patio con aljibe en medio. Entramos a un portalón de arco peraltado; los peones suspendieron los dichos y destrezas de forcejeo, y el patrón se vino a nosotros y expresó con alegría hospitalaria que llegábamos justito para empezar la cena; urgida por nuestro apetito, y tan breve que puede descontarse en un renglón: un dedo gordo de asado y farinilla en plato de leche tibia; sin pan, y de vino, de agua. Misterio parecía la corpulencia del huésped, sometido quizás a dieta por algún doctor baratarario, y su rostro indiado, que manifestaba una saciedad beatífica. La sobremesa larga, para justificar los manteles, trajo a cuento él de nuestro viaje, faenas camperas de la sazón, y de la mano, al mentar hazañas de caudillos, la discusión de política:

VIARASA.—Sí, amigo, yo reconozco lo que ha valido Batlle al país. Nos ha limpiado de la peste de la guerra entre hermanos; y los animales finos tampoco son para carnear sin tasa en los campamentos... Pero cambió una guerra por otra, que llama democracia y que no es paz...

BUSCÓN.—Pero no ha de ser muerte, la paz...

VIARASA.—No exagere, amigo... Repudia los arreglos en nombre de una ley pa todos, que puede ser la del embudo, pues si él manda en la República, ¿por qué no he yo de mandar en mi departamento? Y esa democracia de pobres no tiene objeto donde todos queremos correr la aventura de pillar bienes... Dígame si tiene objeto hacer votar al adversario, hijuna, que se desvela uno en pelear las elecciones y aluego los despreciados caudillos tendremos que hacer la trampa o la guerra de sangre, si amenaza perder; menos tiene objeto aumentar la

paga de los piones, que no piden aumentos ni los necesitan para sí solos, que les gusta vivir baguales y desentendidos de los zos familiares pa reñir el amor ande sea tentación, y siempre lo es, canejo. La gente de las chacras tiene otro natural, pero viven llenos de afanes pequeños, sin objeto... ¿Pa qué quieren los gauchos aumentos si a caballo son libres y tienen unos riales pa la taba y el placer de la amistad en la pulpería, tan deseado en estas oquedades?

BUSCÓN.—Y usted, ¿pa qué quiere los millones, amigo Viarasa?

VIARASA.—Si le voy a decir verdad, no tienen objeto pa mí... Allá están en el Banco... Es una facilidad que le den a uno plata pa ensanchar la manguera o pa comprar un toro fino a los ingleses o armar un galpón, y pa todo gasto en sostener la hacienda; pero a mí me gusta más vender... Viera usted cómo bellaquea el paisano pa comprar, cómo nos tiramos engaños conocidos y respetamos el descuido como ley de juego... Mesmamente un negocio es una baraja... Mañana paramos rodeo pa vender; ¡verá usted qué lindo! ¡Y aura çisman ustedes contra el latifundio!... No tiene objeto... ¡Quieren traer más gente pa vivir apretados y en apuros! ¡No estarán ustedes locos?

BUSCÓN.—Me gusta oírle, amigo Viarasa; pero habla usted con una cordura que me está volviendo loco; y aprovecho que me pregunta pa no interrumpirle...

VIARASA.—Diga no más, amigo...

BUSCÓN.—Desearía dar con la respuesta más clara... Dejemos aparte si un país poblado acrece y afirma su renta al multiplicar su poder de producción y de consumo; lo cierto es que la vida necesita para manifestar su poder de fantasía de gran número de gentes; la conciencia humana excitada en un medio social denso vibra en todos sus puntos, se refleja en millones de esfuerzos, de victorias, enciende tantas imágenes como estrellas; y aun podrá el individuo contrastar mejor su fuerza o su deleite contemplativo que en soledad; lleno de sabiduría está el mandato del Génesis: *creced y multiplicaos*.

VIARASA.—Eso entiendo, y que toda nación aspire a ser grande... Si yo no me contase todos los días de memoria las cabezas de mi ganado, me moriría de tedio... Pero vea usted qué difi-

cultoso ha de ser que adelantemos la edad de una nación, que cumple años cada ciento. Pasa el límite de nuestras vidas, no tiene objeto pa nosotros... A veces pienso que Tata Dios ha dejado sin terminar los pueblos de América, mesmamente...

BUSCÓN.—¡Bastante ha hecho Dios, amigo! ¿Sabe usted que Norteamérica acreció por veintenas de millones la población en el término de la vida de un hombre, desde el año mil ochocientos cincuenta?

VIARASA.—No lo sabía... Con los ganados, ya puede hacerse; y los hombres también son animales... Ahora me confunde usted a mí... Pero Norteamérica habrá podido; tiene mucha riqueza debajo del suelo... Esa política en nuestro país no tiene objeto... Creo que debemos ir a dormir... ¿Quiere usted venir conmigo a bañar la majada no bien aclare?...

BUSCÓN.—Creo que no, amigo Viarasa.

Y nos fuimos a dormir. Mientras llegó el sueño pensaba en las dificultades de una política que, como la americana, debe, en efecto, adelantar el reloj de la historia si no quiere ir a la zaga de los pueblos del mundo civilizado; una política obligada a emprender trabajos fundadores en una época de refinamiento moral —que encarece toda empresa—, perdido el denuedo con que un pueblo bárbaro o primitivo se proyecta plásticamente a salvo de dilaciones teóricas y resistencias de intereses creados por un derecho extraño y caduco... Porque necesita crear su objeto, esta política no tiene objeto.

RISTREJA DE ABSURDOS REALES

Terminada mi labor en el diario, iba camino de mi casa, y no sentía más la llovizna de la noche de afuera que la de mis pensamientos en la noche de adentro. Discurría que la importancia de obrar el bien lleva de un lado a otro, muertos flotantes, a los hombres; o que es la más profunda de las penas. Una voz súpeta cortó mi descuido espantosamente, y todo lo largo de la voz seguí recibiendo a un punto el tropel de recónditas energías animales; eran los centinelas de una cárcel que se alertaban por las cuatro esquinas del parapeto, en gradas

lúgubres de distancia; me alegró sentir que mi vida también estaba alerta. Al doblar en la tiniebla de un callejón, dos hombres salieron a pedirme fuego; ofrecí mi caja de cerillas, y a la luz de prender sus cigarros les vi las caras: una tuberculosa, en desaseo de barbas, y la otra fuerte y joven, de un tueste napolitano; mi fondo animal permaneció inalterable. Días después, en ocasión de hacer crónica, reconocí estas caras en dos presos fugados que habían destripado a un gordo destos que bailan su barrigüela sobre dos piernas de nodriza, y le robaron cadena de oro y perfumada cartera de billetes.

Salí de la calle oscura por otra de dormidos faroles. Un gran perro sacudía en alto una rueda de maullidos; levanté el bastón, y el perro huyó soltando su víctima, que, inmóvil, gemía de dolor; quise ponerlo a recaudo de su enemigo, en acecho de mi retirada, pero cuantas veces me acerqué, otras tantas me encaró con rabia manifiesta y silbos de serpiente; estuve a punto de hablarle, y viendo al fin que no aprovechaba mi buena intención, después de una hora de tentativas inútiles, me sentí movido del propósito anterior de sotecharme. La niebla convertía en vilanos de luz los faroles de la calle solitaria. Ya en mi lecho trataba de imaginarme la proporción de pánico y de dolor en un negro (altruísmo espontáneo) quebrado por la sierra de dientes de un cocodrilo... (¿tienen dientes? Me enteraría...); el pavor metafísico me ha venido siempre del fondo de las aguas. A estas horas, el gato está partido en dos, pensé al cerrar los párpados. Que los abrí en seguida, y los oídos, irguiendo el busto, limado en los nervios por una tronada de relinchos y broncos golpes de toneles; un silencio humano, de respiración suspensa en toda la casa, hacía más siniestro el ruido en el fondo del patio. A poco se oyeron preguntas de alarma y abrir de puertas. Me vestí a medias y salí de mi alcoba. Una hermosa joven, cuyo pelo suelto y hombros desnudos me turbaron hondamente, con los brazos en alto clamaba: "¡Se ahorcó por mí! ¡Se ahorcó por mí!"

En efecto: a la luz que llegaba de las habitaciones a la sombra de un cobertizo pude ver a un ahorcado que bailaba o trataba de hacer pie en el lomo y ancas de una yegua encabritada. El dueño de la casa, carrero, italiano, de sesenta años de

edad, se adelantó indignado: "¡Conque patadas a mi yegua, hijuna! ¡Ahora vas a ver!" Desató el cabestro del animal, que hizo una honda de susto, y el ahorcado bailó en el aire. "¡Socorro! ¡Socorro!", gritaron la hija y la madre. "Calla, idiota", ordenó su hermano mozo, y acudimos al galán penso de la viga. Librámosle de la sogá, y le teníamos de pie, como una anguila muerta, sostenido por los brazos, la cabeza doblada y la lengua fuera, que yo tironeaba según el rito médico, conocido por mí de oídas, y que, al parecer, no daba resultado. Vino el carrero de pronto y descargó un estacazo en la cabeza del suicida, que abrió un ojo tranquilamente, como un adormilado para ver qué pasa; ayes de la madre y de la hija, respingos de los sostenedores y un nuevo estacazo que hizo abrir en espanto los dos ojos; antes del tercer estacazo, el ahorcado dió una sacudida galvánica, se ruborizó inflamadamente y con la lengua fuera, como haciéndonos burla, escapó de nuestras manos y, aunque perseguido de la estaca, pudo tirarse a la tiniebla por encima del cerco. A las preguntas de las ventanas vecinas contestó la puerta cerrada de nuestra casa, y el silencio de la noche se rehizo en menos tiempo que se había alterado. Me explicaba la madre, cuyo cuerpo confortable de rubia parecía formado con almohadillas, quesos y golosinas: "Romanticismo, puro romanticismo... Todo porque no le dejamos seguir relación con nuestra hija, que tiene derecho a un mejor partido". "¿Pues qué hace el mozo?" "Aprende para barbero". "¡Ah!", bostecé, y volví a la cama, que, si enfiada por mi ausencia, no me regateó entonces el sueño tan deseado.

A juzgar por la dirección, ya registrada, de las flechas de sol que atravesaban mi cuarto, debían de ser como las once de la mañana cuando el rumor de lectura en el zaguán y los comentarios de la familia del carrero me hicieron vestirme apresuradamente. "¡Pobre mujer!", decía la del carrero, y éste: "Vamos a ver cómo se las arregla la policía para descubrir el asesino". Debía correr al diario para que saliese crónica del crimen en la edición de la tarde. Sin atar los zapatos ni la corbata, ya tenía la mano en el pestillo de la puerta y oigo decir a la novia del ahorcado: "La culpa la tuvo el Duque". "Entre el Duque y el Conde anda el juego", repuso el carrero.

Como no hay ni puede haber —a despecho de algunos carros acomodados— ni duques ni condes en América, presumí bien que lefan una novela.

Dediqué una hora más entre corregir mi aliño y unas cuartillas sobre reestreno de dramas de Florencio Sánchez, y fui a desayunar antes de ir al diario. La dueña de la casa tenía de visita en el comedor a una mujer agraciada, pero un poco flaca. “Aquí tenemos un hombre que sabe de todo. Cuéntale tu caso, Cristina” —oí decir en voz baja, y me hice el tonto. “Mi amiga, que le presento, etc., quiere divorciarse”. “En el Uruguay el divorcio es *ad-libitum* para la mujer”. “Ya ves, Cristina, cómo sabe de ley”. “¡Ay —suspiró la cuitada—, mi caso no es de betún, como Vd. dice...! Es mucho más grave y no veo manera de decirlo que parezca razonable al oído de un juez”. “No importa, señora, podrá usted divorciarse, si así lo desea, aunque el juez no lo entienda...; ésta ya sería una razón poderosa. Pero no se divorciará usted —supongo— para casarse de nuevo, ya que naturaleza dió a los hombres derecho igual para tener distintos defectos”, y fui a premiar la boca doctoral con una sopa de chocolate. “¡Ay, señor —volvió a decir la triste—, mi caso es increíble, y real, y verdadero!” “Como la vida misma”, repuse, ya picado de curiosidad —no diré que morbosa— en el umbral de las revelaciones conyugales. “Sepa, señor, que mi marido se come todo”. “¿Eh?”, dije, al dar de chocolate a mi nariz. “Lo dicho: se come todo”. “Perdone usted que no la entienda”. “Pues claro está: ¡Él come todo y yo me muero de hambre! Eso es todo”. “¡Es inaudito!” “Ya le dije, señor, increíble, real y verdadero. ¡Ay de mí! Eso le explicaré, misia Amalia, por qué llego tantas veces a su casa o no me voy a la hora de las comidas”. “¡Ay, pobre amiga mía, Dios me perdone las veces que pusimos la escoba palo abajo y cruzada de tijeras detrás de la puerta para que te salieses!” “Veamos —intervine, poniéndome una mano en la frente—: llega la sopa a la mesa; un plato a su marido, con derecho a repetir, y otro plato para usted... ¿No es así?” “Ése es el orden natural, pero no en nuestra casa. Él toma de la sopera y no quita los ojos de mi plato, que ha servido en abundancia; termina primero y arrebató mi parte; y así en lo demás”. “Comerá

usted pan y frutas”. “No deja ni una miga, ni un rabo”. “¡Es increíble!” “¡Real y verdadero, por éstas!” “¿Y la despensa?” “Tiene la llave”. “¿Y es puntual a la hora de comer?” “A la hora de guisar, dirá usted... Si tiene que salir y no puede sentarse a la mesa, él se lo guisa y se lo come”.

Atónito estaba en el momento que entró un compañero de tareas en mi busca. Me despedí de la joven penitente: “Señora, tiene usted toda mi simpatía... ¡Divórciese usted!... Si es necesario, yo le corto la barriga al monstruo... ¡Ánimo!”

—Con que esas tenemos —dijo con sorna mi amigo al salir al aire fresco de la calle en el preciso momento que empezaba a volverme loco. Me costó gran esfuerzo hacerle comprender el caso increíble, real y verdadero que acababa de conocer. Después de una gran risa (mi amigo es muy superficial), cambió a decirme: Tienes que ir a Paysandú... Se trata de un crimen o de una felonía extraordinaria, y aunque se presenta bajo estrictas formas legales, quizás el cronista pueda interesar a los lectores por medio de alusiones veladas, dice el director...

—¿Cómo veladas? ¿No es una felonía?

—Hombre, no perdamos tiempo... Si han sabido ponerse a cubierto de la ley, no irás tú a comprometer los intereses de la empresa y los nuestros en un pleito ruinoso...

—Todo es increíble... Si no puedo hacer crónica haré un cuento de nombres y lugares cambiados que, por su transparencia, pueda interesar a los lectores como un caso real y verdadero...

—El único recurso. He ahí una justificación de la literatura... No te ofendas...

La crónica abortada a que se refiere Buscón periodista, si-gue bajo el título de “Promesa del Viejo y de la Doncella”.

Fué un hecho verídico la boda en nieblas de beleño de don Juan, estanciero de origen irlandés conocidísimo en Paysandú y en muchas leguas a la redonda de su propiedad. Pero la di-rección moral del acontecimiento fué invertida por completo.

Es evidente que su disfraz no ha tenido sólo por objeto, como dice Buscón, esquivar la acción de los tribunales, pues bien pudo haber conservado el suceso bajo circunstancias fingidas. Pero así Buscón no haría más que repetir la manera satírica de Molière. Resulta más propio de su carácter el intento de descubrir sentidos más reales de los que dibujan a la vista los acontecimientos, que, según dijo alguna vez, empiezan a balbucear en la historia y terminan hablando en las creaciones del espíritu.

Por lo que acabo de decir y por la glosa de otras páginas de Buscón, como *editor responsable* de sus memorias, no debe entenderse que estoy de acuerdo con sus postulados teóricos y apologales. En materia política y religiosa, y en el desenfado con que expone toda clase de ideas, no se le puede leer sin cautela. Sólo una virtud suya es clara: su fe obstinada en que la verdad es el fundamento último de la existencia. Digo virtud, porque no deja de ser verdadero quien se equivoca en la traducción de una realidad mal conocida.

PROMESA DEL VIEJO Y DE LA DONCELLA

I

EL gran cuerpo de este hombre de ochenta y dos años, parado en medio de su campo, no era más firme que la raya y salida de su mirada azul debajo del aludo, negro y de copa recta; y las combas de finas pasturas y la alegría de las nubes parecían acudir a la voz de su ley: el único y su dominio. Le embriagaba el júbilo de sentirse eje del espacio, y sus ojos, replegados, eran por momentos puntitos de fuego maligno que ya no veían, sino que transmutaban en oro amonedado los supuestos límites de sus posesiones. Se azuló de nuevo la mirada, cuyos hilos rasaron la arboleda de virarós y turumanes hasta dar, por encima del río Uruguay, en los campos de la estancia Lancagua, en provincia argentina. Soltó los labios, duros de avaricia, en el murmullo de su canción irlandesa:

—*It's a long way to Tipperary...*

Llegóse cerca su abogado, jovialísimo:

—No hay deseo vedado para usted, don Juan. De hoy, el río que limita la patria queda dentro de su propiedad... A ese paso llegará usted a Irlanda sin pisar tierra extranjera...

Las carnes del dueño gustaban gozo igual que los primaverales oyendo el halago de este hombre, insustituible en el uso de los instrumentos legales de mil filos, y así, contestó:

—No esperaba otra cosa de su competencia, don Máximo... ¿Fué bueno el precio?

—Tan bueno que obtuve rebaja, rectificando la mensura, justa de diecisiete mil hectáreas... Pronto la invasión de mejoras empujada por la estancia "Capital" —digámoslo así—,

donde usted mora, que hace honor a su nombre de "El Edén", por los cuatro ríos que la enverdecen, aunque falté aquí una Eva...

—Con Eva dejaría de ser Edén...

—¡Macanudo! Se va a reír el médico esta noche, que cenaremos en el hotel del amigo Escancia... ¿Por qué no viene usted y festejamos el buen negocio terminado?

—No me niego, pero siga su relato...

—Digo que desaparecerán de allí los cuernos largos que aún hay, y aquellos pastos pueden dar pulpa tan densa como los rodeos de alta mestización que pueblan estas cuchillas...

Resonaba entonces una tropa cuya punta asomó a lo largo de una ladera en que negreaban talas y fiandubayses. Los troperos evolucionaban a los flancos, allá para evitar que los novillos, atolondrados, cayesen a los peligros de la cañada; más lejos para cortar las disparadas del pánico, en círculo veloz que inclinaba sus fletes como barquillos en bolina; y las voces que traducían su ímpetu daban son de combate a la escena, de majestad pastoril: "¡Hopa!, ¡hopa!, ¡hopa!"

—¡Vea que se viene aquel toro como flecha!

Dijo don Máximo, y echó a correr hacia la ribera arbórea de uno de los arroyos ocultos en la distancia. Se venía, en efecto, la joven bestia lanzada por resortes explosivos. Y no era tan cornicorto como haría presumir lo dicho por el abogado, quien ahora, en trance de susto, hacía de curioso valiente para volver el rostro sin dejar la carrera. Cien metros atrás del novillo un gaucho galopaba, inclinado bajo la revuelta de su lazo. Don Juan esperaba el momento de quitarse a la embestida, fijo como una roca, cuando pasó un metro apartado el bruto. Decía en calma, para sí:

—Mil cabezas pa la tablada, a cincuenta pesos... Bien... La próxima parición me aumenta las treinta mil cabezas habidas... Carece poblar más.

Prendido en el movimiento del bulto que le iba delante, según su clase de atención momentánea, el toro ceñía la línea de su fuga a la de don Máximo. Miró allí don Juan con alarma:

—Diablo de hombre, le han fallao los libros...

Le detuvo la voz pronta a escapar, la doblada del novillo

sobre sus paletas. El relámpago invisible del pial de volcao sólo dejó en el aire una línea tensa hasta el arzón, y una oblicua dura de caballo y jinete se ahincaba un buen trecho de lado.

No paró don Máximo en la huída ni en volver la cabeza como lechuza. Descabalgó el tropero, y cogiendo lazo fuese cerca del novillo, y luego llegó el patrón y un puestero con peones. Fuerza de animal, aun vencido, tanta era su gracia de inocencia y de vida. Blanco todo, rosado en los ijares y en el hocico, el cielo en los ojos, grandes y limpios de rebeldía; era como si el gaucho hubiera hecho caer una nube en la gramilla.

II

Aquella noche llegó al hotel don Máximo solo, e informó a Escancia que la cena extraordinaria había fracasado por una indisposición repentina de don Juan, de cuya casa luego vendría con nuevas el doctor Mentas. Hizo cuento gallardo del peligro que había corrido en la estancia, y reservas de mucho ingenio, o discretas, acerca de la serenidad imposible del viejo.

—Yo no quiero decir —y lo decía— que no hubiese acertado a escapar, debido a la mole de su cuerpo... Pero no me explico unidos el valor demostrado entonces y la depresión que le sobrevino después... ¿Se deberá lo primero a un hábito de tales episodios y lo segundo al efecto de la emoción en un organismo cansado?

—Aquí viene el doctor, que nos sacará de dudas... ¿Cosa grave, doctor?

Se quitó éste su abrigo y el sombrero al entrar en la salita, frente al comedor general, en que se despachaban las últimas cenas, y respondió, sentándose:

—A la edad del viejo, cualquier mal es de cuidado... Pero hemos hecho una cena rociada con buen vino y vengo cansado de sumar cabezas de vacuno, de ovino y de yeguarizo en otras tantas cuadras de campo...

—Bien le dicen Juan sin tierra, pues toda le parece poca... ¿Sabrá ni lo que tiene, el viejo?

—Con lo que hoy compró —dijo don Máximo— va para las veinticinco suertes. La central de “El Edén” son más de seis suertes; los campos de Soto, dos; la “Blanqueada”, buena estancia con poblaciones, montes y aguadas, dos suertes; no muy lejos, los campos de San Juan, que fueron de Echevest, de unas tres mil quinientas cuadradas; cerca de Piedras Coloradas, la estancia que fué de don Antonio Lasarga, “Los Olivos”, aumentada en tres suertes; cerca de treinta mil reses de ganado mayor, veinte mil cabezas de lanares y unos millares de yeguarizos, pueblan esta inmensa extensión de campiña...

—¡Y el oro que tiene en los Bancos! —dijo Escancia con una ruín melancolía.

—En el Banco de Londres, de Paysandú, hay un depósito de unos quinientos mil pesos oro; y más del millón colocado en Bancos e instituciones financieras de Buenos Aires; aparte de varias hipotecas por cientos de miles, en Entre Ríos y otras provincias...

—¿Cuándo reventará el viejo de comer tierra, doctor?

—Mucho más pronto que nosotros, y de nada le servirá su riqueza...

—¿Qué mal padece?

—Arterioesclerosis.

—¿Y eso qué es, doctor, pa prevenirse?

—No hay prevención posible, amigo Escancia. Es un endurecimiento de las arterias que dificulta el riego de la sangre impulsada por el corazón, y éste flaquea al cabo de un tiempo más o menos largo de lucha...

—¿Y a dónde irá a parar la riqueza de este viejo, sin familia? —volvió a decir la voz quejumbrosa del hotelero.

—La tiene, el solitario —dijo el abogado—. Tiene otro hermano solterón y muchos parientes en Buenos Aires. En una palabra, la tierra se irá de la tierra.

De pronto sucedió un gran milagro. Aquellos hombres empezaron a hablar sin pronunciar palabras ni manejar señas de sordomudos. La casa, en gran silencio, se había cerrado. En lo obscuro del comedor grande, las mesillas con sus manteles eran, a juicio del gato, que por allí andaba con sus lentes verdes, fantasmas en cuclillas. Entró el negro Trulla con la

pava y el mate. Sus ojos de loza dieron cuenta de sentir la conversación sin bocas ni manos trenzada en el aire. Los costurones ganados en la última patriada inmovilizaban su cara en una mueca tremenda. Chistó una lechuza en el patio: “¡Cruz-Diablo!”, exclamó el negro, con una voz infantil inesperada que crispó el silencio. En vuelos desherrapados de brujas, los pensamientos giraban alrededor del globo de luz, daban corrones en las vigas y soltaban las campanadas de las horas. “Treinta mil cabezas de vacuno, otras tantas de lanares, en la cabeza de un solo hombre. ¡Mal rayo la parta!” “Tan, tan, tan, el tiempo suena, de prisa o con calma, como el hombre quiera”. “¡Leguas y leguas de verde hermosura se dan al paso corto de un viejo, maduro para el hoyo de tres varas!” “Oro redondo, lluvia de oro prodigarán manos que no lo juntaron”. “Tan, tan, alegre o con pena, como el hombre quiera”. “¡En una mano la ley, en otra la salud, no hay más poder! ¡Cobarde corazones, vestidos de razones!” “Tan...”

Una carcajada de real sonido, del mismo diablo, cortó la hora:

—¡Ya está! —dijo don Máximo; y ordenó al negro—: Trae yerba nueva y unos vasos de caña...

Salido Trulla, los otros dos hombres asintieron. Dijo el médico: “Hay que casar al viejo”; y el hotelero, con una risita de liebre: “Con la sobrina del abogado”.

III

Y en el curso de dos meses las cosas empezaron a fluir o a volar con esa facilidad que es a la vez temor y acicate de las grandes aventuras en el juego, en el amor o en el crimen. Obedeciendo a las brujas de aquella noche, y como en un drama alegórico, se iban a reunir la de hoy en la Fonda de los Cuatro Caminos la Ley y la Muerte, para officiar en una escena de celestial encanto: Promesa del Viejo y de la Doncella.

Misia Eulalia sostenía un diálogo lleno de fugas a la cavilación y al discreteo con Escancia, el ceremonioso hotelero de

cara de liebre, mientras Carmen, la víctima propiciatoria —que no lo parecía— lanzaba una tras otra escalas de tono variado en el piano de la salita donde iban a tener lugar los cándidos esponsales.

MISIA EULALIA.—¡Cuántas zozobras pasa una madre por el bien de sus hijos! (*En voz baja.*) Y el escándalo que se nos viene encima...

ESCANCIA.—Lo principal en una boda es la voluntad de los contrayentes...

MISIA EULALIA.—Lo que es por mi hija, puedo responder... ¿Verdad, Carmen?

CARMEN (*Sin dejar de tocar el piano.*)—Do, do sostenido, mi natural, fa natural, fa sostenido...

MISIA EULALIA.—Está en la luna, pero es de buen agüero lo que ha dicho: todo natural y sostenido...

ESCANCIA.—Yo soy algo músico, y creo que aún quedan be-moles en esa escala. ¡Ji, ji, ji!

MISIA EULALIA.—Dígame, amigo Escancia, ¿cómo sigue don Juan?

ESCANCIA.—Muy bien, muy bien; digo, muy mal, muy mal. (*En voz baja.*) Es una ruina... Vive a fuerza de jeringazos... Pero aquí viene don Máximo, apurado...

DON MÁXIMO.—Nos ha dado un susto... ¡Cref que se nos iba! No hay que perder tiempo.

MISIA EULALIA.—¡Ay, Dios mío! Debemos evitar murmuraciones de la gente envidiosa, Máximo.

DON MÁXIMO.—Todo está previsto, hermana. El casamiento civil se hará en la provincia argentina de Entre Ríos... Embarcamos esta noche...

MISIA EULALIA.—Y el religioso; ya sabes que en eso no transijo... El matrimonio civil es un concubinato.

DON MÁXIMO.—Sí, hermana, sí... ¡Qué guapa estás, Carmen! ¿Y tu novio?

MISIA EULALIA (*En voz baja.*)—No seas indiscreto... (*Alto.*) Te pregunta por don Juan.

CARMEN.—No, me pregunta por Jorge; y pueden estar tranquilos, porque es un sinvergüenza.

DON MÁXIMO.—No, no es un sinvergüenza. Él consiente por tu bien y el nuestro, seguro de tu próxima viudez virginal...

En este punto salió del hueco de la ventana el leporino:

ESCANCIA.—Ya bajaron del coche, ya suben la escalera don Juan y el doctor... Aquel *vals* tan lánguido que tocó usted ayer noche, después de cenar... Sí... Ya... Tranquílese, Misia Eulalia...

MISIA EULALIA.—¡Me gusta tanto la música!

ESCANCIA.—Es una artista...

La dulce escena de familia fué interrumpida por la aparición de Don Juan, a quien seguía el Doctor Mentas con su estuche de urgencia en la mano.

DON JUAN.—¿Podemos asistir al concierto? ¿Cómo está usted, Misia Eulalia? ¿Y usted, señorita?

La figura de mariscal viejo de Don Juan, o una como atmósfera campestre que le seguía —cielo y prado en torno de una encina—, acentuó el aire de marionetas destefnidas de los reunidos, menos Carmen, que salvó por su modestia juvenil; y no se comprende cómo no sentían emoción alguna ante un árbol viejo quemado de soles; bien que eran gentes que sólo van al campo de merienda.

MISIA EULALIA.—Siéntese usted a mi lado, Don Juan... ¡Cómo vende usted salud, amigo mío!

DON JUAN.—¿Lo cree usted?

Misia Eulalia y Escancia aseveraron que se veía la salud de Don Juan rebosarle de los poros. Don Juan sonreía con una candidez abierta y desventurada. El Doctor Mentas dejó su estuche detrás de una butaca y empezó a enhebrar dichos amenos, en que jugaban papel muy importante las alusiones amorosas y los bocados de la cena que iba a servirse. Después de hacer algazara y cuquerías en que Carmen, a pesar de los codazos de su madre, no intervino, manteniéndose recta y noble en su asiento, las dos mujeres fueron a componerse para la cena.

ESCANCIA.—¡Vaya un pimpollo!

DOCTOR MENTAS.—¡Sufra, amigo!

Don Juan se levantó, y después de dar unos pasos lentos por la habitación, dijo resueltamente:

DON JUAN.—¡Lo que es yo, no me caso con esa flaca!...

Los tres compinches se miraron aterrados. Uno miró al reloj, el médico al estuche, y otra vez se entendieron sin palabras. El reloj de la muerte no admitía retrasos. Había que contar los días. No era cosa de cejar en el empeño ni de volver a empezar. Acudió, bromeando:

DON MÁXIMO.—Si no fuese mi sobrina, yo sabría convencer a usted de los méritos de una mujer delgada.

ESCANCIA.—La vaquillona de mi mujer no sirve más que pa tener cría. ¡Ji, ji, ji!

DOCTOR MENTAS.—Por otra parte, después de la pubertad vienen las carnes...

DON JUAN.—Pa carnes las reses de mis potreros... No se habrá olvidado usted, amigo Don Máximo, de aquella vaquita Durham que le dió una corrida... Qué hermosura de animal, ¿eh?

Los tres hombres aún dudaban si Don Juan iba a descompagnar sus ardidés, imbuído como estaba, por hábito profesional, de las diferentes excelencias y tipos del engorde, o si era solamente que las ideas andaban a tientas en su cerebro reblandecido, como le sucedía con frecuencia de un tiempo a esta parte. Sin hablarse, resolvieron a una proceder empíricamente. Ató la conversación el abogado por las colas de los novillos gordos, y el rostro del viejo echaba luces de contento. Sostenía que los Hereford triunfaban por el momento en el concurso de sangres adaptables a las variedades conseguidas en el país... Los compinches afectaban una atención profunda y perplejidades ignaras, o de matiz arduo, para excitar el placer de la competencia en el viejo. A los novillos siguieron los carneros.

DON MÁXIMO.—¿No habría ventaja económica en cultivar la raza merina, legada por los españoles?

Don Juan iba a contestar en el momento que entraron las mujeres, con la de Escancia, gorda y zafia. En seguida se sirvió la cena. Carmen, al lado de Don Juan, estaba realmente hermosa. No era delgada, sino esbelta. La color de su tez recordaba la magnolia; su pelo, en dos bandas lisas, terminaba en moño ancho de trenza sobre la nuca; los ojos, negros, fue-

ran de una andaluza y darían vahidos, pero criollos, tenían esa nostalgia dulce de los cielos abiertos y cálidos; la frente, límpida, y el mentón, de imperio. Noble y graciosa en sus palabras, atraía de continuo los ojos confiados y la risa fresca de Don Juan. La cucamona Eulalia y el leporino Escancia chocaban sus copas. Cada vez que Don Juan se llevaba la mano al pecho, pensaba Misia Eulalia en el amor, el médico en el corazón y ojeaba por su estuche. Pero el vino alegraba la cena y despeñaba las voluntades al fin concertado. Don Máximo llegó hasta el sacrificio de sí mismo, narrando la persecución de la vaquita con visajes que hicieron reír a todos. Se pidió que Carmen cantase; un poco, indicó Misia Eulalia, porque sería mejor embarcar de noche que de madrugada. Don Juan se llevó la mano al pecho y se le dobló adelante la cabeza. ¡Dios mío!, decían las mujeres. ¡Calma!, decían los hombres. El médico buscó su estuche y puso una inyección al viejo, que se repuso y bañuceó excusas.

DON JUAN.—Déjenme un momento a solas con la señorita, mientras salen a preparar las cosas para el viaje...

Nueva zozobra en las caras, que atisbaban por encima del hombro hasta desaparecer en la sombra del pasillo.

DON JUAN.—Le ruego que cierre la puerta... Bien, acérquese y míreme a los ojos... ¿Qué ve usted en ellos?

CARMEN.—¿Qué quiere usted decir, señor?

DON JUAN.—Usted verá en ellos la muerte... No tenga usted miedo... Yo conozco los animales, las plantas y las lecciones de las estrellas... Yo leo bien los ojos, y en los suyos la nobleza de su índole... No me diga nada... Debo aprovechar la poca luz de mi juicio... Empiezo a moverme en la obscuridad... Voy solo a la muerte... Déme usted una mano... Siento que ya no soy dueño de mi vida... Mi cuerpo es movido desde afuera... Que sea su mano que me lleve a morir... ya que la han puesto en mi camino... Tampoco estoy seguro que mis palabras sean más... Cada vez más débil... La vida está en sus ojos... No me moriré aún, lo sé, lo siento... No tema... Quede secreto lo nuestro.

La joven se arrodilló y besó la mano del viejo con ternura. Sonaron zozos golpecitos discretos y se oyó la voz de Misia

Eulalia, que urgía la hora de partir. Fué invitada alegremente por el viejo a que pasase con los otros. A todos se les volvió el alma al cuerpo al ver la decisión de Don Juan para emprender viaje. Lo abrigaron bien y lo sostenían por los brazos al bajar la escalera. El Doctor Mentas precedía con su estuche. Don Máximo daba las últimas instrucciones a Escancia:

DON MÁXIMO.—En la lancha a nafta llegaremos pronto a Concepción... Mañana se atará el nudo fuerte del matrimonio... Le pondremos un telegrama para que tenga el coche a la espera en el muelle... Será mejor que solicite permiso de la Receptoría o de la Comandancia de Marina para acercar el *auto* a la punta, pues de soponcio en soponcio tenemos que cargar el fardo, y, además, hay que evitar los curiosos...

A los cinco minutos, los ruidos del motor y la ronquera de la bocina de un *auto* dejaron, al alejarse, en mayor silencio la medianoche solitaria del pueblo.

IV

De vuelta a la estancia, don Juan fué llevado a su lecho, que no había de dejar sino por el de tierra. Reclinado, veía el cuadro de su campo; una isleta de molles y talas era el punto más lejano que alcanzaba; a la derecha, en sesgo, los cordones de mimbres y sarandises de la cañada sonora; y una colina verde, trompo de las nubes, a la izquierda. Devoraba sin cansarse el cinematógrafo de su vida; las curvas raudas de los gauchos que paraban rodeo; la oquedad celeste y los vuelos de las garzas; los columpios de la pradera sin fin, con manchones dorados de macachines y nieve de margaritas; la erupción de follaje del ombú, todo giraba con libertad armoniosa y alegre.

Carmen le acompañaba día y noche al lado de su cama; leía para sí o hacía labores. El viejo la miraba constantemente, y hablaba las pocas veces que podía desligar su lengua. Así vivió dos meses después de su boda.

Una noche, mezclado de estrellas, le llegó un canto del viejo

Pancho, un poeta que los gauchos han hecho suyo —y lo es—, y no creerían en modo alguno que fué nacido en Galicia o en Asturias y que se llame, como cualquier cristiano, José Alonso Trelles.

Don Juan podía ver lejos, al resplandor de los trasfogueros, la silueta del grupo y del payador con su guitarra. Decían los versos:

Ricién, ricién, le habían sacao el yugo
Al infeliz güey viejo,
Y, llevando el compás con la cabeza,
rumbiaba p'al manchón de pasto fresco.
Una vaquilloncita,
Que po'el tamaño'el cuerpo y por el pelo
Parecía importada, al tranco corto
Se fué hacia el manso ansina como al sesgo.

De juro la miró a la vaquillona
Con mirada e deseo,
Porque hinchando eya el lomo
Como si fuese un cerro,
Y castigando l'anca con la cola
Disparó dando saltos y balando
Con balidos tan raros y tan secos,
Que eran igual que carcajada loca
Del que al verse tentado juye riyendo...

Atropeyaron mi alma los recuerdos,
Y pensé que también a mí, a ocasiones,
Se me asoma a los ojos el deseo,
Un deseo que las penas y los años
Debieron de haber muérto...

Ande escuende el telar la araña'el sueño,
En las pupilas, leí yo que me decía:
Por las dudas, aprovechá mi ejemplo...
¡Y ya sabés lo que l'espera al gaucho
Que no apriende a ser viejo!

Don Juan se conmovió mucho. Tristemente volvió el rostro de luz febril hacia el de la joven, rodeado de estrellas:

—No es ansina, ¿verdad?... Es ansina y no es ansina... Vacila mi sentido.

—¡No se fatigue, no se fatigue, por Dios!

—¡Un güey viejo yo soy, es verdad!... Colijo que anda en lenguas nuestra boda, y me cantan por ejemplo... No hay ofensa, porque yo conozco mi gente...

—Pronto verán que no es ansina.

—Denantes ya fuí ejemplado... Aura voy a clavar la guampa en tierra... No temas... Llama un pión que vaya al pueblo...

Vino éste, a vueltas con el sombrero en la mano, y don Juan le dijo de muy buen humor:

—Oiga bien, amigaso, y no baraje las ocasiones... Tome el overo y vaya por don Sixto el notario, que yo no soy hombre pa estar en la cama, y voy a madrugar pa dirme a los pagos de Dios... Que venga con los papeles p'al viaje, y nada de jerigonza... Y antes o después avise la peonada y los amigos del pago, que deseo despedirme de todos...

Fuése el peón, largo de estar parado de pena y de aturdimiento, y el viejo pareció que entraba en delirio:

—¡Ya soy Juan sin tierra, Varona! Morir es como volver a empezar... ¿Que es poco tres varas? ¡Pucha, si empezó mi padre en las plantas de los pies! ¡Venía de Irlanda!... Yo le tomé su estribillo: *It is a long way to Tipperary*...! ¡Padre mío, padre mío! ¡Sangre de toro! ¡Ja, ja, ja! ¡Por qué me siento criatura recordando a mi padre y somos viejos iguales?

Hizo una pausa que sembró el rumor de los grillos o de las estrellas.

V

La mañana siguiente muchos paisanos había en el patio de la estancia, caballos al palenque debajo de los aromos, y algún cochecillo de valetudinario; veíanse mezclados el poncho de vicuña y la camisa de los peones, la bota de potro con espuela de plata y el pie descalzo del mulato; los gauchos cruz, con éste signo tirado del barbijo, y los indiadros de gruesos pómu-

los y barbispines; melenas con vincha o tocadas de sombreros alialtos y en la nuca.

Trajeron allí al frente, debajo de una enramada, en su sillón, a don Juan, y un silencio se hizo por donde pasaba el agua de la cañada lejana, unida con su voz; y un sabiá imitaba en su canto el brillo y el juego de las nubes. Al sentir la esfera de luz en las sienes, empezó a decir el viejo:

—¡Si parece que voy a revivir, canejo!... ¡Y no es ansina! Deje usted, doctor, no venga con la jeringa, basta de judiadas... Voy a morir en paz... Mal no hice en mi vida... Hemos peliao blancos y colorados, y hubo sangre... Carece jugar la vida también..., porque el valor es güeno... Uno por uno conozco los que me acompañan, y no los puedo nombrar porque mi corazón se aquieta y me da prisa... Quiero declarar aquí en público y en todo mi juicio, como ya lo firmé de mi puño en acta de notario, que todo cuanto es mío, el oro y toda clase de bienes, en tierra y en ganados, queda de mi mujer, a quien yo amo con todas las fuerzas que disipó mi vida ambiciosa... Los que trabajaron conmigo para levantar esa fortuna, oigan su mandato, que será para bien de todos, como hemos concertado... Adiós, amigos míos... Dame tu mano, Varona, que ya muero...

Se arrodilló la joven y posó la cabeza en las manos del viejo. Los paisanos se quitaron los sombreros. La voz de la cañada siguió sola en el silencio, y el canto del sabiá saltaba en las luces de las nubes.

Una semana después un peón facilitaba el estribo a la Varona, que se disponía a montar un tostado brioso, cuando se abrió la tranquera para dar paso a un jinete de porte ciudadano. Dió las riendas al peón, que se retiró a distancia.

—Buenos días, Carmen. ¡Qué hermosa estás!

—Buenos días, Jorge. ¡Qué sinvergüenza eres!

—No tanto como puedes creer...

—Prisa te has dado en venir por mi mano...

—Ahí está... Eso no puede ser... Comprende... ¿Cómo podría yo seguir mi vida de sociedad casado con una cazadora de

millones? No se habla de otra cosa, y hay que enterrar el escándalo... Igual podemos ser amantes... Tú eres rica, y una vida de placer en el extranjero, a cubierto de desdenes e intrigas, nos espera...

La fusta de la Varona dió un silbido al cruzar la cara del joven, que se encendió de asombro y de dolor.

—¡Largo de aquí, canalla! Braulio, traiga el caballo del forastero...

—¿Qué has hecho, Carmen?

—¡Largo de aquí!

El joven montó su yegua de pelo claro y huyó velozmente, avergonzado, pero sin vergüenza. La Varona hizo llamar al resto de la banda, que aún se alojaba en la estancia, dispuesta a romper los lazos indignos que pretendían sujetarla. Dejó que hablasen primero:

MISIA EULALIA.—¡Hija mía! ¡Hija mía! Por fin has dejado de sufrir, y tu sacrificio no será en vano... ¡Qué contenta estoy!

DON MÁXIMO.—¡Bravo, sobrina! Viviremos como príncipes... Mi consejo profesional llevará a buen término tus negocios, como les dió principio...

DOCTOR MENTAS.—La salud es lo principal si anda en coche de oro... Hemos convertido en realidad un cuento de hadas...

ESCANCIA.—Debemos celebrar en mi Fonda de los Cuatro Caminos el triunfo de nuestros desvelos y repartirnos el botín como buenos amigos...

VARONA.—Ustedes tres presentarán sus honorarios, ajustados razonablemente, y eso es todo.

TODOS.—¿Oímos bien? Es una broma... Tiene gracia... ¡Ja, ja, ja! ¡No vivimos para sustos!...

VARONA.—No es broma. Dicho está, y se van ustedes inmediatamente.

MISIA EULALIA.—¿Echas a tu madre? ¡¡A tu madre!!

VARONA.—Vuelvan cuando estén limpios, o no vuelvan. ¡Braulio, haz que se marchen!

Montó de un salto su tostado y desapareció en el aire. Al llegar a la loma de los ceibos, caracolearon los pingos de los paisanos para hacerle cancha, y la saludaban con voces de respeto y de alegría.

VARONA.—Bien, amigos. He venido a contarles el final de un cuento angustioso. Yo estoy aquí para ejecutar la última voluntad de Juan sin tierra: la suya en redondo es de todos nosotros en común. Seguiréis como hasta hoy con el juego del trabajo. Pero debe cesar vuestro vagabundismo estéril. Tomaréis mujer. Viviréis en casa alegre, y no acuartelados en los galpones. Creedme: no desdora que un hombre alce por encima de su cabeza un niño en los brazos. Podéis hacerlo a caballo, si os place. A trabajar y a vivir en lo vuestro, pues.

Sombreros al aire y hurras, en que se mezclaban los nombres de don Juan y de la Varona, acogieron el final de la arenga, y a un trote bizarro acompañaron la brava mujer alrededor del campo, un amargo en un puesto, flores en otro y muestras de amor en todas partes.

SEGUNDA RISTRA DE SUCESOS
INCREÍBLES, REALES Y VERDADEROS

HEROISMO Y DESPEDIDA

Muy ligero de ropa esta noche cálida, franca la puerta de mi alcoba al patio de ladrillos rojos con aljibe y parra, preparaba mi maleta con algunas mudas y bloques de libros y de papeles. Decidido mi viaje de exploración política en otros países de América, ya que en los del Plata la fuerza de los intereses había llegado, a favor de bien asimiladas formas e ideas europeas, a un punto muerto de la nueva fe que hiciera concebir un Nuevo Mundo, sentí que daba un salto atrás contra el río de años que me llevaba al descanso en las resignaciones de la historia.

Al leer los lomos y portadas, hablaba mi mente de muchos modos una idea fija. (*La Constitución Inglesa*, de Bagehot). La ejemplaridad de la política inglesa, de plazos y ficciones tan astutas como las que dieron a los antiguos italianos el goce de todos los derechos cuando ya no los necesitaban, náufragos en la invasión bárbara que destruyó su Imperio... Esa evolución lenta, de la cual presiento que vive el progreso milagroso del número bancario... (*El Capital*, de Marx), y la explotación ejercida en los que sólo viven para trabajar y que son las raicillas oscuras de la abundancia del mundo... (*Las Geórgicas*). Sea porque tuviese algún objeto en mis divagaciones o un aroma de tiempos en que hasta me parecía no haber vivido, saltaron a mi memoria los hemistiquios del cuentecillo atribuído a Virgilio, con que se relamían los profesores de latín, estimulados por el candor de los pupilos, y me complacía en rehacerlos:

Sic vos, non vobis:
nidificatis, aves,
mellificatis, apes,
vellera fertis, oves,
fertis aratra, boves.

Como vos, y no para vos,
pajaritos hacéis el nido;
labráis, abejas, la miel;
criáis el vellón, merinos,
y arrastráis, yunta, el arado.

así vosotros, no para vosotros (*Obreros y Campesinos*). (*Don Quijote*): Esa indiferencia cruel o atonía estúpida respecto a la degradación vital de los parientes pobres en una sola familia humana. (*Historia Política de América*): La falta de vigor generoso y de nobleza llegó en teorías de ilustres legistas a inhibir los impulsos de una raza libertada e ingenua. (*La Biblia*): Hágase la voluntad de Dios, que es la revolución, así en el cielo como en la tierra.

Al meter en la maleta unas botas de suela fuerte me prometía peregrinar a la Isla Británica de las dulces baladas e infernales tragedias, en que bajo la Constitución más sabia del mundo, según salen a decirnos a cada paso, coexisten gran número de millonarios y de mendigos. Pero había que ver un poco más de las regiones de América, donde el ciclo revolucionario y, por tanto, creador no se había extinguido. El patriarcalismo que imperaba de muchos años en Gummilandia, rodeado de fantasías benignas o erizantes, según qué viento las trajese, picaba mi ánimo curioso y andariego. Retrato de novia salió a medias de un libro a sonreírme, y dejé de pensamiento para ir de sueños en los humos de mi pipa.

Voces de socorro salieron del otro lado de la calle. Rechinó la cama de mi patrona, la distinguida carrera, y dijo su marido Espabila-Ahorcados (así le llamaban ya en el barrio): "¿Qué pasa?" "¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!" Me helaron estos gritos al sacarme de un sueño a una pesadilla. Abrió el carrero la puerta de la calle y salimos a preguntar unos vecinos a otros qué pasaba, y exclamó la de enfrente: "¡Ánimo, vecinos! ¡Tengo un ladrón en casa!" Parecía que invitase a entrar en una barraca de feria. Llegaron unos panaderos blanquecidos, un herrero ciclópeo, un sastre, y no pasaban la puerta. Desesperaba la mujer clamante si no acudían pronto a salvar de

un degüello seguro dos hijas dormidas en la casa. Visto que nadie prestaba socorro, entré al portal negro del espanto, contra el aviso de la patrona y de otros, que decían: "A lo mejor, le cortan la barriga en la sombra". "Es una imprudencia". "No entre sin armas". Yo entré con mi pipa en la boca, y algo complacido del murmullo de temores a mi zaga. Di tres pasos y, parando un escalofrío en mi pescuezo, cogí con fuerza por un brazo a un hombre que venía, muy pausado, hacia fuera. Nos dejó paso un abanico de susto, y traté de ganar de mano al intruso con la orden autoritaria de seguirme. "¡Sigo no más!", dijo el ladrón, echando atrás el sombrero de paja, casi tan negro como el rostro barbudo. Una cuadra antes de llegar a la Comisaría del barrio hubo de decir: "¡No apriete tanto, amigo!" "¡Siga usted!" "¡No apriete tanto, amigo, que se arrepentirá!" "¡Siga usted, he dicho!" Se acercó a mi oído como pudo y me dejó atónito, que le solté de inmediato, de oírle decir: "No se perjudique, amigo, que soy el emperador Guillermo".

Estaba escrito que yo nunca tendría una sola aventura heroica en mi vida. Tuve que deslizarme al patio para evitar casi una ovación. "¡Coraje de hombre!", oía decir. La patrona me obsequió con un guindado, en el supuesto de entonar mis nervios. "¿Dicen que le hizo usted soltar una faca apretándole con fuerza la muñeca?" "Cuentos". "¡Modestia de héroe!" La hija romántica, de bellos hombros: "¡Cuánto me habría gustado ver la escena!", y me miraba con los mismos ojos de su adoración por Tom Mix. ¿Cómo iba yo a echar por tierra tantas ilusiones, y correrme aún más, revelando que había capturado nada menos que al emperador Guillermo en el momento álgido de la gran guerra?

Impuestos de mi gira periodística, me dieron tibios abrazos al pasar la puerta. Habría andado unos trescientos metros, y al doblar una esquina veo a Roldán, vestido a lo *dandy*, de *chaquet color tabaco* —estoy seguro—, que remolineaba su bastoncito cerca de un farol rodeado de mosquilla. "¡Ah, Buscón —me dijo—, todos hemos comprendido la treta sentimental de tu fuga en silencio! ¡Hace tres días que doy guardia en este sitio para cazarte con maleta, y salí con la mía, que es llorar en la partida!"

Porque así era una de las perversiones del gran Roldán, las despedidas en los muelles y estaciones del tren y, sobre todo, en los velorios. Me conmovió su poder afectivo, y fuimos a matar el tiempo hasta la hora del embarque a un bar Escandinavo a vista de los diques. Una piel de cocodrilo colgaba de una pared, y un barquito, por la arboladura, del techo; bocinones, conchas, galápagos y maduras tallas filipinas, en repisas y fanales. Marineros había con sus pipas, contando a tragos el oro de la cerveza y, en habla bárbara, sucesos de tierra probablemente y no de mar.

Nos arrinconamos. Un tinte oportuno llevaba nuestras imaginaciones a la infancia. La primera vez que Roldán había probado sus facultades para el teatro —que la interposición de Ibsen, a quien idolatraba, había secado en su verdadera enjundia humorística, era digno de oírse: “Imagínate aquel fogonero que ahora se lleva el jarro a la boca. Un tipo igual se nos coló en la pieza en que representábamos *Flor de un día*, y empujaba las bambalinas con un pie, obligándome a recitar mi papel de marqués con una sola mano y en escora medio cuerpo. Desapareció, aburrido en el segundo telón, y cuando íbamos a obsequiar a las familias invitadas a la fiesta, vimos al gigante que yacía en el cuarto de provisiones con la boca abierta debajo del único barrilillo de cerveza que teníamos. De pasteles, *sandwiches*, confites no quedaba rastro. En ruedo, sin atrevernos a decir palabra, ofamos un son estertórico: “glu, glu..., glu, glu”. Al fin, se irguió, y al bajar la cabeza para salir nos dijo naturalmente: “Gracias, pibes”.

Refamos tanto que los marineros nos mandaban cerveza paga, hermanados con nuestra alegría. Después contó Roldán del Club de Exploradores. Todos llevaban algo: bancos, mesillas cojas, libros de aventuras, etc. A fuerza de huronear por la casa, encontró en el altillo un crespón de luto pasado y, como la cosa más natural, lo ofreció para doler la bandera si muriese algún socio.

Ya en el muelle empezó a clarear la mañana, y con asombro vi que poco a poco Roldán verdeaba y vino a dar vestido del color agrío de un saltamonte, lo cual mezcló de carcajadas y sollozos absurdos la despedida. Era un amanecer vigoroso de

verano. Yo reía con las gaviotas a la borda del buque, y los marineros, contagiados, robaban minutos en las ágiles manobras para venir, de tres, de cuatro y de cinco, a celebrar alegremente la aparición de aquella langosta erguida frente a un par de grúas cigüeñadas y estupefactas. El barco se entraba piafante a su campo, derribaba mieses floridas de nieve, alucinado por la bulla de espejos y la fantasía alegórica del cielo. Ajeno a la dádiva que nos había hecho, Roldán, muy disminuído por la distancia, blandía un pañuelo atado en la punta de su bastoncillo.

IDA POR VUELTA EN GUMMILANDIA

Mi deseo hubiera sido navegar el Pacífico y servirme de la tramoya mágica del Canal de Panamá o ascensor de agua que comunica los dos mares, pero hube de contentarme con accidentar la ruta general de mi primera salida, tan lejana. Varios días por el Atlántico, noches por la Cruz del Sur, y arribamos al puerto de Gummilandia, en que sólo viví dos días como en un sueño, los ojos vendados o narcotizado. No pude ni hablar con algunos de los poetas amigos que habían anunciado mi llegada en diarios y revistas, hasta en verso, y me esperaban en el muelle, alicaídos y recelosos. Y fué que un señor muy cortés había venido a bordo por mí, ordenó el acarreo de la maleta erudita, y en una elegante falúa de motor fuimos derechos a un embarcadero reservado a las autoridades y a una banda de música. Al desembarcar, la banda rompió en una marcha parecida a la real española, si no me engañaba un débil recuerdo de infancia, y unos cuantos señores condecorados, con asombro mío, dábanme la mano en bienvenida. El que había ido a buscarme a bordo me invitó a subir a un automóvil de gran lujo, y los demás vinieron a par en otros coches. No sabía yo dónde acudir, si a las circunstancias morales o a las físicas del momento veloz, siendo unas y otras igualmente extraordinarias. Corríamos a unos mil metros sobre el nivel del mar en bordes de montañas que debían pertenecer al sistema andino, valles de bosque y pradera, lagos en el aire, nubes de mito rodando por las brucas vertientes, claridades y abismos,

lejanías e ímpetus, una emoción total de himnos fugados en voces de un órgano ultraterrestre. A medio camino se decidió no llegar a la capital y torcer a Umarahany, en el Sur, donde residía el Presidente de la República.

Al descender del coche, un hombre alto, cuyo traje recordaba la silueta de un mejicano o de un llanero de Venezuela, con su gran sombrero vegetal, que parecía de pelo de guama, dijo cerca de mí: "No coma, amigo", y se alejó antes que pudiese preguntarle cosa alguna. La morada del Presidente era de una simple grandeza, bañada de paz cálida y próspera. A lo lejos hendían el aire, destacando de la bruma de montañas, dos cerros acolmillados y altísimos, y en horizonte opuesto un samán, digno de la admiración de Humboldt, recogía la bóveda del cielo en su copa y sobre un tronco de rodeo difícil para el abrazo de seis hombres.

El General Galipán en persona salió a recibirme, despidió a la comitiva y, con afabilidad criolla, me condujo al comedor, que sombreaba dulcemente una galería cara a los jardines. En una mesa de rico mantel purísimo, cuencos y jarras de cristal cortado inglés mezclaban destellos de frescura con los tonos verdes y tostados de las frutas del trópico. El retrato de una joven linda y sin orgullo, frente a mi asiento, inspiraba confianza; el ordenanza campesino que por allí andaba y no me quitaba ojo era el visto a mi llegada; y mi apetito, excitado por la rareza del convite, sufría como el de Sancho en la famosa ínsula. Terminó mi ansia el diálogo:

BUSCÓN.—Ante todo, General, yo quisiera conocer el motivo de su amabilidad extremada. No esperaba este recibimiento y casi rapto celestial...

GALIPÁN.—Es nuestro protocolo con los visitantes ilustres... Enterado de su venida por loas y plácemes de *algunos* diarios y revistas, le he acogido a usted como se merece... No me lo agradezca usted... Es nuestra norma, y aun costeamos el viaje de regreso a los que muestran desagrado de nuestras costumbres... Además, como usted desea estudiar nuestro país prodigioso, he pensado que nadie puede informarle mejor que yo, como Presidente vitalicio de la República... Pero vendrá usted cansado del viaje, y le gustará merendar...

BUSCÓN.—Perdone, General, pero no tengo apetito...

GALIPÁN.—Sus ojos dicen lo contrario, y, además, lo que usted oculta y yo sé. Historia vieja: que aquí mezclamos vidrio molido en el azúcar del té para los presos políticos, frutas envenenadas y mil atrocidades. No proteste usted por cortesía. Para que esté tranquilo, me servirá usted mismo parte del manjar que elija...

BUSCÓN.—¡No faltaba más, General! Perdone usted la ofensa encerrada en su propia sospecha... Voy a servirme una de estas curiosas frutas que se comen con cucharita...

GALIPÁN.—¿Anón o chirimoya?... Acompáñeme a probar primero este pastel de maíz y carne de ave... Está que tienta; hallaca es el nombre...

El ordenanza entró a decir, y me miró aterrado:

COCUY.—Mi General, avisan que ha cundido el fuego en la hacienda de su hijo don Pablo...

GALIPÁN.—Ya lo sé... No fué de intención, sino para renovar los pastos. Ahí tiene usted un agudo espectáculo: las serpientes silban y saltan a cientos confundidas en las llamas...

BUSCÓN.—Alcanzo el valor musical del tema... ¡Me gustaría ver!

GALIPÁN.—Deliciosa la hallaca, ¿verdad? ¿Quiere usted una raja de anón o plátano?... Se equivoca, amigo... Éste del tamaño y forma que se ve la luna, es el plátano... Asado como está es riquísimo. ¿Un vaso de chicha de arroz helada...?

BUSCÓN.—Parece horchata fuerte...

GALIPÁN.—Más o menos... Cuento usted, Cocuy, al forastero cómo cazaba caimanes en los ríos del padre Orinoco...

COCUY.—Pues con un palito, mi General. Cuando venían a prender por el hocico al toro, que abrevaba, yo, en el agua, les metía el brazo bien adentro, revolvió la estaquilla y quedaban con la boca abierta para echar cartas... ¡Ju, ju...!

GALIPÁN.—¿Y si eran dos, Cocuy...?

COCUY.—Sacaba el toro, o manejaba un palo en cada puño...

GALIPÁN.—¿Y si eran tres, Cocuy...?

COCUY.—Bien, mi general, si eran tres... Ciertamente, empezaba por uno.

GALIPÁN.—Ibas a mentir, Cocuy, y te acordaste que sólo tie-

nes dos manos. Prepara el lecho al forastero, que descansará un poco antes de la cena. Hoy no recibo a nadie, ya sabes.

Cocuy.—Bien, mi General.

GALIPÁN.—¿Ve usted desde ahí Buscón, aquella penca de lan- zas carnosas? De ella extraen el cocuy, que es una bebida en- loquecedora. Le llamamos así a este campesino porque tenía ese vicio, y lo he curado... ¿Quiere usted una copita de cocuy?...

Buscón.—No, General... Veneno declarado debe evitarse...

Rió el General, y me persuadió que echase una siesta tardía, porque la noche fresca era mejor para tratar los asuntos polí- ticos de que deseaba enterarme. Sentía yo pesada la cabeza, sin duda de la chicha, o efecto de algún veneno, y me asombró mi tranquilidad considerando esta hipótesis, tal que al caer en el sueño di por cierto que se abría en el limbo de los justos o seno de Abraham; a éste le traía el ángel para sacrificio, en vez de su hijo, un caimán, y el patriarca le metía brazo y cu- chillo hasta la cola y lo retraía dejando abierto el monstruo en canal; Abraham y Galipán eran la misma persona, en una sín- tesis de voluntad y de ironía; una cabra suelta se comía un canastillo de frutas exóticas y rompía sonoramente los crista- les de la mesa... Era Cocuy que la disponía para la cena. Me pre- paró un baño, y volvió a decirme con sigilo: "No coma".

Antes que llegasen los familiares, una anciana y dos señoras jóvenes, de modales y conversación europea que no habían bo- rrado el rico acento y aroma nativos, y algunos de los innú- meros nietos, que replicaban los tonos de las frutas en sangre viva, pareció necesario al General redimir mi espíritu de toda perplejidad siniestra.

GALIPÁN.—No creerá usted que he dispuesto envenenar la familia en obsequio de un forastero ilustre... Cocuy cumplía una consigna. Era una bromita del tirano...

Cocuy.—¡Ju, ju!

Se sirvió la cena, que fué copiosa y animada. Yo hice honor a los platos nacionales, e insistí en la hallaca de la tarde, que se había saturado en reposo y estaba sabrosísima; se parece algo a la polenta con pajaritos, pero el gusto y olor se remonta a la edad de oro de los indios jaguas y cuyones, aunque a és- tos les gustaba la carne humana también. Me divertí mucho

con los nietos del patriarca, y éste rezumaba un contento bea- tífico. Me sustrajo de mi diversión y fuimos a una salita o *hall* de frescas butacas de bejúco y luz velada, en donde el calor se olvidaba por la ventana de nocturno azul, verde follaje y pol- villo de astros. El diálogo partió del encomio del café y de los cigarros, de plantas del país.

GALIPÁN.—Suelo feraz, que nos da tres cosechas al año de ce- real, petróleo y oro... ¿Cree usted que la gracia de Dios busque teorías complejas para ser dispensada?

Buscón.—Yo, no; pero los teólogos, sí.

GALIPÁN.—Muy bueno... ¡Pues yo tampoco! ¡Me llaman tira- no porque tengo la misión de resistir a los enredadores y volver las cosas al buen sentido!

Buscón.—¿Y cuánto tiempo invertirá usted, General, en esta retirada?

GALIPÁN.—Treinta años llevo en el poder, y estoy en el co- mienzo... Hay que destruir una historia postiza de cien años.

Buscón.—Y mientras tanto se impone una como suspensión de garantías políticas...

GALIPÁN.—¿Cree usted en eso todavía? ¡Bien se ve que viene de Uruguay con la peste de las libertades! El fundamento de un Estado es el dominio de la riqueza propia. He pagado todas las deudas del país, que se desenvuelve perfectamente con los créditos comerciales a noventa días vista. ¡Que confundo mi hacienda y la pública! ¡Hipócritas! ¿Puede interesar lo con- trario?

Buscón.—Aunque el bien público resultase de un celo perso- nal todopoderoso, yo no creo que deba mutilarse en modo al- guno la facultad crítica y hacendera de todos los ciudadanos... Lo dice mejor Sófocles, por boca de Haemón, hijo del tirano de Tebas, en *Antígona*:

HAEMÓN.—La ciudad no es ciudad si es de un solo hombre.

CREÓN.—¿No debe la ciudad ser de quien la gobierna?

HAEMÓN.—Bizarra idea: tú monarca único de un Estado vacío.

En este momento, con sobresalto de mi parte, sonó desafora- damente el teléfono.

GALIPÁN.—Oigo... ¿En el Estado de Yuca? Sí, en la fortaleza de Isla Calva. Bien, bien... Dentro de una hora estoy en la capital (Dejando el tubo). Ya ve usted, otra sublevación... ¿Se permitirá también la iniciativa revolucionaria?

BUSCÓN.—Ya ve, General, que no han pedido permiso...

GALIPÁN.—No puedo perder tiempo... ¿Quiere usted quedarse con nosotros? Ofrezco a usted una cátedra de literatura con mil simones de oro para empezar.

BUSCÓN.—No podremos entendernos, General...

GALIPÁN.—Bien. El Ministro de Instrucción Pública vendrá mañana por usted y se pondrán de acuerdo. Duerma usted bien. Cocuy, mi automóvil.

Se fué el General y traté, sin resultado, de explorar los archivos políticos de Cocuy, que parecía gustar más de la narración campestre y heroica en el mismo caballo. Me acosté con ánimo de aligerar, tendido, el calor, y me dormí sin sueños. De mañana, un buen desayuno de chocolate y frutas.

El Ministro —que era el mismo señor que había ido a bordo— no se hizo esperar, y partimos en *auto* cortando mil cintas devoradoras de imágenes. No extrañará si la memoria dislocada, en breves compases, da momento importuno a las relaciones de cosas y de oídas y cambia de lugar, milagro de la fe, a las montañas y a los ríos. “¿Qué pasa?”, me pregunté al parar en el muelle donde había desembarcado. Se abre la portezuela, baja el Ministro y suena de nuevo la música en mi honor, al parecer. El muelle estaba lleno de niños que me vivaron repetidas veces. Luego habló una maestra en loa del gran educacionista, ilustre visitante, etc., y una chicuela me ofrece un ramo de flores. Yo no sabía si morderme los puños o la lengua. Esto último, y quedarme en sonrisas y modales a lo gentilhomme, con el ramo en una mano y la maleta... “¿Dónde están mis libros?” “A bordo”, contestó el Ministro afablemente, sin asomo de burla, y me invitó a embarcar en la motora. Prefería hacerlo y salir del embarazo, pero unos indios de sombrero grande empezaron a gritar: “¡Que hable! ¡Que hable!” No había más remedio, y empecé simbólicamente, con ánimo de hacer explotar una arenga: “No hay que beber cocuy, pero matad a los caimanes”. Los niños aplaudieron a rabiar, y

los indios abrían la boca. El Ministro se acercó a decirme: “Ya cumplió usted. ¡No añada ni una palabra más!... Eso basta para una lápida. ¡Música, maestro!”

Aplausos, vivas, banderitas, golpes de sirena, y me encontré a bordo, rodeado de la deferencia de oficiales y pasajeros. El barco en marcha, fuí a pasear mi fiebre por la cubierta. Tres jóvenes me observaban con evidente rencor. ¡Eran los poetas del muelle! Me acerqué y recularon, la palabra “¡traidor!” en los dientes. Gané dos pasos, y echaron a correr de mi lepra, y yo detrás; prendí a uno por los faldellines y cayó encima de un roscón de cuerda. Contaron que se fugaban y cómo habían visto desde una portilla el homenaje oficial a mi persona. Les conté la trampa florida del General y se rieron los tres, menos uno, para mí desconocido, cenceño y triste. Díjeles la intención de mi arenga en esta pregunta, sofocada por la banda: “¿Al que tiene valor para matar caimanes, le faltará para matar tiranos?”; y quedará mi sentido trunco en una sentencia de cartel de escuela o de policía rural.

A mis dudas en cuanto al aspecto sanguinario de la tiranía de Galipán: el azúcar con vidrio molido en el té de los penados, los trabajos en carreteras de sol a sol de fuego y sed, el pie de dos en una sola anilla, que luego sujeta un vivo a un muerto, los desaparecidos, etcétera, refirió el triste la tragedia de Achira, en que perdió a un hermano y a su madre. Colgaban de los árboles de la plaza, con ganchos de las reses, los cadáveres de los sublevados. Pidió la madre del triste que le permitiesen dar sepultura a su hijo, y se le negó privilegio, palabra del gobernador. La madre sentó junto al fruto espantoso, que era el de sus entrañas; y el perro de las alegres mañanas de caza gemía enderezado el hocico a una estrella. Fusilaron al perro. La madre sacudía las moscas del cadáver, que se deshacía en podre. La madre anda loca por los arrabales, de día y de noche, y espanta moscas imaginarias continuamente.

Los sollozos estrangulaban la voz del triste, y movidos por igual impulso gritamos los demás, a contramarcha del buque: “¡Asesinos!”

Por transiciones fuimos a dar en el consuelo de la poesía. Recitaron sus versos, menos el triste. Yo leí un soneto de Shake-

speare, que luego me pedían para oración de escapulario, y dice así:

Cansado de todo esto, por una serena muerte clamo:
Ver el desamparo de la pobreza,
Y la necesidad no compensada por la alegría,
Y la más pura fe que el infortunio traiciona,
Y el honor ilustre cínicamente pospuesto,
Y el candor, incentivo de groseras ansias,
Y el espíritu recto, sin razón ultrajado,
Y la fuerza claudicar por débiles influjos,
Y el pensamiento, reprimido por los déspotas,
Y la sandez, doctorada, rectora del ingenio,
Y la simple verdad, tomada por simpleza,
Y buen cautivo, al servicio de mal Capitán;
Cansado de todo esto, ya quisiera haberme ido,
Si no es que, al morir, dejo a mi amor solitario.

LA REVOLUCION DE ISLA VENTUROSA

Antes de separarnos establecimos nuestros puntos de vista, la cosa más importante para hombres de letras, y con ello nuestros destinos en la medida que se puede. Yo me quedaría en tierra americana, porque sus convulsiones, aunque bastardas, avivaban la ilusión de un futuro-próximo esplendor humano; mis amigos vaticinaban este fin o aurora, por la madurez de la historia, en Europa. Nos separamos unidos en la misma fe. Siguiéron a España, con que habían soñado toda la vida, y yo bajé a Isla Venturosa, en el mar Caribe.

Para mi contento, pisé tierra sin música y fuí derecho a la redacción de *La República*, cuyas tendencias me hacían prever una buena acogida. En efecto, su director, figura gallarda y fuerte, un poco metida en romanticismo —como se verá—, conocía mi nombre de pluma, y de inmediato me ofreció plaza en su diario y en su política, por tanto. Era presidente de la República de Isla Venturosa. Siguió un diálogo disparatado.

GALLARDO.—Yo admiro al Uruguay y a Batlle, pero mi pro-

grama político es más modesto. Consiste sólo en poner en vigencia la Constitución de la República.

BUSCÓN.—¡Cómo! ¿No hace ya muchos años que ustedes viven bajo ese régimen, que es el de nacimiento en toda América?

GALLARDO.—A veces la historia es leve como un sueño...

BUSCÓN.—¿Habrà que estar soñando siglos para vivir en la realidad?

GALLARDO.—No sé... Mi programa es modesto, pero tiene un sentido.

BUSCÓN.—Si fuese el de la República de Platón —algo corregido—, ya me daría por contento.

GALLARDO.—Mucho más modesto. Le diré a usted el secreto, para que no me crea un tonto. En estos momentos llevamos la propaganda electoral a los últimos bordes de la Isla, con el fin de asegurar a la mayoría, que son los trabajadores, el predominio en la Asamblea Constituyente, cuya convocatoria ya fué votada por la actual Legislatura... ¿Comprende usted?

BUSCÓN.—Como si saliese de un sueño, o sea, de la realidad... Sin embargo, cuente usted conmigo en cuerpo y alma, que abro desde ahora nuevo crédito al optimismo republicano...

GALLARDO.—El secreto de nuestra acción consiste en llevar la propaganda republicana con la mayor claridad y rigor posibles, y no explicar su alcance sino circunstancialmente: más pronto convencerá usted a los trabajadores que a los hacendados y capitalistas; pero unos y otros tendrán que someterse a las normas constitucionales, de las que no me apartaré ni un pelo... ¿Comprende usted? En una palabra...

BUSCÓN.—¡Mayéutica!

GALLARDO.—¿Ha estudiado usted griego?

BUSCÓN.—Griego y latín; pero a gatas puedo leer un verso de Horacio...

GALLARDO.—Ciencia y acción, arte supremo... ¿Dónde ha estudiado usted?

BUSCÓN.—Fuí estudiante, que no es lo mismo, en Santiago de Compostela.

GALLARDO.—Bien; hoy mismo se pondrá usted en campaña. ¡Mayéutica! Será nuestro santo y seña. (Toca un timbre).

Gravina: presento a usted a un nuevo compañero de causa y de tareas... Debo de ir a la Casa de Gobierno... Vayan ustedes al café de Nueva Palmira, por los datos que ha de darles el jefe político y de Policía de Cocuyo... Telefóneen a mi casa a las nueve de la noche... Hasta mañana.

Salió de la redacción acompañado de un nuevo amigo, que padecía una especie de fiebre de Rubén Darío; era muy glotón y remedaba personajes de la vida con un poder de farsa extraordinario. Le debo muchas apreciaciones de actos absurdos, que de otro modo me hubieran parecido naturalísimos. El jefe político de Cocuyo estaba con otro militar, cuyo nombre alzaba el pelo.

GRAVINA.—Don Manuel Tirano Banderín...

BUSCÓN.—Tanto gusto, señor...

TIRANO.—Sí, amigo, atrévase usted; o me llama Banderín, si le parece más alegre...

BUSCÓN.—Oh, amigos, tanto gusto. La alegría es cosa buena. No me sorprenden los nombres de América... Un suizo italiano, librepensador de gran buena fe por cierto, he conocido que puso por nombre a su hijo Epure, comienzo de la frase de Galileo; y su mujer, devota, con el santo del día —y el cura no la sacó del error— bautizó la hija, de nombre Virmar...; ¿a ver si saben qué santa es?...

GRAVINA.—(Con la boca rellena de pastel). ¡U, u, u..., gló! Ya sé, ya sé... Virgen y mártir abreviados. ¡Ja, ja, ja!

TIRANO.—¡Ah, loco lindo! ¿Qué le pasa, jefe, que está tan serio?

GALINDO.—Pienso en la extensión de naranjos que voy a plantar...

GRAVINA.—Si hablan de negocios, me voy... Tengo que ir al puerto... Traiga los datos, Buscón amigo...

TIRANO.—(Con tedio). Buen negocio las naranjas, Galindo. Todo el mundo habla de lo mismo...

BUSCÓN.—Pero si todo el mundo planta, ya no es negocio...

GALINDO.—Pero no plantan. Bien, amigos; van ustedes a hablar de política, y me voy... Hasta la noche, Tirano.

TIRANO.—Adiosito, jefe. ¿Qué piensa usted, Buscón?

BUSCÓN.—Pienso en las naranjas, amigo Banderín.

TIRANO.—Contestó usted con gran sentido lógico...

BUSCÓN.—Pero el gran sentido ilógico del hacendado me desconcertó. ¡No plantan! En eso pensaba.

GALINDO.—Yo lo creí a usted hombre de humor y se me pone serio por una tontería... Dejemos los negocios... Hablemos de política... ¿Trabaja usted en el diario oficial?

BUSCÓN.—¿Cómo, oficial?

TIRANO.—No me negará que tal ha de ser un diario dirigido por el mismo Presidente de la República... Es no conocer... Puedo recomendarle al diario independiente de nuestro partido, *La Libertad*, redactado por los elementos más cultos del país...

BUSCÓN.—He dado mi palabra de acompañar al doctor Gallardo.

TIRANO.—Cierto... Conviene que usted siga, por un tiempo, en ese diario... No crea usted; yo admiro al doctor Gallardo. ¡Su primera Presidencia, que restableció el orden constitucional, es intachable!

BUSCÓN.—¡Mayéutica!

TIRANO.—¿Cómo? ¿Qué...?

BUSCÓN.—Nada... Es, macanudo, en griego...

TIRANO.—No hay inconveniente en decirlo: una Presidencia macanuda. Me ascendió y le serví lealmente; y aún le sirvo, a mi manera, si puedo evitar que lleve adelante la nueva política...

BUSCÓN.—Pero si es simplemente una política republicana...

TIRANO.—¡Ya, ya! Conozco el secreto: una política republicana en serio, o, como diría Galindo: ¡Plantad naranjos no es lo mismo que plantarlos! Una política republicana en serio es comunismo, a la postre. Vida regimentada, sin humor ni aventura. En nuestra Isla, que trabaja la Naturaleza sola ¿por qué hemos de trabajar todos? Nadie pide aquí más derecho político del que tiene y no usa. El que posee menos bienes goza como el que tiene más. A todos les gusta correr la novela de la fortuna.

BUSCÓN.—¿Y el que nada tiene?

TIRANO.—Malas rachas pasamos todos... ¡Y es lindo! Y a nadie le falta una mulatita ardiente... ¿Ha probado usted?

BUSCÓN.—Todavía no...

TIRANO.—¡Es la mejor fruta de nuestros bosques! Bien, amigo. Me ha sido usted simpático y voy a hacer el último esfuer-

zo por salvarle: la propaganda de ustedes, que es una revolución disfrazada, será ahogada por la nuestra a la luz del día...

BUSCÓN.—¿Qué quiere usted decir?

TIRANO.—(Recobrándose). Ya lo he dicho... He bebido demasiado... El peligro siempre casa con el vino infiel... Sin embargo, la prudencia es una descortesía entre caballeros...

BUSCÓN.—¡Yo no puedo traicionar la causa del doctor Gallardo, que es la mía!

TIRANO.—Ni la nuestra, espero de su hidalga sangre... Llámese a neutral por un tiempo... Una revolución para nosotros es una fiebre sin importancia..., un efecto del clima... Le hablo a usted noblemente.. Y me voy, que me esperan...

Yo salí aturdido en busca de Gravina. No estaba en la redacción y le dejé aviso que esperaba en una barbería fronterá. La vibración de mi cerebro debía trascender al cutis, porque el barbero me decía a cada momento, como una madre: "¿Lástima la navaja?" Las ideas más opuestas corrían de una sien a otra y, sin duda, encendían mis ojos con una llama alocada. El barbero me miraba de reojo mientras asentaba la navaja, y llegó hasta preguntarme: "¿Tiene usted fiebre?" Creo que hasta hablé en voz alta. ¿Cuál es la verdadera revolución, si las dos hablan de soterrar la tiranía? ¿Dónde está el tirano, arriba o abajo? El barbero, como si respondiese a mis pensamientos, dijo a uno de los parroquianos:

BARBERO.—¿Qué falta tiene, amigo Solana, de tantas leyes para trabajar bien su oficio de sastre?

SASTRE.—Eso pienso, y me lo decía ayer Perrín, el almacenero...

HERRERO.—De acuerdo, amigos. Tanta política ya repele, como dice Mario, el chófer...

ZAPATERO.—¿Saben que agranda el negocio la carnicería de enfrente? ¡Gracias a Dios, no falta ocasión de prosperar en esta Isla!

Mi corazón palidecía. Vi que los trabajadores no estaban en el secreto político del doctor Gallardo; y su figura firme, de rostro aceituno y ojos apasionados, frente dura, de pensar y de querer, se alzó en mi alma como Don Quijote, que triunfa

de la muerte. No. No podía ser un farsante. Banderín era un aventurero sensual y alegre. La elección no era dudosa.

Llegó, por fin, Gravina y le rogué que no se afeitase, a disgusto del barbero. "Volveré", dijo Gravina, que tenía el don extraño de multiplicar sus amigos y enemigos en todas las ocasiones. Le arrastré hasta una cervecería y no pude retardar su apetito para que me oyese. Le expuse mi caso de conciencia.

GRAVINA.—Amigo Buscón, yo no comprendo su mezcla de humor y de seriedad... ¿No ve que la cosa no tiene importancia?

BUSCÓN.—¿Cómo así...?

GRAVINA.—¡Banderín es un loco lindo!

BUSCÓN.—¡Pero aquí todos se llaman locos lindos unos a otros!

GRAVINA.—Sí, amigo, y agarre el trote si quiere hacer camino...

Como no le diese importancia, prometió guardar secreto. Pasaron dos meses y fuí de su parecer. Pero una mañana yo corregía las pruebas de un artículo mío, que había elogiado mucho el doctor Gallardo, por su perfección mayéutica (la palabra se había puesto de moda en el diario), y apareció Gravina, cosa inusitada, con los pelos y una mano por delante:

GRAVINA.—¿Qué paren la tirada! Con una hora de retraso informaremos primero que los demás diarios... Acaba de estallar la revolución... Ha empezado en Cocuyo... El Gobierno, preparado, la detiene con éxito a las puertas de la capital...

Y empezó a despedir cronistas y a dar órdenes como un estratega. Estaba desconocido y admirable. Todo le obedecía ordenada y vertiginosamente. Por fin conseguí llevarle al despacho del director. Allí, solos, se anticipó a calmar mi inquietud.

GRAVINA.—Debemos alegrarnos, pues al fin nos libramos de un secreto, cuya guarda no estoy seguro que nos honre, y el corazón salta entero por nuestra causa... ¡Siento deseos de echar un discurso por la ventana! ¡Alegría! ¡Alegría! ¡Prefieren las armas al voto! ¡A la lucha! ¡Viva el doctor Gallardo!

El viva fué contestado por todos los compañeros, de pie algunos en las mesas de trabajo; desde el taller de máquinas, que acompasaban sus rodadas broncas a un ritmo heroico, y por gentes del pueblo que salían de la escalera como de un

abismo. Sonó el timbre con celeridad guerrera. Gravina pedía silencio con una mano, mientras contestaba: "Sí, doctor. Vamos inmediatamente. Un momento..." Enfrentó el receptor hacia las oficinas e inició un segundo clamoreo de vivas al doctor Gallardo. Colgó el tubo, y me dijo: "¡Vamos, Buscón! Nos llama".

Tardamos diez minutos, con el automóvil a toda velocidad, en llegar a la residencia del Presidente de la República. Nuestra imaginación excitada se deslumbró ante su presencia, en forma que ni pudimos pronunciar palabra de saludo. En pie, nos dijo serenamente:

GALLARDO.—Yo no puedo dudar de la lealtad de ustedes...

GRAVINA.—¡Traidores nosotros!

GALLARDO.—¿Dijo usted a Uñanda que me contase los planes de Manuel Tirano?

GRAVINA.—Yo hablé a Uñanda del asunto porque no le di importancia. Advertí mi indiscreción, y le pedí secreto.

BUSCÓN.—Que antes había pedido yo a Gravina.

GRAVINA.—Uñanda es un pillo, que pretende lograr con su denuncia. Conozco bien su falta de convicciones.

GALLARDO.—Según parece, ¡lamentan ustedes que la revolución no hubiese puesto fin a mi vida?...

GRAVINA.—¡Si hubiese traído mi revólver, me pegaba un tiro en este momento!

BUSCÓN.—Haría lo mismo.

GALLARDO.—Vengan esas manos leales. La juventud está rodeada de peligros. Me refiero a los peligros morales, que son los que importa sortear. Precisamente: lo que lograron los enemigos fué neutralizar vuestra acción, poniendo el honor en compromiso. No tenemos tiempo que perder. Un ruego y una pregunta: no digan ustedes nada a Uñanda y piensen si están dispuestos a dar testimonio en el proceso que debe llevarse a cabo terminada la sublevación...

GRAVINA.—¡No dude usted más de nosotros, doctor!

En este momento el tableteo de una ametralladora rajó los vidrios con chirrido histérico. Fuego cerrado de fusilería, voces, cascos de caballos, rodearon el aire. Corrimos a soportar el cuerpo del doctor Gallardo, que se había llevado una mano

al pecho y caía en nuestros brazos. Lo recostamos en el sofá, y una cera amarilla tifió rápidamente su carne. Gravina arrastraba una pierna rota. Se acercaban gritos de mujeres y botas de soldados.

GRAVINA.—Juan Gallardo ha muerto. Huye, Buscón... Por detrás de la casa va el río... El negro Pando te pondrá a salvo. Conoce muchos rincones en la selva...

BUSCÓN.—Yo no te dejo.

GRAVINA.—Yo conozco a mi gente. Me haré el muerto y no me rematarán... Tirano es un loco lindo. ¡Es urgente que pongas a buen recaudo estos papeles!

BUSCÓN.—¿No me engañas?

GRAVINA.—Por mi madre, no. ¡Huye!

Abracé la cabeza romántica de Juan Gallardo. Di las dos manos a Gravina, tomé los papeles y huí con instinto alocado y certero. Detrás de mí tronaba el motín. El negro Pando, valiente cazador de tiburones, con quien yo había charlado muchas veces, me acogió en su piragua, que disparó como un pez. Íbamos cincuenta metros de la ribera cuando aparecieron, movidos en los altibajos, civiles y soldados con fusiles. Juraría que uno de ellos, de sombrero de copa, chaquet y banda en el pecho, era Manuel Tirano Banderín. Fué, pronto, casi una silueta. Oí que decía: "¡Al traidor! ¡Al traidor!"

Sonaron tiros. El negro Pando soltó los remos y se dobló boca arriba en la borda. La piragua fué sin gobierno por una corriente arremolinada. Horror de pesadilla: asomé la cabeza exangüe un tiburón, que cercenó de un golpe el brazo colgante de su enemigo. Dió tal sacudida a la piragua que juzgué necesario librarla de su carga muerta, y así lo hice con la mayor piedad. ¡Valiente negro Pando! Me desvanecí, o se cerraban mis ojos de un modo invencible, como si me hubiese picado la mosca del sueño.

NAVEGACION DE ALTURA

A bordo de una corbeta airosa y después de quince días de delirio, apreciado por quienes me asistieron, en que yo no existí o pude andar de una vida en otra ocupado en tonterías

propias de fantasmas, comencé a distinguir personas, situaciones y las huellas de un pasado en mi memoria. Los primeros días de conciencia se parecían mucho, si no a los de un mundo de sueños, a los del más fabuloso aceptado por los niños con esa fe clara de lo posible absoluto que pocas veces el pensamiento mayor de edad podrá sentir, diciendo con la fuerza de Malebranche o de Calderón de la Barca: "No hay instante sin milagro".

Navegaba yo en el mar del globo, y éste navegaba en el aire en compañía de millones de esferas igualmente suspensas de una voluntad perenne de danza, y en la nada del milagro prendía sin más la leyenda del monje San Brandano de Irlanda, que allá por la entrada de la Edad Media salió con setenta hermanos océano adentro, a la busca de la Tierra de Promisión, y anclaron en una isla que, para mi débil intelecto, era la Venturosa, donde a poco de hacer fuego para hervir la caldera del yantar sintieron sacudidas y escaparon a refugiarse en su barco, viendo a la isla que alzaba una cola enorme de pez, bruñida de oro y de plata, y a mil varas un volcán o cabeza de monstruo, en alta erupción de perlas y de diamantes. Esto denegó el piloto de la corbeta, Manuel Antonio, y quiso ilustrarme acerca de las condiciones verdaderas de mi arribo y la índole de mi desmayo, que no fué de picadura de mosca del sueño, sino de bala finísima de muerte al penetrar discerniendo los hilos y resortes tan delicados de la vida; si bien estas balas deben tenerse por más benignas que las gruesas o melladas, cuyo choque desfigura, manca o despierna y deja costurones de tortura en el desgraciado que sobrevive; y esta compasión hubiere de agradecerle al jovialísimo Tirano Banderín. Tampoco era piragua, sino bote bien lastrado para seis personas, aunque bailase como cáscara de nuez en las crestas del mar, y sin duda el doctor Gallardo tenía prevista la fuga con nosotros, porque se halló equipaje, con el mfo de libros, provisiones y armas en la sotilla. Finalmente, los documentos entregados a mi custodia no eran notariales ni políticos: ¡eran versos de Gravina, muy malos, y tan buenos testimonios de su corazón heroico! ¡No te olvidaré jamás, Gravina! ¡Dios me dé morir contigo, de bala fina, en otro combate por la justicia!

El calor de la noche me había traído a cubierta antes del amanecer. Manuel Antonio se me acercó haciendo jugar la alidada de un sextante, como si fuese el cargador de una arma de fuego.

MANUEL ANTONIO.—He aquí nuestro fusil de cazar estrellas, que diría un poeta de vanguardia... Me ha servido para fijar bien nuestra situación actual en el globo... Después de un trabajo de estima y restauraciones lentas del rumbo inicial, navegamos ya por derrota ortodrómica, y al fin de ocho singladuras con viento iniciaremos la recalada... Voy a corregir la carta de ruta y vuelvo en seguida...

Algo así en griego me dijo el piloto y poeta, sin darme tiempo a pedir explicaciones. Le vi que daba órdenes, y los marineros ceñían las velas en el palo trinquete y en el mayor, deslizaban otras en triángulo por los estáis, y el barco empezó a resonar moviéndose como tirado por caballos empenachados de ceremonia; se tumbó a estribor, y ya en equilibrio de desliz parecía correr con júbilo galguero a levantar las estrellas, que volaban asustadas por las puntas de los mástiles y las varillas del cordaje.

BUSCÓN.—Oye, Manuel Antonio, ¿qué se ha hecho de la Cruz del Sur, que no la veo, ni el resplandor de Sirio? ¿Hemos cambiado ya de hemisferio?

MANUEL ANTONIO.—¡Cuánto hace! Toma cuatro veces adelante la distancia entre los punteros de la Osa Mayor, y tendrás la estrella que nos dirige ahora... Allí... En la punta del bauprés... La estrella Polar...

BUSCÓN.—¡Navega nuestro barco en la mar del globo, y éste no es más que un granito arrojado a voleo con millones y millones de simiente astral!

MANUEL ANTONIO.—Unos doscientos millones de estrellas permiten ver los mejores telescopios...

BUSCÓN.—¡Para qué tantas, Dios mío, si jamás podremos contarlas? Dan ganas de enterrarse en el corazón de una avellana... Dime algunos de tus versos de estrellas visibles, Manuel Antonio...

MANUEL ANTONIO.—Algunos he apuntado en los márgenes y vacíos deste cuaderno de bitácora... Son estrellas humanizadas

por los sueños que alumbran, corazones tan perdidos como las mismas estrellas...

Buscón.—Leí tu cuaderno de bitácora... Estos versos no pueden desglosarse, ni acaso traducirse... Marcan las horas de una guardia náutica, de cuatro a cuatro, en su dispersión de estrellas, de pensamientos y de silencios en la red del abismo celeste... Sabido que mar adentro es una isla de agua rodeada de cielo por todas partes, voy a leer en castellano esto que soñaste de codos en el barandal:

Encontramos esta madrugada
en la trampa del Mar
una isla perdida (1)

Armaremos de nuevo la trampa.
Va a salir el Sol
improvisado y desorientado

Tenemos ya tantas estrellas
y tantas lunas sumisas
que no caben en el barco ni en la noche

Reuniremos pájaros sin geografía
para jugar con las distancias
de sus alas amplificadoras

Y los adioses de las nubes
mudos e irremediables

Y armaremos una red de estelas
para rescatar las saudades
con su viaje hecho
por los océanos de nuestro corazón.

MANUEL ANTONIO.—Ciertamente, los he sentido en gallego...

Buscón.—Éste, de una melancolía tremenda, y dulce como el canto del mar olvidado de su ira, en que flota un ahogado...

(1) La alta mar es una isla de agua rodeada de cielo por todas partes.

Te habían arrancado ya los ojos
relingadores de lejanías
y pescadores de profundidades

Te habían arrancado ya la voz
anegada en la gruta giróvaga
por donde escapan las tempestades

Te habían arrancado ya los bríos
presos en la sonora red
de los cordajes erectos

Aun cavaba el viento
con las garras de espuma
más sepulturas en la haz del agua

Ibas juntando soledades
Por un agujero del Mar
te zambulliste un día a buscarte

La novia goleta
enlutada de blanco
que cose rutas olvidadas
agita en el viento sus velas
como ese pañuelo de las despedidas.

MANUEL ANTONIO.—En gallego, suena mejor:

A noiva goleta
enloitada de branco
que cose roitas esquencidas
acena n-o vento as suas velas
como ese pano d'as despedidas.

Buscón.—Peor quedó la cuarta estanzuela:

O vento aínda escovaba
c'as poutas d'escuma
n-a xerfa
mais cadaleitos

MANUEL ANTONIO.—Aunque pueda traducirse exactamente, cor las mismas palabras, nunca sonará lo mismo este verso:

Loceiros degolados
desangran-se de ouro no mar

BUSCÓN.—No será remilgo nervioso, sino imposibilidad de yuxtaponer calidades distintas, aunque sean buenas... Así, no veo manera castellana de dar tu adiós al velero que te dejó en tu pueblo natal de Rianjo:

Eu cacheaba todol-os segredos
d'as miñas mans valdeiras
porque algo foi que se me perdeu n-o Mar

...alguén que chora dentro de mín
por aquel outro eu
que se vai n-o veleiro

pra sempre
como un morto
c'o peso eterno de todol-os adeuses.

MANUEL ANTONIO.—Morto son, morto vou n-o pailebote branco da balada:

"Estreaba o horizonte
unha largacía audaz"...

O barco foi percorrendo
as cicatrices sentimentaes
que lle deixaron vellos navegantes

E os adeuses que leva n-a vela
grabados por miradas
tristes definitivas e distantes

Un día fixo-se ao Mar
c'a parola ceifada n-os beizos

E xa nunca volveu
Agora eu busco un vello mariñeiro
ou unha hestoria d'o pailebote branco

ou calquer outra cousa...
¡que sei eu!

Escoitábamos o vento
rindo-se malévolos
debaixo d'o seu disfraz
Pero a hestoria d'o pailebote branco
non-a sabía o piloto
nin o gaviro
nin o rapaz.

BUSCÓN.—Amanece, Manuel Antonio. Mira la nube inmortal de Shelley cómo sale de los poros del horizonte del cielo y del mar unidos...

MANUEL ANTONIO.—Embriégume una vez más la música del poeta inglés, ¡oh Buscón, descubridor de panoramas!

BUSCÓN.—Mayor duda me asalta en cuanto a la belleza conservada en mi versión de Shelley...

MANUEL ANTONIO.—Para quien no domina el idioma original no hay escrúpulo sino percepción directa.

BUSCÓN.—Yo trato el inglés como una lengua muerta un profesor sensible... No me es tan familiar como para sentir las breves pérdidas de vigor que dan número al verso y a la imagen si buscamos equivalencias en idioma distinto del que hallaron al nacer... Sospecho que Shelley diría como tú: no me suena del todo bien...

MANUEL ANTONIO.—La proteica nube no lamentará los cambios que le imprima tu verbo múltiple, seguro y armonioso...

BUSCÓN.—Muy delicado es el ovillo de la nube para mis lanzaderas... Con todo, el momento es oportuno y me inspirará, por ti ayudado, algunos felices cambios...

LA NUBE

De mares y de ríos frescas lluvias traigo a sedientas flores;
sombra doy a sus hojas fatigadas de sueño en mediodía.

Rocío de mis alas sacudido, despierta dulces capullos que adormeció la madre con su danza alrededor del sol.

Empuño un flagelante haz de granizo y el verde llano blanquea; lo fundo en lluvia nuevamente, y río a carcajadas en el trueno.

Hago caer la nieve monte abajo cernida, y los grandes pinos gimen despavoridos; y la noche es mi blanca almohada mientras duermo en los brazos del aire.

En la torre de mi etéreo palacio se sienta mi piloto de fuego, y el trueno encadenado forcejea y brama debajo en su caverna.

Mi piloto, en suaves deslices, me conduce sobre la tierra y el océano, atraído por amor de los genios que en abismos de purpúreo mar viven; sobre arroyos y crestas y lagos y llanuras, allá donde imagina que el espíritu, bajo el torrente o la montaña, gusta permanecer; y en la sonrisa azul del cielo me solazo mientras la lluvia se prodiga.

Sanguíneo el sol naciente de ojos meteóricos y ahuecado plumaje de fuego, muerto el brillo del lucero del alba, salta sobre el torso de mi barra velera, como en el pico de rota montaña que un terremoto bambolea, un águila descende y un instante posa en la luz de sus doradas alas.

Cuando el sol puede, al fin, en luminoso mar hundido calmar sueño y amor y cae de lo alto del profundo cielo el rojo palio de la tarde, con las alas plegadas me recojo en mi nido del aire, quieta como paloma sobre sus huevos.

Llena de blanco fuego la redonda moza que los mortales llaman luna, con trémulos visos corre por mis vellones; y las brisas esparce a media noche.

Y donde el golpeteo de sus pies invisibles, tan sólo por los ángeles oído, rompe la fina trama del techo de mi tienda, las estrellas atisban; río al verlas huir en remolinos como enjambre de doradas abejas si mi dosel de viento rasgo más; y sere-

nos mares y ríos, trozos de alto cielo que atravesándome cayeran, con estrellas y luna parecen empedrados.

Con abrasado círculo de rosas ciño el trono del sol; y a la luna con cinturón de perlas; negrean los volcanes, las estrellas vacilan, ondulan, cuando despliegan mi bandera, los torbellinos; puente de cabo a cabo sobre un mar turbulento, a los ardores del sol, me alzo como una techumbre que podría tener montañas por columnas.

El arco triunfal por donde marchó con huracán y fuego y nieve, encadenados a mi carro todos los poderes del aire, es el de los millones de gotas de colores, que arriba teje la esfera de fuego, mientras debajo ríe la húmeda tierra.

Hija soy de la tierra y del agua, y el cielo es mi nodriza; yo paso entre los bordes, en horizonte unidos, del cielo y del océano; cambio pero no muero.

Cuando pasa la lluvia y luce limpio el pabellón del cielo, y los vientos y los rayos solares de convexo brillo restablecen la cúpula del aire, sonrío silenciosamente en mi cenotafio y afuera de la caverna de la lluvia, como del vientre de la madre el niño y, de la cueva, el fantasma, aparezco y deshago todo lo hecho.

MANUEL ANTONIO.—¡Es la nube misma el poema! ¡Tejido está con el ovillo de los sueños infantiles! ¡Ni un hada podría con mano más ligera figurar tanta gracia de aire! ¡Si yo pudiese, quemaría todos mis versos en homenaje a esta nube!

Buscón.—Bien que diga tu fervor lo que, por fortuna, ya no puedes hacer, pues mi memoria jamás olvidará las estrellas de tus versos. Además, por difícil que te parezca, voy a darte una réplica de la Montaña que vence a la Nube...

MANUEL ANTONIO.—Puedo asegurarte que di muchas vueltas por la redondez de la tierra y he visto que las maravillas de Dios, la tierra misma, resplandecen en el aire... ¡Pero tú, Bus-

cón, nunca prometes en vano! ¡Ardo ya en deseos de oír la réplica de la Montaña a la Nube!

Buscón.—Más desconocido este poema que el de Shelley, no siendo mío, puedo afirmar que lo he tomado en la misma boca de Indra y ostenta el cuño divino en la talla de sus voces ca-bales de pensamiento y de fuerza. Oye atento, porque la Mon-taña lanza destellos e imágenes libres que solamente Juan Sebastián Bach podría comprender en la esfera armilar de sus fugas:

M O N T A Ñ A

La nube, amor viajero,
se hizo fiereza mineral, montaña,
en espinos y escarchas pensativa
y en duro acento de poder curvada.

Celeste pedernal, espacio
que hiciste sólida tu espalda
para que vuelen árboles y toros
y lobos y mastines, y pastores
de inocentes corderos y misteriosas cabras:
hicieron el perfil de tu desnudo brío
con calculado vuelo soñadoras águilas.

Amor entero mide y acaricia
desde tu cima las distancias
y en las arrugas de tu vieja ciencia
sabe escuchar auroras en verso de cascadas.

Tu quieta violencia
el corazón del mar conoce y ama
y es tu crespita figura
modelo de su danza.

Para viajar y conocerse, el aire
su pasión encumbra
en estribos de viento disparada.

Lo que fluye te imita
con largo impulso y con menuda gracia.

Son de anguloso fuego endurecido
tu grave corazón y tus firmes palancas.

Por eso amo tu imperio,
antigua, generosa, juvenil montaña.

Coro de nubes, mis amigas
viajeras descuidadas,
besen tu frente inmóvil y la bañen
con sus gentiles lágrimas.

Envíe el verde mar de mis flúidos sueños
mensaje alborotado de espumas a tus plantas.

Y dibujen de nuevo en el aire tu perfil heroico
silenciosas águilas heráldicas.

MANUEL ANTONIO.—Verdaderamente, es obra de Dios la mon-taña, y la nube, de las Hadas... Pero me hiciste sufrir con el recuerdo de tanta belleza terrestre... Mi destino está en el mar y en las estrellas.

Se apartó para ir cerca del timonel, ordenó desde el puente que se hiciesen operaciones de escandallo, que se acortase apa-rejo y que marineros subiesen a la cofa para prever las puntas de tierra o barcos ocultos en la cuesta del globo. Las maniobras eran ejecutadas con una destreza sólo imaginada en sueños. Calmó el viento y quedó el barco fantasmado que parecía de plata en el resplandor de su blancura; volvió a mi vera Ma-nuel Antonio, y empecé a sentir gran misterio de su persona.

MANUEL ANTONIO.—Las ocho singladuras han sido abrevia-das por el millaje extraordinario de nuestra marcha. ¿No sen-tiste que volábamos?

Buscón.—Con las velas desplegadas del verso...

MANUEL ANTONIO.—Y de la nave, aunque admito que es lo mismo. En verso vive toda nave...

BUSCÓN.—Y un caballo.

MANUEL ANTONIO.—También.

BUSCÓN.—Y una mujer.

MANUEL ANTONIO.—También.

BUSCÓN.—Y un árbol.

MANUEL ANTONIO.—También... ¡Por Dios te pido, Buscón, que no me lastimes más con réplicas de la hermosura terrestre! ¿Quieres quedar en la costa inglesa?

BUSCÓN.—Es preciso. Deseo ver por mis ojos la realidad política de Inglaterra, cuya alabanza estoy cansado de oír en todas las naciones de la tierra...

MANUEL ANTONIO.—Mira a barlovento, un quechemarín viene a pasar lejos por delante de nosotros...

Era corta la distancia, y el quechemarín llevaba sus cangrejas hinchadas de viento, mientras que nuestro barco, en su calma de plata, resplandecía con aspas de sol sobre los mastiles. Nuestros marineros gritaban y hacían señales desde la borda:

—¡Ohé! ¡Ohé! ¡Ohé!

Cortó el quechemarín su marcha poniendo las velas al páiro, porque no querría desviarse de la ruta con viradas, y pronto se cruzaron las voces de sus marineros y las de los nuestros en canto de distancia sobre la picada mar de alegría, cabelle-ras rubias y baile de joyas y de encaje.

—¡Ohé! ¡Ohé! ¡Ohé!

—¡Pedimos bote! ¡Ohé! ¡Bote!

Vino a nosotros una falúa en cuatro remos a saltos de delfín, cubierta la proa con espuma de anhelo.

BUSCÓN.—¡Ay, Manuel Antonio! ¡Vamos a separarnos! ¡Corto ha sido nuestro viaje! ¿Por qué no vienes a tierra conmigo a vivir una canción de color apasionado?

MANUEL ANTONIO.—Ya no puedo. Mi destino es el mar. Vive tú esa canción por mí... Que mi recuerdo no estorbe tu alegría... ¿Me lo prometes? Bueno... Un abrazo... No demoremos la marcha del barco amigo en cambio de su auxilio...

Descendí al bote, y, al separarnos de la corbeta, Manuel Antonio gritó en voz emocionada que parecía un eco:

—¡Adiós, Buscón! ¡Nunca sufrirás daño en la mar!

Ganamos el quechemarín velozmente, y toda la tripulación

miraba la maniobra de la corbeta, que resplandecía de blanca con su aparejo de cristal y un gallardete negro en la espina de su palo mayor. Izó velas, y en el círculo de calma que nos envolvía huyó con la suavidad veloz de un ave marina, desapareció por el norte y apareció en seguida por el sur, viniendo contra nosotros impetuosamente. Aterrados, los marineros del quechemarín se habían arrodillado a orar. Bien a la vista, la corbeta se alzó del mar, y una gran nube blanca empezó a moverse con lentas figuraciones y policromía en el cenit del quechemarín. Se desplegaba la nube en formas curvas que remedaban focos, velachos y estandartes victoriosos, y en los huecos de azul se desvanecía una gasa de obenques y estáis, resplandecieron de sol blanco picos de arboladura y siguió la nube a sotavento hasta desaparecer confundida en la demás flota del cielo. Dijo el patrón del quechemarín:

—Cuando lo contemos en tierra, nadie lo creerá...

Y un viejo marinero:

—Mañana dudaremos nosotros si hemos visto buque fantasma c si hemos oído canción vieja en la melancolía del vino...

—Ni hubo corbeta, ni pallebote, ni quechemarín —dijo Mr. Goodfellow, avivando el fuego de la chimenea, y añadió—: Todo eso ha sido un sueño de su fiebre. Usted fué recogido casi muerto en el mar Caribe por un barco inglés, que le trajo a Londres, y en el Hospital de Marineros de Greenwich volvió usted a la vida después de dos meses de cuidados y desesperaciones. Tal es el relato que reiteró delante de usted el doctor del establecimiento que nos unió en amistad.

BUSCÓN.—Confesará usted que es un relato impreciso a fuerza de ser breve. Prefiero la imaginación de mi fiebre. ¡Cosa absurda, Mr. Goodfellow, que los hilos de la historia de uno mismo estén manejados por gente extraña! Completaré mi relato en forma que no le dejaré dudas. El quechemarín atracó en diques de Greenwich y fuimos a una taberna yo y varios marineros, más ansiosos de vino cordial que de las cepas... Nadie creyó nuestra historia del buque fantasma, pero se oía como una canción y las mujeres soñaban y asentían... ¡Oh ale-

gría del corazón marinero ahfto de lejanía y de estrellas! Nuestro ímpetu arrojó el tedio de los corazones de tierra, las muchachas amaron como hacía mucho tiempo que no amaban, y los hombres se derretían como el hielo al calor de nuestra sed de amistad. Unos a otros se quitaban de los ruedos de canto y ponían zapateado burlesco a los *blues* del gramófono... Una joven rubia de labios pintados de rojo, cuyo artificio exaltaba el recuerdo de las gracias primaverales, resistía el juramento, no el fruto, de las promesas apasionadas y decía:

Gusta de muchos, fía de ninguno
para remar en tu propio falucho.

En inglés sonaba mejor:

Like many, trust a few
padle at your own canoe.

El viejo marinero incrédulo del quechemarín, con un vaso de cerveza en alto, cantaba esta cuarteta, digna de Omar Kayam:

El mejor de los caminos
para alargar nuestros días
es robarle unas horas
a la noche, mi querida.

En inglés suena mejor:

The best of all ways
to lenthen our days
is to steal a few hours
from the night, my dear.

¡Noche feliz de mi vida, Manuel Antonio, cumplí mi promesa!

LA CONSTITUCIÓN INGLESA

MANERA DE CONVERTIR UNA GATA EN GATO

I

MR. GOODFELLOW.—Hoy tengo que dar a usted una de las principales lecciones de conducta inglesa: saber estar sentados.

BUSCÓN.—¿No es el verbo amar de los ingleses, viajar?

MR. GOODFELLOW.—¡Oh, sentarse en la cubierta de un buque y viajar a través de un libro es delicioso!

BUSCÓN.—¿Y el *sport*...?

MR. GOODFELLOW.—Ésa es otra lección... Al lado oeste del Parque, en los alrededores del Aquiles que conmemora a Byron... No tan cerca... Aquí, en esta alfombra de césped y a la vista de aquel árbol de copa ceremoniosa; traigamos dos sillas... Los latinos no saben divertirse en reposo... ¿Prefiere usted que veamos los canteros de las últimas flores del año? Solamente las andaluzas y las mujeres de la América del Sur tienen algo de esta pasión de las gentes del Norte por las flores... Expresan para nosotros un sol lejano, y desarman el ceño de los hombres como las caras de los niños... ¿Qué libro trae usted?

BUSCÓN.—*The British Constitution*.

MR. GOODFELLOW.—Yo prefiero a Chesterton, aunque es lo mismo al revés... La Constitución inglesa es la más difícil de nuestras lecciones.

BUSCÓN.—Es un canto sin palabras que se enreda y se olvida pronto...

MR. GOODFELLOW.—Eso tiene un punto de humor que me gus-

ta... La historia se mueve y hace y deshace sus normas en vivo... Nuestra Constitución es Nuestra Historia.

Buscón.—Eso es tomar y dejar una analogía donde se quiere... Los pactos son fuentes de historia viva y satisfacen más el sentido común de la política...

MR. GOODFELLOW.—Los latinos no saben hablar en voz baja... Hablemos en armonía con el ambiente...

Buscón.—¡Oiga usted el rumor de la feria de ideas que viene de Marble Arch!

MR. GOODFELLOW.—Bien. Arguyo que los pactos son efectos de teorías, choques de lo abstracto con el mundo real, y producen revoluciones que son enfermedades de la historia...

Buscón.—Déme usted su libro de Chesterton, Mr. Goodfellow... Aquí recuerdo: "El pueblo ha perdido absolutamente la fe en las revoluciones. Toda revolución es doctrinal, como la Francesa y la que introdujo el Cristianismo. Porque es de sentido común que no se puede alterar lo existente, costumbres y compromisos, sin algo que le sea exterior, en que se debe creer, algo positivo y divino. En la última centuria, Inglaterra perdió toda fe en esto. Cree en algo que llama Evolución, y dice: Todos los cambios teóricos han terminado en sangre y en daño. En caso de cambiar, debemos hacerlo lentamente y en seguro, como los animales. Únicamente la evolución natural triunfa. Jamás hubo reacciones conservadoras en favor de las colas". ¿Qué le parece?

MR. GOODFELLOW.—¡Tiene un gran humor, con todo y ser papista!...

Buscón.—¡Pero si habla en serio!...

MR. GOODFELLOW.—Por eso hay que tomarlo a broma... ¿Cree usted, con Rousseau, que la sociedad nació de un pacto y que éste fué alterado y hay que rehacerlo?

Buscón.—*Quite so*, Mr. Goodfellow. La sociedad nació de muchos pactos, y la prueba histórica, de su predilección, refleja en hechos esa tendencia o ampliación de hechos primarios: la revolución americana, y después la francesa, y todo el movimiento constitucionalista de Europa...

MR. GOODFELLOW.—Crisis de historia, las revoluciones que también nosotros podemos lamentar: la cabeza de Carlos I cayó

antes que la de Luis XVI, y el *Gobierno Civil* de Locke precede al *Contrato Social* de Rousseau. A grandes males, nosotros hemos puesto grandes remedios: después de destronar a Jaime II, el *Bill of Rights* y luego el *Act of Settlement* (1689-701) afirman el predominio del Parlamento sobre la Corona; los primeros reyes de la Casa Hannover, que preferimos a la nacional por afinidad religiosa, no pudiendo intervenir en los negocios del reino por ignorancia del idioma, los dejaron en manos de los Consejos de Gabinete, que, desde Walpole, dieron a nuestro sistema original de Gobierno Parlamentario una base histórica...

Buscón.—Perdone que le interrumpa... ¿No fué en el siglo XIII cuando los señores arrancaron a Juan Sin Tierra —que de rabia mordía pedazos de madera, dicen las crónicas— la Carta Magna, primer fundamento de las libertades inglesas? Convendría que usted considerase cómo la historia dramática de Inglaterra prueba que no la evolución continua, sino la revolución periódica ha sido la fuente de su derecho político...

MR. GOODFELLOW.—Eso prueba que la Historia, distanciando los períodos revolucionarios, se ha convertido en evolutiva... Por eso he preferido los orígenes modernos.

Buscón.—Perdone usted otra vez... ¿Puede usted pasarse sin leer los dramas de Shakespeare...?

MR. GOODFELLOW.—Ciertamente, no es compatible con una Monarquía constitucional... Un buen demócrata no debe gustar de la tragedia...

Buscón.—¡Ay, Dios mío...!

MR. GOODFELLOW.—¿Qué le pasa a usted?

Buscón.—Nada, nada... Que me ha pisado usted en uno de mis granos más doloridos... En estos días me preocupa encontrar un nuevo concepto de lo trágico, y estoy por creer que es lo épico; he releído con esta mira las obras de Esquilo, que puede considerarse como un poeta épico... La epopeya no es incompatible con la democracia, ¿verdad?

MR. GOODFELLOW.—Lo dicho... ¡Ustedes los latinos nunca sabrán vivir en paz!

Buscón.—¿No será latino Shakespeare...?

MR. GOODFELLOW.—Desde luego, todo buen inglés... Iba a decir una incorrección... ¿Dónde estábamos? ¡Ah! Le hablaba a

usted del progreso de nuestras libertades políticas... El conflicto entre las dos Cámaras consagró para la de los Comunes por *The Parliament Act* el derecho, que antes sólo se apoyaba en una convención, de prescindir del veto de la Cámara de los Lores a la ley de Presupuesto, la más capital de las leyes para una legislatura. Y esta última conquista, fin de un proceso que empieza en la Edad Media, en que los Parlamentos tenían por objeto limitar y proveer las necesidades del Tesoro Real, termina por convertir nuestra Monarquía en una República de hecho. El mismo Lloyd George, que originó esta acta, anuló por otra la cláusula de la misma que limitaba a cinco años la duración electiva de un Parlamento, extendiéndola hasta el fin de la guerra de su tiempo (1914-18), con lo cual renovaba en cierto modo la magistratura del dictador a que apelaba la República romana en los momentos críticos. En fin, costumbres, convenciones, leyes no escritas y Estatutos pueden ser abolidas por un acta del Parlamento.

Buscón.—Así que podrá muy bien una o varias actas del Parlamento restaurar la Monarquía de hecho...

MR. GOODFELLOW.—Si ese retroceso legal fuese determinado históricamente, no se negaría con ello el espíritu de la Constitución inglesa, ni el fuero mayor de la criatura humana, que es el cambio... Solamente los brutos son dogmáticos... (*P beg your pardon!*)

Buscón.—*Good.* ¡Pues cambiemos adelante!

MR. GOODFELLOW.—Usted piensa mejor que eso... Yo sé que vamos en una dirección que, prácticamente, podemos llamar delantera; mas no veo por qué debemos privarnos de la facultad de movernos en todas las direcciones. La flexibilidad de nuestra Constitución ha permitido también que empecemos a movernos con el espíritu de los tiempos, y pronto nuestra *República* será, si ya no lo es, una democracia, por la extensión creciente de la franquicia electoral. Antes de 1832, fecha del *Acta de Reforma*, los electores que eran nobles, propietarios rurales y corporaciones ascendían tan sólo a unos quinientos mil...

Buscón.—Reconozca usted que el progreso político inglés ha sido de una lentitud de tortuga...

MR. GOODFELLOW.—Hay que ir despacio para hacer las cosas bien...

Buscón.—Estaban bastante mal en mitad del siglo XIX. Los Condados, que sumaban casi toda la población, elegían menos diputados que los burgos casi despoblados; ciudades como Liverpool y Manchester, de cien mil almas, no tenían representantes, y los llamados *burgos podridos*, como Baralston, que tenía una sola casa, y Dunwich, que de siglos atrás dormía debajo de las aguas, nombraban diputados, es decir, los nombraban sus patronos o el Gobierno, o vendían las actas a buen precio a los *nababs*...

MR. GOODFELLOW.—Precisamente, yo quiero demostrar que ahora vamos quizás demasiado aprisa...

Buscón.—Usted dirá.

MR. GOODFELLOW.—Sigo. La revolución industrial, al cambiar el tipo de propiedad y la distribución poblativa, aumentó el número de electores en más de un millón con la *Lodger Act* de Disraeli y las actas de mil ochocientos ochenta y cuatro y cinco; *The People Act* de mil novecientos dieciocho, que redujo a veintidós años la edad del votante, y a diez libras anuales la capacidad rentística exigida (cinco libras para las mujeres de treinta años), elevó aquella cifra a trece millones; y, por último, el acta de mil novecientos veintiocho, que igualó la franquicia de hombre y mujer, arroja un contingente electoral de veintisiete millones, en que catorce son mujeres; con esto y la esperada reforma de las circunscripciones electorales, la adopción de la proporcionalidad, etc., Inglaterra, sin duda, acompaña el movimiento político del mundo...

Buscón.—Cómo le pican a usted las fechas...

MR. GOODFELLOW.—Comprenderá usted que no hay manera de comerciar sin poner marcas a los artículos...

Buscón.—Bien. Yo no hago radicar la diferencia de la Constitución británica en el hecho de que no aparezca de una vez totalmente escrita, ya que todas las Constituciones prevén las condiciones de reforma, que algunas dejan a la vía legislativa ordinaria, lo que viene a dar más o menos en la periodicidad de las actas inglesas. Lo que se llama pactismo es otra cosa, y atañe a las relaciones fundamentales del acuerdo social, que

es lo que las Constituciones llamadas políticas, tan influenciadas por la inglesa, han evitado siempre tocar.

MR. GOODFELLOW.—¿Y eso no le dice nada? El cuerpo social nace ya constituido, es tan natural como el humano, que la ciencia médica no crea, pero somete a régimen.

Buscón.—El cuerpo social se constituye históricamente, como usted ha probado, y las Actas fundamentales de la Constitución inglesa cerraban una tras otra, y más y más, los bolsillos de la nobleza a la mano del Rey, y fueron obtenidas por la fuerza de las armas, con sangre...

MR. GOODFELLOW.—No todas... Serenamente ha de afrontarse la desgracia, pero es locura provocar la desgracia...

Buscón.—Los momentos actuales plantean una lucha inevitable: no hay salida sino pactar antes o después... ¿Qué sería si por la puerta franca del voto llegase a dominar la cabeza del Estado la única razón de su existencia, que es, como dice Aristóteles: "garantizar la vida mejor posible a todos los ciudadanos", y no que vivan muriendo millones de personas a causa de una organización industrial egoísta y absurda?

MR. GOODFELLOW.—Sería o una revolución disfrazada de legalidad (lea usted su Bagehot y el prólogo de Balfour), o una cosa imposible: lo primero sería un efecto de coalición viciosa de partidos en el Parlamento (por la táctica de Parnell, su minoría consiguió la independencia de Irlanda), o serviría de ocasión para revisar el fundamento jurídico del sufragio individual ilimitado —tan dudoso—, y una nueva Acta lo pondría en sus justos límites; lo segundo está probado en estas últimas elecciones de 1924, en que triunfó el partido laborista con sus cinco millones y medio de votos entre siete millones y medio de unionistas y conservadores, por mitad, y tres millones de liberales, fuerzas que han reducido el vencedor a la impotencia en el Gobierno...

Buscón.—Bien, suponga usted que esa hueste de mal ocupados, junto a igual número de desocupados, que hacen la base del laborismo, exigiesen, en pie de guerra, que sus representantes se retirasen del Parlamento después de plantear las bases de un Pacto social en sus líneas más generales...

MR. GOODFELLOW.—Sería una declaración de guerra civil dictada por una minoría, es evidente.

Buscón.—¿Pero no fué un Parlamento Rabadilla el que dió sentencia de muerte contra Carlos I, originando el *Bill de Derechos*? ¿Fué la mayoría de la nación inglesa la que optó por una dinastía extranjera, causa histórica del régimen parlamentario? Precisamente, la Constitución de su país no es más que una consagración de fuerzas triunfantes. ¿Quién podrá negar a la masa obrera el derecho a conducirse como antaño se condujo la baronía? El motivo sería de la misma índole, mejorada: determinar las condiciones de los *Money Bills* con un alcance verdaderamente político, es decir, que totalicen las relaciones económicas de la sociedad. Y este Pacto fundamental es posible...

MR. GOODFELLOW.—Al pueblo no le interesa la política, y el instinto de rango es de los más vitales. El Rey y la aristocracia sostienen la dignidad, el aparato teatral del Estado, y los ministros la parte eficiente. Aquellos símbolos visibles de la persona colectiva, de un brillo sagrado, conmueven su imaginación y su afecto con la fuerza de los hechos simples y eternamente misteriosos del cielo que llena sus ojos todos los días. Toda revolución es un alarde sacrílego y sectario. Claro que el pueblo británico es, por naturaleza, reverencial. Un Rey que reina, pero que no gobierna, una Cámara de Lores que comparte esta función, puramente simbólica, de dominación jerárquica, son accidentes históricos casi peculiares de esta isla...

Buscón.—Ya, ya... Los juicios que aporta Bagehot en su libro, justamente clásico por su finura de estilo y de análisis, para el estudio de ese aspecto étnico, son de una sagacidad alucinante. Después de afirmar que el Gobierno parlamentario sería el peor del mundo si la organización de los partidos, que es su base, respondiese a principios y aspiraciones cálidamente sentidas, concluye: "La mejor manera —siempre comprobada— de dirigir la opinión pública inglesa consiste en afectar una moderación ilógica, pero reflexiva. Es naturalísima, por ejemplo, esta forma de discurso: Sin comprometer juicio acerca del postulado que afirma que 2 + 3 son 5, aunque estoy en libertad de admitir que el honorable miembro por Bradford ha expues-

to muy graves argumentos en favor de esa tesis, yo creo que puedo con licencia del Comité, suponer que 2 + 3 no hacen 4, lo cual es más que suficiente base para las importantes proposiciones que voy a aventurarme a someter a vuestra consideración".

MR. GOODFELLOW.—*Very humorous!* ¡Es un pasaje de Mister Chesterton?

BUSCÓN.—No; del mejor exégeta, que yo admiro sin reservas, de la Constitución inglesa. Continúa en tono gravísimo, digno del mayor crédito: "Los más de los hombres de negocios gustan de esta luz de crepúsculo. Han pasado toda su vida en una atmósfera de probabilidades y de dudas, en que nada es claro, en que para muchos casos hay tan sólo algunas previsiones, en que tanto hay que pensar entre tantos caminos a elegir y en que, en fin, hay que decidirse por uno que no es mejor que muchos de los desechados. Por esto les gusta oír argumentos adaptados a esta niebla forzosa del entendimiento. Lejos de precaverse o inquietarse por los signos de imbecilidad que ostenta un raciocinio, al contrario, se entonan al reconocer en ellos los signos del buen sentido práctico. Se han hecho ricos a favor de transacciones de las cuales no han podido ver el fundamento lógico, y a lo más que aspiran es a tener una distinta, aunque moderada conclusión, que puedan repetir oportunamente; algo que no sientan sólo como razón abstracta, sino disuelta en la vida diaria, etc."

MR. GOODFELLOW.—*Very serious!* ¡Así es, así es! ¡La política es difícil para los doctos, cuanto más para el común de las gentes! Símbolos de reverencia es lo más que necesitamos...

BUSCÓN.—No. Los fundamentos del Pacto a establecer son los mismos del sentido común: el trabajo distribuido y retribuido con justicia. Prácticamente: Riqueza ilimitada del Estado; riqueza limitada de los particulares; pobreza voluntaria. Así constituido el cuerpo social, puede hablarse de analogía con el cuerpo humano, en que la organización vegetativa es básica, y el médico, que lo sería de sí mismo en una democracia, podrá atender y no atacar una obra realmente de naturaleza por medio de las ordenaciones políticas que estime necesarias...

MR. GOODFELLOW.—Pobreza voluntaria. *Very humorous!*

BUSCÓN.—... Y este fácil entendimiento no se opone a la conservación o creación de cuantos símbolos se crean necesarios para la vida espiritual de las sociedades...

MR. GOODFELLOW.—Si es así, ¿por qué no se ha establecido antes?

BUSCÓN.—Porque la historia está hecha de tiempo y éste hace elástica la esperanza del pobre. Los períodos de prosperidad nos hacen confiados y liberales, y el placer de vivir deja inconclusos los pactos promovidos en las épocas de explotación o de miseria. Si mañana, por ejemplo, alrededor de la Mesa Redonda se inaugurase una política colonial de resultados equivalentes a los de su buena época, el Partido Laborista quedaría reducido a menos de la quinta parte de sus adictos, por mucho tiempo...

MR. GOODFELLOW.—Me hace usted pensar, aunque no es mi costumbre... Algo práctico entreveo... Pero hay que estirar las piernas... ¿Se encuentra usted a gusto?

BUSCÓN.—¡Como una pera en dulce!... Me será difícil levantarme...

MR. GOODFELLOW.—Yo le ayudaré... Por lo menos se ha convencido usted de lo agradable que es sentarse al aire libre de la primavera inglesa, tan dulce...

II

Un rumor enorme de voces en habla y en cantos nos envolvía al acercarnos hacia Marble Arch, entre el agitado cauce de los automóviles y Rotten Row, que alguna que otra pareja ecuestre metía en el sosiego de una estampa antigua. Pronto nos encontramos sometidos a la presión de movimientos angulosos propios de una feria. En tono oratorio exaltado, o en el más coloquial, alternando a veces la parte cantada del público, las réplicas que provocaban aplausos o algazara, venían de todas direcciones de aquel seno de Hyde Park y desde plataformas con banderas, sobre millares de cabezas apiñadas, los alegatos de las doctrinas más opuestas o transaccionales en religión y en política.

Las doscientas sectas inglesas, oficialmente registradas, pugnan por ganar los oídos de la multitud por boca de sus misioneros. Un seglar católico, muy bien vestido, cerca de un gran Cristo amarillo en la cruz, demostraba con devociones de San Alfonso de Ligorio los fundamentos del dogma de la Purísima Concepción, respondiendo con desdén a las protestas de señoras cismáticas, ofendidas por los reparos del Espíritu Santo a la naturaleza de su sexo. De una plataforma cercana, un propagandista anglicano condenaba a voces la materialidad pagana de la transubstanciación eucarística. Allí, otro discurría que estando Dios en todas partes no era menester de sacerdotes, sino que los mismos hermanos se administrasen los sacramentos recíprocamente. Temblar a la idea de la grandeza de Dios, era el culto único, y así lo practicaba un cuáquero vecino. Tres judíos auténticos, de gran barba y faz angustiada, turnaban a predicar la resurrección de los jorobados, tullidos y toda clase de personas, con gracia o sin gracia de nacimiento. Pero el orador judío de la Liga Sionista, de cuya plataforma pendía el retrato de Einstein, contestaba enardecido, el puño en la bandera albiceleste, a los impugnadores de la independencia judía; un zumbón del público había dicho: "¿Con todo y el genio de Einstein, es una señal de inteligencia en vuestra raza que todavía esperéis la venida de Cristo?" Y otro zumbón replicó: "Pues no es mayor la de algunas sectas de nuestro país, que esperan la segunda venida". Y un tercero: "¡Para lo que sirvió la primera!" Y un cuarto: "¡Pues no! ¡De la muerte de Cristo viven los pastores!" Entre las dos fogosas plataformas vino a colocarse, adrede, la del *Hallelujah Band*, que de acuerdo con su culto, de un perpetuo dar gracias a Dios, promovió un volar de himnos que el oficiante dirigía abriendo y cerrando la boca al compás de una batuta.

Mucha bulla de jovenzuelos y muchachas, que salían y entraban dando chillidos, se hacía al pie de la plataforma del Mormón que predicaba la santidad de la poligamia. También reunían muchos oyentes los enemigos de los médicos o *Peculiar People*, cuya sola fe en Dios les asegura la curación de todas las enfermedades. Allí los Bautistas, que predicán el restablecimiento del bautismo en el pleno juicio de la edad

adulta. Uno cerca de otro, naturalmente, el portavoz de los Humanitarios, que niegan la divinidad de Cristo, o el de los Socinianos o Unitarios, que niegan, además, el dogma de la Trinidad católica. Numerosas tribunas de la *Church of England*, *Nonconformists*, *Methodists*. Doctrina para curiosos, que casi ven por los ojos cómo un Swedenborgiano viste y desnuda los ángeles de ambos sexos, los casa luego de un noviazgo picante, los pasea y les hace revolotear alrededor de sus devotos en la tierra. Allá los *Ranters*, cuya oración consiste en saltar y darse las manos en una bienvenida inacabable. Más cristianos de todas las clases y manifestaciones inesperadas. Calvinistas, que niegan la real presencia de Cristo en el pan de la última cena con los apóstoles; y sus contrarios los Arminianos. Los *Cristianos*, que aborrecen otro adjetivo y los que resaltan su variante briosamente, como los Universales, los Hermanos Creyentes, los Cristianos Israelitas, los *Christadelphians*, y el triángulo cristiano de la ley seca: *The Temperance Men*, *The Teetotalers* y *The Blue Ribbon Army*; los Eclécticos, los Progresistas, los Eliasistas, y los Espiritistas, Teósofos y Antiviviseccionistas; sectas todas que se multiplican a expensas de un prefijo magnánimo o de nacionalidad, por ejemplo: *Welsh Wesleyans* o *Welsh Presbyterians*, y *Nuevos* o *Libres Welsh Wesleyans*; *Church of Scotland*, y su relativa libre, independiente o recreativa. ¡Ah!, olvidaba, y es muy importante, recordar a la *Anglo-Israel Identity Society*, allí representada, y que a través de un complejo y veraz tejido hermenéutico ha logrado probar que la misteriosamente desvanecida tribu de Judá vino a poblar, en remotos tiempos, aunque de un modo provisional, las Islas Británicas; y, es claro, tienen mucho dinero, cuentan con muchos adeptos y, en cumplimiento de las profecías, harán de Israel la cabeza del mundo.

Algunos Librepiensadores, apartados del clamoreo evangélico, se debatían en medio de un denso auditorio hostil, pues nada menos que pretendían substituir la Biblia, tan fecunda en bellas doctrinas, por la nebulosa de Laplace y el sistema de Copérnico. Pronto eran flanqueados por misioneros que impondrían oír con sus cánticos las falacias del maligno.

Diseminados propagandistas de Esperanto, Naturismo, Pro-

tección de Animales, y hasta de Taquigrafía, robaban pasajera atención de los transeúntes, interesados más en la discusión ardiente de lo divino y de lo político. Liberales, Conservadores y Laboristas reunían numeroso concurso en la feria.

MR. GOODFELLOW.—¿Por qué no alquila usted una tribuna y defiende el Pactismo?...

Buscón.—¡Bien que me temo quedar en este círculo del Paraíso!...

Entre una plataforma Sindicalista y otra Guildsocialista, cuyo programa sería el de un socialismo de corporaciones o sindicalismo de Estado, se alzaba una plataforma con este rótulo: Liga Distributista. En actitud modesta, el poeta Chesterton, la cabeza rizada de un apóstol de Chartres, escuchaba con una calma benigna y sólida las razones que Bernard Shaw lanzaba a todos lados con el barrido jovial de sus barbas postizas. El público se agolpaba en torno al refidero y aplaudía alegremente las sorpresas del diálogo.

SHAW.—Cierto, hay que empezar por el problema de la distribución de la riqueza, que hoy, bajo el sistema llamado capitalista, es la más monstruosa de las anomalías. Mr. Chesterton ha rechazado el Socialismo nominalmente, sin duda por tratarse de una palabra más bien estúpida. Pero dice ser un distributista, que, en nuestros días, vale tanto como ser un redistributista; así, que, por su propio camino, ha llegado al punto en que yo le esperaba hace tiempo... (Risas). ¿No estamos de acuerdo, pues?

CHESTERTÓN.—Señoras y señores, yo no estoy de acuerdo con Mr. Shaw. Nadie que no sea un loco puede negar que la distribución de la propiedad en el mundo moderno es una monstruosidad y una blasfemia. De acuerdo en esto. Pero Mr. Shaw, con la astucia que le caracteriza, escamotea una frase peculiar, como sabemos todos, de la doctrina colectivista, a saber: "que los medios de producción deben pertenecer a la comunidad". Hasta donde es posible, dada la condición humana, yo desearía que la comunidad —o como acostumbremos a decir en viejo lenguaje inglés, los Comunes— sea dueña de los medios de producción. No hay dificultad en cuanto a la nacionalización de servicios, transportes, correos y aún minas. Yo no puedo creer que

Mr. Shaw identifique el Estado que nos provee de franqueo postal y de polizontes, con la comunidad. Mr. Shaw conserva, y me alegro, el suficiente desorden de sentido común para percibir que los vastos sistemas, dotados de la mayor precisión y competencia, por medio de una complicada organización de empleados e instalaciones, son, finalmente, regidos por unas pocas personas. Lo que sin duda Mr. Shaw quiere decir es que los productos, y no el control de los medios de producción, vengán a dar al pueblo: es decir, que si todos los ciudadanos tienen simplemente una igual participación en la renta del Estado —como quiere Mr. Shaw—, no tendrían control de ninguna clase sobre el capital. El Distributismo se propone, por el contrario, poner en manos de los ciudadanos, y por ende de la comunidad, el control real de los medios de producción. El hombre que posee un pedazo de tierra lo controla en un directo real sentido, es dueño realmente de los medios de producción; y del hombre que posee herramientas o trabaja en su propio taller, también puede decirse que es dueño y controla los medios de producción.

UNA VOZ.—¡Eso es dejar las cosas como están!...

CHESTERTÓN.—¿Es ya todo ciudadano dueño y señor de alguna propiedad? En resumen, toda esta teoría de una distribución mecánica absolutamente igual, depende de un uso especial de la voz pasiva. Es fácil decir que la propiedad debe ser distribuída; pero, ¿quién es, como si dijéramos, el sujeto del verbo distribuir? Se supone que el Poder central será siempre justo, sabio y sano en su función distributiva, y representativo de la conciencia de la comunidad que lo ha creado. Yo lo dudo. Nosotros decimos que debe haber en el mundo una gran masa de esparcidos poderes, privilegios, límites, puntos de resistencia, de modo que la comunidad quede a salvo de la tiranía...

UNA VOZ.—¡Eso es la vuelta al Feudalismo!

CHESTERTÓN.—¿Por qué no volver atrás por las cosas buenas perdidas u olvidadas y seguir adelante?... Esto me parece de buen sentido. ¿Hace falta probar que la posibilidad de la tiranía es permanente en un Estado absolutista? No es difícil. Tan pronto como un grupo o grupos de ciudadanos se conduzca de un modo que parezca anticívico al grupo gobernante, la

negación de recursos, el destierro, etc., cortarían la nefanda disidencia...

UNA VOZ.—¡Por eso Trotsky vaga desterrado de Rusia!...

CHESTERTÓN.—... Mr. Shaw construye abstractos diagramas de triángulos, cuadrados y círculos; nosotros intentamos pintar el retrato del hombre, que necesita ciertas clases de propiedad, ciertas clases de afección local, y no quiere ser feliz si no posee las cosas que desea. En este sentido aspiramos a que la comunidad sea dueña de los medios de producción. Mr. Shaw propone la distribución de la riqueza. Nosotros proponemos la distribución del poder. (Grandes aplausos).

SHAW.—Si este paraguas no fuese de mi señora y esa cabeza no fuese de Mr. Chesterton, la hubiera golpeado alegremente en algunos pasajes de su discurso... (Risas).

CHESTERTÓN.—Señoras y señores, anoten las ventajas de la propiedad particular generalizada y su control. (*Cheers*).

SHAW.—Sus conceptos económicos son anticuados. ¿Qué es el capital? Se lo voy a enseñar. Es reserva de alimentos, que, si yo no los empleo en hacer trabajar a otro por mí, se pudren. Estos mismos días el Gobierno ha tomado cuatro millones y medio de libras en concepto de derechos de herencia dejada por un millonario. Este hombre había hecho su fortuna con el trabajo de obreros calificados a quienes pagaba veintiséis chelines por semana, después de varios años alternados con jornales de hambre, paros forzosos y otros beneficios liberales. ¿Puede alguien que no sea un cínico juzgar razonable esta distribución de la riqueza entre sus productores?

VOCES.—¡No! ¡No! ¡No!

SHAW.—De acuerdo. Hay que establecer que persona alguna pueda vivir en una comunidad —en que la renta igual será la ley, efectivamente— si no tira por su propio peso en la barca social. Que nadie produzca más de lo que consume, para que no acumule reservas con que vivir del trabajo de los demás. Que cada uno devuelva con su trabajo lo que toma del común, que nadie pueda vivir en la pereza, de lo cual se enorgullece en nuestros días. ¿Hay alguna insuperable dificultad en penar tales parásitos como a malhechores, o se diferencian de éstos en alguna manera?

Aplausos, bravos, apretones de manos al orador y gran rebumbio. El escritor católico Hilario Belloc pidió que se tomasen las manos en cadena circular, improvisó una canción de carmañola y pronto giró como un torbellino alrededor de Chesterton, que permanecía en su columna dulcemente impassible. La voz de Belloc destacaba una sentencia entre las vueltas cantadas:

BELLOC.

Nuestra Civilización
se yergue sobre carbón.

RUEDA.

Cantemos a nuestra
Civilización
sin alma, escombrera
de condenación.

BELLOC.

Nuestra Civilización
se yergue sobre carbón.

RUEDA.

En mar de petróleo
pronto flotaré
y un hurra de nuestra
garganta saldrá.
Pronto nuestro llanto
podremos secar,
y nuestras fatigas
por fin, fin tendrán.
En mar de petróleo
muerta flotaré,
¡y tres fuertes hurras
de nuestra garganta saldrán!

Sintióse de pronto el avance de una banda marcial. Clarines y estandartes ayudaron al sol a romper la neblina, y una luz verdense corrió sobre los árboles y la muchedumbre al revolverse el cenit de oros, plumones y sonoridades. Cesó la música y redoblaron los tambores haciendo un fondo de silencio a la voz de mando, arenga o fulminación que el capitán en jefe de

aquella fuerza, alto, de perfil duro, se adelantó a lanzar en grito, de esta manera:

CAPITÁN.—“¡Soldados de Cristo! ¡No descansemos en la victoria! Un descanso en nuestra marcha triunfal sea cada una de las batallas que damos al enemigo! ¡Que los cañones disparen granadas de evangelios encendidos contra las filas de los esclavos del Diablo! (Vosotras, hermanas, a curar los heridos con los bálsamos de la caridad cristiana). Y vosotros, soldados de Cristo: ¡¡Avanzad!!”

Si puede haber una mezcla de sonrisa celestial y mefistofélica, su expresión sería la más fiel para dar la del rostro del caudillo al terminar su arenga, que fué acogida por la tropa con voces de: ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

BUSCÓN.—¿Qué es esto, Mr. Goodfellow?

MR. GOODFELLOW.—El Ejército de Salvación.

BUSCÓN.—¿Algo así como el modelo que presentarán ustedes a la Conferencia del Desarme?...

MR. GOODFELLOW.—Ciertamente, son algo ridículos, pero hacen mucho bien... Ya ve usted, el pueblo los siente...

BUSCÓN.—La fuerza de los símbolos, ¿no es eso?

MR. GOODFELLOW.—Bueno, amigo, basta por hoy de Constitución inglesa... Vamos a tomar té, que ya pasa un poco de la hora...

Y salimos por la avenida central sorteando las innúmeras parejas de muchachas y soldaditos rojos, las pifias de controversia y los ruedos corales que musicalizaban la niebla en torno de la llama del día moribundo.

III

En una de tantas casas de té de precios populares, de una suntuosidad inesperada, lámparas, columnas, alto césped de alfombra y confort de gran tono, atendidos solícitamente por una joven a cuya belleza prestaban mucha distinción la cofia, el delantal y el comentario de los violines, habíamos ya sorbido la primera taza de té, cuando un tirón del alma hizo atrás a Mr. Goodfellow y una cortina de pesar obscureció su rostro.

MR. GOODFELLOW.—Perdone usted —dijo—, pero el recuerdo de un crimen ha venido a turbarme, y sentiría que también la tolerancia de mi persona por usted...

BUSCÓN.—¿Qué le pasa a usted, Mr. Goodfellow? ¡Un crimen!

MR. GOODFELLOW.—Sí, un crimen...

BUSCÓN.—Yo no lo creo... Aun así me resultaría usted muy tolerable, pues me gusta conocer de crímenes.

MR. GOODFELLOW.—¿Recuerda usted un episodio insignificante —como todos los de mi vida de oficina y vacaciones de pesca de caña o *golf* de agujeros (sin olvidar los santos servicios)—, recuerda usted la última vez que charlamos al calor de una buena lumbre en mi casa?...

BUSCÓN.—Hará unos dos meses... Un viejo *whisky*, relatos de la vida de su abuelo, armador y después aventurero... Se oía soñar en voz alta a los árboles del jardín... Dejamos correr un silencio para gozar nosotros del placer del caminante que ha encontrado en la noche un hogar... Lo interrumpió su señora para decir que no hacía vida con los ratones que habían invadido la casa. Un gato es la solución, dije sin gran esfuerzo. Y en este instante, casi por conjuro, apareció el animalito con aires de viejo conocido de la casa, donde, sin duda, había pasado el día; onduló debajo de mi mano, hizo elogios visibles del fuego, levantó el rabo y usted se rascó la nuca...

MR. GOODFELLOW.—Porque no era un gato. Después que usted se fué pude convencer, no sin dificultad, a mi señora de que no podíamos echar a la calle al animal en aquel estado... Esperaríamos que se fuese... Pero no se fué... Y a los dos días dió a luz siete gatitos, de los cuales, cinco, no lo eran... Y mi mujer empezó a multiplicar por siete y salían treinta y cinco, y luego cuarenta y tantos, y decía: “¡Pues buena la hemos hecho! Prefiero los ratones, que, asustadizos, no parecen más que uno o dos por casa, y se les mata con arsénico o con una zapatilla. Morirán los gatillos también. ¡Recién nacidos, ni se dan cuenta!” “¡Matar a esos inocentes!”, repuse, y conseguí tregua por el tiempo de crianza. Y ya entonces concebí la idea criminal que llevé a cabo hace poco. ¿Quiere usted creer que la madre, mientras les daba de mamar, nos envolvía con una mirada dolorosísima? No era que pidiese lástima, ni que acusase por la

crueldad de los planes presentidos. Se leía bien en sus ojos que decía: Cinco de mis hijos tienen que morir, como siempre... Tienen que morir...

Y se le retiraba la luz de los ojos como si la vida se le aflojase en el cuerpo. Los hijuelos me conocían todos. Gateaban por mis piernas y brazos, y a veces, desde un hombro, querían succionar los lóbulos de mis orejas. Era entretenido observar la gracia de sus trezados gimnásticos y la inteligencia de sus travesuras, y triste leer en los ojos de la madre: No saben que su alegría es inútil...

Y una noche, con mi *auto*, fuí distribuyendo el exceso de la prole. Una gatita, en el jardín del reverendo Watson; otra, en el porche del Dr. Hynes; otra, en la Kindergarden School; otra, en el jardín de Miss Stanley, y otra, en el coche de una duquesa, que fué el expósito de principios más románticos. Mi sobrina de Darham, de vacaciones en casa, les ató al cuello una tarjeta con la fórmula: "El quinto no matar. Repartid la cría en su hora".

La madre gemía por toda la casa, y sus ojos ni acusaban ni preguntaban. Su angustia no tenía objeto ni límites. Había que terminar el plan de un modo implacable. Y otra noche de lluvia la dejé detrás de una valla, en las inmediaciones de Rochester, a una distancia desorientadora de cincuenta millas. No ha vuelto.

De los dos gatitos, uno hubo de sortearse entre veinte amistades que lo querían, y el otro, *Thirteen*, vive con nosotros, feliz y olvidado de su origen. Por este proceso he convertido una gata en gato, y a pesar de que mi mujer habla risueñamente de patentar la fórmula, sé muy bien que una mancha nueva se ha extendido en la luna de mi melancolía.

Buscón.—Lleno de gracia está su crimen, Mr. Goodfellow; y a su inquietud de sentirse ridículo —que leo en sus ojos— opongo la piedad de aquel héroe fuerte del Mahabharata, que se disponía a renunciar al cielo como no le hubiesen permitido la entrada con su perro...

Entraron entonces a la sala unas gentes verdaderas de la India, y los turbantes de los hombres y los mantos azules de las mujeres poblaron el aire de la fantasía de los cuentos, a

pesar del *fox-trot* con que la orquesta rompió a tocar en seguida. El alma de Mr. Goodfellow, voluble como la superficie de un lago, le salió al rostro casi en ganas de aplaudir:

MR. GOODFELLOW.—Aquél parece un Maharajah, por la riqueza del broche que brilla encima de su frente. Las mujeres, son más bellas soñadas... Sin duda pertenecen al séquito de los príncipes y altos dignatarios que asistirán a la Conferencia de la Tabla redonda...

De repente, Mr. Goodfellow cogió a toda prisa el sombrero y el abrigo, y exclamó, disponiéndose a salir:

MR. GOODFELLOW.—Voy en busca de Mr. Chesterton... *I've got an idea!*

BUSCÓN.—¿Qué idea, Mr. Goodfellow?

MR. GOODFELLOW.—Una nueva política colonial... *Good bye!*

Lo que ocurrió un mes después por inspiración de Mr. Chesterton sin duda fué un gran hecho histórico, de la importancia del descubrimiento de América, si se quiere; pero que, como éste, no mejorará en grado muy apreciable la esencia ética del hombre. De extraordinario pasó a ser ordinario al caer en la memoria, y no merece más desarrollo que el de incidencia en alguna de nuestras conversaciones próximas.

BUSCÓN, REY LUBOLO

BUSCÓN, REY LUBOLO

(Comedia africana en tres cuadros)

- I. CANDOMBE DEL RECONOCIMIENTO.
- II. EL PARAISO PERDIDO.
- III. LA SENTENCIA.

*Moins le blanc est intelligent, plus le
noir lui paraît bête.*

ANDRÉ GIDE. "Voyage au Congo".

I. CANDOMBE DEL RECONOCIMIENTO

MOBONGO, *viejo negro; de más
de cien años.*

ÑA TOMASA, *su nieta grande.*

WANDA, *mulatita hermosa.*

ZIPITRÍA, *secretario doctor.*

SETEMBRINO, *consejero.*

SERAPIO, *consejero.*

KABINDA, *lubolo compadre.*

UYANDE, *jefe canibal.*

BUSCÓN, *aventurero idealista.*

LUBOLOS CRIOLLOS.

TAMBORILEROS.

LUBOLOS INDÍGENAS.

CANÍBALES PINTADOS.

[Interior de choza]

MOBONGO.—Tenga consuelo, niña. No sea romántica. ¿Hemos venido a la patria después de tantos años para llorar?

ÑA TOMASA.—El romántico eres tú, viejo, por habernos traído a esta tierra de salvajes.

MOBONGO.—No nos entenderemos jamás... Si no hubiese muerto tu marido en la travesía, cómo sería feliz al respirar el aire nativo. ¡Y tu misma sangre, Tomasa, tendría un eco alegre del manantial, en la peña de la raza!... Murió el alegre yuyero... ¡Qué gran borracho era!

ÑA TOMASA.—Abuelo, por viejo que sea no le consentiré que falte a la memoria de mi esposo.

MOBONGO.—Si lo elogiaba, nieta grande...

ÑA TOMASA.—Aun estaría vivo si asentamos en Liberia, como él quería, frente al mar de mi tierra americana... ¡Ay de mí!

ZIPITRÍA.—Yo también era de esa opinión. En la capital de esa república honra de la raza, en la Monrovia alegre, habríamos sido felices.

ÑA TOMASA.—Son morenos civilizados. ¡Hablan inglés y se tapan las vergüenzas como Dios manda!

MOBONGO.—¡Habéis olvidado la tradición que pone cerca de allí los mandingas, que vendieron a nuestros padres y a mí, criatura, como esclavos?

KABINDÁ.—Igual correrían a esta región de los lagos, si fuese permitido ahora mercar nuestra carne...

ÑA TOMASA.—(*Canta y mima*).

Lingo, lingo, lingo,
linga, linga, linga
que ene tiela den balanco
se cabó len dipotima!

MOBONGO.—(*Autoritario*). ¡No se hable más bozal de Castilla! (*Tierno*). ¡Qué piensas, Wanda? ¡No estés triste, si eres tan linda, mi alegría! ¿Te arrepientes de haber venido?...

WANDA.—No... Sin duda es el Paraíso perdido, donde ahora vivimos... Yo aún estoy en un sueño, abuelo... Mis ojos ven mejor, como si estuviesen hechos para este cielo... Sería feliz si una lucha de sombra y luz no dificultasen el salto limpio de mi sangre.

KABINDÁ.—La familia rica de tus hermanos de leche, despertó demasiado tu afán de salir de la bajeza de nuestra clase, her-

mosa Wanda... Tu abuelo de padre fué blanco, y desdeñas mi amor de moreno... (*Con ira*). ¡Sin embargo, la sangre es roja en todos los hombres, Wanda!

ÑA TOMASA.—Déjese de dotoradas y no sea compadre. ¡No faltaba más! Mi hija se casará con quien le venga en gana. ¡No le hubieran faltado buenos partidos en América por su talle y su gracia en el baile, si no les hubiese dado la locura de traernos con engaño a este paraíso de los demonios!

MOBONGO.—Calla, nieta grande. ¡Te echaré a los leones de la selva si continúas en tu conducta! ¡Renegada! La envidia del extranjero las perderá del todo, y un día no serán ni blancas ni negras.

KABINDÁ.—¡Habla bien el abuelo! ¿Qué dice ahora Ña Tomasa?

ÑA TOMASA.—(*Alzando una escoba*). ¡Qué digo? ¡Espiantá, piojito, que te atrapa el peine!... (*Risas de todos y esguinces de Kabindá*).

MOBONGO.—Haya paz y alegría... Ve afuera, Kabindá, y vengan los consejeros para la reunión... Tomasa, traé mi casaca de cachupín.

Tomasa da un barrido y coloca los sitiales de lado y dos zaleas por delante. Entran cuatro lubolos, que visten zaragüelles rojos, camisas blancas y grandes sombreros de paja. Zipitría reaparece de dotor, con levita, chaleco blanco, medallas en el pecho y sombrero de copa. Mobongo, que se ha puesto su casaca verde, lleva de la mano a Wanda a uno de los sitiales y se sienta en el de la izquierda. El secretario dotor permanece a su lado, en pie.

ZIPITRÍA.—Informo, jefe, que de un momento a otro llegan los representantes de nuestro antiguo clan a celebrar el candombe del reconocimiento... Un grupo de los nuestros, con tantanes y masacallas, se adelanta a recibirlos... Nos toma un poco prevenidos la visita...

ÑA TOMASA.—(*Interrumpe*). Mandinga ha metido la cola en esta casa y no puede estar más arruinada... Empecemos por nuestro patrón San Benito... Comprémosle una alfombrita... La que tiene ya no resiste pisada...

MOBONGO.—(*Medita*). Se comprará, se comprará.

CONSEJERO.—Opino que debemos dejarnos de fanatismo.

ÑA TOMASA.—Sí, viejo Setembrino. Ya es hora de que largues los dientes de ajo del bolsillo, porque despides un olor del demonio... Hay que hacer unos trajes de diario para las muchachas...

CONSEJERO.—Opino que debemos dejarnos de trapillos inútiles. La salud y la economía están de acuerdo en esto.

MOBONGO.—Me parece bien, me parece bien...

KABINDÁ.—La alegría y la belleza también. Wanda estaría mucho más hermosa desnuda.

ÑA TOMASA.—¡Eso quisieras tú, zafado! Ni yo ni las muchachas hemos perdido la vergüenza todavía, gracias a Dios.

KABINDÁ.—Por lo que hace a usted no insisto, Ña Tomasa...

ÑA TOMASA.—Afilate ro más. ¡No se hizo la miel pa boca de burro!...

KABINDÁ.—Si yo fuese un canibal, no digo...

ZIPITRÍA.—¡Orden, orden! Habrá que comprar una campanilla, jefe...

MOBONGO.—Se comprará, se comprará...

ÑA TOMASA.—(A Kabindá). ¡Pa largártela por la cabeza, compadrito!

CONSEJERO.—Opino que Ña Tomasa debía ir a la cocina y preparar una chatasca. Nos chuparíamos los dedos de gratitud.

ÑA TOMASA.—Un guisito haría yo con tu charque, viejo Serapio, pa los caranchos.

MOBONGO.—¡Cállate, demonio; si no, te mando echar a los leones!

ÑA TOMASA.—(Contra Kabindá). ¡A ver los leones, ande están! ¡Quién se atreve!

MOBONGO.—(Autoritario). ¡Kabindá: andate al fondo a rascar la guitarra!

KABINDÁ.—(Al salir, a Ña Tomasa). ¡Adiós, bacante!...

ÑA TOMASA.—(Atónita). ¡Qué me ha querido decir ese arras-trao?

ZIPITRÍA.—(Docto). El voquible tiene varias "excepciones". En este caso creo que te ha comparado a una bailarina macaré... Debíamos invitar algunas pa la fiesta, jefe...

MOBONGO.—Bien; eso no cuesta nada. Que se inviten. Ahora dejemos la cuestión femenina.

CONSEJERO.—(Frotándose las manos). ¡Pa qué, jefe! ¡Es una cuestión linda!

MOBONGO.—Cállate, Serapio.

ÑA TOMASA.—Sera-pio-joso.

MOBONGO.—¡Orden, orden!

ZIPITRÍA.—Sigue el orden del día, jefe... Hacen falta sillas...

MOBONGO.—Se comprarán..., se comprarán...

ZIPITRÍA.—Los sillones del trono están comidos de polilla y deshilachados... Convendría hacerles unos forros baratitos...

MOBONGO.—Se comprarán..., se comprarán...

ZIPITRÍA.—Habrá que convidar las visitas, y no hay caña ni guindado.

MOBONGO.—Que se compre inmediatamente.

WANDA.—(Con alegría). ¿Oyen?

Borocotó, borocotó, chas, chas...

Borocotó, borocotó, chas, chas...

Insinúan todos un movimiento de cadencia con el son distante. Los negros han tirado la raja de su boca y la carne del coco blanquea de risa. En el centro, los brazos a la orangutana, sacude las nalgas y canta:

ÑA TOMASA.—¡Oyé, ye, yumba! ¡Calun, gan, gue!

Wanda y los demás se ríen y baten palmas, mientras se descorre todo el fondo de la carpa y domina el aire libre. Grupos de chozas, algunas en construcción, palmeras, tunas, bosque y sierra lejanos. Aclamaciones.

Todos.—¡O-lele! ¡O-lele!

Mobongo, en pie, sirve de eje al despliegue. Zipitría se ata una piel con cascabeles a la cintura, y, la escoba en alto, se pone al frente de las evoluciones. Tamboriles de barrilete cónico y masacallas repártense a los lados.

Borocotó, borocotó, chas, chas.

Borocotó, borocotó, chas, chas.

Pliegan los giros en media luna delante del jefe. Vienen negros de comparsa lubola y de una tribu indígena, desnudos, taparrabos de piel los hombres y hojas de bananos las mujeres, plumas en la cabeza y adornos de mota y tonsuras. Los indígenas se destacan por pares y ondulan rítmicamente ante el patriarca, que alza el bastón y canta:

MOBONGO.—¡Calun-gan-gue!

Todos.—¡Oyé-ye-yumba!

La apariencia de desorden crece. Wanda y Kabindá, ya en las puntas de la media luna, ya en el centro, conjugan sus giros, expresan el esfuerzo por despegar los pies de la tierra, se inclinan para caer adelante la una, y el otro hacia atrás, reaccionan en un salto lateral igualmente contrario, se yerguen y sacuden pecho y nalgas con estremecimiento eléctrico.

Borocotó, borocotó, chas, chas.

Borocotó, borocotó, chas, chas.

MOBONGO.—¡Oyé-ye! ¡Suspendan el rito!

Todos.—(Al parar). ¡Yum-ban-bé!

MOBONGO.—¡Un traidor se ha colado en nuestras filas! ¡Ni huele ni baila como nosotros!

Ronda catonga
catinga
Mandinga
lo coma!

Griterío y corrida de husmeo acogen estas voces. Pronto sacan por los brazos a un negro alto y vestido de dril, que no resiste.

WANDA.—¡Pero si es el poeta del barrio Reus! ¡Por eso mi alma estaba triste y alegre! ¡No te acuerdas de Wanda, querido Buscón?

BUSCÓN.—No te reconozco, hermosa Wanda... Sin duda, me confundes...

WANDA.—No, no. Eres tú, eres tú. ¡Ay qué alegre estoy! ¡Tú no eres negro!

BUSCÓN.—Yo soy negro de pies a cabeza.

KABINDÁ.—(Rencoroso). ¡Se conoce en el acento! Juro que es gallego!

BUSCÓN.—¡Bien se conoce que acabáis de llegar de América después de una ausencia de siglos! Pero en el tiempo que lleváis en vuestro mundo de origen, ¿no habéis oído muchas hablas? Claro que también el gallego es africano. ¿Sabéis dónde empieza y termina el continente? ¿Sabéis que África conquistó a España y muchos de los nacidos allí, sobre todo los gallegos, son tan negros como vosotros, que habéis nacido en América? Los gallegos, padeciendo la misma esclavitud, se os parecen punto por punto en sufridos, llanos y alegres, y, a mayor abundamiento, recordad que Santiago, patrón de la capital gallega, fué caballero Mata-moros y mandingas!

KABINDÁ.—¡Al agua! ¡Al agua!

MOBONGO.—Sí, la prueba del agua es la mejor.

MUCHOS.—¡Al agua! ¡Al agua!

WANDA.—Yo soy la reina. ¡Yo lo protejo! ¡Es mi amigo y, por tanto, amigo nuestro!

Todos.—¡Al agua! ¡Al agua!

Ha vuelto Ña Tomasa con una dornaja. Inclinan a Buscón, que se resiste, y le friegan la cara con estropajos empapados en agua.

WANDA.—(A punto de desmayar). ¡Adiós, ilusión mía!

ÑA TOMASA.—(Que friega). ¡Cada vez queda más negro este marrano!

MOBONGO.—(Imperativo y alegre). Gué... ¡Queda probado que negros y gallegos somos iguales! ¡Buscón es negro lubolo de nacimiento! Vamos a tajar el asado con cuero a la criolla que preparó Ña Tomasa, y bebamos y bailemos para celebrar los reconocimientos.

Se dispersan y quedan Wanda y Buscón solos.

KABINDÁ.—(Antes de irse, con rabia). ¡A mí no me la pegás, galaico!

WANDA.—¡Andá no más, compadre!... Dime, Buscón, tú eres tú..., ¿verdad?

BUSCÓN.—Yo no sé, Wanda... Después de la prueba del agua, no hay duda que soy negro... ¡Yo no lo sabía, te lo juro! ¡Ha sido un verdadero milagro!

WANDA.—Pero tú has puesto una parte del milagro. ¡Tú eres tú! ¡Estoy segura!

BUSCÓN.—Siempre sucede así con los milagros: el hombre empieza y Dios termina. Cierto es que yo me he pintado ya de varios colores, como es la bella costumbre de estas tierras; pero no creí jamás quedarme fundamentalmente negro. ¡Me asombro!, pero estoy alegre del suceso.

WANDA.—¡Triste corazón mío! Yo amanezco y tú obscurces... ¡el sol y la luna se buscan y se huyen! Di cómo fué venir tú al mundo negro.

BUSCÓN.—En la luna se conciertan la noche y el día, Wanda. Bien. Yo vine aquí de vacaciones de civilización europea, en crucero de gente rubia y frívola que dejó Liverpool con destino al África inglesa. Anduve ya muchas latitudes, y hoy fuí arrasado aquí en el compás de unos tamboriles de lubolos, flujo romántico de días montevidéanos. Y vosotros, ¿en qué sueño habéis venido?

WANDA.—Un rancio afán de la sangre, primero, y la ocasión una lotería de Reyes Magos, que tocó repartida en la nación lubola. Hubo disputa y gresca en cuanto al mejor disfrute en común de la fortuna, y triunfó el disparate...

BUSCÓN.—No lo es, Wanda, sino cosa admirable.

WANDA.—(*Remirándole*). ¿Por qué te volviste negro, Buscón?

BUSCÓN.—Ya te dije: para eludir mejor los riesgos de la extrañeza y, sobre todo, que me confundan con cualquiera de los europeos que profanan los inocentes espacios donde aún tiembla la mano creadora de Dios. Pero sigue tu cuento.

WANDA.—Hemos asentado en varias partes: no lejos del último lago quedaron algunos, aliados con los cabirondos; otros, al poderoso Tippto-Tip, en la selva virgen del Congo; otros, en Unyayembé; en las montañas de Kivú, al Sur, tenemos familias con ganados, y ligamos las tribus con lo que sabemos de cocina, de labranza y de horno... ¡Ay, Buscón, si me vieras con unos trajes lindos de señora que me hicieron para las fiestas de entonces! (*Bajando la voz*). El viejo cachupín negro ha caído en avaricia de oro, que amontona para llevar adelante su locura... Tiene hechizados a los demás, que ayudan ese ideal de degradación de la raza con la porción de su suerte... (*Mira a*

todos lados). Yo, y pocos más, conocemos las tretas del mapa de hoyos donde yacen miles de libras esterlinas.

BUSCÓN.—¡Calla, Wanda!...

WANDA.—¿Quieres huir conmigo? No se darán cuenta sino muy tarde... ¡No te apartes de mí! ¡No soy una sierpe! ¡Créeme: yo amo a esta pobre gente con toda mi alma! He tratado de cambiar su idea en vano... Un espíritu secular de sufrimiento les da una dureza invencible para llevar con buen humor cualquier vida miserable... Van al desastre como fieras... ¡Ciegos! ¡Ciegos! (*Llora*). ¡Amigo mío! ¡Amigo mío! ¡Sálvame!

BUSCÓN.—¡Pobrecita Wanda! No eres una sierpe sino cuando bailas... ¡Pobrecita sierpe de colores reñidos! Cálmate. Vencerá el color de más peso en ti...

WANDA.—(*Inocentemente*). He obscurecido en estas tierras de fuego, es verdad, como tú...

BUSCÓN.—Entrarás en la noche de luna de tu raza maravillosa... No hay criatura humana que baile todavía en la mano de Dios si no es la negra... El espíritu de inocencia se ha perdido en el mundo, pálido de fatiga y de vileza... Quema su corazón el negro en el combate de muerte o de amor... Baila, canta, es un pájaro ebrio de fantasía divina. Una maldición sin cura cae sobre quien lo hiere cobardemente. Dichosa tú, Wanda, que tienes ya la mitad de la sangre redimida de tristeza.

WANDA.—(*Ensimismada*). No entiendo tus palabras... Rumor de árbol de sombra agradable. (*Pausa*). ¡Pido a Dios que no te odie un día!

BUSCÓN.—Recuerda, Wanda, el refrán negro: "Por mucho tiempo que esté en el agua una tabla, nunca será un cocodrilo".

WANDA.—Las gentes educadas se imitan unas a otras, y eso basta.

BUSCÓN.—Por eso no son educadas...

Alaridos y saltos garabatean la tersura de lago de la tarde, entre las chozas y las palmeras. Suenan el goudugoudou con ritmo de penetración lejana y angustiosa. Máscaras terribles, desnudas, yerguen escudos y lanzas. Son caníbales apindjé.

MOBONGO.—¡Acudan los míos! ¡A mí, valientes!

UYANDÉ.—Yo, jefe de los míos y de los vencidos, hablaré antes de herir. ¡Que cesen los tañidos del goudugoudou! ¡Más vacía

de auxilio está la distancia que el tronco sonoro de vuestro poblado!

MOBONGO.—Ya cerró la boca el goudugoudóu. Abre la tuya y veremos si hay que cerrarla también para siempre.

UYANDÉ.—(*Sacude su collar de dientes de hiena*). Un elefante viejo y desdentado como tú no puede ser un gallo ni un mono travieso...

KABINDÁ.—(*En actitud de boxeo*). ¡Perro que ladra no muerde! ¡Máscara del diablo! ¡Estoy impaciente por desnucarte! ¡Habla de una vez!

UYANDÉ.—Hablaré si os calláis, pollitos de miel...

BUSCÓN.—Habla o canta, hermoso, que te aplaudiremos.

UYANDÉ.—Tenemos apetito y venimos cansados de viandas vulgares. Ahora es muy difícil cazar a un blanco puro... ¡Miam-miam-miam!, con su cinturón de balas y fusiles protectores en todas partes. Nos contentamos con alguno de vuestros mestizos.

LUBOLOS.—¡A las armas!

UYANDÉ.—

¡Juá! ¡Juá! ¡Juá!

Miam-miam-miam.

LUBOLOS.—¡Borocotó, borocotó, chas chas...!

BUSCÓN.—¡Alto! ¡Acercaos! (*Tranquilo, desnuda pecho y hombros*). Tomad: éste es mi cuerpo.

CANIBALES.—(*Danzando con júbilo*). ¡Mousoungóu, mousoungóu, mousoungóu...!

KABINDÁ.—¡Bien decía yo!

ÑA TOMASA.—Callate, guacho... (*Compasiva*). ¡Ya me parecía muy delicaio pa ser negro!

KABINDÁ.—Tan delicaio que hasta yo voy a comerme un bife...

Las mujeres lubolas, en la punta de la danza, suspiran y acompañan con las caderas lánguidamente, sin moverse de sitio. Los canibales ya parece que saltan alrededor de una olla podrida gigantesca. Los lubolos hacen síncopas imprevistas en cada renglón de pasos que marcan los tantanes.

Borocotó, borocotó, chas, chas

Mousoungóu, mousoungóu, mousoungóu

Borocotó, borocotó, chas, chas

Mousoungóu, mousoungóu, mousoungóu

En el centro, Buscón carga su pipa con parsimonia de buen fumador. Enciende un último fósforo y lo tira con la caja. Un máscaro se agacha y frota la cerilla sin resultado. Buscón saca un encendedor metálico y corona la pipa de giros azules. La danza toma de pronto un aire ritual, lento, se acelera y, bajo una inspiración súbita, revelada por los espasmos de la carne, los negros caen postrados, con los brazos extendidos al modo árabe.

UYANDÉ.—¡Boula Matay! ¡Boula Matay! ¡Boula Matay! ¡No nos hagais daño! ¡Manda a tus siervos, Boula Matay!

Ayudada por dos negros, trae Ña Tomasa un costillar asado en un fierro que clavan en el suelo; una taza de pirón, tortas y caña blanca. Al ver la rendida ceremonia, exclama:

ÑA TOMASA.—Vamo... Estoy por retirar el asao... ¡Mejor sería molerlos a guascazos! ¡Mesmo cosa e negros!

MOBONGO.—(*Solemne*). Buscón: yo patriarca de la tribu lubola, te declaro nuestro rey sobrenatural, aunque la piel diga lo contrario de lo que ha dicho tu valor generoso ¡Guée!

LUBOLOS.—(*Manos en alto*). ¡Guée!

BUSCÓN.—Levantaos vosotros. Yo no soy un dios. Ni Stanley lo era, aunque hiciese saltar las piedras con dinamita. Si hay algún Dios invisible, sin duda es negro.

ZIPITRÍA.—Así lo ha decretado el Congreso de nuestra raza, a que tuve el honor de asistir como delegado el año mil novecientos venticuatro, en Nueva York.

BUSCÓN.—¡Sabio decreto!

ÑA TOMASA.—(*A Uyandé*). Corte con el cuchillo por donde más le guste. Échele pirón gordo y verá usted lo que es bueno. ¡En qué cabeza cabe que la carne de persona pué comerse? ¡Dios me libre de probar tamaña porquería!

BUSCÓN.—Déme un trozo, Ña Tomasa.

ÑA TOMASA.—¡Que lo merece, amigo! ¡Vaya un coraje! ¡Y tan delicaio! ¡Qué decís tú ahora, compadrito?

KABINDÁ.—¡Con orgullo digo que es nuestro rey!

Dos lubolos traen la silla del trono para Buscón, que se sien-

ta, naturalmente cansado. Uyandé se relame de gusto. Enamora en pasos cómicos de baile a Ña Tomasa, que le sigue con gran sandunga en medio de un gran alborozo y danza grotesca general.

LUBOLOS.—

Cachumba, caracatachún
cachumba, caracatachún.

UYANDÉ.—

Cachimbo quiero yo fumá
en el candil que tus ojitos da
quita ya
pachima que me quemo ya.

ÑA TOMASA.—

¡Ay, ay, ay, Uyandé,
cómo madruga usted!
Corumbé corumbé corumbé
corumbé corumbé corumbé.

TODOS.—

¡Guéeee!

II. EL PARAISO PERDIDO

BUSCÓN Y LUBOLOS NOMBRADOS.
HERE, *madre joven con mellizos.*
SORO TIBAL, *jefe mangbetú.*
NOBOSODRU, *su hermana.*
BANQUERO.
PRÍNCIPE.
HERBORISTA.
UN MONO.
CAZADORES EUROPEOS.
SÉQUITO, LANZAS Y ARQUEROS MANGBETÚS.

[Aire libre]

BUSCÓN.—¿Dónde están los compañeros?

ZIPITRÍA.—Trabajando, hermano rey. No todos los días va a ser fiesta.

BUSCÓN.—Bueno, amigo, me parece una broma pesada que me tengan continuamente sentado en el trono...

ZIPITRÍA.—No, hermano rey, ahora no es trono; es una silla.

BUSCÓN.—¡Enhorabuena si ya no soy rey! En realidad, querido secretario, podríamos hacer fácilmente una modesta revolución política. (*Se levanta*). Ya está: dejo el trono y queda instaurada la república lubola.

ZIPITRÍA.—¡Pero si no es trono ahora!

BUSCÓN.—¡Ay, qué dolor, querido secretario! ¡No te entiendo! (*Se sienta*).

ZIPITRÍA.—(*Pedagógico*). Vamo a ver... Si yo manejo la escoba como guión de candombe, así, no es lo mismo que si barro con ella así... Y la escoba es la misma. Ahora estás sentado en una silla, y no en el trono, porque no hay Corte. ¿Comprendes, hermano rey?

BUSCÓN.—Comprendo que debemos instaurar la república inmediatamente, y que tú seas el jefe, pues discurre mejor que yo.

ZIPITRÍA.—Pero, hermano rey, ¿por qué me vas a dar el trabajo de ser jefe si me divierte más ser escobero?... (*Tangueta*).

Yo vendo escobas y plumeros,
gramilla, apio cimarrón,
zarzaparrilla, yerba mate,
que es muy buena para el corazón.

BUSCÓN.—¡Cáspita! ¿Me estaré volviendo imbécil?

ZIPITRÍA.—Vamo a ver... ¿Da lo mismo un candombe que una batalla?

BUSCÓN.—Por desgracia, no. Pero tú irás, también a la guerra...

ZIPITRÍA.—Si es preciso. Aunque habrás notado que rengueo un poco de esta pierna, digo de la otra. De cualquier modo, tú irás delante, y contra el jefe se dirigen las flechas más acertadas...

BUSCÓN.—Igual da morir primero que postrero.

ZIPITRÍA.—¡Ahí está la hueva! ¡Que la esperanza es lo último que muere, hermano rey!

BUSCÓN.—(*Se palpa la cabeza*). Decididamente, yo he cambiado de color y de seso.

ZIPITRÍA.—Vamo a ver... Otro injempe: ¿No estuviste a punto que te comiesen los máscaros?

BUSCÓN.—Hombre, a propósito: ¿por qué crees tú que renunciaron al banquete?

ZIPITRÍA.—Yo creo que los salvajes se asustaron del mechero.

BUSCÓN.—Ya ves, tiene gracia...

ZIPITRÍA.—¡Veo que si no se asustan te comen con botines y todo! ¡Maldita la gracia!

BUSCÓN.—(*Pensativo*). ¿Y no te parece que la prudencia deberá impedir que un rey se arriesgue en las batallas?

ZIPITRÍA.—No aciertas una, hermano rey... ¡Ahorrar el rey en una batalla! ¡Es como ahorrar el remedio en una enfermedad!

BUSCÓN.—¡Pero un buen general puede conseguir el mismo efecto!

ZIPITRÍA.—Un buen rey es imponente. No hay prudencia que lo contenga, ni general que lo aventaje, acierta siempre la última instancia de la justicia, y es también el primero en dar el pan de su cuerpo al necesitado.

BUSCÓN.—Es mucho pedir

ZIPITRÍA.—No se pide, se da.

BUSCÓN.—¡Un rey así hay que guardarlo!

ZIPITRÍA.—¡Sería como envainar un rayo!

BUSCÓN.—(*Se levanta*). Repito, querido secretario, que mereces el trono.

ZIPITRÍA.—Ya te dije que rengueaba un poco de la pierna derecha... Y a confesión de parte... Bueno, me voy a pisar maíz para la mazamorra.

BUSCÓN.—No te vayas, no te vayas, que necesito aprender de tí... Si tú me enseñas, ¿no eres superior a mí?

ZIPITRÍA.—Lo que yo sé lo saben todos los animales. (*Expresándose con las manos*): por dónde ir, por dónde meterse, cazar la presa y distinguir la hierba buena de la mala... Pero cuando no te entendemos a ti, ¡oh, rey!, sabemos que hablas con Dios por nuestra ventura. Te hablaré una canción antigua:

Jefe, si envías a tus hijos a batirse por bagatelas
eres malo.

Si castigas a tus hijos
eres malo.

Tu aldea se dispersará y te quedarás solo.

Si uno de nosotros mata una bestia
y tú mismo la repartes igual entré todos
obrarás bien y serás un buen jefe.

BUSCÓN.—Eres enorme, Zipitría. Yo no soy rey ni rabo de gaita. Deja que te haga presidente de la república, al menos.

ZIPITRÍA.—¡Cuestión de nombres! ¡A mí no me come ningún máscaros! ¡Me voy a hacer la mazamorra!

BUSCÓN.—Una pregunta más...: ¿Cómo es aquello que dijiste, si Jehová es negro?

ZIPITRÍA.—Muy fácil: lo decretamo en un Congreso en Nueva York el año mil novecientos veinticuatro.

BUSCÓN.—Sí, pero ¿con qué fundamento?

ZIPITRÍA.—Ta claro. Dicen que si los libros sagrados no hablan del negro pa nada, o bien es obra del diablo, o se escapó sin terminar dentre las manos del Señor...

BUSCÓN.—¡Cuestión peliaguda!

ZIPITRÍA.—¿Qué va? ¡Ta clarito, hermano rey! Si Jehová es negro, ¿cómo va a decir dónde puso al negro y cuánto lo mira y lo distingue? ¿Cómo sería la caridad de Dios bien entendida, y la suprema bondad, y la suprema cortesía si empezase por casa? ¡Clarito que llevó la abnegación de sí mesmo hasta olvidarse de su gente!

BUSCÓN.—¡Magnífico! ¡Zipitría, sube al trono o toma una mitra!

ZIPITRÍA.—Te digo que no, hermano rey. Llámame, eso sí, cuando quieras enredar algún asunto con una tribu enemiga. Me voy por la mazamorra.

BUSCÓN.—(Solo, se pasea y carga la pipa). ¡Es enorme! ¿Quién es el negro, Zipitría o yo? Empiezo a darme cuenta de lo que es un rey nato y neto... Y a renguear de la pierna derecha...

WANDA.—(Entra inquieta). ¡Oh, rey!...

BUSCÓN.—¡No me llames así, Wanda!

WANDA.—Mi padre te necesita... Unos pagayeros lo han traído...

BUSCÓN.—(Interrumpe). ¿Son máscaros?

WANDA.—Dió vuelta la piragua y perdió el habla...

BUSCÓN.—(Al salir). ¡Corro! ¡Corro! ¡Cualquiera me envaina!

WANDA.—(Corre al centro y espía a todos lados). ¡Kabindá!

KABINDÁ.—(Sale de detrás de una choza). Aquí estoy. ¡Por fin se han ido!

WANDA.—¡No hay que perder tiempo!...

KABINDÁ.—El viejo Mobongo duerme encima del tesoro...

WANDA.—No. El tesoro no está aquí, sino el mapa de los agujeros... De uno he sacado quinientas libras y diamantes en bruto. Es lo bastante para empezar... Yo soy hermosa... Bailaremos en los teatros de Europa. ¡Ya verás! ¡Ya verás!

KABINDÁ.—Si es bastante, vamos...

WANDA.—Hay tiempo de vaciar algún agujero más en el camino de nuestra huída... Nuestro aliado Uyandé cubrirá nuestra espalda...

KABINDÁ.—Mal hiciste en complicar a ese demonio...

WANDA.—Es bueno que deje guerra detrás quien huye. Vamos... ¡Prisa!

KABINDÁ.—¿No está dentro el viejo Mobongo? Yo lo respeto... Lo quiero como a mi padre...

WANDA.—¿Más que a mí?... Dame tu cuchillo de monte... (Se lo saca del cinto y entra en la choza).

KABINDÁ.—¡Es atroz! ¿Yo la amo? Sé que tengo que seguirla al infierno, aunque no sea más que un día... No puedo cortar mi impulso... No la amo... ¡No la amo!... Es una sierpe cuando baila... Y ahora baila... Siempre baila... ¡Oh, sí, la amo! (Sobre saltado, a Wanda, que aparece) ¿Murió?

WANDA.—No. Duerme pesadamente. Llena la choza con su aliento de elefante. ¿No oyes? No dudes, no dudes... Yo también le quiero... Tengo el mapa... Vamos.

KABINDÁ.—Sí..., sí... ¡Wanda, Wanda! Desde que andamos en el mal no hemos tenido tiempo de amarnos. ¡Quedémonos, Wanda! ¡Podemos ser felices!

WANDA.—No puedo cortar mi impulso. (Con imperio dulce y seguro). Vamos.

KABINDÁ.—Te sigo.

A poco sale el viejo Mobongo y se despereza. Por un lado aparece Pitanga con unas grandes flores, y su madre con un cacho de bananas en cada mano.

PITANGA.—Mira, abuelo, qué florazas tan hermosas... ¡Quién me diera poderme hacer una faldita con sus corolas blancas y rayadas de rosa para bailar y correr desnuda por el campo verde, por la arena roja...

ÑA TOMASA.—Parecerías una mosca en la leche.

MOBONGO.—Nada de eso. Estaría muy linda la gurisa. Lo que no comprendo es por qué has de sacar las flores de su sitio, donde vivimos nosotros tan bien. La fuerza de la costumbre... Cree que todavía estamos en América...

PITANGA.—Tiene razón, abuelo... No lo hago más... ¿Dónde vas, madre?

ÑA TOMASA.—A cocinar unos patos que me tienen mucha rabia.

MOBONGO.—¡Eh, Zipitría! ¿Comen todos? ¿Y el rey?

ZIPITRÍA.—(Con una fuente de mazamorra que pone encima de un tajo). Todos comen. El trabajo se ha hecho con alegría. Allá viene el rey...

MOBONGO.—¡O-lele!

BUSCÓN.—¿Cómo? ¿Estabas aquí, abuelo...?

MOBONGO.—Sí, querido Buscón... El calor me ha dormido...

BUSCÓN.—(Con disimulo). No te envidio la siesta... Yo he invertido muy bien el tiempo con el sabio Zipitría.

MOBONGO.—Siéntate, rey...

ZIPITRÍA.—En la silla...

MOBONGO.—¿No habéis visto a Wanda y a Kabindá?

BUSCÓN.—No, no... No los he visto...

MOBONGO.—(Risueño). Andan amartelados y se esconden... Es natural... Después de tantos desvíos, Wanda se rinde... ¡Quién entiende a las mujeres!

PITANGA.—(Colocando las flores en una vasija de arcilla decorada en negro, rojo y blanco). ¡La mañanita se hace noche, ja, ja!

BUSCÓN.—¿Qué viene allí? Una mujer desnuda seguida de muchachos...

ZIPITRÍA.—Ah, es la mujer herera que anda por todos los poblados con su locura. Es decir, yo no sé si está loca. Se trae una cuita profunda que no entendemos. Tan pronto llega, la grita y se va.

BUSCÓN.—Trataré de hablarla...

Entra la madre vagabunda con un niño de ébano en cada brazo. Es joven aún y de una hermosura trágica. Buscón se sienta. Al llegar, lanza los ojos a todos lados y casi canta:

HERE.—

¡Ouah! ¡Ouah! ¡Ouah!
 Cuando yo era niña
 y sólo pensaba en la luna y el sol
 y en las alegres onditas del río,
 no sabía, ¡oh, no sabía!
 lo que había de venir,
 lo que me consumiría.

Dos demonios vinieron, yo no sé por qué,
 dos demonios he parido a una vez.

No sabía, ¡oh, no sabía!
 cuando sólo pensaba
 en el sol y en el río.

Pero no eran demonios, pobrecitos,
 eran dos niños pequeños, abandonados.
 Tenían hambre, y arrugados
 los pies y las manos.

Como ellos, grité toda la noche,
 toda la noche los parí.

¿Por qué el tambor del hubujero
 resonó en mi cabeza?

¿Con qué artificios fueron mis entrañas
 hechizadas tan adentro?

¿Por qué no mató a los demonios así,
 lentamente, derechito,
 que es la magia del fusil?

Mi padre le dió dinero,
 dinero y un fusil...

Y, sin embargo,
 los demonios me asaltaron,
 uno sobre mi seno derecho,
 otro sobre mi seno izquierdo,
 ¡y chupaban!, ¡chupaban!

¡Oh pequeñas bocas ávidas,
 pequeñas manos busconas,
 que esta noche os hagan perecer!

¡Ouah! ¡Ouah! ¡Ouah!
 Cuando yo era niña
 y sólo pensaba en la luna y el sol
 y en las alegres onditas del río,

no sabía, ¡oh, no sabía!
lo que había de venir,
lo que me consumiría.

BUSCÓN.—Escucha... escucha... No te vayas...

ZIPITRÍA.—Oye a nuestro rey, que es sabio. No se le entiende más que a ti; de modo que podéis entenderos.

HERE.—(A Buscón). ¡Fuiste tú el padre?

BUSCÓN.—No..., no... Dime, te lo ruego, ¿por qué sientes tanto haber sido madre?

HERE.—¿Fuiste tú madre?

Como los hijos que esperaba
echar al mundo
toda la noche he gritado
y toda la noche he parido.

BUSCÓN.—Me siento imbécil otra vez. Dime, te lo ruego, madre joven...

HERE.—Cuando yo era joven y pequeña
y no pensaba más que en la luna
y el sol,

nunca pensaba que me iba a
consumir.

BUSCÓN.—¡Oh, madre joven! Escucha... Comprendo tu angustia de haber perdido una lozanía que no vuelve...

HERE.—Cuando yo era joven y pequeña
nunca pensaba que me iba a
consumir.

BUSCÓN.—¡Oh, madre joven! Escucha... También hay dulzura en la madurez y calma benigna en el tiempo colmado...

HERE.—... los demonios me asaltaron
uno sobre mi seno derecho,
otro sobre mi seno izquierdo,
¡chupaban!, ¡chupaban!

BUSCÓN.—Inútilmente se pone pleito a la naturaleza por el dolor con que ella misma se desgarró al dar la vida... No digo más que palabras, palabras... ¿Me doy cuenta?

HERE.—¡Oh pequeñas bocas hambrientas,
pequeñas manos busconas,
que esta noche os hagan perecer!

BUSCÓN.—(Triunfante). Puedo remediar tu desgracia... Escucha, madre joven... (Perplejo). Esta situación no puede alargarse... Zipitría, llama a Ña Tomasa...

ÑA TOMASA.—¡Aquí estoy!

BUSCÓN.—(Le habla bajo). La naturaleza misma da el remedio de sus males... No te vayas... No te vayas... ¡Ña Tomasa! ¡Pronto!

Entra Ña Tomasa con un biberón blanco en cada mano, y bajo la aquiescencia optimista de Buscón se acerca a la madre joven, que huye fuera del poblado

HERE.—¡Ouah! ¡Ouah! Ouah!

ÑA TOMASA.—¡Vaya la salvaje, desagradecida!... Mejor: me la llevo pa la mazamorra.

BUSCÓN.—(Corrido). Carísimo Zipitría, tengo una vaga sensación de haber hecho el ridículo...

ZIPITRÍA.—No tanto... No tanto... Desde luego, no debiste haber estado a la altura de las circunstancias, porque yo te he entendido perfectamente...

BUSCÓN.—¡Ay, Zipitría, me voy a volver loco!

PITANGA.—¡Lo que es yo, no pienso casarme!

ZIPITRÍA.—Tené cuidao, gurisa, que no te case tu novio...

Entran dos consejeros y se dirigen a Mobongo. Éste los lleva delante de Buscón.

CONSEJERO.—Hermano rey, un jefe mangbetú, su bella hermana y séquito, vienen a proponer alianza con nuestra tribu.

BUSCÓN.—Salga una escolta a recibirlos con tambores y pífanos.

ZIPITRÍA.—Pítilis no tenemos.

BUSCÓN.—Pues quedarían muy bien. Bueno, con los tambores basta. (Salen los consejeros). ¿Me siento en la silla o en el trono, Zipitría?

ZIPITRÍA.—Ta claro. En el trono. (Buscón sigue sentado, en consecuencia). Voy por la alfombrilla nueva y el espantamoscas de lujo... Tú, Pitanga, lo mueves con dulzura sobre el trono...

Ché Corneja, y tú, Malambo, traigan asientos... ¿Dónde andarán Wanda y Kabindá? Voy a ponerme el yacumín y la galera.

MOBONGO.—Wanda y Kabindá, amartelados..., amartelados... No sé cómo va a ser con el jefe Mangbetú, que viene a pedir la mano de Wanda y a ofrecer la de su hermana Nobosodrá a nuestro rey...

BUSCÓN.—(Salta en el trono). ¿Van a casarme? ¿Cómo no me habéis dicho?

MOBONGO.—Es la usanza. No se puede sacar mujer de una tribu sin reponerla. Y quería dar a nuestro hermano rey una sorpresa. La joven Nobosodrá es una delicia. No resistirás a su encanto. Por lo demás, eres libre. Voy a vestirme de chupin.

Borocotó, borocotó, chas, chas...

Borocotó, borocotó, chas, chas,

Se han puesto dos sillas más en el lugar del estrado, que marca una alfombra mora. Pitanga reaparece con un traje de espumilla verde claro con vuelos negros, semejante a una gran planta africana de hojas fruncidas y pistilario ardiente. Los lubolos visten aquellos trajes coloniales con que aparecen en *La Cabaña del Tío Tom* o en las comparsas de Carnaval de América del Sur. Se distribuyen a los lados los tambores y músicos, y en segundo término las escoltas. Sobre la media puerta de la choza de Mobongo asoma alegremente la cabeza de Ña Tomasa. Los mangbetús de bronce, de cabezas ovales, ceñida únicamente la zona ecuatorial del cuerpo con tejidos de colores, tienen modales nobles que recuerdan el tiempo faraónico. El tocado de Nobosodrá, huido hacia atrás en fajas de cono, descubre los peces oblicuos de los ojos y la intención ávida y dulce de los labios y de los senos puntiagudos de granada; ajorcas de cobre y de marfil, arracadas azules, completan su adorno. Aclamaciones.

MOBONGO.—(En pie y coreado). ¡O-lele!

SORO TIBAL.—Hermosa es vuestra hermana Wanda, ¡oh rey!

BUSCÓN.—Ésta no es Wanda, sino su hermana... ¡Hermosa es Nobosodrá, príncipe!

PITANGA.—Yo soy Pitanga.

SORO TIBAL.—Pitanga... Pitanga... Suena bien...

BUSCÓN.—Es el nombre de un frutillo americano, rojo y dulce.

SORO TIBAL.—¡Hermosa niña!

MOBONGO.—(Risueño). No quiere casar...

SORO TIBAL.—¿Es así, Pitanga?

PITANGA.—(Sonriendo, mientras mueve el abanico de plumas de avestruz sobre la cabeza de Soro Tibal). Yo quiero ser joven siempre.

SORO TIBAL.—¡Oh, qué bien! ¡Oh, qué bien! ¡Tú serás mi mujer!

De unas lejanas detonaciones de caza salta de pronto, aire arriba un bramido de dolor que rompe en pedazos el fanal del crepúsculo. Se agitan los follajes, gritos de pájaros alarmados corren y vuelven al mismo punto. Las mujeres y algunos hombres se han metido en las chozas. Salen mangbetús y lubolos con azagayas y lanzas.

MOBONGO.—Cazadores han herido un elefante.

SORO TIBAL.—(En pie, sigue un rumbo lejos). No hay cuidado... Marcha en dirección al bosque.

ZIPITRÍA.—Vienen hacia aquí algunos con fusiles... Por sus cascos blancos veo que son europeos... ¡Salgan mujeres! ¡No hay peligro!

BUSCÓN.—(A los cazadores, que entran). ¿Lo habéis muerto?

BANQUERO.—Infaliblemente expirará en el bosque. ¡Buen tiro del Príncipe!

PRÍNCIPE.—Se necesitarán cuatro hombres para llevar cada colmillo. Los vuestros pueden ganar el día de mañana si nos ayudan en la tarea.

BUSCÓN.—Nuestros hombres no se dedican a ese trabajo... Y vosotros, ¿para qué matáis elefantes y búfalos? ¿No os da vergüenza?

PRÍNCIPE.—(Atónito). ¿Vergüenza?

BUSCÓN.—¡Es una insolencia que un hombre mate a un elefante!

BANQUERO.—¡Insolencia es la tuya, ofendiendo al Príncipe! (Saca el revólver). ¡Rectifica!

PRÍNCIPE.—¡Detente, Banquero!...

BUSCÓN.—(Deteniendo el avance de los negros). Ha confundido la verdad con un búfalo.

En el momento de amenazar con el revólver, un mono o un pigmeo, no es cosa averiguada, hace bandera en el fuíste de un cocotero y lanza un balón velludo contra la cabeza del cazador. Las mujeres ríen y aplauden.

LUBOLOS.—¡Jua! ¡Jua! ¡Jua!

BANQUERO.—(*Corrido*). Vamos, Príncipe. ¡Es indigno de nosotros hablar con esta chusma!

BUSCÓN.—Espera, que voy a rectificar... ¿Olvidas tú que un elefante vive doscientos años? ¿No te impone respeto ese milagro de perseverancia? ¿Olvidas tú que un elefante trabaja por sesenta hombres? ¿Sabes tú que no se sabe qué designio de Dios anima los monstruos de la selva y del río? Si hay que matar, debe hacerse de rodillas, en oración, traspasado del amor de Dios. ¡Matáis un ser venerable para hacer objetos superfluos con el marfil de sus dientes! De esto vendrá que tratéis a vuestros hermanos con la misma insolencia, si os creéis más adelantados en la marcha de la vida... ¿Creéis, por ventura, que civilizáis una raza explotando su fuerza inocente para levantar capitales con que extender la fatiga y el hambre por todo el mundo?

HERBORISTA.—Yo comparto hasta cierto punto esta piedad por los animales, pero sin exageraciones... Evidentemente, un elefante no inspira la ternura que una gatita...

BUSCÓN.—¿Qué oigo? ¿No es Mr. Goodfellow?

HERBORISTA.—Es verdad, yo soy... Pero ¿se ha vuelto usted negro, míster Buscón?

BUSCÓN.—¡En cuerpo y alma, Mr. Goodfellow!

BANQUERO.—Dejemos a este chiflado.

PRÍNCIPE.—Vamos.

HERBORISTA.—¡Ahora sígo!... Es un gran banquero y un príncipe alemán destronado... ¡Ah, Mr. Buscón! ¡A usted debo este viaje maravilloso!

BUSCÓN.—¿Cómo así?

Lubolos y mangbetús se han ido hacia el fondo desde que ha decaído la acritud de la conversación. Sólo Zipitría está atento. Los grupos más cercanos, en cuclillas o tendidos, traducen el misterio del atardecer. Pitanga oye con deleite el rumor de Soro Tibai. Nobosodru se ríe con Ña Tomasa.

HERBORISTA.—¿Recuerda usted aquella conversación sostenida

en Londres, que remató en la humorada suya de una posible extensión del área nacional de acuerdo con el tiempo lento de la política inglesa? Pues de concierto con los príncipes de la India se llevó a cabo una nueva política colonial, organizada por el genio positivo de Mr. Chesterton, y que consiste en la identificación real y absoluta de las dos masas sociales, la indú y la inglesa, en una sola nación de estados unidos. ¡Oh, la providencia de Dios en el destino de nuestro pueblo! Sólo hubo que cambiar una letra en el nombre de la gloriosa isla para que respondiese a la nueva realidad política y social! England, se dice ahora Englind. ¿Nota usted? Engl-Ind. ¡Si es casi lo mismo! Ya indúes e ingleses pasamos de una tierra a otra con la misma facilidad, o más, que de Londres a Aberdeen. Se acabó la desocupación obrera y las angustias de la clase media, que amenazaban con la penuria del Socialismo. La teoría inglesa de la Evolución nos ha salvado una vez más, y ¡a tiempo! Yo la estudio cada día con más amor; ya he salido de las amibas, aunque volveré a su molicie, porque será necesario; mi colección de hierbas en África es magnífica. ¡Evolución y táctica! Cuando ya se decía que la Liga de las Naciones iba a substituir —y no le faltaba lógica— nuestra tutela histórico-providencial sobre la India por una tutela de todas las naciones asociadas en ese organismo, el dedo de la Providencia cambia una vocal, ¡sólo una vocal!, ¡es milagroso!, y la India y la gloriosa Isla hacen una sola nación: Englind. ¡Viera usted el trasiego de gentes! ¡Parecía un acontecimiento fantástico de Mr. Wells! ¡No se asombra usted?

BUSCÓN.—¿De modo que Oriente y Occidente se han unido, a pesar de los profetas?

HERBORISTA.—¡Sí, hombre, sí! ¡Al fin! ¡Como al principio! Por eso no es justo ese pesimismo suyo acerca de la civilización europea...

BUSCÓN.—¿Creen ustedes que la justicia es una cuestión de espacio, y que no hay prisa?

HERBORISTA.—¡Exactamente! ¿Concibe usted que un rico pueda robar a otro rico, o que un molinero riña con otro molinero si hay agua de sobra para los dos? Claro, hubo que dar tiempo al tiempo; el pobre tuvo que esperar, porque el paro era for-

zoso... ¡Qué se le iba a hacer! Pero ahora las cosas, a su tiempo, cambiarán, cambiarán... ¿No cree usted en la justicia con tiempo y espacio? ¡Vive usted en la luna!

BUSCÓN.—Voy a consultar a mi secretario... ¡Zipitría!

MOBONGO.—(*Sale de la choza agitadísimo*). ¡A mí todos! ¡Traición! ¡Traición!

ZIPITRÍA.—¿Qué pasa?

BUSCÓN.—¿Qué ha sido?

ZIPITRÍA.—¡Lanzas! ¡Arqueros! ¡Señales de goudugoudóu!

HERBORISTA.—(*Huye*). ¡Es una tribu de locos!

SORO TIBAL.—(*A los suyos*). ¡Acompañen a nuestros hermanos en la caza de los traidores!

ZIPITRÍA.—Oigo nombres... No. No basta la sospecha. Wanda y Kabindá pueden aparecer de un momento a otro con la dicha del amor en los ojos, y nos dolería entonces haberlos culpado inocentemente. Eso no impide que se les busque...

MOBONGO.—¡Mañana los adivinos darán cuenta de los culpables y la muerte será débil castigo de su crimen!

III. LA SENTENCIA

BUSCÓN.

LUBOLOS Y MANGBETÚS NOMBRADOS.

BULO, *hechicera*.

KOLONGO, *músico*.

MELI-MASSIKIN y PAALIPOPOTEE, *brujos cantores*.

BAILARINES, *giratorios*.

HYONDO, *jefe de la tribu de su nombre*.

[Aire libre]

Lubolos y mangbetús, en formación solemne, cuadran el calvero del poblado. A la izquierda, entre Mobongo y Zipitría y dos consejeros, Buscón ocupa la silla alta del trono, vestido con la capa roja de la justicia. Se parece un poco al diablo. A la derecha, Soro Tibai, Pitanga y Nobosodrú, en sitiales de honor, flanqueados por dos consejeros lubolos. Al frente, delante de la fila de arqueros y lanzas mangbetús, Kolongo, gorro de piel de mono, collar de amuletos y taparrabo de piel de gato, percute el likembí, clave de sonos lúgubres. La hechicera Bulo, túnica de rafia sujeta debajo de los senos bilobados, collar de huevos azules, blancos, rojos, y mitra roja, alza su báculo sobre las llamas de un hornillo alto de tres pies, en el centro de un triángulo abierto, en cuyas puntas, y encima de arandelas rojas, dos bailarines giratorios pintados de esqueletos, una pierna acodada y los brazos abiertos, provocan a intervalos el mareo hipnótico de la adivinación.

BULO.—¡Oh, Likundo: te suplicamos y tendrás tu víctima, que hagas conocer a tus bailarines de muerte, en punta de pie, o en calcañal, eje de la rueda del sueño, los corazones donde has depositado los huevecillos azules, rojos, negros, con larvas de malos espíritus! ¡Oh, Likundo!

Giran los bailarines. El goudugoudóu, grave y lejano, alterna con los sonos agrios del likembí.

BULO.—

Meli-Massikin
Paalipopotée,
cantad el tambué
mientras que Kolongo
desgrana el Likembí.

Al cesar la música, y sobre la voz emigrante del goudugoudóu, habla:

MOBONGO.—A vosotros, hermanos Hyondo, arañas que tejéis la red de nuestra vida en peligro, toca decir primero qué castigo merecen los traidores.

BULO.—(*Irritada*). ¡Oh, patriarca! ¡No puedo consentir que se alteren las leyes del rito! ¡Primero es el veneno de prueba, libengué, de verdor cocodrilo, que horada las entrañas del culpable, oh patriarca!

MOBONGO.—Perdón pido a Likundo y a ti, divina Bulo, por mi falta inocente. Ya has hablado... Al vigilante Hyondo, que tiene los hilos secretos de nuestra vasta asociación dispersa en el suelo de África, toca hablar ahora.

HYONDO.—(*Se flagela dos veces, y las varas en alto*). Mueran los que deban morir por la vida de todos: primeramente los traidores. Yo propongo que, atados de pies y manos, queden desnudos sobre una termitera abierta.

SORO TIBAI.—Que sean echados en una trampa de panteras.

MOBONGO.—Muertos, a los buitres en los arenales.

BULO.—¡Oh, Likundo! ¡Oye los ruegos de la raza nocturna! ¡En la punta del pie o en el calcañal, giren alternos los trompos del sueño revelador!

BAILARÍN.—(*Parándose, mientras gira el otro*). ¡Wanda!

Un grito de angustia corta el silencio, distante.

BAILARÍN.—(*Parándose*). ¡Kabindá!

Agitación de follaje, ruido de pezuñas y, lanzado por un viento fuerte, sale Kabindá de la sombra, esparce el desvarío de sus ojos y cae de rodillas y codos frente al anciano Hyondo. A poco entra Wanda, cabeza baja y manos caídas, con paso de

angustia. Cae lentamente de rodillas y codos frente a Mobongo, que permanece impasible.

MOBONGO.—A ti, hermano rey, corresponde formar juicio y dar sentenecia.

BUSCÓN.—Alza, Wanda, y tú, Kabindá... Sólo Dios puede salvaros, porque habéis atentado contra el bien de su raza predilecta.

WANDA.—Todo el crimen es mío... He aquí la bolsa del oro y los diamantes.

BUSCÓN.—Restituir no podrás el oro y los diamantes de la fe robada.

WANDA.—Lo sé... Lo sé...

BUSCÓN.—Habla, Kabindá.

KABINDÁ.—He sido lanzado al mal por un viento...

No pude cortar mi impulso...

Desde entonces ni hemos podido amarnos un instante...

(*Con desvarío*). El amor abría mis brazos...

¡Goudugoudóu!... ¡Sonaba en mi corazón

y huía mi amor!...

Tengo sed... ¡Besos mi amor!

Goudugoudóu de mi corazón

helaba mi amor!

¡Goudugoudóu!

¡Goudugoudóu!

WANDA.—Debo morir yo sola... No... ¡No! ¡No! Soy joven... La vida sube de mis plantas, hincha mi corazón y mi cuello... (*Se arrastra de rodillas ante cada uno de los que nombra*). Mobongo, abuelo mío, soy tu Wanda... Nunca he dejado de amarte... No pude cortar mi impulso... Lo ha cortado a deshora el goudugoudóu... ¡Hermanita mía, Pitanga, hermanita mía! ¡No te veré más! ¡Soro Tibai, que has venido a pedir mi mano! ¡Buscón el bueno!... Rodeada estoy de rocas... El desierto de la muerte... Muerta estoy para siempre... Muerta. (*Cae de rodillas y de codos*).

BUSCÓN.—Preciso es terminar la dolorosa justicia... Dame claro consejo, hermano Zipitría...

ZIPITRÍA.—¡Sólo el rey sabe dar sentencia de última instancia! Yo sólo hablaré una canción antigua:

Un jefe es semejante a un elefante,
es grandioso como él.
Pero como él, debe proteger a sus hijos.
Los buenos y los malos.
Ved al elefante, ¡no castiga a los villanos
parásitos que tiene en su lomo!

Buscón.—¿No hay quién interceda por los tristes?
Nobosodrú.—(Con dignidad). Yo doy mi mano a este hombre,
que no es culpable.

Kabindá se arrodilla y besa las manos de Nobosodrú, deshecho
de emoción.

Buscón.—¿Nadie intercede por Wanda? ¡Silencio terrible!
(Pausa). Mi sentencia será de muerte, como queréis y es de
justicia. Diré a vuestro buen sentido lo que ya sabe: muerte es
separación. ¿No es por esto que lleváis ofrendas a las tumbas?
Nada más que separados de los vivos, quedan los muertos. Así,
yo me llevaré a Wanda conmigo donde jamás la encontréis. No
engendraré hijos en ella, para no desviar el curso de vuestra
sangre del mandato de Dios. Ésa es mi sentencia.

Mobongo.—Justa y satisfactoria. Ha muerto Wanda. No tendrá
ofrendas en su tumba. Lléalala.

La hechicera Bulo y los dos bailarines giratorios saltan y
desaparecen en la sombra como una ráfaga.

Buscón.—Antes de partir, quiero afirmar vuestra fe. Cultivad
la línea tersa de vuestros cuerpos desnudos, mujeres lubolas,
mujeres makaré, mujeres Sara, mujeres mangbetú y las demás
de África Negra, madres de una raza nueva que hará contraste
de hermosura con la blanca redimida. Cultivad, hombres de
África Negra, la alegría y la fuerza leal de vuestros corazones,
el brío cierto del legendario Sira Maga Ñoro, de Abd-el-Krin, de
Mennelik, de Tippto-Tip... ¡Sin cansancio: a través de la selva,
a través del desierto, a través de la muerte! Designio es de Dios
que los hombres no podrán torcer.

Mobongo.—(Levanta los brazos). ¡Dios te bendiga, hermano
rey!

Los hombres alzan los brazos y las lanzas en silencio. Buscón
se quita la capa roja de la justicia y la entrega a Zipitría.

Buscón.—¿He sentenciado bien, Zipitría?

Zipitría.—¡Sentencia de rey ha sido! Un rey acierta siempre
o muere. ¡Y no podemos guardarte! No se contiene a un rey.
¡No hay vaina para el rayo!

Buscón.—Jamás me olvidaré de tus lecciones, Zipitría. Wanda:
alza. ¡Salvada!

Wanda.—(Levantándose como un fantasma). Estoy muerta.

Buscón.—Vamos, Wanda. Adiós, hermanos míos.

Mobongo.—Toma la bolsa de oro y los diamantes, Buscón.

Buscón.—En modo alguno. Vuelvan al tesoro sagrado de vues-
tra causa.

Mobongo.—Está mancillado. No lo queremos. Úsalo en tu viaje.

Buscón.—(Mira a Wanda). ¿Qué haré, Zipitría?

Zipitría.—(Mira a Wanda). Llévelo, hermano rey.

Mobongo.—Den escolta a nuestro rey hasta dejarle en puerto
seguro. Haced fuego en la noche, para ahuyentar las fieras.
¡Adiós, hermano rey!

Buscón ha tomado camino con Wanda. Salen como Adán y
Eva del Paraíso. Síguelos una escolta de lanzas y arqueros.
Un fondo de tambores en marcha trae adelante el silencio má-
gico del cielo. Gotones de luna caen sobre la masa oscura de
los árboles, platean los techos de peonza y perfilan el fuste
de las palmeras. El calor y el color dan el mismo éxtasis. Re-
voloteo de hojas, zumbidos de insectos, llamadas de monos,
gritos de papagayos. Los músicos hacen sonoro este silencio
de plata.

Mobongo.—(Contra su emoción). Celebremos nupcias en lu-
gar de funerales. Soro Tibai, Pitanga es tuya... Hermano Ka-
bindá: en castigo, pues no fuiste culpable, inicia la danza con
la bella Nobosodrú. Vuelve a tu alegría, ya que estás puro de
corazón.

Sale Ña Tomasa llorosa. Zipitría la hace entrar de nuevo en
la choza. La música deja paso a las canciones, y la danza de
amor se acelera, desfallece, combate, ríe; temblor, semba, es-
cobillado, mezcla de milonga, machicha y shimmy.

Kabindá descansa y se acompaña en la guitarra criolla una
vidalita larga y triste:

E D U A R D O D I E S T E

KABINDÁ.—

Sos, corazón, selva fría,
pampa luenga, hondo abismo...
Si me perdí, alma mía,
tengo que hallarme a mí mismo.

KOLONGO.—

¡Jovencita del Sur,
tu cántaro desborda agua de angustia
de los enamorados!
Agua limpia de alba, de alba,
mi corazón turbio de amor
¿cómo podrá manar cristales,
jovencita del Sur?
¡Ay amor, negro amor! ¿Por qué enturbias
así mi corazón?
Llévame a los países
altos, del Norte...
Busco una jovencita de corazón único,
busco una jovencita fiel.
Llévame a los países
altos...
que aquí no la encontraré.

NOBOSODRÚ.—

Luna
Luna
Tal vez mueras tú, también.
Pero yo te veo...
Quiero adornar tu cabeza
con plumas de sangre roja.

TERCERA RISTRA DE SUCESOS
INCREÍBLES, REALES Y VERDADEROS

DESPUÉS de mis vacaciones en África vine fácilmente, con el oro mancillado del patriarca Mobongo, a Rianjo, pueblo de mi escuela. La bella mulatita Wanda baila hoy, con otro nombre, por los mejores escenarios de Europa y América. Se ha propuesto amasar una fortuna con los pies para ponerla al servicio de la causa africanista de su raza, desinteresadamente, lejos de toda esperanza de remisión de su culpa, almohada de malos sueños y nido de tristezas que nunca podrán ser amorosas. Una de sus danzas de más éxito mima el terror de un extravío embrujado en la selva que invaden a trechos las nubes de sonido del goudugoudóu.

Aparte de un natural anhelo romántico, tenía el compromiso de escoger algunos colonos en Galicia con buen destino a la cooperativa rural de la Varona y para integrar el cuerpo de consejeros de Mobongo. Se entenderían muy bien con Zipitría y, probada ya en mí la facilidad de adaptación de la raza, es de esperar que un día fuesen fundadores de tribus africanas, una de las formas de colonización tolerable que ninguna de las naciones tutoras ha ensayado todavía.

ENCUENTRO DE ARNEIRON

Al pasar por Araño el coche en que viajaba, salió de una taberna un aldeano cuarentón, de boca maliciosa y terminada en dos comillas a cada lado de la cara, vara de feriante, aunque era principalmente rapabarbas de aldea, chaqueta a un hombro y montera caída sobre una oreja. ¡Arneirón! —grité al reconocerle, y después de beber algunos tragos de buen vino

de Cespón, si bien se le antojó que tenía perfia y para comprobarlo se bebió una jarra más, fuimos de camino en su carro de paja de alto tope, y siguió a decirme: "Pues a Rianxo le creció aquel grano que tenía en la nariz, y está morrocotudo. ¿No entiendes? Claro está que el grano de Rianxo es Rianxiño. No reparamos en esa aldehuela que se bautizó con el nombre menudo del pueblo. Vivían allí labradores honrados y buenos picapedreros. Llegó un señor poderoso y empezó a comprar toda la tierra. Compró bien, que no falta ni una coma en la ley de sus títulos, y al final le dió acedia y afán de tener propiedad en el otro mundo, no se sabe si en la parte de Dios o en la del diablo, y empezó a dar leiras y pinares, con mejoras y viviendas encima, y a elevar la vida campesina en tal forma que Rianxo está a punto de ser traído por Rianxiño".

Llegamos al empalme de la carretera de la Puebla y nos despedimos con abrazos hasta el día próximo de la romería de San Pedro, donde el buscavidas de Arneirón tendría un puesto de vino y de rosquillas.

HOMENAJE AL TONTO DEL PUEBLO

Me fuí a pie por la carretera, mis ojos a saltos, ya en el monte de Lioira, de hinchado reposo, ya en el Castro, de pico roto; en las líneas de ameneiros, en pinares y robledos, y en la ría feliz de Arosa, después de saltar entre las nubes por el lomo pertinaz del Barbanza. La variedad del espectáculo no había suprimido el cuento de Arneirón de mi memoria. Como su malicia gustaba de hablar en parábola y acertijo, no me conformaba con el sentido derecho de sus palabras, pero no supe a qué atenerme del propio, ni nadie acertó a explicármelo más tarde, ni el mismo Arneirón cuando hubo dormido el vino. Por otra parte, en Rianjo todo viene enredado en igual estilo de absurdo alegórico.

No bien había entrado en el pueblo por el Campo, vi que venían muchas mujeres con mantillas negras y aire compungido, y muchos hombres en traje de domingo, y los músicos

de la banda municipal con los instrumentos a la espalda. ¿Qué había pasado? Había muerto Foriña. Las campanas aun doblaban. El pueblo en masa había asistido al entierro, y las lloraderas interpretaban el sentir de todos en los plantos: "¡Ay, Foriña, tolo querido, por qué te fostes? ¡Quén vay facel-o gato agora na Ribeira! ¡Dios che pague a risa que nos deche! ¡Tolo Foriña sen pay, sen nay, hirmans, fillos ou curmáns, pois ti eras fillo do povo e hirmán de todos nos! ¡Ay Foriña, toliño, fay o gato!"

Un espíritu superficial no sabrá medir en este rasgo la grandeza moral de un pueblo que se conmueve en lo hondo de su entraña al llorar la muerte de la risa, donde no había más teatro que los maullidos, piruetas y recontras del loco Foriña, que de tonto no tenía muchos pelos.

UNO QUIERE MORIR, OTRO RESUCITAR, Y NO LO CONSIGUEN

Fuimos con José, maestro de Leiro; Manoel, maestro de Xastres, y Marcial, maestro de Ferreiros, tres hombres de humor imperturbable, que jamás han mentido, a ver qué hacía Castelao en la cama, y eran las diez de la mañana. El maestro Cheruel también puede servir de testigo. Castelao nos hizo entrar y que esperásemos un momento, que iba a terminar sus oraciones de la mañana. Manuel O Xastre inició un chisporroteo de risa; pero el silencio de Castelao, boca arriba, se impuso a todos. Una musiquilla lejana de acordeón hacía cortes y suspiros de milonga por el aire. No era fácil localizar su origen. Ya venía de un rincón o de otro, rozaba nuestras narices o se escondía debajo de la cama. Por fin, Castelao terminó sus oraciones, sacó las manos de debajo de las sábanas y, prendido en una, el fuelle estirado de una concertina. Quisimos reír del truco, pero aseveré que tecleaba para matar nostalgias, y que no había placer comparable al de tocar un acordeón debajo de las sábanas.

Un haz de chillidos golpeó intensamente nuestro descuido. Castelao se vistió a toda prisa, y corrimos a la Ribera con la

gente. Bajaban de una lancha a la arena un muchacho desnudo, que se irguió en seguida, tomó carrera y se zambulló mar adentro. Una dorna con dos marineros a la boga, fué a perseguirle. Mientras, decía el patrón de la primera lancha: "Deixade-o que s-afogue". Pero, después de media hora, volvía la dorna con el muchacho, salvo y rutilante. A tarascones, la madre se lo lleva delantero entre una grito de pescas y de chiquillos, desnudo y cabizbajo. Era el octavo intento de suicidio que hacía el joven, a causa de amores contrariados, y no pudo salir con la suya cualquiera de las veces, porque no podía dejar de nadar tan pronto como se zambullía en el agua.

Era cosa de reír, o de plantearse un problema. En Rianjo es costumbre hacer las dos cosas, y casi siempre los cuentos de este pueblo esconden un problema insoluble. Precisamente, por la noche, en la clásica taberna de Manuel Pérez, o en la de Nine, en una de las dos o, lo que es más probable, en las cien tabernas de Rianjo, se planteaba el problema de la resurrección de Mendúa. ¿Había resucitado o mal muerto? El tono psicológico era de resurrección. Mendúa era un marinero forrado, que no podía ir de tripulante a un barco de regatas porque rompía los remos en el anhelo de la boga. Cargado de espaldas, llevaba siempre los brazos péndulos como un gorila. Murió contra su gusto y, lo de siempre, quedó estirado en una caja negra y entre cuatro velas. Pálido estaba más que la cera, y su vientre desanudaba las manos encima al hincharse. Algunos compañeros calculaban el gran peso de Mendúa para ser conducido en hombros al cementerio. Faltaba sólo una hora, cuando empezó a verse que retraía los dedos hasta cerrar los puños, apretaba los carrillos y se oyó claramente su voz de esfuerzo supremo: "¡Uuún!"; llega a mitad de camino para sentarse y cae supino, la boca abierta y los ojos enlodados de muerte.

—Mejor que haya muerto —dijo el enterrador, que oía el cuento en la taberna—, porque todos tenemos derecho a la vida, y ahora el Ayuntamiento quiere suprimir mi sueldo por economías...

—¿Cómo? —preguntó Castelao divertido.

—Porque no muere gente bastante, y el secretario dice bien que hay que suprimir los cargos improductivos. Si no contribuyen las familias de los difuntos, mis quince duros de paga corren a cuenta del Ayuntamiento solamente...

DESMUERTE DE TRINQUETE Y CUDELURA

En la mañana del día siguiente hubo teatro en la Ribera. Todo el pueblo en masa intervino en la representación, y no se sabía dónde atender, si a los actores o a los espectadores. Eran cien comedias mezcladas en medio de una tronada de alegría, que hacía temblar el campanario en el fuego azul del aire.

No se puede hacer más que apuntar las escenas, fugaces como peces.

Escenario: Ribera.

Primer término: malecón. Segundo término: barcos tumbados en la arena. Tercer término: mar, nubes, montaña. Laterales: entrada de callejones y casas marineras.

Escena I.—Pocas mujeres cosen redes y venden pescado. Diálogos perezosos y bromas gritadas a propósito de cualquier incidente, de chiquillos, de un cerdo que se busca cerca y gruñe lejos, y remedos gatunos de Foriña, tonto del pueblo.

Escena II.—Una muchacha se adelanta al borde del malecón y sopla en el gran caracol de llamada. Acuden pescas. Puja de pescado. Pelea. Motivo: la vendedora Flora dió un lote a la Muda, que había pujado por señas y la contrincante no lo había visto. Ésta, Cudelura, mujer de Trinquete, que está en el mar, arma un gran escándalo. Se forman bandos. La Muda, claro, interviene.

Escena III.—Chunga de marineros apostados en las esquinas. Salen vidas a relucir. La mujer de Trinquete se encona, porque destapan de su marido más de lo que tolera su orgullo y celo de hembra. Últimamente grita que poco le importa si el marido es pelexón, mullereiro, y que se lo parta un rayo. Avenencia cómica de los bandos femeninos; chungu de marinos.

Escena IV.—Se levanta viento y se enturbia la luz. Un barco se aproxima con riesgo. Presagios de marineros. Se dice ya de quién es el barco. En él viene de compañero Trinquete. Vuelca el barco. Alaridos de las mujeres. La primera en el planto, Cudelura, pone del revés cuanto había dicho en contra de su marido.

Escena V.—Llegada de los náufragos. Todos salvos. Trinquete, jovialísimo, abraza a su mujer, que se indigna por haber llorado en balde. Cudelura insulta a Trinquete y le pega. Grandes risas.

Escena VI.—Cudelura, en el colmo de la irritación, grita que uno de los dos tiene que morir. Da un gran gemido, alza los brazos, y cae redonda. Todos: ¡Morreu! ¡Morreu! ¡Morreu! Corridas. Gritos. Trinquete dice que le dejen beilar una polquiña. Ordena a un chiquillo que vaya pronto a avisar al Jajo que toque las campanas, no sea que la mujer reviva.

Escena VII.—Trinquete empieza a bailar. Las mujeres le llaman condenado y otras especies indecibles. La escena vuelve a hacerse luctuosa. Trinquete baila, ríe y dice retrusos. En un momento se levanta la muerta Cudelura. Sorpresa unánime. La emprende a labazadas con Trinquete, que huye. Coro de rebumbios. Gritos, risas, chunga de marineros. Las campanas tocan a muerto.

Punto Final de Sol a Toda Risa.

**MUERTE ASEGURADA DEL CACIQUE
DON CANDIÑO VIRALEISES**

En la puente del Río Te mirábamos el agua, que era un aire más limpio que el aire, hoja por hoja de los árboles veíase mejor que en el aire, y las nubes en el agua eran densas, de ágatas y mármoles labrados.

Chillidos verdes los maíces, mayos de oro los pajares; grisáceos muros manchados de líquenes color de lagarto. Una voz lejos canta con los violines duros del carro. Transparencia de la mañana, parece que Dios vendrá, y se le verá..

ARNEIRÓN.—Sí, a pescar truchas en el río...

BUSCÓN.—Créeme, Arneirón, Dios baja todos los días al mundo.

ARNEIRÓN.—Déjese de prosas. Yo nunca lo he visto, y las pisadas más bien son del diablo.

BUSCÓN.—El diablo te espera en la otra vida. ¿Crees que no hay infierno?

ARNEIRÓN.—Haberá, habrá, pero no será tanto... Sobre todo para los probes.

BUSCÓN.—Oh, Arneirón, quisiera ver tus pensamientos como veo las truchas dentro del agua.

ARNEIRÓN.—El caso es pescarlas.

BUSCÓN.—Dime, ¿cómo terminó aquella revolución franciscana de Rianxo menudo?

ARNEIRÓN.—Yo estaba un poco bebido el día pasado... Me olvidó decir que mis abuelos ya no recordaban el suceso. Fué un tiempo antiguo, y el señor de Rianxiño, que tenía escudo en la puerta, hizo tanto bien que le incendiaron la casa. Así es la vida, y no me venga con políticas.

BUSCÓN.—¿Y don Candiño Viraleises, vive?

ARNEIRÓN.—¡En la gloria! ¡En la otra banda vivimos los dos, y yo lo afeito con esmero, mal rayo me parta! ¿No decía usted que Dios baja al mundo todos los días? Pues sin duda viene a casa del cacique y hacen juntos el negocio de las tallas cortas de quintas, los despojos de labriegos y marineros y las rapifías en Ayuntamientos y Diputaciones, porque ni el diablo se atreve con don Candiño Viraleises.

BUSCÓN.—Eso no será así, ahora con la República...

ARNEIRÓN.—Será o no será... Ya se verá. Vió el caso de las elecciones en Rianxo: ganó el pueblo y gobierna la aldea. ¿Quién lo entiende?

BUSCÓN.—La ley, que da el triunfo a la mayoría.

ARNEIRÓN.—¿Usted lo entiende? Pues yo no. En vano hicimos revuelta con apagón. Hubiera usted visto a Fatito delante de la Guardia civil, cuando sonaron las cornetas: "¡Tfrenme ao peito! ¡Para matar un home non fai falla tanta múseca!" Perdimos, y me fuí a vivir a la otra banda. ¡Y afeito a la raposa! A veces me vienen ganas de hacer justicia con la barbera, y oigo que dice y me da escalofrío: "Aquí no chamuscaste bien,

por la doblez de la papada". ¡Él mismo se trata de puerco! ¡Y yo, mal rayo me parta, le dejo la papada más pulida que el culo de un niño! ¡No se puede con don Candiño Viraleises! Si pasa por aquí ahora mismo, nos quitamos los sombreros...

Cortó la plática una procesión que venía derecho a la puente con cruz alzada, guión negro y rezos clericales salpicados de campanilla. Mujerucas, lloraban. Nos descubrimos. El vientre del difunto abultaba tanto, que no había consentido tapa. Arneirón se caló el sombrero hasta las orejas. ¡Era don Candiño Viraleises! En una mano fuera del ataúd traía un lacón de marrañillo asado. Una carcajada profanó este duelo falso.

Dijo el cura, cuelllicorto, apresurando el paso:

—¡Hereje!

Y un síndico de la aldea vecina, testafarro de Viraleises:

—¡Desagradecido! ¿Por qué no le hiciste cara en vida?

ARNEIRÓN.—¡Xa, xa! Ladra cansiño, no buratiño. ¡Xa, xa!

Unas nubes empezaron a bailar a la rueda-rueda, locas de alegría y de luz. ¿Vendrían los ángeles por Candiño Viraleises? Vino un cuervo a posarse en el cantacuco de un hórreo, y marcaba los dichos cantados de Arneirón.

UN CUERVO.—¡Cuá-cuá! ¡Cuá-cuá!

El entierro había pasado, y Arneirón se puso a cantar.

ARNEIRÓN.—¡Ben vale un neto de viño, a morte de don Candiño! ¡Imos-lá! ¡Imos-lá!

VEINTE CUERVOS.—¡Cuá-cuá! ¡Cuá-cuá!

ARNEIRÓN.—

As galiñas no enterro
do raposo ledas van,
pero choran porque pensan
que pode resucitar.

TREINTA CUERVOS.—¡Cuá-cuá! ¡Cuá-cuá!

ARNEIRÓN.—

Non choredes que da cova
ben séi que non s-erguerá,
pero si sodes galiñas
outros raposos virán.

CIEN CUERVOS.—¡Cuá-cuá! ¡Cuá-cuá!

ARNEIRÓN.—

Vaites corvo, vaites corvo!
ffate do teu cheiro,
que no bandullo do morto
tes para un ano enteiro!

Al conjuro de Arneirón los cuervos volaron como sayas con pingos de brujas alocadas, y se los vió subir y bajar en remolino sobre la caja del difunto, nube tempestuosa en el verdor frío de los maizales.

Se oyó aún la voz de Arneirón, que se alejaba por un camino entre huertas:

¡Ei, ji, ji! ¡Ei, ji, jucha!
Canto me das pol-a pucha.
¡Ei, jij! ¡Ei, ji jucha!
Non teño cartos na hucha.
¡Aiúuuuu-ju jú!

ENXEMPLO DEL DESLENGUADO

Aquella noche se celebró en todas las tabernas de Rianjo, además del baile con gaitero y cohetes de chiflido en la Rivera, la muerte del cacique de la otra banda, don Candiño Viraleises. En todos los pueblos libres de los tentáculos del pulpo, y en otros para escarnio en efígie de sus reales opresores, bebíase a la salud de los cuervos que cubrieron la caja del antroido. Muchos enxemplos más trajo el vino, dignos de ser pintados en estandarte de ciego.

BUSCÓN.—Aquí mesmo, hace veinte años, en esta planta comentamos por la noche un gran suceso del día entre vaso y vaso de sangre pura del Rivero... No te amosques, Argentino; ¿no juraste que villabas de una bordalesa hereje para los amigos?...

LOSADA.—Viño sin bautismo, quere decir, taberneiro...

CHERUEL.—O primeiro non xurar o viño en vano.

LENS.—O viño de misa é o mellor.

TUBIO.—¡É un misterio! Calade. Veña o inxemple.

BUSCÓN.—En esta mesma planta reposaban los toneles del Chavero. Se bebía entre las panzas benignas, remedo báquico, a la luz de un velón de cuatro mechas... Piso fresco de tierra, y asientos de madera blanca. Ceceaba un poco el Chavero, y era la única persona que usaba patillas en el pueblo. Esto le daba un lejano encanto de personaje de novela inglesa...

ARGENTINO.—¡Amigaso, da usté más vueltas que perro pa acostarse!

CRISCO.—Deixa que rinda o conto... Estase ben eiquí... Bótame un anisete xudío...

BUSCÓN.—Va el enxemplo. Corría mucho pecado entonces en el pueblo, y, más de una vez, el cura tuvo que sacudir la impaciencia del diablo, que tiraba de la pata del moribundo y no le permitía la unción de los óleos en la planta del pie...

MARCIAL.—Porque lle facía cóchegas...

TUBIO.—¡É un misterio! Veña o inxiemple.

BUSCÓN.—Determinó el cura de traer una misión que le ayudase a salvar las almas de los feligreses, y vinieron frailes de la orden redentorista, que se distinguen por el rigor de sus predicaciones. Acudió más gentío al campo, ahí fuera, que a romería o comedias de títeres. Todo el pueblo quería salvarse. El Chino, de cabeza pelada, nunca se quitaba la gorra, y de no ir a la iglesia por esta causa, ya ni sabía si era bautizado, mezclaba el padrenuestro con la salve y confundía San Miguel con el diablo que tiene debajo. Se hizo un blasfemo atroz, aunque más exacto sería decir que le gustaba tronar palabrotas por la espantada que pegaban mujeres y niños al oírle, como si le vieran aparecer con un gato rabioso entre los dientes. Vino a la misión, o le trajo su mujer, y se quedó atrás, con su gorra hasta las orejas, arrimado a la fachada desta misma taberna. El día anterior, uno de los frailes habíase desnudado hasta la cintura y dióse disciplina con uñas de acero, que se cubrió de estrellas de sangre la carne, mientras gritaba en medio de los llantos y ademanes despavoridos de las mujeres y el temblor refrenado de los hombres: "¡Poco vale mi sangre, comparada con la de Cristo! ¡Aceptala, Dios mío, indigna como es, por la

salvación de este pueblo! ¡Toma, demonio de la carne! ¡Te castigo! ¡Te odio, cuanto amo a Dios! ¡Sangría del pecado, salva mi alma! ¡Toda mi sangre por una gota de la sangre de Cristo! ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!" La conmoción del pueblo fué enorme. Puede decirse que la primera oración lo dejó edificado en el propósito de enmienda.

Hoy, el Chino había sido arrastrado en la cadena de penitencia colectiva, y si no fuese por la pelada, de buena gana sería uno de los pecadores arrepentidos. Como si hubiese notado su presencia, el fraile empezó a predicar de la blasfemia, y a las pocas razones persuasivas siguieron las pruebas de hecho. Un testigo del otro mundo comenzó a dialogar con el fraile, que al mover en la palma de la mano una calavera, lograba reanimar la sombra en las cuevas de los ojos y la mueca en el maxilar desportillado.

FRAILE.—¡Darán más fe a tu palabra que a la mía, condenado al fuego eterno por blasfemo! ¡En nombre de Dios te ordeno que hables y no blasfemes! ¡Gruñe tu desdicha, pues no quisiste alabar a Dios con tu boca!

CALAVERA.—(En voz de cascajo). ¡Ay de mí! ¡Condenado al fuego eternamente, eternamente, por blasfemo!

FRAILE.—¿Qué es eternidad, desdichado?

CALAVERA.—¡Saber que aún no pasó el principio! ¡La vida no es eterna! ¡La muerte es eterna! ¡Maldito el día que nací, la madre...!

FRAILE.—No maldigas, condenado, sino termina la tregua que Dios te concede para que des testimonio... ¿Es que ahora ardes en mi mano?

CALAVERA.—¡Tregua! ¡Tregua! Debo dar testimonio con la boca llena de fuego líquido, sangre asquerosa de reptiles ácidos me quema la garganta y la lengua... ¡Una gota de agua! ¡Una gota de agua! ¡Misericordia!

FRAILE.—La hora de la misericordia es la de nuestra vida... ¡No hay misericordia para los condenados!

CALAVERA.—¡La vida no es eterna! ¡La muerte es eterna! ¡Una gotita de agua! ¡La chispita de luz que baila en la punta de la humilde hierba! ¡Misericordia! ¡Misericordia!

FRAILE.—¡No hay misericordia! Di cómo has muerto...

CALAVERA.—Atragantado por mi lengua pecadora, qué se hinchó fuera de mi boca y no pude más tirarla para adentro... Así estoy ahora... ¡Loco de sed! ¡Loco de angustia! ¡Despierto y vivo en los sueños del infierno! ¡Ay de mí!

Era un río de gemidos la consternación de la multitud prostrada. Los árboles parecían calcinados. Ni un eco de vida corría por la esfera del cielo. Una voz absurda intervino en el diálogo:

CHINO.—¡Eso é unha trampa! ¡Un oso de morto, non fala!

FRAILE.—¡Oh, desdichado, si Dios te castiga en este mismo instante como al testigo del infierno! ¡Oh, infeliz, te atreves a sacar la lengua en burla!

CHINO.—Pois vouna botar fora para facer un milagre. ¡Velaí tés!

Se arremolinó la gente contra el Chino y se detuvo aterrada al ver que con los brazos caídos adelante y los ojos de idiota, como un perro con vómito, contraía vientre y hombros y no podía recoger la lengua, que ya parecía de ternera. Los latines y la estola del fraile, nada remediaron. “¡La ira de Dios es terrible! —dijo, y añadió—: Vayamos a la iglesia a rogar por nuestro hermano en oficios solemnes”.

Pocos le siguieron, enloquecidos por el horror del ejemplo vivo. Era andar de rodillas, alzar de brazos y gritos de: ¡Milagre! ¡Milagre! ¡Milagre!

Un práctico de la medicina, el célebre Recatorce, vino a dar socorro. Pero no sabía qué hacer con aquella lengua. Miró a la nuca del Chino, y no había ni un hilo por donde tirar, como sería lógico. Desde atrás le tiró por las dos orejas a un tiempo, y nada. A todo esto, los chiquillos empezaron a regocijarse de una manera escandalosa. El ingenio de Recatorce le dictó un recurso extremo:

RECATORCE.—¡Recatorce! ¡Habrà que darle una lavativa!

El Chino levantó una mano, para detener el inesperado avance de la medicina, y siempre con la lengua fuera se dirigió al Ayuntamiento. Los rapaces le seguían desatados de risa, y coreaban:

RAPACES.—¡A Torí-bió! ¡A Torí-bió! ¡Lengua fo-rá!

El Chino pidió con las manos que esperasen en la explanada.

Subió hasta la plataforma de la escalera, se volvió y la lengua había desaparecido de su rostro.

CHINO.—¡Sodes bobos! ¡Idelle contar ao frade qu-eu tamén fago milagres!

Largó una carcajada diablesca, y se dió a la fuga por el campo de arriba. En balde las mujeres le tiraban terrones, risas y denuestos. Los rapaces corrían detrás del condenado haciendo una gran algarabía.

Para edificación vuestra y de vuestros hijos, he terminado mi ejemplo. Con todo, no blasfeméis, que, sin duda, ennegrece y afea la boca más que el aguardiente y el tabaco...

CRISCO.—Finou ben, pero eu non me vou solo para Rianxiño esta noite. Argentino, bótame un anisete cristiano...

LOSADA.—¡Ay, Buscón, non rindalo conto, por Dios, que morro ca risa!...

TUBIO.—¡É un misterio! Veña outro inxiempe, e outro vaso de viño...

En efecto, Losada moría de risa, y salió a tomar aire, se apretaba la cintura, no le quedaban huelgos, y en todo parecía un poseo. Alarma de canes y de gallineros. Emulación de pajaritos, que anticiparon el alba.

INSUA.—¡Unha lavativa para meu hirmán!

Adentro se había trezado una gran discusión teológica entre el director de la banda, nombrado por su instrumento, y el Noyán.

REQUINTO.—¡La vida no es eterna! ¡La muerte es eterna! ¿Cómo pode ser desigual unha cousa da outra? ¡Vaya unha partixa!

NOYÁN.—¡E logo non, barballoca! ¿Non ten máis tempo de morta que de viva unha calivera?

TUBIO.—¡É un misterio!

Los que menos habíamos tomado, fuimos a contemplar la noche, que la pintaba el Greco por la parte de Tangil con hielos y soledad de la oración de Jesús en el monte de olivos. En la ribera, los mástiles carbonados picaban las estrellas, y en el cabo de la villa la luz de las calles y el enredo traen a la me-

moria visiones de aduar morisco. Varas con pescados abiertos a secar, o ropas amarillas de aguas salen de las ventanas. Un crucero, con su farol de miel, en una placita. Comienzo de huerta. Hórreo alto. A la derecha, el mar con su cielo aparte, de luna y humos apretados.

En Tangil descansamos a meditar en el mirador de la bella quinta de don Ángel Baltar. Su hijo Antonio, hombre de estudio y hombre de mar, nos valió con oportuno postre de manzanas.

BUSCÓN.—Decía, que no basta con hacerse de una escopeta y venirse a Rianjo a cazar disparates...

LOSADA.—Fai falla un furón, tamén...

BUSCÓN.—Eso es: hace falta un hurón...

CASTELAO.—Para la caza prohibida.

BALTAR.—Creo además que hace falta no olvidar que puede haber en Rianjo otra caza o pesca distinta de los disparates...

BUSCÓN.—Cierto, aunque predomina la alegría, que siempre es un poco disparatada. Esperemos que Bergson determine la índole de humorismo peculiar de Rianjo. Mientras, voy a probar tu supuesto en documentada forma...

CASTELAO.—Tú mientes un poco, Buscón...

BUSCÓN.—Tú también, Castelao.

CASTELAO.—Es cierto.

BUSCÓN.—Las circunstancias probarán el sabor de autenticidad de mi hallazgo, y la substancia de la leyenda se habla en el pueblo. Fué de visita en una casa marinera, con Germán Rañó, hijo de un inolvidable compadre mío, que me regalaron una botella con una goleta de aparejo armado adentro. Por debajo, en oficio de mar, se arrugaba un papel verde impreso en que pude leer puntas de rima, y con auxilio de Rafael Dieste, poeta y hombre de ingenio, que hace pajaritas más menudas que las de Unamuno, logramos salvar...

pobre mozo marinero,
murió en el fondo del mar
denantes de se casar.

También hoy amanece con niebla. Escuchen, Huele a brea y a sueño marino la emoción de humildad deste canto de oleaje manso:

BALADA DE LA CRUZ DEL MAR

Cuentan la historia en Rianjo
y en toda la ría ya,
cuando Sebastián murió
en víspera de casar.

Marisco traía
de la bajamar
en su pobre dorna
para lo trocar
por cuartos que falta le hacían
para se casar.

El nordeste es viento
de bien se guardar.
A tombos anda por la mar.
Por la dorna tira
para la tumbar.
Pequeña es la dorna,
la carga de más.

Compañeros de la mar
todos de pie en Siete Fogas
le decían a gritar :
a dorniña vaise ao fondo,
guinda co marisco ao mar!
Demasiado lo sabe el rapaz,
pero eran los cuartos
para se casar.

Viento de pequeñas ondas
que marmulaba a soñar

ya se lo lleva a su arca
y los cuartos de casar.

De Taragoña a Neixón,
Portomouro y más allá
lo buscan los marineros,
sus hermanos de la mar.

De la otra banda los vió
la moza de Sebastián.
¡Cuánto fino barco había
entre la niebla a remar!

Al otro día en la niebla
Pedro lo salió a buscar.
En la niebla y en el mar.
Al cope de la rapeta
muy blanco venía ya
pero como un pez huyó
en la niebla y por la mar.
Pedro era buen compañero
iba tras de él a remar.
Espera, hermanito, espera,
sepultura voite a dar.
Le tomó de las dos manos
y él se dejaba guiar,
vente, hermanito, vente,
sepultura voite a dar.

Cuando su madre lo mira
todo blanco de lunar
salió su alma en los brazos
y en palabras de llorar.
Llevan afuera la madre
y a persona familiar
porque los ojos del muerto
empezaron a sangrar.

De la otra banda se vino
la moza de Sebastián
que vió tanto fino barco
entre la niebla a remar.
Algas de moro cabello
secaban a Sebastián
que empezó a romper de sangre
como un ramo de coral.

UN PASEO EN PALANQUIN, Y LO QUE CUESTA

Ibamos de romería, y aguantábamos como piedras el sol abierto de la montaña. A la vista ya Brión, de casas en altura, piedra vieja y tejados de pimienta y de vino. Frutales por encima de los muros. Sombrillas de eucaliptus en las nubes. Milano tranquilo en la cima del aire. Vuelta, y el camino de harina se retuerce holgado por laderas pardas y bruñidos ardores de plata y azules. Carpazas floridas de mosto, estrellitas rosadas de los zarzales, codesos de ramas disparatadas que aturden con los cascabeles de su oro pródigo. Morueco negro de incendiadas turmas. Vuelta, en bordes del monte huído Da Pena, peñascos rodados en su contorno de tojera, inestables y aun testigos de antigua edad céltica; abajo, hondonada de pinos, fuerte olor de resinas, amor de torcaces, reloj de cuco, silbo de mirlo desmemoriado; espacio latino de mar, pico alto de Lobelira, densa verdura de Cortegada, en espejo, aclamación heroica de gaviotas; sol quebrado en el mar de la Isla de Arosa, y allá, libre, coro encendido del cielo y pelusilla del soñar navegante.

Cohetes, burlas de gaita y aturujos pueblan el monte y el prado de faunillos y de sátiros viejos. Salta la copla, que acompañan las conchas de Manuel O Xastre y el acordeón de Castelao:

MARCIAL.—

Para Leiro para Leiro
Para Leiro meu hirmán

Para Leiro para Leiro
Que é terra de moito pan.

En las gradas de la cruz de piedra, y a la sombra de un castaño, un repolludo gaitero de paño Sedán vestido punteaba una muñeira que bailaban mozos rufos, de pluma o flor en el sombrero, y mozas coloradas, de ramo en la mano. En el descanso del baile admiraban las rapazas de Rianjo por sus voces tan afinadas y dulces en el cantar, y las de Leiro, al pie de un alcornoque, sacudían el pandero y copleaban con valiente estilo floreado de malicias. El corazón alegre de Marcial recibía en el medio más golpes de coplas que daba por día en la bigornia de su fragua.

MARCIAL.—

Vinde nenas ao gaiteiro
que hoxe vos corre a fortuna,
que dentro do fol vos trai
un rapaz pra cada unha.

MOZA DE RIANJO.—

Non te cases con ferreiro
que ten moito que lavar,
cásate con marifeiro
que ven lavado do mar.

MARCIAL.—

Casareime no Araño
ca filla d-un Arañón,
ela bonita non é,
probe sí, honrada non.

MOZA DE RIANJO.—

Non me case miña nai
con ferreiriño das forxas,
que queiman as charamuscas
miña carifa de rosas.

Labriegos con la taza de vino en la mano discutían al pie de los toneles. Allí el Latino, que había plantado la carrera de cura, explicaba la buena economía del agro gallego según don Cruz Galástegui, y resultaba, de tan clara, más difícil de comprender que el misterio de la Santísima Trinidad.

LATINO.—Voy a repetir. Una arroba de heno vale unas dos pesetas, tanto si lo compran como si lo cortan del prado. Ahora bien, para hacer un kilo de carne se necesitan dos arrobas. Ergo, el costo de producción es de cuatro pesetas. Como el kilo de carne se vende a siete u ocho reales, la pérdida es de dos pesetas y pico.

PATARELO.—Eu non merco herba. Cando madura en agosto, vai par-o palleiro, debaixo do centeo. En setembro, doule unha sacha ao millo, e semento o grau cativo do centeo. Ao cortar-o millo en outubro, xa sale o alcazen, pra darlle en verde ao gando ou mixturado ca palla de centeo, e levo tamen unha parte ao palleiro para os días máis malos do inverno... Con isto e canas de millo, abonda. Eu non merco nin alcazen, nin serratela, nin trebol, nin cantas herbas hai ¿cómo diaños hei perder o que non merco?

LATINO.—Velai. Se pos a herba pra facer carne perdes duas pesetas, e se fas leite co a herba, ou si pos millo en ves de herba, ganas duas pesetas, porque paga máis o leite ou o millo que a carne... Así é que en cento vinte e oito millóns de pesetas que val ao ano a carne de Galicia, pérdense de ganar cento trinta e cinco millóns... Xente d'afora come o gando, e o gando come ao labrego, que vive na miseria e non se da conta, pois, de calquer xeito, síntese vivo... ¡É o caso máis comprido da lei marxista qu'eu conozo!

PATARELO.—Abofelias, non ch'entendo. Imos a contar pol-os dedos. Eu non merco herba... ¡Bota outra cunca, Sequiel!

A la sombra de una parra de taberna, el patriarca de Rianjo, don José Arcos Moldes, inspirador de lucha eterna contra el caciquismo y la ignorancia, miraba el baile y se reía con los mozos.

ARCOS.—De la fama de las curas de Recatorce fué trompeta mayúscula un labrador de Rianxiño, que había sido pateado

por bueyes rebeldes al arado. Recatorce le hundía un dedo en una parte del cuerpo, y al rato decía:

RECATORCE.—Aquí non che doe.

LABRADOR.—Non señor...

RECATORCE.—Xa o sei, home... ¿Dixéronm-os bois? Aquí... xa, xa, dóche...

LABRADOR.—¡Ai, si señor, non m-aperte!

RECATORCE.—¡Xa o sabía! ¿Dixom-o arado? Aquí... non che doe.

LABRADOR.—Non señor, bata canto queira.

RECATORCE.—Xa o séi, xa o séi... ¿Dixéronm-os bois?

Asombrado salió el labrador de la doble vista de Recatorce, y le trajo desde entonces cuantos enfermos pudo y los mejores repollos de su huerta.

Ya era noche, y después de unos abrazos de baile y retozo con las mozas, dispusimos la vuelta en parranda. Arcos quedaba explicando su ideal de un puente sobre el río Ulla para multiplicar la comunicación terrestre de Rianjo, y forzar la extinción de su pobreza inmerecida.

En marcha, puse en práctica un plan secreto en forma de ataque epiléptico. Acudió Justo Aguirre y Castelao en consulta médica. Me dieron de una cantimplora un poco *cognac* de reserva, y yo expresé que no podía moverme. Cargaron conmigo y yo iba más bien que un mandarín subiendo y bajando la montaña sin esfuerzo. Fué un paseo fantástico, en que no miré a la tierra ni una sola vez. Un viaje a la luna. Rueda de sueños helados, o de la estupefacción divina entre los números incalculables. Cohetes de ocultra subida infantilizaban el misterio haciendo caer del abismo estelar diamantes, rubíes y esmeraldas encendidas. Un grito voraz de monstruo antediluviano horadó el silencio al paso bronco de un tren. Temblaron las estrellas. La Luna siguió inmóvil. Un trasatlántico iluminado enviaba desde el fondo de la ría, saliendo con serena marcha, ecos de una música mundana. Enamorados van, sin duda, en la cubierta. El universo está cruzado de suspiros a esta hora. El que muere va al cielo, aun si va al fondo del mar, que lo refleja. Se veía el tránsito de las almas. Cosa extraña: no rompe la delicadeza nocturna la aceleración explo-

siva de resortes de acero y las rayas cometarias de los mecanismos ideados por el corazón del hombre para ir de un astro a otro. Vivimos en prodigio, y pensamos en miseria. ¿Cuándo seremos libres? Cementerio blanco del pueblo. ¡Qué dulzura tiene! ¡Tendidos frente arriba, los muertos pensarán armoniosamente! Mi padre está ahí. ¡Mi padre! ¡Mi padre! Distancias enormes de nuestra vida corta... ¿Fuí niño?... ¿Tengo edad? ¿Moriré yo también? Lo siento absolutamente imposible... No me puedo persuadir. Tan seguro estoy como una estrella en su órbita... ¿Se muere...?

En este punto, después de dos horas de viaje que yo hice en un instante, pararon y me pusieron con ternura materna en el suelo para preguntarme si me iba mejor, porque habíamos llegado a menos de cincuenta metros de casa. Yo me erguí ágilmente y respondí, con el sentido aún en la Luna:

BUSCÓN.—Me siento muy bien. He pasado la noche más sublime de mi vida. Gracias, amigos míos.

Su asombro me advirtió de la impertinencia de mi respuesta, y no esperé a que reaccionasen, echando a correr hacia casa como un gamo. Me entré en cama y apagué la luz. Pero a los dos minutos empecé bajo mi ventana una serenata infernal de instrumentos de boca.

Trombones: Carou y Rabelo.

Fiscornio: Manuel o Xastre.

Bajo: Cándido.

Bombardino: Xixí.

Redoblante: Justo Aguirre.

Caldereta: Latino.

Acordeón: Castelao.

Cantor: ¡Constante!

Risa y Batería: Sixto y Losada.

Director: Insúa.

José Ramón Nine, la única persona de gusto musical en el conjunto, protestaba en vano. Encendí la luz y callaron por ensalmo. La volví a apagar, y, despacito los trombones y bizarro el fiscornio, y en seguida los demás, acometieron la pieza de lujo, que era el Vals de las Olas. Abrí la ventana.

Todos.—¡Que hable! ¡Que hable!

E D U A R D O D I E S T E

BUSCÓN.—Hermanos míos en el Señor... Mi falta es del todo humana, y, por tanto, perdonable...

TODOS.—No vemos la razón.

BUSCÓN.—Yo tampoco, pero discurre que hay alguna excusa en la inconsciencia. Me pasó lo que a tantos hombres que viven felices llevados a cuestras por sus semejantes, y no se dan cuenta, creedme... Se va tan bien, tan bien, que uno no se da cuenta...

SIXTO.—Pero nosotros nos dimos cuenta, bandido... ¿Crees que estás en África?

CASTELAO.—Vaite para endrento Buscón, que che van a tirar unha lura!

En efecto, una cosa de agua golpeó las ventanas, cerradas a tiempo. Eran las seis del día, y la música empezaba. Desistí de dormir, y acepté la proposición de armisticio, que consistía en irnos al baño en la mañana deliciosa. Se asaron mejillones para toda la tribu, después del primer chapuzón, y dormimos desnudos en la arena africana de Tangil hasta la hora del almuerzo.

NUEVA EVASION DE BUSCON POETA

Nos acercábamos al puerto de breve escala en que Buscón, privándome de su compañía, puso fin a mi verdadero viaje por el mundo de su despierto sueño en la tierra, en el mar y en la música obscura del misterio.

BUSCÓN.—Nuestra conversación, que presiente su fin, se acelera como un río y no podemos resignarnos a exclamar con Raimundo Lulio: "¡Ah, río, que no buscas nada más!" Porque ni el río ni Raimundo Lulio van a morir de buen grado. Se acelera el agua cantando la gracia y el perfume de las riberas, cuánto ha vivido, cuánto ansió, y el abismo destroza las bocas infantiles que llegan primero. Río de almas inocentes, ¿murmuran su pavor desde la fuente? Monólogo de Hamlet también el río... ¡Retrocedamos a tiempo, ondas alegres! Debo saltar mi edad y nacer de nuevo...

DIESTE.—¿Qué edad tienes, Buscón?

BUSCÓN.—Por contestar mi madre esa pregunta impertinente

B U S C Ó N P O E T A

hubimos de tener serio disgusto la última vez que la vi... ¡Ella no sabe sus años y lleva cuenta de los míos! Debes proponer en Uruguay, que tiene tan claro espíritu de reforma, la de su Ley de Registro Civil, que no debiera poner fecha en las partidas de nacimiento... Olvidado de mi edad, me encuentro el mismo desde que me conozco, y esto es vida joven: no cambiar de ser.

DIESTE.—Vemos que todos envejecen y mueren...

BUSCÓN.—Se puede morir sin cambiar de ser. Puedo asegurarte que mi madre es eterna... ¡Extraordinaria mujer! Noto que su conciencia vive situada en el centro de una esfera lúcida y todo equidista en su flujo vital, días, personas, sucesos, acomete las tareas de ágiles años fiada en las fuerzas de su recuerdo y las vuelve actuales, discurre cada vez mejor, desafía la insolencia de los caciques y deshace el enredo curial con una sencillez briosa que pone vergüenza en los mozos, y el secreto de su verdor perenne es que no sabe su edad; le sorprenderá mucho que un día vengan a decirle a su lecho, enferma, según dirá, de un mal pasajero: "Se hace menester confesar, para morir bien". ¡Comisión arriesgada que no recomiendo a mis amigos!

DIESTE.—¡Eres el diablo! ¡Romperé mi partida de nacimiento!

BUSCÓN.—Otra cosa es cuando se cambia... ¡Pobre Sofia! ¡La encantadora hermana de mi niñez! ¡Cuentos que sabía, música de sus manos, cantar de sus ojos! ¡No ha muerto, ha cambiado el ser, que es peor!... Veinte años hace mira un río en sí misma corriendo a sus pies... Jamás dice palabra, contempla en gran silencio para no perder ni una voz del canto que sólo ella puede oír, se le habla y no se entera, ríe de pronto con alegría terrible para los demás, que sienten limados los nervios, enmudece y mira siempre, siempre ese río de sí misma que pasa delante del sillón ataúd de su gracia muerta...

Una oleada de pena enturbió la voz de Buscón. Para distraerle de mirar el río de los recuerdos, llamé su atención hacia un grupo de hombres de negocio que, sentados alrededor de una mesita en el centro del bar, hablaban de la cuestión social con parsimonia académica. Eran europeos y americanos; un comerciante de modas y de sederías, un fabricante de licores al-

cohólicos, otro de armamentos, un bailarín profesional, un abogado y un sabihondo. ¡Cuánto me pesó haber distraído a Buscón de una pena que le santificaba para venir a dar en el disgusto que hizo nuestra separación abierta en el alma! ¡Decía uno y asentían los demás:

ABOGADO.—Mal podrán las fábricas mantener por convenio, ni menos por la fuerza de la ley, ocupados los obreros que la competencia exterior y la escasez de demanda desocupa naturalmente... La economía social obedece a leyes inviolables, como las de la naturaleza... ¿De qué ha valido consignar en nuestra Constitución de Weimar el derecho al trabajo?

Antes que yo pudiese ni aun imaginarlo, Buscón sacó un revólver de la cintura y, como en una película del Oeste americano, con flema burlesca, empezó a disparar balas frente a los pies de la tertulia financiera. Saltaban los hombres de negocio y decían con risa forzada: “¡Basta de broma, caballero! ¡Qué se propone usted! ¡Basta! ¡basta!”

Los mozos adulones del bar se reían también de lo que juzgaban calaveradas de un señorito con dinero.

BUSCÓN.—Ya no se podrá reaccionar de otro modo contra los dichos de la gente dormida. ¿Con que el derecho al trabajo está consignado en la nueva Constitución de Alemania? Si así fuese, ya sabría el pueblo a qué atenerse, y la guerra social sería el primer efecto de la ley incumplida... Tratan ustedes el fenómeno del paro..., ¡el fenómeno del paro!, técnicamente..., ¡técnicamente!, con las precauciones de asepsia que un médico un dolor mortal... ¡Primera Clase de miserables! ¡Que no hay solución! ¡Leyes naturales! ¡La solución está en la moral de los naufragios!

SABIHONDO.—¡La moral de los naufragios! ¡Sálvese quien pueda, en gracia de Dios!

BUSCÓN.—Dios no está de vuestra parte, calumniadores de Dios. El infierno existe para vosotros, majaderos trágicos. La palabra del Evangelio, claramente escrita, dice: “Antes pasará un camello por el ojo de una aguja que un rico por la puerta del cielo”.

BAILARÍN.—¡Alegoría!

BUSCÓN.—Calla, imbécil. Veremos quién puede salvarse esta noche, que abriré un boquete en el casco del buque.

SABIHONDO.—Debo anotar el error que ha puesto en claro el avance filológico demostrando que no se trata de un camello, sino de un calabrote...

BUSCÓN.—Aun no han despertado ustedes... Voy a descargar mi revólver otra vez...

Todos.—¡No, no! ¡Basta de bromas, caballero!

La escena tomaba un cariz peligroso, no por la amenaza del atentado que el instinto de los negociantes desdecía, por la misma razón de su anuncio, sino porque una mano de Buscón apretaba al perorar el cuello del abogado, que gemía en amago de cianosis: “¡Caballero! ¡Caballero!”

Le saqué afuera y le hice sentar en el poyo de amarras más próximo, reteniéndole de un hombro y de pie a su lado. Buscón sacudía la cabeza en los intentos de alzarse, y me insultaba en varios idiomas. Pasaron dos muchachas, y una dijo a la otra: “Parece un ventrilocuo reñido con su muñeco”.

BUSCÓN.—¡Déjame acabar con esa chusma! ¡Por tu hija no puedo echar a pique el barco!

Le rogaba calma en vano. Se levantó de un salto brusco y descendió a proa indignado. ¡No le he vuelto a ver más!

BUSCÓN.—No intentes hablarme en tu vida. ¡Me carga tu corrección consular! ¡Vete al diablo!

Rodaba la cadena de las anclas, y las voces de a bordo venían ya el rumor de las hélices y el galope de las máquinas. Vino corriendo como una bandera blanca la hija mía.

MIREYA.—¿Se fué Buscón? ¿Sin despedirse?

DIESTE.—No quería llorar la despedida. Me dijo esta mañana que te dedicase el libro de su vida y obras agradecido a las estrellas de Bach que le diste para sus caminos.

MIREYA.—¡Qué gentil! ¿Por qué su buen humor me entristece, y su fuerza me asusta?

DIESTE.—Su conciencia me remuerde. Quiere que tú vivas alegre...

MIREYA.—Antes me dijo a mí: No habrá alegría en el mundo mientras no haya justicia en el mundo.

DIESTE.—Así es, en verdad.

FIN

NOTAS

EDICIONES DEL BUSCÓN. *La Primera Ristra, solamente, fué publicada en Montevideo (1912), por don Orsini Bertani.*

Una segunda edición, sobre un plan de VIDA Y OBRAS, que comprendía narraciones y teatro de Eduardo Dieste, y con ilustraciones del gran pintor gallego Arturo Souto, fué publicada en Madrid (1933), por don Juan Pueyo. Esta edición, a cargo de SELE, se da por sepultada en el cinturón del sitio que sufrió la heroica ciudad en la última guerra civil.

☆

ALGUNAS FUENTES. *El autor nos ruega que hagamos mención especial de las obras de don Vicente Rossi y de don Ildefonso Pereda Valdés, uruguayos, acerca de folklore negro; del primero, por ejemplo, se ha tomado la danza o ceremonial del candombe, y del segundo son casi todas las onomatopeyas.*

☆

Es cabalisima la exégesis, y auténticos los textos atribuidos a Walter Bagebot, autor del ya clásico libro inglés: THE BRITISH CONSTITUTION.

Lo mismo cabe decir de la polémica entre Chesterton y Shaw, dirigida por H. Belloc (si bien no tuvo lugar en Hyde Park), y publicada en opúsculo, nada conocido más allá de Londres, bajo el título: DO WE AGREE?

☆

Las referencias a las reformas agrarias propuestas e impulsadas por don Cruz Gallástegui Unamuno, que tuvieron una extraordinaria repercusión polémica entre los labradores gallegos, también son exactas y sabrosamente fundadas en sus términos.

☆

Otras fuentes de folklore y de doctrina, las deducirá el lector fácilmente.

☆

La Comedia Africana, que integra el ciclo novelesco de Buscón, materia de este libro, ha sido fuerte y deliciosamente musicalizada por el compositor y guitarrista uruguayo don Telémaco Morales.

GLOSARIO DE VOCES GALLEGAS

usadas en este libro, excepto de aquellas que, por su transparencia o afinidad con algunas brasileñas muy divulgadas, no ofrecen dificultades al lector sudamericano, y de las que van aclaradas en el texto.

A

A: La.
Abondar: Bastar.
Alcazen: Clase de hierba.
Ameneiro: Aliso.
Año: Año.
Antroido: Carnaval.
Abofellas: Equivale a: a fe mía.
As: Las.

B

Barballocas: Cachafaz.
Buratiño: Diminutivo de *burato*: agujero.
Botar: Echar.

C

Cansiño: Diminutivo de can.
Cantacuco: Remate en el ángulo frontal de un tejado.
Cartos: Cuartos, monedas.
Calade: Callad; de *calar*.
Cova: Cueva.
Cóchegas: Cosquillas.
Cariña: Diminutivo de cara.
Co-a: Contr. de: con la.

Cachear: Buscar, registrar.
Ceifar: Segar.
Canas: Cañas.
Curman: Primo.

CH

Charamuscas: Pavesas.
Che: pron.: te.
Chorar: Llorar.

D

Deche: Diste.
Deixade-o: Dejadlo.
Dorna: Pequeña embarcación.
Diaño: Diablo.
Dou-lle: Le doy.
Doer: Doler.
D-o: Del.

E

é: Con acento: es.
e: Sin acento: y.
Estrear: Estrenar.
Escoitar: Escuchar.
Eu: Yo.
Eiqui: Aquí.

ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EL DIA 16
DE ABRIL DEL AÑO
MIL NOVECIENTOS CUA-
RENTA Y DOS, EN LA
IMPRESA LOPEZ
PERU 666, BUENOS AIRES